

100
DAD AU
CIÓN GE



Tercos



HAMILLESTE

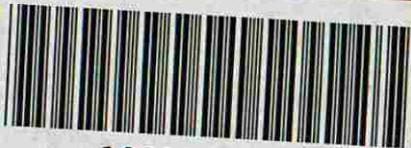
LIBRARY OF THE

BX 2230

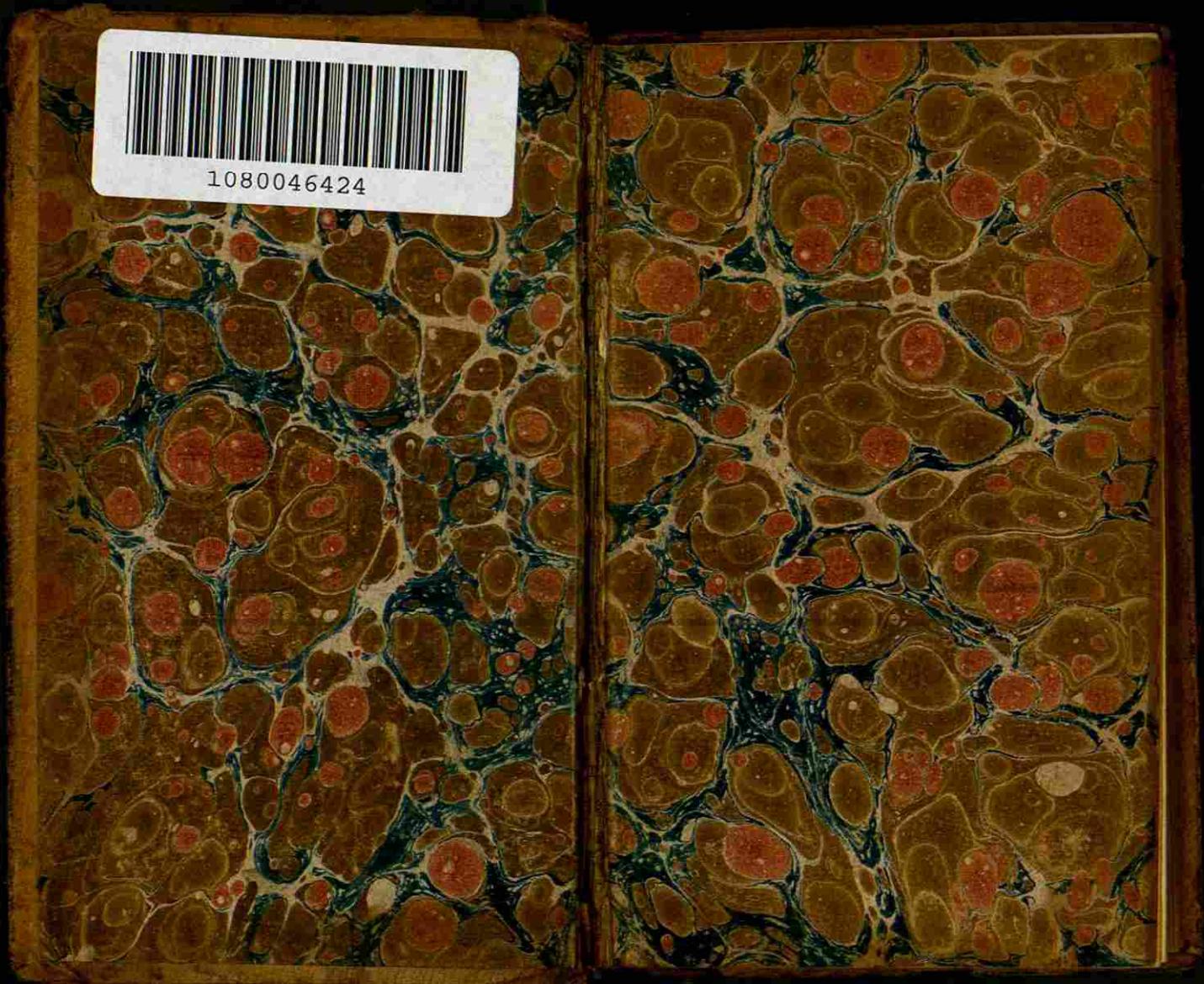
C4

C. 1

RALD



1080046424



E#H C#89



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RAMILLETE LITÚRGICO:

Ó MEJOR,

CUATRO PALABRAS

SOBRE LAS CEREMONIAS Y MISTERIOS

CONTENIDOS

EN EL SACROSANTO SACRIFICIO DE LA MISA:

EN REFUTACION DE LAS OBJECIONES
QUE NUESTROS PRETENDIDOS REFORMADORES NOS Oponen
Á TAN AUGUSTO SACRAMENTO.

POR

EL R. P. MAESTRO F. R. JAIME CERCÓS,

MONJE CISTERCIENSE.

264
Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Rohador, n.º 24 y 26.

110385

38304



Es propiedad.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

CENSURA.

M. I. S.

He leído detenidamente el manuscrito titulado: *Ramillete litúrgico* del R. P. M. Fr. Jaime Cercós, monje cisterciense, que en 1.º del mes pasado se sirvió V. S. mandarme para su revisión.

Cuanto contiene este escrito lo considero digno de ser estudiado y conocido por toda clase de personas así eclesiásticas como seglares, á fin de que penetrándose de la grandeza, excelencia y valor del santo sacrificio de la Misa, se acerquen unos á ofrecerle con el respeto y dignidad que exige tan augusto misterio, y acudan los demás con la fe, fervor y compostura necesaria y propia de un acto tan sagrado á todos, para encender en sus corazones los mas vivos deseos de participar los saludables frutos de tan admirable sacrificio. Los textos de la sagrada Escritura, la autoridad de los Padres y Doctores de la Iglesia y las decisiones de los Concilios en que apoya el autor su doctrina, la hacen mas recomendable y muy propia para desvanecer las objeciones con que pretenden los Protestantes refutar las augustas ceremonias de la Iglesia en la celebración del santo sacrificio de la Misa y administración de la sagrada Eucaristía.

Tal es el concepto que he formado del manuscrito referido. Lo que digo á V. S. en cumplimiento de la comision que se dignó V. S. hacerme y para los efectos que estime convenientes.

Dios guarde á V. S. muchos años.
Tarragona 19 de julio de 1861.

FÉLIX TORÁ, Pbro. ®

M. I. Sr. Vicario general del arzobispado de Tarragona.

APROBACION.

Tarragona veinte de julio de mil ochocientos sesenta y uno.

Imprimase.

DR. EZENARRO, Vicario general.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL

PRÓLOGO.

Las ceremonias y sagrados ornamentos de los que se sirve la católica Iglesia para rendir á Dios el debido culto enfervorizan á los mas helados corazones, si con atencion se considera lo que en sí significan. Sin embargo, nuestros infernales enemigos emplean cuantos medios les sugiere su maligna y depravada imaginacion para destruir de una vez, si les fuera posible, un tan santo como sólido edificio. Con objeto de debilitar la fe y piedad de los fieles, entre sus impíos y profanos dogmas, haciendo escarnio de nuestros mas sagrados misterios, propalan que las ceremonias y ornamentos que usa la santa Iglesia en los divinos oficios no son otra cosa que un veneno de piedad; siendo evidentísimo que tanto aquellas, como estos, la promueven y conservan: tanto, que sin ellas con dificultad puede subsistir el divino culto.

Si las ceremonias fuesen un veneno de piedad, como tan falsamente se pretende,

jamás Dios omnipotente encargara con tanta frecuencia á su pueblo su conservacion. Pues quien lea con atencion el Antiguo Testamento apenas hallará página que no hable de ceremonias. Basta indicar, para confundir á nuestros adversarios, uno que otro lugar.

Jetró, hablando á su pariente Moisés en el Éxodo, cap. xviii, le dice: «Sé tú para «el pueblo en las cosas que pertenecen á «Dios, para que le refieras las cosas que se «le dicen: y le manifiestes las *ceremonias* «y el ritual del culto, y el camino [por el «cual deben andar.» En el Deuteronomio, cap. iv, hablando el mismo Moisés al pueblo, le dice: «¿Qué otra gente hay tan ilustre que tenga *ceremonias*... y toda la ley «que voy yo á exponeros hoy delante de «vuestros ojos?» Últimamente estando David para morir, así habla á su hijo Salomon, III Reg. ii: «Esfuérzate y sé hombre de «valor, guarda los preceptos del Señor tu «Dios, andando en sus caminos cumpliendo sus *ceremonias*, sus mandamientos, juicios y testimonios.»

Si miramos la ley evangélica, de la que con la mas refinada doblez é hipocresía se glorian nuestros herejes, se hallan á cada

paso muchas *ceremonias* practicadas por el mismo Jesucristo. Por ella consta que oró de rodillas y postrado: que para resucitar á Lázaro, despues de haber elevado sus ojos, exclamó con fuerte voz: *Lázaro, sal afuera*: que abrazando á los niños, y poniendo sobre ellos las manos, los bendijo: que habiendo tomado el pan, dió gracias, lo partió, y lo dió á sus discípulos... que les mandó bautizasen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo... (Marc. vii; Luc. xviii et xxii, et Matth. ult.).

Á estas y otras ceremonias que enseñaron los Apóstoles á la Iglesia nos dejaron muchas mas escritas en sus cánones, las que han sido veneradas y observadas desde los mas antiguos Padres hasta nuestros dias.

Á mas de esto la Iglesia de Jesucristo, que es columna y firmamento de la verdad, siempre y en todo lugar ha usado de ceremonias, tanto en el culto divino, como en todos los Sacramentos; ni existió jamás religion alguna, ya falsa, ya verdadera, sin que haya tenido sus ritos y ceremonias.

Respecto á los sagrados ornamentos y misterios contenidos en el sacrosanto sacrificio de la Misa, único objeto de este Rami-

llete litúrgico, procuraré en sus respectivos lugares dar una clara y sencilla explicacion, sirviéndome de los mas sanos y clásicos autores para refutar cuantas objeciones nos oponen nuestros pretendidos reformadores; confirmando con hechos lo que niegan con sus infatuadas palabras. Abriré el camino al menor de todos los sacerdotes á fin de que pueda aclarar sus dudas y explicar con facilidad al pueblo los ritos, ceremonias y demás cosas pertenecientes á tan alto misterio: y todos los fieles, en el último capítulo, encontrarán un método práctico con sus oportunas reflexiones para asistir á él con reverencia y provecho.

INTRODUCCION.

La liturgia, ya sabes, lector benévolo, que generalmente considerada, no es mas que la reunion de símbolos, cantos y actos por los cuales la Iglesia indica y manifiesta su religion para con Dios.

Así como la virtud de la Religion contiene todos los actos del culto divino, del mismo modo la liturgia, que es la forma social de esta virtud, los comprende á todos igualmente. Púedese bien decir que la liturgia es una expresion la mas alta y la mas santa del pensamiento, de la inteligencia de la Iglesia, únicamente porque se sirve la Iglesia de ella para comunicar directamente con Dios en la *confesion*, la *oracion* y la *alabanza*.

Confesion, oracion y alabanza: tales son los actos principales de la Religion; tales son igualmente las formas principales de la liturgia.

La *confesion*, por la que la Iglesia honra á Dios por la verdad de él recibida, repitiendo mil veces en su presencia el triunfante símbolo que contiene escritas en idio-

ma terreno las verdades que están en el cielo. Este símbolo lo repite ella todos los días en compendio muchas veces en las Horas canónicas; mas descubierto en el santo sacrificio de la Misa, y mucho mas en grande durante el año cristiano que en sus solemnes reuniones representa, misterio por misterio, con toda la riqueza de sus ritos, con toda la pompa de su estilo, con toda la profundidad de sus adoraciones y con todo el entusiasmo de su fe.

De aquí proviene la importancia tan grande por la inteligencia del dogma que en todos tiempos se ha dado á las palabras y hechos de la liturgia. En la liturgia habla el espíritu que inspira la Escritura sagrada; la liturgia es la tradicion que la eleva al mas alto grado de poder y de solemnidad.

La *oracion*, por la que la Iglesia expresa su amor, su deseo de agradar á Dios, de estar unida con él, deseo á la vez humilde y fuerte, tímido y atrevido, porque ella es amada, y aquel que la ama es Dios. Motivo por que por la *oracion* se llega á la *confesion*, así como á la esperanza despues de la fe, que la Iglesia presenta sus súplicas, expone sus menesteres, explica sus necesidades, pues sabe lo que Dios quiere de ella, estando separada, hasta que se complete el número de los elegidos.

De aquí las ceremonias maravillosas, la ternura incommunicable de estas fórmulas, unas tan simples, y otras tan solemnes, en las que aparece tan pronto la dulce y tierna confianza de una real esposa hácia el monarca que la ha escogido y coronado, tan pronto el cuidado activo de un corazon de madre que se asusta por sus estimados hijos; pero siempre esta ciencia de cosas de una otra vida tan profunda y tan distinta, sea confesando la verdad, sea por el deseo de gustar sus frutos, ningun sentimiento puede compararse al suyo, ni ninguna lengua refutar sus razones.

La *alabanza*, porque la Iglesia no sabria contener dentro una silenciosa contemplacion los arrebatos de amor y de admiracion que le causa el aspecto de los misterios divinos. Como María, á la vista de las grandes cosas que en ella obró el Todopoderoso, se transforma en él, y le glorifica. Ella celebra, pues, las victorias del Señor como sus propios triunfos. El recuerdo de las maravillas de los tiempos antiguos la arrebatada y exalta; haciendo una relacion pomposa para avivar los sentimientos que ellas le inspiran.

Ella celebra, despues de Dios, los elegidos de Dios: primeramente la incomparable María, para quien ella tiene acentos de amor y de oracion de una dulzura celeste;

los espíritus bienaventurados, de quienes las relaciones é influencias la hermocean y protegen; sus propios hijos, que la han regado de su sangre, iluminado de su doctrina, santificado de su gloriosa confesion, embalsamado del olor de sus azucenas y de sus rosas. Todos los años ella repite con amor y maternidad sus virtudes y sus combates.

Pero estas tres partes principales, *confesion, oracion y alabanza*, se convierten en la liturgia en tres manantiales inagotables de poesia: poesia inspirada del mismo espíritu que dictó los cánticos de David, de Isaias y de Salomon; poesia tan maravillosa en las imágenes, como profunda é inagotable en el sentimiento. Debíó Dios dar á su Iglesia unas expresiones dignas de tan altos pensamientos y de tan ardientes deseos.

Mas, como todas las grandes impresiones del alma, la fe, el amor, el sentimiento de la admiracion, la alegría del triunfo, no solo se hablan, sino que tambien se cantan, y tanto mas que todo sentimiento establecido con orden se convierte en armonía; se sigue que la Iglesia debe naturalmente cantar *alabanza, oracion y confesion*, produciendo (por grados algo débiles sin duda, á medida que se aparta del principio) un canto hermoso como las palabras,

palabras elevadas como el sentimiento, y el mismo sentimiento con referencia al fin mas real con aquel de quien es el objeto y origen.

Y como la Iglesia es una sociedad, no de espíritus, sino de hombres, criaturas compuestas de alma y cuerpo que trasladan toda verdad con imágenes y signos, llevando ellos mismos dentro sus cuerpos una forma inefable de su alma; dentro la Iglesia, digo, esta celestial reunion de *confesion, oracion y alabanza* habla con un idioma sagrado, con una canturía de himnos sobrenaturales, produciéndose al mismo tiempo con los signos exteriores, ritos y ceremonias, que son el cuerpo de la liturgia.

Así, sentimiento, palabra, canto, accion, tales son los elementos que, puestos en relacion con lo verdadero y el bien, producen el orden de una armonía perfecta; ¿qué no deben, pues, producir tomando la proporcion de la misma Iglesia de Dios iniciada por el Verbo con los secretos de la vida eterna, depositaria de la verdad inmutable y fecunda, alimentada constantemente del elemento sobrenatural? No hay temor, pues, en afirmar que la liturgia contiene eminentemente toda bondad de sentimiento, de canto y de forma, no solo en igualdad, sino infinitamente mas de todo cuanto puede

comparársele, dejando aparte los libros sagrados.

De aquí, pues, se conoce con facilidad que toda esta reunion de *confesion*, de *oracion* y de *alabanza*, que constituyen la liturgia, debe resultar la materia de una ciencia veritable; ciencia de los oficios divinos, es decir, de esta parte de la liturgia que consiste en el *sacrificio de los labios* (Hebr. XIII, 15); ciencia del *sacrificio* real con todos sus ritos y misterios; ciencia de los *Sacramentos*, órganos de la santificacion del hombre; ciencia de las *bendiciones* y de los *sacramentales* por cuyo medio toda criatura queda purificada y rehabilitada por la virtud de la cruz; ciencia, en fin, de *suplicaciones* y otros ritos solemnes que la Iglesia emplea en ocasiones extraordinarias.

Y si esta simple enumeracion de medios de la Religion nos pone en admiracion de un tan dilatado como brillante conjunto de cosas, ¿qué será cuando examinando la tradicion, los escritos de los santos Padres, las disposiciones de los Concilios, los monumentos de la antigüedad eclesiástica, las diversas formas del culto divino, que nos obligan á preguntar á todos los siglos, y á registrar sus respuestas tan magnificas en unidad como fecundas en todo género de inspiracion? Tal es sin embargo la ciencia

litúrgica tal como ella ha sido comprendida, examinada, enseñada por tantos grandes doctores cuyos nombres gloriosos é inmensos servicios son y serán la gloria de nuestra católica Iglesia.

Todos, sin duda, no son llamados para seguir en la ciencia litúrgica una igual carrera; pero se puede bien afirmar, sin temor de ser desmentido, hablando de personas eclesiásticas, que por ellas debe ser la liturgia un estudio especial, y mas en el estado presente. El rezo tan á menudo y la celebracion de los divinos oficios ¿no forman la ocupacion diaria del sacerdote? ¿Qué mayor interés para él que poder seguir la cadena de las maravillas que se desarrollan en la sucesion de los tiempos del año cristiano, de poder romper los sellos de este libro diario que la Iglesia de hoy ha recibido de los primeros siglos con una tradicion de misterios escondidos y de cantos admirables? El sacerdote sube todos los dias al altar para sacrificar en él el Cordero inmolado desde el principio del mundo. (Apoc. c. XIII, 8). ¿Dónde comprenderá él mejor la santidad, la grandeza de esta *accion*, como la llamaban en otra ocasion, dónde aprenderá él mejor la pureza de corazon que exige el mismo acto, sino estudiando el modo como se ha ejercido despues la víspera del dia en el cual fue Cristo Señor nuestro crucifi-

cado, hasta nuestros mas próximos tiempos en los que la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, ha fijado de una manera irrevocable los ritos de la Religión, de los cuales ha querido ella circundar el mas augusto de los misterios? Y los Sacramentos, manantiales divinos de la salud, y los sacramentales por los que la Iglesia derrama sobre el pueblo fiel la plenitud de santificación que en sí contiene; si escritos tan doctos han sido compuestos por los mas piadosos y mas sábios de los hombres de la Iglesia, al efecto de explicar los ritos, aclarar sus fórmulas, desarrollar toda su majestad, ¿cómo el sacerdote, ministro de toda esta dispensación, á la vez misericordiosa y sublime, no se ocupará en buscar esta pérdida de precio infinito? Si se le ha dicho que debe imitar á aquello que tiene entre manos: *Imitamini quod tractatis* (Pontif. Rom. in Ordinat. Præb.), ¿no se le ha dicho igualmente de estudiar para conocerle?

¡Oh! ¿quién podrá decir las gracias de salvación que se derraman sobre el pueblo cristiano como efecto directo de una instrucción fundada bajo la explicación y la comprensión de los misterios, de las palabras y de los ritos de la liturgia, si nuestros pueblos supieran y gustasen lo que en sí ella contiene? ¿Qué influencia sobre las costumbres católicas! ¿Qué baluarte para

la fe! ¿Qué disposición para sentir las cosas de la vida sobrenatural en las poblaciones instruidas con cuidado y detenidamente en los secretos que Jesucristo y su Iglesia han escondido bajo el vasto y profundo emblema de la liturgia!

Y en efecto, ¿qué otro motivo para hacer penetrar el conocimiento del dogma en los espíritus que aquel mismo que el Autor y Reparador de nuestra naturaleza ha escogido para hacer bajar en él esta gracia invisible que nos santifica? *Mis palabras son de espíritu y de vida* (Joan. VII, 64), dice el Salvador: ellas dan á la vez la luz á la inteligencia, y al corazón la caridad, que es la vida. Lo mismo hemos de decir de las palabras de la Iglesia que posee la plenitud de los misterios y la dispensación sobre el pueblo cristiano por ritos y formas llenas á un mismo tiempo de verdad y de amor.

En todo tiempo se ha considerado la liturgia como la mas importante enseñanza del dogma, no habiendo otra forma que pueda ser mas popular. Todos los santos Doctores fueron litúrgicos; los escritores eclesiásticos que les han seguido cultivaron con ardor la ciencia de los ritos sagrados; los teólogos escolásticos de la edad media quisieron también hacer su *suma* de los misterios; en época de la Reforma la actividad

de los Doctores católicos favoreció este estudio, y dió el primer origen á las *colecciones litúrgicas*.

Con la liturgia la inteligencia del dogma católico gana mucho: la ciencia del derecho canónico, que tiene tantos puntos de contacto con ella, saca de la misma extraordinarias ventajas: la historia eclesiástica, en fin, es mejor comprendida y mas atractiva, desde el momento que la tradicion de los ritos sagrados, que ocupa en ella una gran parte, es mas conocida y mas apreciada. La historia eclesiástica obtendria resultados verdaderos por el conocimiento un poco especificado, sobre las fórmulas y símbolos del culto divino, desde el origen del Cristianismo hasta nuestros dias. Finalmente, el espíritu de la fe, tan precioso en la distribucion de los dones celestiales, en la custodia del santuario, en la celebracion de las grandezas sagradas, tomaria nuevos aumentos, y produciria frutos mucho mas duraderos, con el estudio y ciencia de la liturgia, que tiene por objeto directo é inmediato las cosas de Dios, y no permite al hombre el perder de vista las cosas sobrenaturales, cuyo solo atractivo puede obligarle á emprender este género de trabajo.

El estudio litúrgico no solo es necesario á los clérigos; sin él es imposible á los sá-

bios que se ocupen en examinar y referir las costumbres de diferentes sociedades europeas, despues de la predicacion del Evangelio, les es imposible dar un paso sin caer en errores de mas de un género, de no perder una multitud de observaciones preciosas que añadirían una grande verdad y un muy grande interés sobre sus relaciones ó sobre sus descripciones. Desgraciadamente este inconveniente es poco sentido, y si el entusiasmo de la edad media que poseyó todos los espíritus no ha llegado aun á conseguir hacer enseñar con un estudio desapasionado el catecismo de los pueblos en el cual se relatan las creencias, es menester convenir tambien que no basta para penetrar el misterio de los ritos y de sus fórmulas sagradas.

Toda ciencia, en general, es tenaz y dura para quien no la ha estudiado, y esta de los ritos católicos pide sobre todas una aplicacion profunda y no dividida, por ser todo lo que ella contiene ó místico ó positivo. Penetrar con cierto color general una elegante y graciosa poesia, construir sobre estos elementos una relacion mas ó menos agradable, es cosa fácil, por ser esto superficial; mas esto no es ciencia. Pues para referir las costumbres de los pueblos es menester saber el motivo por que las hacen,

cuáles son sus creencias en tal ó tal símbolo, y aquel que lo ignora no tiene conocimiento del buen orden tan vasto y popular del Catolicismo.

Si el estudio de la liturgia es necesario al historiador de costumbres y al anticuario, no lo es menos para el artista. ¿Quién sabe hoy día que todas las artes, arquitectura, escultura, pintura, música, son tributarias de la liturgia, y por ella del Catolicismo? Muy pocos. No obstante la liturgia sola tiene el secreto para la construcción de los templos: ella sola sabe cuántos misterios deben representar las puertas, las ventanas, las columnas, las capillas, las torres ó campanarios y demás distribuciones del edificio. Ella sola sabe y puede decir al pintor bajo cuyos emblemas fijos, por los decretos eclesiásticos, los misterios deben ser representados, con cuáles atributos los Santos y Santas serán reconocidos al momento é invocados por los fieles. Ella sola puede hacerle evitar los feos anacronismos de costumbre sacerdotal que se ven pomposamente colocados sobre los grandes lienzos que cubren algunas iglesias catedrales, anacronismos alguna vez mucho mas ridiculos, por ser resultados de un estudio mal digerido. Ella sola puede enseñarle la tradición tan rica y tan importan-

te de los colores, la expresión que da el contacto de los misterios divinos. Ella sola puede revelar al escultor los detalles de asiento, los adornos en los paños de figuras, el secreto de los grupos misteriosos que se forman en la celebración de los ritos sagrados, la decencia del lugar, á fin de evitar que un objeto de escultura, despues de mucho coste en dinero y trabajo, sea inútil é incapaz para llenar el fin para el que se le habia destinado. Ella sola puede revelar al músico las inefables melodías gregorianas, que son á un mismo tiempo el único resto de la música antigua, de la que se cuentan tantas maravillas, y el producto de la mas noble y mas sublime inspiración católica; motivos admirables de los que se han separado para caer en la barbaridad, creyendo poder sustituir los cantos del mismo modo que se sustituyen las fórmulas nuevas á las antiguas, ó para echarse en un estilo todo profano que forma un contraste el mas revoltoso con la santidad del lugar, la majestad de las palabras y la religion de los misterios.

Mas no teniendo este libro otro objeto que presentar un ramillete litúrgico para avivar la fe de todos los fieles, y que estos asistan con devoción y espiritual provecho á oír el sacrosanto sacrificio de la Misa, como

ya dije, trataré de todas sus partes, para que vengan en conocimiento que este sacrificio cristiano es el centro divino de toda la liturgia.



RAMILLETE LITÚRGICO:

ó MEJOR,

CUATRO PALABRAS SOBRE LAS CEREMONIAS Y MISTERIOS

CONTENIDOS

EN EL SACROSANTO SACRIFICIO DE LA MISA :

EN REFUTACION DE LAS OBJECIONES
QUE NUESTROS PRETENDIDOS REFORMADORES NOS OPONEN
A TAN AUGUSTO SACRAMENTO.

CAPÍTULO I.

DE LAS COSAS QUE GENERALMENTE SON NECESARIAS PARA EL SACRIFICIO DE LA MISA.

Comunmente debe celebrarse solo en la iglesia, consagrada ó á lo menos bendecida, no violada ni entredicha: como se expresa en la sesion 22 del concilio Tridentino. Dije comunmente, porque puede tambien celebrarse en los oratorios debidamente autorizados, observando lo que se prescribe en las bulas de concesion. Tambien hay casos que, con licencia del Ordinario, puede celebrarse fuera de la iglesia en un altar

ya dije, trataré de todas sus partes, para que vengan en conocimiento que este sacrificio cristiano es el centro divino de toda la liturgia.



RAMILLETE LITÚRGICO:

ó MEJOR,

CUATRO PALABRAS SOBRE LAS CEREMONIAS Y MISTERIOS

CONTENIDOS

EN EL SACROSANTO SACRIFICIO DE LA MISA :

EN REFUTACION DE LAS OBJECIONES
QUE NUESTROS PRETENDIDOS REFORMADORES NOS OPONEN
A TAN AUGUSTO SACRAMENTO.

CAPÍTULO I.

DE LAS COSAS QUE GENERALMENTE SON NECESARIAS PARA EL SACRIFICIO DE LA MISA.

Comunmente debe celebrarse solo en la iglesia, consagrada ó á lo menos bendecida, no violada ni entredicha: como se expresa en la sesion 22 del concilio Tridentino. Dije comunmente, porque puede tambien celebrarse en los oratorios debidamente autorizados, observando lo que se prescribe en las bulas de concesion. Tambien hay casos que, con licencia del Ordinario, puede celebrarse fuera de la iglesia en un altar

portátil y decente. Primero, cuando la iglesia amenaza ruina. Segundo, cuando en un día solemne no caben los fieles en la iglesia. Tercero, en campaña para oír Misa los ejércitos...

Ridiculiza el impío Calvino nuestro rito, apoyándose en que «siendo las paredes inanimadas, no son aptas para recibir la gracia de la consagración.» (Inst. lib. 3, cap. 20). Y es porque ignora que la consagración de la *iglesia material* nos representa aquella santificación que la *Iglesia formal*, ó mejor reunion de fieles, consiguió por la pasión de Cristo Salvador nuestro, como dice santo Tomás, 3 p. q. 83, art. 3, ad 2.

Por otra parte el templo en que se ofrece el sacrificio representa el cielo donde Dios se manifiesta á sus elegidos y fieles; estos son piedras vivas de las que se compone este espiritual edificio donde Dios habita: por esto se llama Iglesia, por ser esta representada por la sociedad de los fieles. Nada, pues, tiene de extraño su consagración.

Todas las iglesias antiguas estaban vueltas al Oriente como se ve, y hoy lo observan los griegos; porque no era lícito á los cristianos hacer oración sino vueltos hácia el sol que nacia, por varias razones señaladas de los Padres así griegos como latinos.

La primera, porque en tal sitio adorábamos el lugar en donde estuvieron los pies de Cristo, como refiere David: *A dorabimus in locubi steterunt pedes ejus.* (Psalm. cxxxix).

La segunda, porque el Oriente representa á Dios, verdadera luz (Athan. de plur. et neces. q. 14), quien dice: que esta ceremonia se observaba en la Iglesia por tradición apostólica.

La tercera, por volver á mirar al paraíso terrestre, situado en Oriente, de donde fue echado nuestro primer padre Adán. (Clem. lib 18, Const. apost. cap. 15. Nyssen. de orat.).

La cuarta, porque el Oriente es la parte mas noble de todo el mundo. (Justin. ad Orthod. quæst. 118).

La quinta, por adorar el bulto de Cristo, el cual fue crucificado con la cara vuelta al Occidente, y subió al cielo con la misma postura; y tambien con la misma se presentará en el juicio final. (Damasc. lib. 4 de fide orthod. cap. 13).

La sexta, porque en la mañana, cuando aun el sol estaba en la parte oriental, vino el Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico. (Tertul. cont. Valent. cap. 3).

La séptima, finalmente, por no convenir con los judíos, los cuales oraban vueltos al ocaso. (S. Thom. 1 secund. q. 3, art. 3, ad 5).

No obstante, es preciso advertir que al-

gunas iglesias antiguas en Roma, aunque están vueltas al Occidente, con todo eso el altar está situado en medio, de tal manera, que el sacerdote que celebra siempre tiene la cara vuelta al Oriente, estando el pueblo enfrente.

Este rito fue exactamente observado de la Iglesia latina hasta el tiempo de san Leon el Magno, quien prohibió á los católicos orar vueltos al Oriente, por no parecer que convenian con los maniqueos, que adoraban al sol, en honor del cual ayunaban los domingos.

En Roma existen cuatro iglesias principales, que propiamente se llaman basílicas, en memoria de las cuatro sillas patriarcales. La primera es la basílica de San Juan Lateranense, cuya iglesia fundó el emperador y grande Constantino, que precede á todas, como tambien su clero en las procesiones, llevando dos cruces con dos pabellones: esta es la patriarcal de Roma, y en ella toma posesion el nuevo Pontífice.

La segunda es la basílica de San Pedro, por la patriarcal de Constantinopla.

La tercera es la basílica de San Pablo, por la patriarcal de Alejandria.

Y finalmente, la de Santa María la Mayor, por la iglesia de Antioquia. En estas cuatro iglesias se acostumbra abrir las cuatro puertas santas solo en el año santo.

§ I.

Del altar.

Se requiere altar tanto para la consagracion del Sacramento eucarístico, como para ofrecer el santo sacrificio; y está rigurosamente prohibido por los sagrados Cánones verificarlo fuera de él.

Se llama *altar* el lugar en que se ha de ofrecer el sacrificio, por ser la *sede* del precioso Cuerpo y Sangre de Cristo nuestro Señor sacramentado, que siendo altísima su dignidad equivale á *alta ara*. El altar es figura del monte Calvario, donde murió nuestro divino Redentor: significa el mismo Cristo, de quien dice el Apóstol, Hebr. ult.: *Per ipsum offerimus hostiam laudis Deo*. Añadiendo en I Corinth. cap. x: *Petra autem erat Christus*. Y tambien porque el cuerpo de Cristo fue puesto en sepulcro de piedra.

El uso de altar para ofrecer sacrificio estaba ya establecido en la ley antigua, como lo está en la ley nueva. Pues leemos en el capítulo xx del Éxodo: *Altare de terra facietis mihi; quod si altare lapideum facietis mihi, non edificabis illud de sectis lapidibus*. Tambien en el capítulo xxvii del mismo Éxodo: *Mandatur fieri altare, de lignis Setim vestitis aere, vel etiam auro, etc.*

En cuanto á la ley nueva, los hubo desde su principio, mas no siempre fueron de piedra. En una de las iglesias de Roma, bajo el título de Santa Prudenciana, hay uno de madera, en el que, segun tradicion, celebró el apóstol san Pedro. En la basilica Lateranense consagró otro san Silvestre, tambien de madera, existente aun; en cuyo siglo, por decreto del mismo Santo, estuvieron ya en uso los altares de piedra; y en el año 517 quedó establecido por el concilio Epaonense que únicamente estos se consagrasen.

El motivo por que ha la Iglesia mandado se hicieran de piedra los altares es: por ser las piedras comunes y fácil de encontrar; por ser sólidas y aptas para durar, y por su significacion, que se refiere á Cristo: *Petra autemerat Christus.* (I Corinth. x).

§ II.

Del paramento del altar.

Cuando los altares construidos no son íntegros por las piedras, sino por madera, siempre debe ponerse en medio la piedra que comunmente se llama ara, la que debe ser consagrada por el Obispo, ó por quien tenga facultad para ello, como son algunos abades, y que pueda contener la hostia y el cáliz, pues que únicamente sirve para

la celebracion del santo sacrificio, en la que deben colocarse las reliquias de los santos Mártires por disposicion del concilio Romano celebrado en tiempo de san Silvestre, y por mandato de la sagrada Congregacion del concilio Tridentino del 13 de setiembre de 1593. En donde no hay reliquias mal puede decir el sacerdote aquellas palabras: *Quorum reliquiae hic sunt.*

San Agustin en el libro 20 contra Faustos, hablando de dichas reliquias, dice:

Namque et apostolici cineres sub caelitate mensa
Depositum, placitum Christo spirantis odorem
Pulveris inter sancta sacri libamina reddunt.

El altar debe cubrirse con manteles limpios, á su frente se pondrá el pálio del color que corresponda al oficio. En medio del altar una cruz con Crucifijo, dos candeleros con velas encendidas, al lado de la Epistola se coloca el atril con el Misal, dos vinajeras con el lavabo limpio y una campanilla, segun lo disponen las rúbricas del Misal.

Los *manteles* para cubrir el altar deben ser tres (Rubr. Miss. tit. 2), y como tambien se deduce del cánon *Si per negligentiam.* (De Consecrat. dist. 4). Dos no son suficientes, no estando doblado uno de ellos. El mantel de encima por los extremos debe llegar á dos palmos de tierra. Deben ser

bendecidos por el Obispo, ó por quien tenga facultad. No sirven sino los de lino precisamente, como lo expresa el mismo cánon ya citado.

El uso de los manteles sobre el altar es antiquísimo. Pues se lee en el concilio Remense lo siguiente: «Á fin de que la mesa «de Cristo, es decir el altar, donde se consagran el Cuerpo y la Sangre del Señor, «donde están escondidas las reliquias de los «Santos, donde las oraciones y votos del «pueblo son en la presencia de Dios ofrecidos por el sacerdote, sea honrado con «toda veneracion, se cubrirá con toda diligencia con manteles muy limpios, no poniendo sobre él otra cosa mas que las cajas con las reliquias de los Santos y los «cuatro Evangelios.» (Ivon. part. 2 decreti, cap. 132). Víctor Vitense, en el libro 1 de la Persecucion vandálica, cuenta: Que cierto Próculo enviado por el impío Genserico contra los católicos les quitó cuanto tenían, y que de los manteles del altar se hizo camisas y calzoncillos para sí mismo.

La *cruz* del Señor se pone en medio del altar, para que con mas facilidad, teniéndola delante, excite nuestra memoria á Cristo crucificado. Designa es el verdadero signo de nuestra redencion que debemos adorar. Habiendo en el altar la imágen del santísimo Crucifijo no se necesita la cruz

para la celebracion. (Decret. Sac. Congreg. 14 Maii ann. 1707).

El uso de la cruz sobre el altar es de tradicion apostólica segun el cardenal Bona. (Rer. Liturg. lib. 1, cap. 25, n. 8).

Hay *dos candeleros* con velas encendidas, porque se requiere luz *sub mortali* para la celebracion. Segun rúbrica deben ser velas de cera. Honorio III privó de oficio y beneficio á un cura que celebró sin luz. En caso de necesidad, enseñan los Doctores ser bastante una sola. (Azor, lib. 10, cap. 18). El cual en caso apurado concede velas de sebo, aunque Suarez quiere que no, y es mejor suplir con lámparas de aceite.

El celebrar con cuatro cirios no es lícito ni á los Vicarios generales, como lo declaró la sagrada Congregacion en 7 de agosto de 1620. Siendo solo permitido á los Cardenales, Obispos y Abades, que tienen el uso pontifical, únicamente cuando celebran con él. (Decret. 9 Februar. 1675, ap. Bened. XIV, Notif. 29, n. 16).

La *luz* designa á Cristo nuestro Señor: *Ego sum lux mundi*. (Joan. cap. 1). Tambien nos recuerda, en parte, la cruel persecucion que hubo en la primitiva Iglesia, que no pudiendo reunirse entre dia los cristianos lo verificaban de noche en los subterráneos para la celebracion del santo sacrificio. Por cuya razon fueron llamados por

sus perseguidores: *Latebrosa et lucifugax natio: ut legitur apud Minucium Felicem in Octavio.*

Los dos *candeleros* colocados en uno y otro lado del altar significan los dos pueblos, hebreo y gentil, iluminados con la venida de Cristo, y la fe y alegría con que debemos asistir á tan tremendo sacrificio. Pues segun san Jerónimo, lib. 2 contra Vigilancia: «*Quicumque, ait, accendunt cereos, secundum fidem suam habent mercedem... accenduntur luminaria jam sole rutilante, non utique ad fugandas tenebras, sed ad signum lætitiæ demonstrandum.*»

Por esta simbólica significacion pedimos á Dios en los Salmos nos transfiera su luz. En la epístola de san Pablo á los efesios, para manifestarles que han de vivir piamente, y apartar todo vicio antiguo, les recuerda, que de hijos de tinieblas fueron hechos hijos de luz en el Señor; cuyos lugares declaran lo suficiente, que por la luz terrena se significa la luz celestial.

Pónese al lado de la Epístola el atril con el Misal, á fin de que pueda el sacerdote leer su Misa. En caso de necesidad, no habiendo Misal, teniendo la Misa escrita en algun cuaderno ó papel, puede el sacerdote celebrar. (Tamb. Gob. t. 3, n. 304; Lohn. p. t. 3, § 1, n. 6). Algunos afirman puede

celebrarse sin Misal, sabiendo la Misa de memoria: otros opinan lo contrario, por faltarnos aquella cuando uno menos piensa y en la mejor ocasion. Pero lo mas acertado en tal caso es no celebrar, por ser esta la opinion mas probable. Pues á los que por falta de vista se les concede celebrar todos los dias la Misa votiva de B. M. V. se les pone esta cláusula: *Quod non sit omnino cæcus, et memoriter non recitet.* (Bened. XIV, Notif. 29, n. 5).

El sacerdote de rito romano no puede de ningun modo servirse del Misal de los regulares propio de tal orden, y pecará gravemente si celebrare con otro rito que el suyo, pudiéndolo observar. (S. Congreg. 19 Nov. 1622; Gav. p. 3, t. 10). Mas viajando, probablemente puede seguirse el rito y misal de la diócesis en la que se encontrare. (Lacroix, n. 368; Concín., Tamb. y otros).

En la sesion 22, capítulo 8 del concilio Tridentino se manda: «*Conserve cada iglesia su rito antiguo y aprobado; que es el latino en la Iglesia latina, y el griego en la Iglesia griega.*» Alejandro VII por un decreto del 12 de enero de 1661 prohibió, bajo pena de excomunion mayor *ipso facto incurrenda*, á los que usaren en Francia del Misal traducido en su idioma vulgar.

CAPÍTULO II.

DEL CÁLIZ Y DEMÁS COSAS Á ÉL PERTENECIENTES.

Los cálices deben ser de oro, plata ó metal, á lo menos en cuanto á la copa, la que según rúbrica debe en su interior estar dorada. Deben estar aparejados con patena, hostia, corporal, pália, purificador, velo y bolsa.

Quedó separado el cáliz del uso profano al sagrado cuando Cristo Señor nuestro instituyó la sagrada Eucaristía.

En los primitivos tiempos se usaron cálices de otras materias y diversas figuras. Los Apóstoles y sus sucesores celebraban con cálices de madera. (Honor. Augustodinen. lib. 1, cap. 89). Los hubo tambien de vidrio, según san Ireneo, lib. 1, cap. 9. Cuyo uso duró hasta que san Urbano pontífice y mártir decretó se hiciesen de oro y de plata, esculpiendo en ellos muchas figuras sacras, como refiere Tertuliano, y en particular á Cristo con la oveja á cuestas.

Los hubo tambien de piedra, pues que con uno de ellos el Señor comulgó á los Apóstoles con su preciosísima sangre. (Cartag. hom. 26). El concilio Remense permite el cáliz de plomo por la extrema pobreza.

Á mas habia cálices llamados del Bautismo, con los que, despues de bautizados los fieles y recibida la sagrada Eucaristía bajo la especie de pan, comulgaban tambien con la de vino.

Tambien hubo cálices llamados ministeriales; estos eran muy grandes, por cuanto servian, no para ofrecer el sacrificio, sino para administrar al pueblo la sangre de Jesucristo, que se mezclaba con el vino que en ellos antes se ponia: cuyos cálices dejaron de estar en uso desde que solo se permite al sacerdote la comunión de ambas especies. (Georg. Cassand. in Oper. liturg., cap. 31). La distribución de la Eucaristía bajo la especie de pan la llamaban *Communio*, y bajo la especie de vino, *Confirmacion*. La primera la daba el Obispo, y la segunda era administrada por el Arcediano: *Clerus Communionem ab Episcopo accipiat, et ab Archidiacono confirmetur.* (Tom. 2 Musei Italici, p. 59).

Los armenios usan actualmente de dos cálices en la Misa, en uno de los cuales, como los latinos en la patena, colocan el pan, y en el otro ponen el vino. (Card. Bona, lib. 1, cap. 25, n. 3).

Las patenas han sido siempre de la misma materia que los cálices. Aunque no declaran los Evangelistas si Cristo puso ó no el pan consagrado en la patena, sin em-

bargo estaba ya en uso en tiempo de los Apóstoles, segun se lee en la liturgia de Santiago.

Hubo patenas muy grandes que llamaban ministeriales, las que servian para administrar el santísimo Sacramento al pueblo, porque en aquel tiempo no habia sagrario; y como la mayor parte de los fieles que asistian al santo sacrificio regularmente comulgaban, era preciso fueran mayores las patenas que ahora.

El cáliz y patena deben ser consagrados por el Obispo, ó por quien tenga privilegio, como son muchos Abades. No quedan consagrados, si alguno celebra con ellos, porque solo se verifica con la unción del santo crisma.

Segun algunos, no se requiere otra consagracion despues de nueva doracion; porque, dicen, no solamente fue consagrada aquella muy pequeña parte de oro que se perdió, sino toda la materia que tanto el cáliz como la patena contienen. Pues así como por pintar, añaden, ó blanquear una iglesia no queda esta execrada, tampoco pierden el cáliz y patena su consagracion por nueva doracion. Sin embargo hay opinion contraria, y es la mas seguida.

Exceptuados los sacerdotes y diáconos, á ninguno es permitido tocar los vasos sagrados mientras contienen la sagrada Eu-

caristia: fuera del sacrificio tampoco pueden los legos tocar cálices, patenas, ciborios, ostensorios ni corporales; pues es opinion comun les es ilícito bajo pecado venial, á no tener privilegio especial, como lo alcanzan con facilidad algunos sacristanes seglares.

El cáliz en el santo sacrificio significa no solo toda la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, segun aquellas palabras de san Mateo, cap. xxiii: *Potestis bibere calicem...* si que tambien el sepulcro donde fue su santísimo cuerpo depositado.

La patena es símbolo de vida eterna, y de perfecta alegría. Significa la piedra que cerraba la puerta del sepulcro de Nuestro Redentor y Señor Jesucristo: tambien significa la estrella que se fijó encima del pesebre para guia de los santos Reyes magos que fueron á la adoracion. Se pone debajo los corporales en las Misas rezadas, para indicar que los divinos misterios se han de creer aunque estén escondidos.

Los corporales y pália deben ser bendecidos por quien tenga facultad; mas no el purificador, segun algunos, por cuanto, dicen, no se encuentra en ningun Ritual dicha bendicion, respecto que antes servia el manípulo para la purificacion del cáliz. Sin embargo parece mas segura la opinion contraria por la razon siguiente: La rúbri-

ca manda sean bendecidos los manteles ; luego con mucha mas razon debe serlo el purificador, porque puede tocar reliquias de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Así lo practican los religiosos Cistercienses, sirviéndose al efecto de la bendicion siguiente :

«Adjutorium nostrum, etc.

«Dominus vobiscum, etc.

OREMUS.

«Deus omnipotens, bonarum virtutum
«dator, et omnium benedictionum largus
«infusor, supplices te rogamus, ut mani-
«bus nostris opem tuæ benedictionis infun-
«das, ut hoc linteamen virtute Spiritus
«Sancti beneddicere digneris, et omnibus
«eo utentibus gratiam sanctificationis sacri-
«mysterii tui benignus concede, ut in cons-
«pectu tuo sancti et immaculati atque irre-
«prehensibiles appareant, et auxilium mi-
«sericordiæ tuæ acquirant. Per Christum
«Dominum nostrum. Amen. Deinde asper-
«git eam aqua benedicta.» (Ritual. Cisterc.
lib. 8, n. 7, p. 592).

El corporal designa la sábana con la que fue amortajado el santísimo cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Llámase corporal, porque en él se pone el cuerpo y sangre del Señor durante el santo sacrificio. Antiguamente era tan grande, que cubria todo el

cáliz; el cual se cubre hoy con lo que llamamos *pália*, que por ser parte del corporal, se bendice con él. (S. Clemente, ep. 2, Sidon. de Isidoro Pelusiota, lib. 1, cap. 123).

El *velo* que cubre el cáliz significa la noche oscura de la pasion, cuando fueron instituidos los divinos misterios.

Ofrecian antiguamente los fieles el pan que habia de consagrarse, poniéndolo ellos mismos sobre del altar ; mas habiéndose introducido cierto abuso de presentar indistintamente toda especie de pan, y que á veces tenian los sacerdotes que servirse de pan poco limpio para la majestad del sacrificio, se introdujo la costumbre de ofrecer harina para hacer de ella el pan los mismos sacerdotes, que son las hostias. (Honor. August.).

Se ofrecen las hostias en figura redonda, porque de Dios es la tierra y cuanto ella contiene, el orbe y cuantos le habitan. (Durand. in Rationali, lib. 4, c. 30, n. 8). Tambien porque nos representa la forma de un denario (cierta moneda de plata del tiempo de los romanos), ya porque el Pan de vida fue entregado por denarios, ya porque el mismo denario se ha de dar en premio á los que trabajan en la viña del Señor. Por cuya razon, dice san Pablo: «Unusquisque
«propriam mercedem accipiet secundum

«suum laborem.» (Honor. August., cap. 41, n. 8).

Era costumbre entre los antiguos cristianos imprimir el signo de la cruz en los panes usuales: cuya costumbre se introdujo poner en los panes místicos, no solo la cruz, sino otros trofeos que nos representan á Cristo crucificado, ó resucitado, ó á su santísimo nombre. (Baronius, ad ann. Christ. 58, n. 65 et 66).

CAPÍTULO III.

DE LAS OTRAS COSAS NECESARIAS AL SACERDOTE PARA LA DEBIDA CELEBRACION DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA, COMO SON ORNAMENTOS Y PREPARACION.

Dos son las cosas necesarias, á mas de las dichas en los capítulos anteriores, para la debida celebracion; unas permanentes, y otras transeuntes. Las permanentes son los sagrados ornamentos, y las transeuntes consisten en las oraciones del sacerdote para su preparacion. Los sagrados ornamentos, segun san Jerónimo, fueron instituidos por la Iglesia á fin de que en el templo de Dios se diferenciassen los eclesiásticos de los vestidos profanos que usa el hombre fuera de los divinos oficios: pues por la mutacion de los vestidos del cuerpo

se inmuta el ánimo del sacerdote segun sus afectos para con mas devocion meditar los divinos misterios que hace. La deposicion, pues, de los seculares vestidos significa que el sacerdote debe despojarse del hombre viejo con todos sus actos, y la induccion de los nuevos y sagrados ornamentos denota la reformacion del hombre en santidad y justicia.

La invencion del uso de los vestidos sacerdotales parte viene de la ley antigua, y parte que han añadido los santos Padres del Nuevo Testamento. Mandó Dios á Moisés, Exod. xxviii: «Que hiciera ciertos santos vestidos para gloria y decoro de los sacerdotes, con los que vestidos ejercitasen decentemente su ministerio delante del Señor.» Igual razon tenemos para los sacerdotes de la ley evangélica; para que adornados con los sagrados ornamentos aparezcan mas venerados por todo el pueblo, dén á mas buen ejemplo en su porte, y diferenciados así del pueblo con orden y sin ofensa, puedan dedicarse con mas devocion á los sagrados misterios. Antes de hablar de cada uno de los ornamentos en particular, trataré primero de los comunes para los sacerdotes, despues de los pontificales.

Los comunes ornamentos de los sacerdotes son seis en número, á saber: amito, alba, cíngulo, manípulo, estola, y última-

mente casulla ó planeta. Cuyos ornamentos tanto por su número, como por su disposición, no solo designan los oficios de los sacerdotes, sino tambien la perfeccion de sus virtudes. Llamam los aritméticos perfecto el número de seis, por resultar de él unidad, binario y ternario. Debe, pues, el sacerdote, en estos vestidos con el número de seis, tener todas estas partes. Unidad eclesiástica, esto es, que no esté separado de la Iglesia por censura alguna. Debe tener la binaria caridad de Dios y del prójimo, como tambien el binario de justicia, que es apartarse de lo malo, y hacer lo bueno. Debe tambien tener el ternario de las virtudes teologales, esto es: fe recta, esperanza firme, y caridad perfecta; y así por el número de los seis ornamentos se hará digno de estos vestidos que denotan la perfeccion de la vida, como luego veremos.

Seis son tambien los comunes oficios de los sacerdotes en el pueblo de Dios, á saber: bautizar, catequizar, predicar, consagrar, absolver y ligar. Y porque el sacerdote vestido con estos sagrados ornamentos representa á Cristo, para que se vea cuál debe ser la cualidad de su vida, manifestaré brevemente la significacion de los indicados ornamentos en dos sentidos, alegórico respecto á Cristo, y moral que pertenece al mismo sacerdote. El sacerdote evan-

gético, acercándose á este sacrificio, representa á Cristo, su pasion y su muerte, segun el Apóstol, I Corinth. c. II. Por cuya razon el sacerdote que ha de consagrar la Eucaristia debe vestirse de los ornamentos que indiquen ó signifiquen lo que pasó en la pasion de Cristo, á fin de que acercándose al altar manifieste y declare no solo con palabras, si que tambien por sus vestidos, las angustias, aficciones y tormentos de tan terrible sacrificio.

El amito, pues, en sentido alegórico respecto á Cristo, significa aquel velo súcio con el que los judíos en casa de Caifás cubrieron la cara de Cristo. (Matth. xxvi). El alba representa aquel vestido blanco que por burla le hizo poner Herodes. (Luc. xxiii). El cingulo denota la cuerda con la que fue ligado cuando le prendieron en el huerto. El manípulo figura la cuerda con la que fue atado en la columna cuando le azotaron. La estola la otra cuerda que le pusieron al cuello en casa de Pilatos para llevarlo como facineroso al Calvario. Y tambien la toalla con la que fue bajado su cuerpo de la cruz. La casulla, no solo recuerda el vestido de púrpura con el que le cubrieron cuando fue coronado de espinas, si que tambien la túnica inconsútil de la que fue despojado, para clavarlo en la cruz. (Joan. xix). Puede tambien darse á Cristo otra signi-

ficacion alegórica respecto á los indicados ornamentos. El amito cubriendo la cabeza significa la humanidad de Cristo que cubria su divinidad; de quien dice el Apóstol, I Corinth. II: *Caput Christi Deus est*. El alba de lino denota la pureza de su vida en todo género de virtudes, especialmente en la castidad virginal. El cingulo puede referirse á su caridad; queriéndose unir al cuerpo de su Iglesia, de quien dice el mismo Apóstol: *Quod est vinculum perfectionis*. (Colos. III). El manipulo que lleva el sacerdote en su brazo izquierdo es el premio de la bienaventuranza que Cristo en esta vida, que es la izquierda de Dios, alcanzó siendo á un mismo tiempo viador y bienaventurado; por cuya razon leemos, Cant. II: *Leva ejus sub capite meo*. La estola, puesta al cuello del sacerdote, significa la obediencia de Cristo: *qua factus est obediens Patri usque ad mortem*. (Philip. II). La casulla, que cubre todo el cuerpo del sacerdote, es la plenitud de la gracia en Cristo, de quien, Joan. I, dice: *Vidimus eum plenum gratiæ et veritatis*.

Significacion moral.

La moral significacion de estos ornamentos puede ser de la cualidad de vida y costumbres del sacerdote consecrante: como tambien de cada uno de los fieles que co-

mulgaren, y de todos los demás que asistieren al sacrosanto sacrificio de la Misa. Pues esta mesa sacramental es un convite nupcial, ó cena de un gran rey, donde debemos todos asistir con limpio, espiritual y aseado vestido, significado por los sagrados ornamentos que cubren el cuerpo del sacerdote; que ofrece á Dios la inmaculada hostia, no solo para sí, sino tambien en persona de todos los circunstantes y de toda la Iglesia, como expresamente lo manifiestan las palabras del Canon secreto en muchos lugares.

El amito, pues, significa la esperanza teológica, como lo observa el Apóstol, Ephes. VI. «Porque el sacerdote en este misterio no debe presumir de su propio mérito para hacer la consagracion eucarística, que excede los méritos de todos, «sino que debe confiar en solo su Dios, en «cuyo admirable poder é inmensa misericordia se hace aquella transmutacion.»

El manipulo significa la fe, que como otro escudo se pone en la izquierda del militar armado: la fe, dice el mismo Apóstol en el lugar citado, se asemeja al escudo, y es tan necesaria al sacerdote que celebra este Sacramento, que sin ella apenas podrá consagrar por falta de intencion.

La casulla significa la caridad que cubre todos los demás ornamentos, por lo que nos

dice el Apóstol, Colos. III: *Super omnia autem charitatem habete*. Por cuya razón debe el sacerdote acercarse al ministerio del Sacramento del altar por caridad, celebrando su Misa por amor de Dios y del prójimo; esto es, que principalmente sea Dios alabado por su oficio y honrado por los fieles.

El alba significa las demás virtudes morales, en especial las cuatro llamadas *cardinales*, por cubrirnos con ella todo el cuerpo. La parte que cubre nuestro anterior denota la *prudencia*, que mira á lo futuro para hacer las buenas obras, y evitar las malas. La parte posterior significa la *justicia* satisfaciendo con verdadera penitencia por los pecados, detestándolos, y deseando los méritos futuros. La parte derecha manifiesta la *templanza* que es necesaria á los siervos de Dios en la próspera fortuna, que es la derecha; para que no excediéndonos en los goces y delicias, no nos apartemos de Dios, bien incommutable, por las cosas pequeñas y variables de la tierra. La parte izquierda indica la *fortaleza* que se necesita en los casos adversos, á fin de que ni por molestias ni tentaciones desistamos del bien obrar.

El cingulo, que sostiene el alba al cuerpo del sacerdote, manifiesta la castidad y continencia que debe este guardar, como dijo Cristo á san Lucas, XII: *Sint lumbi vestri*

præcincti. La que es absolutamente necesaria cuando se trata de un ministerio tan puro como es la carne virginal de nuestro Redentor. Por cuya razón la Iglesia latina mandó el celibato y perpétua continencia á sus sacerdotes.

Ornamentos pontificales.

Á mas de estos ornamentos comunes de los sacerdotes, tienen los Obispos otros nueve propios para ellos, y son: caligas, sandalias, succintorio, tunicela, dalmática, mitra, guantes, anillo y báculo, por dos razones. La primera y mas comun es, porque el Obispo ejerce nueve oficios sobre todos los demás sacerdotes, á saber: Ordenar clérigos, bendecir vírgenes, dedicar basílicas, disponer de los clérigos, celebrar sinodos, hacer el crisma y consagrar ornamentos y vasos sagrados. La segunda razón es la significacion espiritual de cada uno de ellos. Por las *caligas* se significa la rectitud de los pasos en sus honores: por las *sandalias* que cubren los piés se denota el desprecio de las cosas terrenas: por el *succintorio* que ata la estola con el alba se indica el amor á la honestidad: por la *tunicela*, la perseverancia, porque baja hasta á los piés, que significan el fin de la vida: la *dalmática* denota la largueza en las obras de misericordia: los *guantes* indican

la cautela con que debe obrar el Prelado: la *mitra* simboliza la ciencia de uno y otro Testamento, siendo esta la razon porque tiene dos puntas: por el *báculo* se manifiesta el cuidado pastoral, pues el Obispo debe coger los vagos, lo que significa la curva de la cabeza del báculo; debe sostener á los enfermos, lo que significa el tronco del mismo báculo; y debe punzar á los perezosos, lo que significa el pié del báculo, cuyas obligaciones contiene el siguiente verso:

Collige, sustenta, stimula, vaga, morbida lenta.

El *avillo* significa el Sacramento de fe por la que el Obispo se desposa con la Iglesia.

Á mas de estos ornamentos tiene el Arzobispo el *pálio*, en signo de una potestad privilegiada y mas ancha que los demás Obispos, lo que significa la forma del mismo pálio que le rodea ó circunda todo por todas partes. Sin embargo, el Sumo Pontífice, aunque obispo romano, no usa báculo, en señal que él no tiene coartada la potestad como los demás Prelados; cuya coartacion es indicada por la curva del báculo que estos usan. He dicho ya lo suficiente sobre estos ornamentos, por no tener intencion de hablar sino de los que pertenecen á los sacerdotes para la celebracion del sacrosanto sacrificio de la Misa.

Vamos ahora á manifestar lo que debe practicar el sacerdote antes de la celebracion, hablo de las cosas transeuntes ó sucesivas, esto es, de las oraciones necesarias antes de acercarse al altar, que son de dos especies, á saber: las Horas canónicas por las que se representa la pasion de Cristo como en la Misa, y las devociones privadas que hacen los sacerdotes para su purificacion, ó inflamar su corazon para celebrar con fe, temor y temblor un tan digno sacrificio.

Horas canónicas se llaman aquellas que segun los Cánones de la Iglesia están obligados los sacerdotes á decir las todos los dias en el templo del Señor para que oren á Dios para sí y por los otros fieles. Estas se distinguen en Horas nocturnas y diurnas. Las Horas nocturnas son los Maitines divididos en tres nocturnos, en honor de la santísima Trinidad, y para significar los tres estados de los fieles, esto es, el de la ley natural, el de la ley escrita, y el de la ley de gracia. Á estos nocturnos algunos unen los Láudes, y de estos y aquellos hacen un oficio de una sola hora canónica. Otros ponen los Láudes entre las Horas diurnas, que cuentan el número de siete, segun aquellas palabras del Profeta: *Septies in die laudem dixi tibi*; para que se entienda únicamente del dia artificial, que se

diferencia de la noche: sin embargo, los primeros entienden esto del día natural, que se compone de la noche y día artificial, por cuya razón todas las Horas ya nocturnas como diurnas son en número de siete, á saber: Maitines (en los que se incluyen las Láudes como oficio nocturno), luego las Horas diurnas, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas. Mas dejando á un lado la diversidad de estas opiniones veamos cuáles de estas horas tiene obligación de rezar el sacerdote antes de la celebración del santo sacrificio.

Para mayor claridad debemos considerar dos especies de celebración: una pública y solemne, en las iglesias catedrales y colegiadas; y otra privada, en las iglesias menores ó parroquiales, ú oratorios. Esto supuesto, los decretos eclesiásticos que establecen se digan las Horas canónicas antes de la Misa, debe entenderse respecto á las Misas públicas y solemnes en las iglesias mayores, en las que deben preceder á la Misa, no solo las Horas nocturnas, como Maitines y Láudes, sino también las diurnas Prima y Tercia, esto en los días de domingo y festivos; pues en los de feria, no siendo ayuno, también debe decirse Sexta antes de Misa; mas en los días de ayuno, que se retarda la Misa, no debe celebrarse la conventual antes que se diga la Nona en

el coro. No obstante de esta regla general, se exceptúa el día de la Natividad del Señor, en el que la Misa que se dice al canto del Gallo se celebra al momento despues de Maitines y antes de Láudes, como también la Misa de Aurora que se dice despues de Láudes y antes de Prima; también se exceptúan las Misas de difuntos ó aniversarios que se dicen en las iglesias mayores despues de Prima y antes de Tercia, como también ciertas otras Misas extraordinarias que no son principales en tales iglesias.

Respecto á las Misas privadas, ó las que se celebran en las iglesias menores, en especial en aquellas donde no hay costumbre de cantarse las Horas canónicas, no hay determinación alguna en los decretos de la Iglesia qué Horas deben rezarse antes de la celebración. Con todo, no debe acercarse el sacerdote á celebrar sin que preceda alguna preparación interior de su ánimo, pues á esto están ordenadas las Horas canónicas, y parece que *necessitate precepti* en las Misas privadas para su lícita celebración deben antes rezarse Maitines y Láudes. Mas de las otras Horas no hay precepto alguno que obligue á pecado mortal á que se recen antes de la Misa. Debe con todo el sacerdote de timorata conciencia, en cuanto pueda, conformarse á la costumbre de las iglesias principales, y no decir Misa

sin necesidad antes de rezar Maitines, Láudes y Prima.

Respecto á las devociones espirituales para purificar y excitar á los fieles al respeto y veneracion de tan santo Sacrificio, no hay regla general para todos los sacerdotes, sino que se deja al arbitrio de cada uno; sin embargo, Celestino papa ordenó que los Obispos rezaran antes estos cinco salmos: *Quam dilecta tabernacula, Benedixisti Domine, Inclina Domine, Credidi, et De profundis*; y por razon de que todas las inmundicias interiores provienen de los cinco sentidos, deben por los salmos indicados descubrirse y purgarse. Se dicen dichos salmos, porque contienen ciertas cosas especiales, que directamente y por sí convienen á los que han de celebrar el sacramento de la Eucaristía, como claramente se ve si bien se considera su verdadero sentido. Todo simple sacerdote puede tambien decir los mismos cinco salmos por su devocion; mas no de esto se sigue estén obligados á ello por precepto alguno. Otros eligen aquellos cinco salmos que se añaden en la Prima dominical, en los cuales se hace especial mencion de Nuestro Señor Jesucristo. Otros rezan los siete salmos penitenciales. Y otros, finalmente, rezan ciertas confesiones y devociones sacadas por san Agustin y otros Doctores de la Iglesia.

CAPÍTULO IV.

OBJECIONES DE LOS PROTESTANTES CONTRA LA DOCTRINA DE LA IGLESIA CATÓLICA, SACADAS DE LA LITURGIA Ó DE LAS ORACIONES DE LA MISA.

Antes de entrar en la explicacion de las ceremonias y misterios contenidos en el sacrosanto sacrificio de la Misa, no será inoportuno exponer primero las dificultades que los pretendidos reformadores en contra nos oponen. Nada dicen sobre el principio de ella, por no contener otra cosa que salmos, cánticos piadosos, y santas lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento. Sus objeciones comienzan en la parte que se llama propiamente el sacrificio, la liturgia, la Misa; es decir en la parte de la oblacion ú ofrenda, y á la oracion llamada Secreta. Las mismas continúan en el Cánon y en todo el resto perteneciente á la celebracion de la Eucaristía, hasta á la oracion llamada *Postcommunio*, despues de la Comunión. En cuanto á la súplica del auxilio de los Santos, que en algunas partes hacemos, dicen no puede comprenderse sobre cuál fundamento se pretende que estas súplicas interesen á la gloria de Dios, siendo suficiente la mediacion de Jesucristo, para que

sin necesidad antes de rezar Maitines, Láudes y Prima.

Respecto á las devociones espirituales para purificar y excitar á los fieles al respeto y veneracion de tan santo Sacrificio, no hay regla general para todos los sacerdotes, sino que se deja al arbitrio de cada uno; sin embargo, Celestino papa ordenó que los Obispos rezaran antes estos cinco salmos: *Quam dilecta tabernacula, Benedixisti Domine, Inclina Domine, Credidi, et De profundis*; y por razon de que todas las inmundicias interiores provienen de los cinco sentidos, deben por los salmos indicados descubrirse y purgarse. Se dicen dichos salmos, porque contienen ciertas cosas especiales, que directamente y por sí convienen á los que han de celebrar el sacramento de la Eucaristía, como claramente se ve si bien se considera su verdadero sentido. Todo simple sacerdote puede tambien decir los mismos cinco salmos por su devocion; mas no de esto se sigue estén obligados á ello por precepto alguno. Otros eligen aquellos cinco salmos que se añaden en la Prima dominical, en los cuales se hace especial mencion de Nuestro Señor Jesucristo. Otros rezan los siete salmos penitenciales. Y otros, finalmente, rezan ciertas confesiones y devociones sacadas por san Agustin y otros Doctores de la Iglesia.

CAPÍTULO IV.

OBJECIONES DE LOS PROTESTANTES CONTRA LA DOCTRINA DE LA IGLESIA CATÓLICA, SACADAS DE LA LITURGIA Ó DE LAS ORACIONES DE LA MISA.

Antes de entrar en la explicacion de las ceremonias y misterios contenidos en el sacrosanto sacrificio de la Misa, no será inoportuno exponer primero las dificultades que los pretendidos reformadores en contra nos oponen. Nada dicen sobre el principio de ella, por no contener otra cosa que salmos, cánticos piadosos, y santas lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento. Sus objeciones comienzan en la parte que se llama propiamente el sacrificio, la liturgia, la Misa; es decir en la parte de la oblacion ú ofrenda, y á la oracion llamada Secreta. Las mismas continúan en el Cánon y en todo el resto perteneciente á la celebracion de la Eucaristía, hasta á la oracion llamada *Postcommunio*, despues de la Comunión. En cuanto á la súplica del auxilio de los Santos, que en algunas partes hacemos, dicen no puede comprenderse sobre cuál fundamento se pretende que estas súplicas interesen á la gloria de Dios, siendo suficiente la mediacion de Jesucristo, para que

sean bien recibidas. Todos sus argumentos conciernen á la celebracion de la Eucaristía: extrañan el origen que damos á la palabra Misa, y se admiran que un tan grande misterio haya sido nombrado por una de sus partes menos principales. Mas sin detenernos mucho á la dificultad del nombre, que debe ser siempre la menor, y no merece contarse, la grande dificultad de los ministros reformadores pertenece al fondo de las oraciones; pues no siendo la Misa otra cosa que la celebracion de la Eucaristía, la doctrina de la Iglesia católica debe encontrarse en ella toda entera; y esto, dicen dichos señores que es falso. Es verdad, confiesan unos, que una parte de la doctrina católica, que pertenece á la oblacion, ó sacrificio, es una cosa muy visible; y aunque otros traten de eludir la fuerza de la palabra, diciendo debe entenderse de una oblacion ó de un sacrificio impropriamente dicho, no se acomodan todos á esta respuesta. Por quanto se dice bastante distinto, añaden, y muy á menudo, que se ofrece á Dios en sacrificio los dones propuestos, para dejarnos creer que estas palabras no deben tomarse en su sentido natural; sino que en fin es pan y vino lo que se ofrece. Este sacrificio es llamado por los antiguos un sacrificio de pan y de vino; por cuyo motivo le llaman el sacrificio de Mel-

quisedec, á causa que, segun ellos, este grande sacrificador de Dios altísimo le ofrecia el pan y vino que él hizo tomar en seguida á Abraham y á los suyos. Primera dificultad. Las otras son mucho mayores, pues los ministros pretenden que en todas las oraciones concernientes á la celebracion de la Eucaristía no hay cosa que demuestre la presencia real ni la transustanciacion ó cambio de la sustancia: en esto, sin embargo, consiste, segun nosotros, el fondo del misterio; es esto, sin duda, lo que debiera mas expresamente designarse. Mas, prosiguen, léjos de indicarlo en términos así formales como debiera desearse, mas bien hallamos en ellas lo contrario; pues se encuentra en una oracion secreta del dia de Natividad (2.^o Mis.): «Que la «sustancia terrestre nos confiere, ó nos da «aquello que es divino.» Esta sustancia, pues, permanece en el sacrificio sin que se nos diga haya sido cambiada. En otra oracion se pide que «aquello que se celebra «en figura ó con apariencia, *especie*, sea «recibida del mismo modo en la verdad misma.» (Postcom. Sabb. quat. Temp. Sept.). Y en efecto, dicen los Protestantes, si han creido ofrecer al mismo Jesucristo, es decir, su verdadero Cuerpo y su verdadera Sangre, ¿se pediria á Dios tantas veces la recibiese con agrado? Aun se hace mas: se

pide á Dios en el Cónon reciba con agrado la oblacion que se le ha hecho, del mismo modo que recibió los dones de Abel y el sacrificio de Abrahan ó de Melquisedec: lo que indica que no hay aquí mas que criaturas ofrecidas, y á todo mas, figuras de Jesucristo, del mismo modo que en la oblacion de Abel y otros justos. Pues ¿qué verosimilitud de comparar el cuerpo y la sangre de Jesucristo, donde reside la perfeccion, con unas cosas tan imperfectas? Aun hay mas: no contentos de suplicar á Dios que reciba con agrado la oblacion que se le hace, como si se dudaba, se ruega á Dios «hacérsela presentar por la mano de su Ángel sobre su altar celestial.» ¡Qué! para hacer valer delante de Dios la oblacion del cuerpo de su Hijo ¿es necesario para esto el ministerio de un Ángel? ¿El mediador tiene necesidad de otro mediador, y Jesucristo no es recibido por sí mismo? Esta oracion se hace despues de la consagracion. Todas las Secretas están llenas de oraciones que se hacen á Dios, á fin de que reciba con agrado nuestras oblaciones por la intercesion y mérito de sus Santos. ¿Cómo pueden emplearse los Santos al objeto de obtener de Dios reciba con agrado nuestras oblaciones, si estas oblaciones, cuando están consagradas, no son otra cosa que el cuerpo y la sangre de Jesucristo? y sobre to-

do, ¿cuál es el sentido de esta oracion que se hace en memoria de san Pablo (Die Fest. Ap. Petr. et Paul. Cath. Petr.): «Ó Señor, «santificad estos dones por las súplicas de «vuestro Apóstol, á fin de que esto que os «es agradable por vuestra institucion os lo «sea mas por la proteccion de un tal supli- «cante?» ¿Puede verificarse que la institucion de Jesucristo, ó mejor, que Jesucristo mismo llegue á ser mas agradable por las oraciones de un Santo? Pero aun hay otra cosa peor. Este sacrificio que se ofrece por las súplicas de los Santos, se lo ofrecen en cierto modo á ellos mismos, pues que es ofrecido á honor suyo. Si lo que se ofrece es el mismo Jesucristo, ¿se puede ofrecer á honor de sus servidores? Todo esto es muy bizarro, por no decir otra cosa, dicen nuestros adversarios. Los hábiles entre ellos sienten en extremo que estas oraciones son muy antiguas; sin embargo quieren suponer que la misma antigüedad está contra de nosotros. Tambien encuentran muy extraño se bendiga con signos de cruz el cuerpo de Nuestro Señor, aun despues de la consagracion; y esta antigua ceremonia les parece aun una prueba contra la presencia real, pues que jamás debe bendecirse aquello que se cree ser la fuente y el origen de toda bendicion.

En fin, ellos nos piden se les manifieste

la adoracion de la hostia en los antiguos Sacramentarios. No se encuentra en ellos, dicen, ni tampoco en el órden romano, cuando este prescribe el rito de la Comunión, que se reciba de rodillas, ni que se tenga el menor acto de respeto con la santa Eucaristía; ni se encuentran en ellos estas genuflexiones que se hallan en nuestro Misal. La elevacion que practicamos actualmente, luego despues de la consagracion, tampoco se encuentra en ellos; y aquella que se observa en otro lugar, como antes del *Pater noster*, tiene muy diferente objeto que la de adorar á Jesucristo, puesto que los antiguos intérpretes del cánon no encuentran en ella mas que una ceremonia de la oblation, ó la conmemoracion de la elevacion de Jesucristo en la cruz, y algun otro misterio parecido. Ellos pretenden tambien que los griegos no adoran lo que nosotros; y que en general su liturgia, cuya conformidad nos gloriamos ser igual á la nuestra, es del todo diferente, en especial en lo que mira á la consagracion, pues que ellos la hacen por la oracion despues de recitadas las palabras de Nuestro Señor (Miss. Chryst.), léjos de hacerla consistir como nosotros en estas mismas palabras. Añaden que la oblation se hace entre ellos, tanto por los Santos, como por la santísima Virgen, como por lo comun de muertos; concluyendo de esta

costumbre, que nada puede sacarse de la oblation por los muertos en favor del purgatorio, ó de este estado medio que nosotros admitimos, mas que los griegos, á lo que ellos dicen, no lo conocen. Aquí teneis las dificultades de los ministros protestantes en toda su fuerza.

Voy á resolverlas, no con palabras, sino con hechos, con la gracia del Señor. Todas se desvanecerán unas despues de otras á medida que expondré los sentimientos de la Iglesia con los términos de su liturgia á sus correspondientes lugares.

CAPÍTULO V.

EXPLICACION DE LA PALABRA MISSA.

Varios son los nombres que se dan á la Missa. Baronio, Héctor, Pincto y otros la consideran como derivada del verbo hebreo *Missat*, que significa *oblationem liberali animo factam* (Deut. xvi), en donde se lee: *Oblationem spontaneam manus tue*. La misma palabra significa tambien alguna vez *Mysterium, res sacra, arcanum*.

Belarmino, el cardenal Bona, santo Tomás y otros la consideran como vocablo latino derivado del verbo *mitto* á *mittendo*, siendo casi lo mismo *Missa* ac *Missio*, del mismo modo que *remissa* equivale á *remis-*

sio. Por lo que los latinos llaman á la Misa: Oblacion, Comunion, *Colecta*, *Dominico* y *Sacrum agendum*.

Se dice *Oblacion*, del verbo *offero*. *Comunion*, como parte tomada por el todo, porque en el sacrificio de la Misa, se hace la consagracion, y se participa del cuerpo del Señor, y por el mismo vocablo se designa la Comunion. Se llama *Colecta*, porque el pueblo se reúne para asistir al sacrificio. *Dominico*, por ser un místico sacrificio. (Cyprian. ad Cæcil. ep. 63). *Sacrum*, porque designa el templo. *Agenda*, porque los antiguos acostumbraban decir *Agere Missas*, y sacrificar á Dios es cierta accion singular y excelentísima. De aquí es que el nombre de accion significa principalmente *Canon Missæ, quia in eo Sacramenta conficiuntur Dominica*.

Los griegos tienen muchos nombres para designar el sacrificio de la Misa, siendo estos los principales: *Liturgia*, *Mystagogia*, *Hierurgia*, *Synaxis*, *Telete*, *Thysia*, *Anaphora* y *Prosphora*.

Liturgia significa público ministerio. *Mystagogia* es lo mismo que accion mística. *Hierurgia* equivale á accion sagrada. *Synaxis* significa lo que los latinos llaman *Collecta*, del verbo *congrego*. *Thysia* denota sacrificio, lo mismo que *mactio*, sacrificio. *Telete* viene de *perficio*, significa

consagracion, sirviéndose los griegos de este vocablo, tanto para designar el sacrificio, como para conferir órdenes, y tambien para la bendicion del crisma. *Anaphora* y *Prosphora* denotan la oblacion.

Supuesto todo esto, por lo que concierne á la palabra *Missa*, puede decirse, sin dudar, que su origen es latino, por ser inflexion de *missio*. *Missa* equivale á permiso, despido por *missio*, como dije antes; *oblata* por *oblatio*, oblacion, y *secreta* por *secretio*, separacion; porque esta era la oracion que se hacia sobre la oblacion, despues de haber separado del resto lo que se habia reservado por el sacrificio, ó despues la separacion de los catecúmenos, y despues tambien que el pueblo se habia adelantado hácia el santuario ó altar, para poner en él su oblacion, se habia retirado á su sitio; lo que hace que esta oracion llamada *super oblata* en algunos antiguos Sacramentarios es llamada *post secreta* en otros.

Sea lo que quiera de este origen de la secreta, en el de la Misa no cabe duda; es verdad que los latinos han dado este nombre al sacrificio, á causa que cuando se llegaba á la oblacion se despedia á los catecúmenos, á los penitentes y posesos, y á la fin á todo el pueblo por una solemne proclamacion.

Este despido de los catecúmenos y demás

se hacia por el diácono, quien gritaba en alta voz: «Que salgan los catecúmenos.» Estos se acercaban al momento á recibir la bendicion del Pontífice, por la imposicion de sus manos, y una oracion proporcionada á su estado. Luego se retiraban con grande humildad y riguroso silencio. Los penitentes hacian otro tanto, despues de habérseles anunciado se retirasen. Se alababa del mismo modo á los posesos, quienes eran separados del pueblo fiel, tanto por no merecer por su estado ver los misterios, como tambien por temor que no turbasen la ceremonia y silencio por algun grito ó alguna accion indecente.

Esta exclusion solemne de estas tres clases de personas daba al pueblo una alta idea de los santos misterios; porque le hacia ver qué pureza era preciso tener solamente para asistir á ellos, y mucha mas para participar de los mismos.

El despido que se hacia del pueblo fiel, despues de acabada la solemnidad, no era menos venerable; pues por él se hacia entender, lo que tambien está mandado por muchos cánones, que no era permitido salir sin el permiso de la Iglesia, que no despide á sus hijos sin haberles antes llenado de veneracion por la majestad de los misterios y gracias que acompañan su recepcion: de suerte que se volvían á sus ocu-

paciones ordinarias, acordándose que la Iglesia que los habia despedido para ellas, los advertia por este medio de hacerlas con la religion que merecia su vocacion y espíritu del que estaban llenos.

Se ve claramente que este despido tenia, pues, alguna cosa mas augusta de lo que piensan los Protestantes. Sea lo que quiera, es cierto que no habia cosa en el sacrificio que admirase mas á los ojos del pueblo. Este es quien da los nombres, y los da por aquello que mas le admira; y porque se anunciaba esta mision ó este despido, solemnemente por tres ó cuatro veces, no llamaban al sacrificio *Missa* solamente en singular, sino en plural *Missas*: pues decian *Missas facere, Missarum solemnía*, y así de lo demás; porque no habia un despido solo, sino que despues de haber despedido, como se ha dicho, á los catecúmenos, posesos y penitentes, se concluía la accion despidiendo á todo el pueblo.

CAPÍTULO VI.

EXPLICACION DE LAS DIFICULTADES QUE
CONCIERNEN Á LA COSA MISMA. DISTRIBU-
CION DE LA MISA EN TODAS SUS PARTES.

Despues de haber explicado el nombre, para llegar ahora al fondo del misterio, es

preciso tener presente ante todo la antigüedad de las oraciones, de donde sacan los Protestantes sus argumentos para combatirnos. En su lugar hablaremos de esta antigüedad tan venerable: bástame por ahora hacer observar que no es sin razon que los ministros procuran encontrar en ella su doctrina sobre la presencia real, antes que la nuestra. Pues como bien saben ellos en su conciencia que ellas son de una grande antigüedad, confesando que estas nos son favorables, se verian precisados al mismo tiempo á confesar que la data de nuestra creencia es mas antigua que ellos no quieren; por esto tienen razon, segun sus principios, de extenderlas á su sentido, como tambien tratan hacer lo mismo con los antiguos Padres.

Mas para quitarles todo pretexto, lleguemos al fondo, diciendo que la celebracion de la Eucaristia contiene dos acciones principales: la oblacion, en la que se incluye la consagracion, y la participacion ó recepcion. Para detenernos al hecho como prueba mas clara y evidente, es muy justo notar que la oblacion, como veremos, consiste en tres cosas: la Iglesia ofrece á Dios el pan y el vino; el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor; se ofrece á sí misma, y ofrece á Dios todas sus oraciones en union con Jesucristo que ella cree presente: estos son

los hechos que debemos considerar. Despues nos serviremos de la sagrada Escritura, á fin de manifestar hasta su origen; pero es necesario, ante todo, comprender bien la práctica. Para cuyo efecto, dejando á un lado los argumentos y cuestiones de varios doctores, dividiremos la Misa en tres partes principales. La primera parte es la preparacion del pueblo para ofrecer el santo sacrificio. La segunda pertenece á la consagracion ó inmolacion del sacrificio. Y la tercera consiste en la distribucion, comunion y participacion del misterio consagrado.

La primera parte se extiende desde el principio de la Misa hasta el fin del Ofertorio; y se dice Misa de catecúmenos, esto es de fieles no aun bautizados, pero sí instruidos en la doctrina de la fe; pues catequizar equivale á instruir y enseñar. Estos asistian á esta primera parte hasta llegar á la oblacion, y luego despues, como he dicho antes, se les mandaba salir de la iglesia diciendo el diácono estas palabras: «Salgan todos los catecúmenos que aun no «bautizados no pertenecen al cuerpo de la «Iglesia.» Como si dijera, no pertenecen al verdadero cuerpo de Cristo, por cuya razon no deben asistir á su consagracion.

La segunda parte pertenece al sagrado Cánón que lee secretamente el sacerdote:

que empieza en el *Te igitur*, y concluye en el *Præceptis salutaribus moniti*: desde cuyo lugar hasta concluir llamamos la tercera parte. Pero dejando las dos últimas para otro lugar, nos ocuparemos ahora solo de la primera.

La primera parte de la Misa se subdivide en otras tres, segun las tres preparaciones del pueblo fiel para la devota oblacion del sacrificio: unas preceden al Intróito; otras se introducen despues de aquel para instruir ó enseñar al pueblo, y otras subsiguuen para disponer el sacrificio.

Las preparaciones que preceden al Intróito son cuatro: el salmo *Judica me Deus*, que significa alegría y esperanza: la confesion general, que indica el deseo de su purificacion: ósculo de altar, que manifiesta la union de los miembros y cabeza, é incienso, que patentiza la devocion del celebrante y del pueblo asistente.

CAPÍTULO VII.

DE LAS PREPARACIONES QUE PRECEDEN AL INTRÓITO DE LA MISA.

Antes de todo es preciso advertir que la Misa es el sacrificio de los cristianos, es decir, el acto principal de religion que se rinde á Dios, ofreciéndole y consagrándole al-

guna cosa sensible, dándole el culto supremo que le es debido como á nuestro Criador, y el homenaje de una dependencia absoluta. Por este acto se da gracias á Dios por todos sus beneficios, se pide por él mismo las gracias que necesitamos, y se apacigua su cólera irritada por nuestros pecados.

La víctima que se ofrece á Dios por todos sus fines es el cuerpo y la sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y de vino, que se le consagran en memoria perpétua de la pasion y muerte del mismo Jesús, como así él lo ordenó.

El altar en este acto representa el trono de Dios, donde él recibe las adoraciones de todas las criaturas. Significa tambien, como dije, á Jesucristo, en quien todos nuestros votos y nosotros mismos nos hemos ofrecido á Dios como ofrenda agradable.

El sacerdote representa á Jesucristo nuestro Pontífice. Los hábitos sagrados hacen conocer que el sacerdote es una nueva criatura llevando en sí mismo la imágen de Jesucristo crucificado, en nombre del cual obra y habla durante el sacrificio.

Es, pues, necesario unirse al sacerdote, y en la persona del sacerdote unirse tambien á Jesucristo, de quien es él ministro. Es tambien el sacerdote el ministro de todo el pueblo, en cuyo nombre habla, elevando á

Dios sus votos y oraciones, de modo que este sacrificio no solo es sacrificio del sacerdote, sino tambien de todo el pueblo.

Principio de la Misa.

Revestido ya el sacerdote con los ornamentos sagrados, acercándose ante las gradas del altar, en el plano de la iglesia, empieza la misa con el signo de la cruz; del que por tradicion apostólica usan todos los cristianos en el principio de todas sus acciones. Luego en seguida dice la antifona *Introibo*, que no hay cosa mas á propósito ni mas acomodada para el caso: pues *antiphona* en griego significa una alabanza, ó canto reciproco y alternativo.

Judica me Deus.

Este es el salmo XLII que el rey David desterrado por Saul, para evitar su ira, ausente de su patria se consolaba con la esperanza de volver á Jerusalem y acercarse al altar del Señor para ofrecer sacrificios. Sacerdote y ministro, este en nombre del pueblo asistente, alternativamente recitan uno por uno los versos de este salmo; porque debe ser comun á ambos, al acercarse al altar, la fe y alegría en la oblacion del sacrificio. Se dice al fin *Gloria Patri...* porque el sacrificio se dirige en alabanza y honor de Dios, que es trino y uno.

Dicho salmo *Judica* se omite en las Misas de difuntos y en tiempo de Pasion, porque es un salmo de alegría, como consta por aquellas palabras: *Quare tristis es anima mea?* y en las Misas de difuntos y de Pasion no tiene lugar la alegría, sino el llanto y el sentimiento.

Empezó á decirse en la Misa el indicado salmo, del séptimo al octavo siglo; por cuyo motivo san Pio V, cuando reconoció el Misal, mandó á todos los sacerdotes, para uniformidad de ritos, recitasen antifona y salmo.

Adjutorium, et Confiteor.

Luego el sacerdote, buscando el socorro celestial para vencer toda tentacion, se sirve de aquellas palabras del salmo CXXIII, diciendo: *Adjutorium nostrum in nomine Domini*, á lo que responde el ministro: *Qui fecit caelum et terram*. En seguida, estando profundamente inclinado y detenido aun al pié del altar, como indigno de acercarse á él, confiesa en presencia de todos sus pecados, diciendo el *Confiteor*, no en especie, sino en general; lo que le basta para su purificacion de todos los veniales. El ministro despues suplica para el sacerdote la misericordia de Dios, quien responde *Amen*, y el mismo ministro reza el *Confiteor* confesando tambien sus pecados en nombre de

todos los asistentes, orando en presencia del sacerdote, á fin de purificarse segun el Salmista: *Dixi confitebor adversum me...* Por lo que, siendo esta confesion general de una y otra parte, no necesita ni se da absolucion, sino que se pide y suplica, como se deja ver por las palabras *Misereatur vestri... Indulgentiam, absolutionem...* etc.

Sacerdote y ministro dicen el *Confiteor*, y la oracion *Misereatur*, porque sacerdote y ministro ó pueblo, en cuyo nombre este habla, con su mútua confesion y oracion confian podrán conseguir el perdon de los pecados leves para ofrecer á Dios con toda pureza el santo sacrificio: *Confitemini alterutrum peccata vestra, et orate pro invicem, ut salvemini*: son palabras del apóstol Santiago, c. v, v. 16.

Permaneciendo aun el sacerdote fuera las gradas del altar, despues de la Confesion recita ciertas oraciones sacadas de las sagradas páginas, por las que pide á Dios el perdon de los pecados, como tambien la pureza de intencion, tan necesaria para la celebracion de tan santo sacrificio, á las que responde siempre el ministro.

Salutacion del sacerdote al pueblo.

Una de sus oraciones, la que repite algunas veces durante la Misa es: *Dominus vobiscum*, salutacion que el sacerdote ha-

ce al pueblo, sacada del libro de Rut, c. xi, v. 4, y ordenada en la Iglesia por tradicion apostólica (Concil. Bracarens. I, cant. 21), y finalmente establecida por decreto de san Clemente papa (Gem. lib. 1, cap. 87), ó tambien de san Anacleto. (Hugo, lib. 2, cap. 11). Llámala salutacion divina, san Dionisio, de Ecclesiast. Hier. Responde el ministro: *Et cum spiritu tuo*; esto es, que Dios sea en tu espíritu, asistiéndote en la celebracion de tan alto misterio; cuya respuesta parece sacada de aquellas palabras que decia el apóstol san Pablo: *Gratia Domini nostri Jesu Christi cum spiritu vestro Fratres. Amen.* (Ad Galat. c. vi, v. 18). Cuyas palabras durante la Misa repite el ministro otras tantas veces, cuantas dice el sacerdote *Dominus vobiscum*.

Ósculo de altar.

Despues de haber el sacerdote excitado á los fieles para dirigir á Dios sus súplicas, diciendo *Oremus*, y al subir las gradas del altar recita las oraciones *Aufer à nobis... et Oramus te, Domine...* y entonces acercándose á él lo besa: cuyo ósculo significa la union de los miembros con su cabeza, esto es, de los fieles con Cristo, que es cabeza de toda la Iglesia. (Colos. 1).

Representando, pues, el sacerdote al pue-

blo fiel, besando al altar, en este acto, es como si dijera en persona de la Iglesia á Cristo su esposo: *Osculetur à me osculo oris sui* (Cant. 1); esto es: Únase Cristo á mí en este Sacramento del altar.

Incienso.

El mismo sacerdote, luego de puesto el incienso, incienso todo el altar, segun rito romano, para significar que la devocion y oracion del celebrante y asistentes deben dirigirse á Dios segun aquellas palabras de san Juan: *Ubi astitit Angelus juxta aram templi... ascendit fumus aromatum, quæ sunt orationes Sanctorum.* (Apocalyp. viii). El Ángel es significado por el sacerdote, al que Malaquias, c. II, llama Ángel del Señor de los ejércitos. El altar que está en la presencia de Dios es el mismo Cristo que ora á su Padre por nosotros. *Data sunt ergo sacerdoti à fidelibus incensa multa.* Como si dijera: se le han confiado muchas oraciones, para que las ofrezca en presencia del trono de Dios en el incensario de oro de la Iglesia militante, en el que arde continuamente el fuego de caridad, que hace sean bien recibidas de Dios las oraciones de los fieles.

Incensado el altar, manifiesta el sacerdote no es otro su objeto que ofrecer los votos y oraciones del pueblo fiel á Dios Padre

por medio de su Hijo, que es altar de oro, esto es, lleno de caridad.

CAPÍTULO VIII.

DE LA PRIMERA PARTE DEL SACROSANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Intróito.

Consta el Intróito de una antífona y salmo *Gloria Patri*. Se llama así, porque se canta mientras el sacerdote entra en el sagrado altar. Celestino I ordenó que se cantase en la Misa. (Valfrid. lib. de reb. Eccles. cap. 12). Sin embargo Honorio (lib. 1, in Gemm. *animæ*, cap. 87) dice ser san Gregorio su autor. Se cantaba antiguamente todo el salmo; porque, como dice san Dionisio en el cap. 1 de Eccles. Hier.: *Psalmi comprehendunt per modum laudis Dei quidquid in Sacra Scriptura continetur*; mas como se quejaba el pueblo que las Misas eran largas, se cantó el Intróito con un solo verso del salmo, y el *Gloria Patri*, repitiendo la Antífona. (Aug. serm. 115).

Conteniéndose en el sacramento de la Eucaristia todo el misterio de nuestra salud, es el motivo por que se hace con mayor reverencia y mas solemnidad que los demás Sacramentos; por cuya razon precede á es-

blo fiel, besando al altar, en este acto, es como si dijera en persona de la Iglesia á Cristo su esposo: *Osculetur à me osculo oris sui* (Cant. 1); esto es: Únase Cristo á mí en este Sacramento del altar.

Incienso.

El mismo sacerdote, luego de puesto el incienso, incienso todo el altar, segun rito romano, para significar que la devocion y oracion del celebrante y asistentes deben dirigirse á Dios segun aquellas palabras de san Juan: *Ubi astitit Angelus juxta aram templi... ascendit fumus aromatum, quæ sunt orationes Sanctorum.* (Apocalyp. viii). El Ángel es significado por el sacerdote, al que Malaquias, c. II, llama Ángel del Señor de los ejércitos. El altar que está en la presencia de Dios es el mismo Cristo que ora á su Padre por nosotros. *Data sunt ergo sacerdoti à fidelibus incensa multa.* Como si dijera: se le han confiado muchas oraciones, para que las ofrezca en presencia del trono de Dios en el incensario de oro de la Iglesia militante, en el que arde continuamente el fuego de caridad, que hace sean bien recibidas de Dios las oraciones de los fieles.

Incensado el altar, manifiesta el sacerdote no es otro su objeto que ofrecer los votos y oraciones del pueblo fiel á Dios Padre

por medio de su Hijo, que es altar de oro, esto es, lleno de caridad.

CAPÍTULO VIII.

DE LA PRIMERA PARTE DEL SACROSANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Intróito.

Consta el Intróito de una antífona y salmo *Gloria Patri*. Se llama así, porque se canta mientras el sacerdote entra en el sagrado altar. Celestino I ordenó que se cantase en la Misa. (Valfrid. lib. de reb. Eccles. cap. 12). Sin embargo Honorio (lib. 1, in Gemm. *animæ*, cap. 87) dice ser san Gregorio su autor. Se cantaba antiguamente todo el salmo; porque, como dice san Dionisio en el cap. 1 de Eccles. Hier.: *Psalmi comprehendunt per modum laudis Dei quidquid in Sacra Scriptura continetur*; mas como se quejaba el pueblo que las Misas eran largas, se cantó el Intróito con un solo verso del salmo, y el *Gloria Patri*, repitiendo la Antífona. (Aug. serm. 115).

Conteniéndose en el sacramento de la Eucaristia todo el misterio de nuestra salud, es el motivo por que se hace con mayor reverencia y mas solemnidad que los demás Sacramentos; por cuya razon precede á es-

te oficio, antes de la Consagracion, cierta preparacion, como dije, para hacerla con dignidad y provecho. La primera parte de esta preparacion es la alabanza divina en el Intróito de la Misa, segun expresa el real Profeta: *Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter quo ostendam salutare Dei.* En las divinas alabanzas *iter et via* se toman para que Dios nos manifieste y guie por el camino de su beneplácito (Div. Thom. 2, 2, *in fine*).

Tambien se puede dar razon de las cosas que se hacen y dicen en este oficio, no solo por parte del pueblo fiel, como por parte de Cristo, que hemos de desear y recibir en este Sacramento, que siendo rememorativo de la pasion del Señor (como lo enseña el Apóstol, I Corinth. II), por esto todo el oficio de la Misa parece fue ordenado por los Padres para significar la primera venida de Cristo en carne, y todo el discurso de su vida, inclusa su pasion y resurreccion.

Denotando la segunda parte de la Misa, como en su lugar verémos, tanto por las palabras, como por los signos, la misma pasion de Cristo, está muy puesto en orden que en esta primera parte declaremos ciertos misterios de la venida de Cristo al mundo, y todo el curso de su vida exceptuada la pasion.

La venida, pues, del Hijo de Dios al mun-

do fue á la verdad primero deseada y figurada por los Padres de la ley natural; despues anunciada por los Profetas de la ley escrita, y últimamente presentado, nacido y dado á sus hijos en tiempo de la ley de gracia. Todo esto notó Cristo (Luc. X) diciendo á los Apóstoles: *Beati oculi qui vident quem vos vidistis... dico enim quod multi reges et prophete voluerunt hæc videre... etc.*

Al cantar el coro el Intróito de la Misa, antes que aparezca el sacerdote en el altar, que representa á Cristo, nos recuerda el deseo de los Padres de la ley natural. Del mismo modo, pues, la venida de Cristo, ó la union de este con la sagrada Eucaristia, se ha de desear por los fieles presentes, igualmente que los antiguos Padres deseaban su venida al mundo cuando decian: *Emitte agnum Domine Dominatorem terræ...* (Isai. c. XVI). *Rorate cæli desuper et nubes pluant justum.* (Id. XLV). Y en LXIV: *Utinam dirumperes cælos et venires...* etc. Este deseo denota las dos veces que se repite el mismo Intróito, que manifiesta la extraordinaria alegría del que supplica.

Intróito del romano Pontífice.

Celebrando el romano Pontífice con solemidad, despues de revestido con los sagrados ornamentos baja de su trono, y al

llegar al altar, los tres últimos cardenales presbíteros, inclinados y con toda reverencia, le dan un ósculo en el pecho y otro en la cara; cuya ceremonia juzgan algunos representa las tres Marías, mas su verdadera significacion es la de los tres Reyes magos: *Tres sacerdotes, qui Pontifici venienti coram altare reverenter occurrunt, et inclinantes os ejus osculantur et pectus, tres illos Magos signant* (Innoc. III, lib. 2 de Myst. Miss. cap. 2), quien luego explica los profundos misterios de esta ceremonia. Por los dos ósculos, dice, se confiesan en Cristo dos naturalezas, divina y humana, divina como escondida en el pecho, y humana como manifiesta en la boca.

Kyrie eleison.

Es lo mismo que decir: Señor, apiádate de mí. Son dos dicciones y siete sílabas; porque *Kyrie* es vocativo de este nombre *Kyrios*, que es *Dominus*, y *eleison*, que equivale á *miserere*, es imperativo del verbo *eleo*. De manera que *Kyrie* es trisílabo. Lo mismo digo de *Christe eleison*; aunque *Christe* tiene el acento en la última, por ser vocativo griego.

Hay quien dice fueron introducidos por san Silvestre, otros los atribuyen á san Gregorio Magno; pero el concilio Vasense celebrado el año 529, sesenta años antes de

san Gregorio (tom. 4 Concil. pag. 1680), dice: «Et quia tam in Sede apostolica, quam «etiam per totas orientales et Italiae provincias dulcis et nimirum salutaris consuetudo est intromissa, ut *Kyrie eleison* «frequentius cum grandi affectu, et compunctione dicatur, placuit etiam nobis, ut «in omnibus Ecclesiis nostris ista tam sancta consuetudo et ad Matutinum, et ad Missas, et ad Vesperas Deo propitio intro- «mittatur.»

Usamos en la Misa latina de las palabras griegas *Kyrie eleison*, y de algunas hebreas, como son: *Amen*, *Alleluya*, *Sabaoth* y *Hosanna*, para significar que la misma Iglesia fue establecida primero por los hebreos y griegos, y últimamente por los latinos.

Al decir *Kyrie eleison*... se pide misericordia tres veces por la persona del Padre, tres por la persona del Hijo, cuando se dice *Christe eleison*, y tres por la Persona del Espíritu Santo, por cuyas expresiones confesamos las tres nuestras principales miserias de la ignorancia, de la culpa y de la pena, y tambien para significar que dichas tres Personas son en sí mismas. (D. Thom. 3 part. q. 83, art. 4).

La repetición de nueve veces denota los muchos oráculos de los Profetas, que casi todos tienen el mismo sentido: esto es, que

Cristo Salvador del mundo habia de nacer y morir por nosotros, y que movido de su grandísima misericordia, aliviaria nuestra miseria. Por lo que siéndonos tan interesante la venida de nuestro Salvador, no solo debe desearse, sino que se ha de pedir con instancias; motivo por que repetimos nueve veces la misma palabra en honor de las tres divinas Personas, para que compadecidas de nosotros nos concedan por su misericordia la venida del Redentor.

Gloria in excelsis Deo.

Este himno fue compuesto por los Ángeles en el nacimiento del Salvador en cuanto á los primeros versos *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bone voluntatis*. Respecto á los demás versos, unos los atribuyen á san Telesforo papa, otros á san Hilario obispo pictaviense, otros á los Apóstoles, otros á los griegos, y otros á los latinos. Por lo que sábiamente el cardenal Bona, *Rer. Liturg. lib. 2, cap. 4, n. 4*, dice: «Ser incierto quién lo concluyó.»

Al principio solo se decia en la Misa de la Natividad del Señor. Luego despues fué propagándose empezando los Obispos á decirle los domingos y fiestas solemnes. Á los demás presbíteros no se les permitia rezarlo sino en la Misa de Pascua, como se ve por el principio del libro de Sacramentos

de san Gregorio. «Item dicitur Gloria in «*excelsis Deo, si Episcopus fuerit, tantummodo in die dominico, sive diebus festis. «A presbyteris autem minime dicitur nisi «in solo Paschate.*» Mas despues del siglo X se dice en todas las Misas, exceptuadas las de difuntos, las de feria entre año (*extra Paschale tempus*), domingos de Adviento, Septuagésima, Sexagésima, Quincuagésima, Cuaresma y todo el tiempo de Pasion. Pues este himno denota alegría espiritual, y no tiene lugar en los dias destinados al luto y á la penitencia.

Bonifacio papa ordenó se cantase en el Jueves Santo, cuando la Iglesia se alegra por la reconciliacion de los públicos penitentes y penitencias que se hacian en tal dia. (*Durand. lib 6, c. 75*). El Obispo de Belen en todo tiempo recitaba este himno, hasta en la Misa de difuntos, por haberse compuesto y entonado la primera vez en su obispado. (*Durand. lib. 4, cap. 13*).

Algunos preguntan en qué sentido deben tomarse aquellas palabras: *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*. Muchas veces hallamos en las sagradas páginas que *Dei gloriam* significa lo mismo que *ejus gratiam et misericordiam*. Habiendo todos pecado, todos necesitamos la gloria de Dios, por lo que dándole gracias por su gloria, le damos gracias por su misericordia para con

nosotros, que él la transforma en gloria. (Le Brun, tom. 1, pág. 183).

Este himno nos recuerda la celestial gloria á la que aspiramos despues de esta miserable vida: como dije, únicamente se canta en los días festivos, en los cuales se hace memoria de nuestra felicidad eterna, omiéndose en los días llorosos, porque nos recuerdan nuestra miseria. (D. Thom. 2, 2).

Tambien nos manifiesta á Cristo ya nacido, anunciado por los Ángeles á los pastores, y adorado por los Magos en Belen. Igualmente nos declara la alegría con que le hemos de recibir, y el modo como debemos felicitarle, imitando lo que hizo el Ángel con los pastores.

Segunda salutacion del sacerdote al pueblo.

Despues del *Gloria in excelsis* besa el sacerdote el altar, y volviéndose de cara al pueblo le saluda diciendo: *Dominus vobiscum*, para consolar á los fieles asistentes sobre el deseo de la venida del Señor pedido en el Intróito. Cuyas palabras equivalen á estas expresiones: «El Señor esté con vosotros en cumplimiento de vuestros deseos.»

El Obispo, en esta parte de la Misa, en los días de alegría, mas no en los de penitencia, saluda al pueblo, diciendo: *Pax vobis*. De cuyas palabras se sirvió Cristo Señor

nuestro despues de su resurreccion cuando saludó á sus discípulos. (Joan. xx). El Obispo, aun fuera del altar, es figura de Cristo. Sin embargo, en las otras salutaciones dice *Dominus vobiscum*, como los demás presbíteros, para declarar es del número de los sacerdotes. (Innoc. III, de Myst. Miss. lib. 2, cap. 42).

Siete veces se dice *Dominus vobiscum* en la Misa, para que, echados los siete vicios capitales, reciba el pueblo las siete virtudes á ellos opuestas. (Innoc. III, lib. 2, c. 24). Tres veces no se vuelve el sacerdote de cara al pueblo. Primera, despues del *Confiteor*, porque en aquel acto no se ocupa de otra cosa que de la purificacion de su alma. Segunda, antes de leer el Evangelio, por estar todo ocupado en anunciar la palabra del Señor. Tercera, en el Prefacio, por tener su espíritu elevado á Dios para el próximo sacrificio.

Las otras cuatro veces, antes de pronunciarla, besa siempre el sacerdote el altar, figura de Cristo, de quien depende nuestra paz. Siempre se pronuncia en número plural, aunque no esté mas que uno presente; porque el sacerdote habla con la Iglesia. (Petr. Damas. Opusc. de *Dominus vobiscum*, cap. 4; Navarr. Miscel. 67, de Orat. n. 5).

El sacerdote excomulgado no puede ha-

cerlo ó pronunciarlo, aunque recitase de secreto el divino oficio. (Navar. de Orat. cap. 7, n. 16). El diácono, segun Durando, lib. 4, cap. 14, no debe pronunciar tal salutacion recitando las Horas canónicas, sino solamente al leer el Evangelio, y en la bendición del cirio pascual; porque en el primer caso habla en voz de Cristo, y en el segundo representa al mismo ya resucitado. Sin embargo, otros opinan que lo puede pronunciar mientras no haya sacerdote presente, ó por lo menos con su licencia. Así lo enseña Navarro en el lugar citado.

De las oraciones.

Despues de haber el sacerdote saludado al pueblo, en señal de la paz y mútua comunión por la que los fieles se unen en la fe y caridad de Cristo, los excita á rogar á Dios diciendo *Oremus*, recitando en seguida las oraciones ó colectas.

Varios son los significados que tiene el nombre *Collecta*. En la epist. I ad Corinth. cap. xvi significa las limosnas que se recogian de los fieles para alimentar á los pobres. «De collectis, quæ fiunt in Sanctos, sicut ordinavi Ecclesiis Galatiæ, ita et vos facite, ut non cum venero Collectæ fiant.»

Entre los escritores sagrados *Collecta* significa la reunion de los fieles en un lu-

gar para orar; y en este sentido se dice: *Collectas agere, congregari ad Collectam*. Finalmente, la oracion que se dice en la Misa se llama tambien *Collecta*, ya porque el sacerdote, que es como mediador entre Dios y los hombres, junta los votos de todos, ya tambien porque es oracion breve, la que reza el sacerdote sobre el pueblo congregado, ó porque recogidos en sí sus interiores todos elevan á Dios sus pensamientos y afectos.

Dirige el sacerdote la oracion ú oraciones á Dios para sí y para todo el pueblo á fin de alcanzar la gracia, y por cuya preparacion se hagan dignos de los divinos misterios. (Div. Thom. 2, 2).

Tambien puede referirse la oracion á la presentacion de Cristo en el templo, cuando Simeon sacerdote de Dios altísimo *Proposuit ei petitionem gratiæ et salvationis*: para todas las gentes universalmente, y por el pueblo de Israel en especial, diciendo: *Nunc dimittis...* etc.

Últimamente, por la oracion exhorta el sacerdote á los fieles para que entiendan que la súplica de su gracia debe perseverar despues de la llegada de Cristo, pues ella siempre pide alguna cosa á Dios por medio de su Hijo nuestro Redentor: se dice oracion, porque ora á Dios pidiendo alguna cosa por él.

Tiene el sacerdote sus manos elevadas en las oraciones y en otros actos de la Misa, por ser el modo usado de orar tanto en el Antiguo como en el Nuévo Testamento. En el Viejo Testamento leemos de David: *Dum extollo manus meas ad templum sanctum tuum. In nomine tuo levabo manus meas. Expandi manus meas ad te...* etc. Y en el Nuevo, basta lo que escribe el apóstol san Pablo á su estimado Timoteo: *Volo, dice, viros orare in omni loco levantes puras manus.* La razon de esto es, que orando con las manos levantadas se imita la posicion que tenia Cristo cuando oraba á su Padre desde la cruz.

Está mandado por los ritos de la Iglesia que no pasen de siete las oraciones que se dicen en la Misa. (Lib. 1, cap. 4, art. 3, n. 11). Inocencio III manda se digan siempre en número impar, como prescriben las rúbricas, cuyo número manifiesta la unidad y conjuncion de la Iglesia, que no puede dividirse en partes iguales.

La oracion ó *Collecta* se dirige al Padre, cuando termina en *pedir y rogar por Cristo su Hijo*, que es Mediador y Redentor nuestro. Siendo el Padre la primera persona de la que proceden las demás, teniéndose que dirigir la oracion á una de ellas, es muy propio y natural se dirija al Padre y no á las demás. (Conc. III Carthag. cap. 13).

Honramos á Dios por Cristo, y por él quiere Dios ser conocido y venerado.

Alguna que otra vez se dirigen tambien las *Collectas* al Hijo, y es cuando se concluyen por *Qui vivis et regnas...* pero son estas muy pocas, y acaso no tan antiguas como las demás. De lo que se ve que á mas de la persona del Padre, podemos tambien invocar la del Hijo. El cardenal Bona sobre este particular en el lib. 2, cap. 2, n. 5, dice lo siguiente: «Ad solum igitur Patrem «omnes fere Collectæ directæ sunt, pauca «ad Filium, nulla ad Spiritum Sanctum: «non quia is donum est, et à dono donum «non petitur, ut nonnulli cum Durando in «suo Rationali philosophantur; sed quia «Missa representatio est ejus oblationis, qua «Christus se Patri obtulit, ac propterea ad «ipsum Patrem liturgicæ preces dirigi- «guntur.»

Amen.

Despues de las oraciones el ministro en nombre del pueblo responde *Amen*. Esta es una palabra *hebrea*, con la que algunas veces afirmamos, otras deseamos, y otras consentimos. Cuando se propone alguna cosa de fe, v. g. el Credo, diciendo *Amen*, afirmamos ser la cosa del modo que se dice. Cuando en la oracion pedimos á Dios alguna gracia, *Amen* manifiesta sean cum-

plidos nuestros deseos. Cuando ora el sacerdote para que se tributen á Dios las debidas alabanzas, y se le dén gracias, como es justísimo, entonces la palabra *Amen* significa nuestro consentimiento.

De la Epistola.

Se canta la Epistola por tradicion apostólica; y cuando algunos dicen que Alejandro papa ordenó se cantase en la Misa, se entiende que confirmó por decreto el tal uso. Esta palabra *Epistola* propiamente significa las cartas de los Apóstoles; y con todo eso se entienden con el nombre de *Epistola* todas las lecciones de la Misa. San Jerónimo distribuyó todas las Epistolas y Evangelios por todo el año, cual distribucion confirmó despues san Dámaso papa. Antiguamente no era oficio del subdiácono el cantar la Epistola, sino del lector; siendo esta la razon por que se quita en tiempo de Cuaresma la Planeta (Amal. lib. 3, cap. 13), el cual rito observa la Iglesia griega cuando el lector lee las del Nuevo Testamento, pero no cuando las del Viejo.

Los latinos, en los domingos, leen la Epistola del Nuevo Testamento, dedicados á la Resurreccion de Cristo, para significar el estado de la gracia. (Durand. lib. 2, cap. 18).

Se lee antes del Evangelio porque nos de-

signa el oficio de san Juan Bautista en su predicacion, que fue el medio entre los Profetas y Apóstoles: siguiendo á aquellos, y precediendo á estos, segun dice el Señor por san Mateo, cap. II: *Lex et Propheta usque ad Joannem*. Razon por la que aquella leccion se toma alguna vez de los Profetas y otras de los Apóstoles; la que para su provecho deben los fieles tener presente lo que dice el Apóstol: «*Quæcumque scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt.*» (Rom. c. xv).

El objeto de la institucion de la Epistola fue para instruir al pueblo cristiano y prepararlo por ella al santo sacrificio, que es misterio de fe. *Præmittitur instructio fidelis populi, quia hoc Sacramentum est mysterium fidei... quæ quidem instructio dispositiva quidem fit per doctrinam Prophetarum et Apostolorum, quæ in Ecclesia legitur per Lectores et Subdiaconos.* (Div. Thom. loco superius citat. art. 4).

Es acompañado el subdiácono de solos dos acólitos cuando va á cantar la Epistola, indicando que fueron pocos los que siguieron las doctrinas de san Juan Bautista; y al acercarse el mismo subdiácono al sacerdote, despues de cantada aquella, y el diácono antes del Evangelio, significa que la ley antigua se concluyó en Cristo, y que en él mismo comenzó la ley evangélica.

Deo gratias.

La Iglesia usa de estas palabras al fin de la leccion sagrada, para dar gracias á Dios por el pasto y alimento espiritual, y en este sentido está recibida.

No se dice *Deo gratias* en la quinta leccion de la Misa de las cuatro Témoras, por no interrumpir el sentido; así como en señal de tristeza se deja en las lecciones de difuntos, y en el tríduo de la Semana Santa.

Antiguamente, acabada la Epístola, siendo esta de los Apóstoles, en lugar de *Deo gratias* se respondia *Pax tecum.* (Aug. ep. 163). Cual rito observan hoy los griegos.

En el último Evangelio de la Misa siempre usamos de la voz *Deo gratias*; porque significa la predicacion de los Apóstoles por todo el universo, así como el primero significa la de Cristo nuestro Señor.

Gradual.

Después de la Epístola canta el coro el Gradual en algunos dias. Se llama Gradual, no porque se cante en las gradas del altar, como pensaron algunos, sino porque se canta mientras el diácono sube por las escaleras del púlpito á cantar el Evangelio. (Bellar. lib. 2, cap. 16 de Miss.).

Es el canto del pueblo conmovido á la penitencia por la doctrina de la Epístola: dan-

do á entender que por solo la penitencia hemos de estar en esta miserable vida. Se dice tambien responsorio; por el que el pueblo responde á la leccion medrando en buenas obras: y este es el verdadero motivo por que se llama Gradual, pues que significa el camino ó aprovechamiento de la vida espiritual proveniente de dicha doctrina.

Tambien puede significar el aprovechamiento del pueblo por la predicacion de san Juan, disponiendo el camino para el Señor. Sobre lo que dice Luc. III: «Que muchos israelitas conmovidos por su predicacion venian para bautizarse confesando sus pecados, y preguntándole para bien «vivir, decian: ¿Qué hemos de hacer?»

Segun Ruperto, significa la fatiga y penitencia. (De div. Off. lib. 1, cap. 34). De donde en el tiempo pascual, símbolo de la beatitud y reposo eterno, se deja de cantar; solamente se dice en la primera semana en el oficio por los recién bautizados. (Rup. id. lib. 8, cap. 1).

Compusieron los Graduales san Ambrosio, san Gregorio y san Gelasio, los cuales ordenó Celestino I se cantasen en la Misa, como escribe Sigilberto, año 426. (Rupert. lib. 2 de div. Off. cap. 2).

Los españoles tenían dificultad en aceptar el Gradual, como cosa nueva, porque el

concilio Toledano IV habia prohibido que se cantase cosa alguna entre la Epístola y el Evangelio. Sobre esto el cardenal Bona, lib. 2 Rer. liturg. cap. 6, n. 4, dice: «Que en aquel tiempo que fue establecido dicho «cánon observa que estando vigente en «España el rito mozárabo, segun el que des- «pues de la primera leccion del Viejo Tes- «tamento se decia el Responsorio, despues «se leia la Epístola, á cuyo fin respondi- «do el coro *Amen*, al momento se cantaba «el Evangelio; por cuyo motivo los Padres «en aquel Concilio, presidido por san Isi- «doro y convocados por él mismo, quisie- «ron por aquel tiempo usar y retener ó con- «servar el rito.»

Alleluja.

Es expresion hebrea y oracion que entre ellos tiene dos partes, y significan: Alabad al Señor, ó á Dios. *Hallelu* equivale á alabad. *Iá* es uno de los diez nombres de Dios. Se llama *Iá*, porque es Criador del mundo y causa de su misma esencia. Se deriva del verbo hebreo *Haiak*, id est, *fuit*. (Hiero. Marcellæ, tract. de Allel). Su autor fue David, segun nota Casiodoro sobre el salmo civ. «Hoc verbi decus à præsentí psalmo fecit «initium, nec ante à quoquam reperitur po- «situm, quamvis multi scriptores fuerint «primitus hebræorum.»

Fue introducido este canto en la Iglesia latina en el pontificado de san Dámaso, el cual uso se trajo de la Iglesia hierosolimítana, y no de la griega, como algunos lo han atribuido á san Gregorio, quien en el lib. 7, epist. 63, se disculpa de esta calunnia, mientras algunos se quejaban que introducía en la Iglesia romana los ritos griegos. No obstante, este santo Pontífice mandó se cantase en todo el año, como refiere Baron. ann. 304, por cuya razon es falsa la opinion de Sozomeno, cuando escribe haber sido costumbre de la Iglesia romana cantar una sola vez la *Alleluja*.

Por mandato de Alejandro II, por ser tiempo de tristeza, de dolor, de llanto ó penitencia, en el que no tiene lugar la alegría, se dejan las allelujas desde la Septuagésima hasta la fiesta de Pascua; ordenando el mismo Pontífice se repitiese dos veces en el fin de Vísperas antes de la dominica de Septuagésima. (Baron. ann. 1073). El motivo de repetirse despues tantas veces en tiempo pascual es para mostrar el gran regocijo de nuestra regeneracion.

En el Sábado Santo, celebrando el Obispo de pontifical, el subdiácono, cantada la Epístola, primero de besar la mano, dice: «Reverendissime Pater, annuntio vobis «gaudium magnum, quod est alleluja;» besando despues la mano al Obispo entona las

tres alleluyas. (Cerem. Episc. lib. 2, cap. 27).

Se añade Alleluya al Gradual para manifestar que no solo hemos de dolernos de nuestra miseria, sino que tambien hemos de esperar con alegría la venida del Señor.

Tambien nos recuerda y significa el bautismo de Cristo, en el que se abrió el cielo, y se manifestó sensiblemente el misterio de la Trinidad divina; porque el Hijo apareció en carne, el Padre en la voz, y el Espíritu Santo en figura de paloma. (Math. III). Desde allí empezó y recibió la virtud nuestro bautismo, por el que renacemos en hijos de Dios: de lo que debemos alabar á Dios por tan singular beneficio, como lo verificamos cuando decimos *Alleluya*.

Es digno de notarse, como ya dije en otra parte, que la Misa se compone de tres idiomas diferentes: hebreo, cuando decimos *Alleluya*. Griego, cuando decimos *Kyrie eleison*. Y latino, á fin de que con razon se pueda decir: «*Ut omnis lingua confiteatur, quia Christus est in gloria Patris.*»

Tracto.

Significa un cantar triste, que se dice despues de la Epístola en lugar de Alleluya, que empieza de la Septuagésima hasta el Alleluya del Sábado Santo; si bien no se canta todos los dias sino en las Dominicas hasta Cuaresma, en el cual tiempo se dice

tambien en los lunes, miércoles y viernes, porque en estos dias era mayor el concurso del pueblo. Tiene su origen de *traho*, porque se prolonga la voz en lugar de lamentacion, llorando la santa Iglesia la caida de nuestro primer padre. (Rupert. de divin. Off. lib. 5, c. 4).

Unos dicen que el autor del *Tracto* fue Celestino, otros lo atribuyen á Gelasio, y otros á Telesforo.

Sequentia.

El autor de la *Sequentia*, que otros llaman *Jubilatio*, fue Notkerio, abad de San Galopedo. Nicolás papa ordenó se cantase en la Misa. Se le dió el nombre de *Sequentia*, porque se sigue al Gradual.

Cuatro son las *Sequentias* que usa la Iglesia romana, de las cuales la primera es: *Victime paschali* en el dia de Pascua, cuyo himno fue compuesto por el rey Roberto de Francia, el año 1003. (Durand. lib. 4, cap. 22). La segunda es: *Veni Sancte Spiritus*, en el dia de Pentecostes, cuyo autor se cree fue el B. Hermano Contracto, en el siglo XI. La tercera: *Lauda Sion*, en la fiesta de *Corpus Christi*, que se atribuye á santo Tomás de Aquino. Últimamente la cuarta es: *Dies iræ, dies illa*, que se lee ó canta en las Misas de difuntos, cuyo autor, segun

unos, fue el cardenal Ursino, y segun otros fue san Bernardo.

Mudar el Misal.

El pasar el Misal de un lado á otro no deja de tener su mística significacion, pues el lado donde se lee la Epístola representa el pueblo de los hebreos, quienes fueron los primeros llamados al Evangelio; el lado donde se lee el Evangelio significa el pueblo gentil, que recibió el Evangelio despreciado por los judíos. Cuando despues de la Comunión se vuelve al lado de la Epístola, significa la futura conversion que se espera de los hebreos. (Hugo de S. Vict. in Specul. Ecclesiast. cap. 7).

Munda cor meum.

Interin se muda el Misal, puesto el sacerdote en medio del altar, se prepara para leer el Evangelio, suplicando á Dios se digne purificar su corazon y labios para poderlo anunciar dignamente, así como purificó los labios de Isaias por medio del fuego. Pues las sagradas páginas nos enseñan que habiendo Isaias visto al Señor sentado sobre un sublime solio, rodeado de Querubines, exclamando que tenia inmundos sus labios, al momento cierto Serafin de aquellos que estaban en la presencia del Señor, despues de tomada del altar con unas tena-

zas una piedra ardiendo, la acercó á sus labios, para de este modo significar estaban expiados sus pecados.

Este es el motivo por que pide la bendicion al sacerdote antes el que ha de cantar el Evangelio, diciendo: no *Jube Domine...* sino *Jube Domne...* Al contrario, el sacerdote no debe decir en su Misa *Jube Domne...* sino *Jube Domine...*

La razon de esta diferencia es, porque la palabra *Dominus* propiamente solo conviene á Dios; mas la de *Domnus*, que es voz truncada, se atribuye á los hombres. Por lo que, pidiendo el diácono, no á Dios sino al sacerdote su bendicion, dice: *Jube Domne benedicere*; pero el sacerdote que la pide á Dios, dice: *Jube Domine benedicere*. Tambien hay diferencia entre la bendicion que se pide á Dios y la que se pide al hombre; porque á Dios le suplicamos nos conceda las gracias que necesitamos, y al hombre pedimos ore á Dios por nosotros, y que derrame su bendicion sobre nuestras personas. Por esto leemos en el Éxodo: *Abeuntes benedicite mihi.* (Cap. xii). //

Tambien se pide la bendicion para denotar que en la Iglesia de los fieles ninguno debe predicar sin que sea enviado al efecto; pues la lectura del Evangelio significa la predicacion. Tomada ya aquella, diácono, subdiácono, turiferario y acólitos

se dirigen al púlpito, cuyo acompañamiento indica los muchos que siguieron la doctrina de Cristo. Preceden los acólitos con las luces encendidas en señal de espiritual alegría, por ser el Autor del Evangelio luz verdadera que ilumina á todo hombre. En seguida va la cruz, en muchas partes no la llevan, para denotar se predica á Cristo crucificado. (Durand. lib. 4, cap. 15).

Evangelio.

El pueblo de Dios es perfectamente instruido por la doctrina de Cristo contenida en el Evangelio, que no leen sino los diáconos y sacerdotes, cuya doctrina debemos creer como verdad infalible. Se propone á los fieles sus mandamientos, los que se han de obedecer y practicar con devoción y exactitud. Por el Evangelio resuena manifestamente la predicacion de Cristo despues de san Juan, por la que instruyó á los fieles dándoles la ley de gracia, y decorando á su Iglesia con los Sacramentos de su divina misericordia.

Se canta en el púlpito el Evangelio, porque la ley de Dios es mas para lo público que para lo privado; y así como Dios dió la ley en un monte, y en la parte de él mas alta, así Cristo en la Iglesia católica, por su Esposa la promulga desde el mas eminente sitio, segun aquellas palabras: *Supra*

montem excelsum ascende tu, qui evangelizas Sion.

Se canta el Evangelio dirigiéndose á la parte de Aquilon, dejada la derecha del altar, para denotar que la doctrina de la verdad se quitó á los judíos por su dureza, y fue entregada á los gentiles.

El diácono, antes de empezar á leer, despues de saludar al pueblo con *Dominus vobiscum*, hace la señal de la cruz sobre del libro de los Evangelios, como si dijera: este es el libro del Crucificado. En seguida se persigna él, y tambien los fieles, con la cruz en la frente, boca y pecho, para mostrar el afecto que tienen de oír el Evangelio de la boca, para confesarlo en el corazon, y para que diabólicos pensamientos no les impidan su fruto.

Incienza el diácono el libro antes de empezar su lectura, porque el predicador debe dar de sí buen olor de su buena fama y reputacion, segun aquellas palabras del Apóstol: *Christi bonus odor sumus.*

Mientras se lee ó canta el Evangelio, todos por reverencia están en pié y con la cabeza descubierta, por decreto de Anastasio papa. Esto manifesta están dispuestos á cumplir los preceptos del Señor. Los militares durante este acto, ó ponen la mano en el puño de su espada, ó la sacan desnuda, para acreditar derramarán su sangre, si

conviene, en defensa de la fe de Cristo. No cantándose el Evangelio en el púlpito, si durante este ocurre de hacer alguna genuflexion, se abstendrá de hacerla el subdiácono que tiene el libro, y los acólitos que asisten con los candeleros deben estar inmóviles. (Cærem. episc. lib. 1, cap. 10).

La palabra Evangelio equivale á *buenas noticias*, buen mensaje. No solo contiene la predicacion de Cristo, sino tambien su Encarnacion y demás misterios de su humanidad que obró para nuestra salud, pues que todo fue buenas nuevas para nosotros. Por lo que, entre católicos, á mas de los cuatro Evangelios, en los que se trata de las buenas nuevas del Salvador nacido, y de la remision de los pecados hecha por el mismo, se toma tambien por todo aquello que el predicador dice al pueblo, con objeto de alcanzar la gloria, y enmendar la vida, ó declarando las sagradas Escrituras, ó reprendiendo los vicios.

El dar á besar el libro al sacerdote, despues de concluido el Evangelio, es para alcanzar la paz de Cristo; pero si estuviere presente alguna dignidad de las que están expresadas en la rúbrica, no debe besar el sacerdote, sino la persona mas digna únicamente, porque Cristo es uno solo, y no se puede dividir. (Gavant. part. 2, tit. 6). Antiguamente no solo besaba dicho libro.

de los Evangelios el sacerdote celebrante, sino que despues de pasado para besarlo todo el clero, verificaba lo mismo todo el pueblo. Honorio III prohibió con pena de excomunion se ofreciese para besar el libro de los Evangelios á los seglares. (Merat. tom. 1, part. 1, pág. 444). No obstante por tolerancia se ofrece á los príncipes, pero no á los legos de inferior órden. (Perimezzius, disert. 8, pág. 237).

Laus tibi Christe.

Estas palabras que responde el ministro en nombre del pueblo despues de leído el Evangelio manifiestan la alabanza y respeto que tenemos á Cristo por su doctrina. Antiguamente unos respondian *Amen*, como si dijeran: *Dios nos haga perseverar en la doctrina del Evangelio*. Otros decian *Deo gratias, en accion de gracias por el beneficio de doctrina tan saludable*. Otros, *Benedictus qui venit in nomine Domini, por ser Cristo enviado de su Padre*. (Dur. lib. 4, cap. 22). Mas ahora decimos: *Laus tibi Christe*, por disposicion de la Iglesia romana.

Añade despues el sacerdote: *Per evangelica dicta deleantur nostra delicta*. En cuyas palabras debe notarse que, aunque generalmente *delictum* significa pecado, en este caso solo debe entenderse del perdon de culpas leves ó veniales, por no perdo-

narse las graves fuera del sacramento de la Penitencia. (Le Brun, tom. 1, pág. 240).

Del Símbolo ó Credo.

Santo Tomás, en la tercera parte de su Suma, quæst. 83, art. 4, enseña el motivo por que se lee ó canta en la Misa el Credo, y por que se dice en unas, y en otras se omite. «El pueblo, dice, se instruye perfectamente por la doctrina contenida en el «Evangelio... Y porque creemos á Cristo «como divina verdad, se canta el Símbolo «leído el Evangelio, en el que manifiesta «el pueblo que él por la fe cree la doctrina «de Cristo. Se canta este Símbolo en las fiestas de quienes se hace alguna mención «en el Símbolo, como v. gr. en las fiestas «de Cristo, de la bienaventurada Virgen «María, de los Apóstoles que fundaron esta fe, y otros semejantes.»

El Símbolo nos manifiesta el fruto que consiguió la Iglesia por la predicacion de Cristo y de los Apóstoles. Tres Símbolos hay en la Iglesia: *Apostolorum, Nicænum, et Athanasii*; y serán cuatro añadiendo el Constantinopolitano. El que se canta es compuesto del Niceno y Constantinopolitano, el cual compuso y ordenó, por mandado de los Padres, Eusebio Cesariense.

Nosotros le llamamos Credo, que equivale á la voz griega *Symbolon*, que significa

señal; por cuya razon el Credo de los Apóstoles se llama tambien *Symbolum*, ya porque era señal con la que los verdaderos Apóstoles se diferenciaban de los falsos de aquel tiempo, ya porque los Apóstoles juntos en uno dieron sus votos y pareceres para componer aquel Credo. No que cada uno pusiese un artículo, como dicen algunos, y se enseña á los niños en las cartillas, sino que todos juntos de comun parecer lo hicieron todo como un decreto del Senado, como lo prueba Nebriss. por autoridad de Rufino.

En Roma no se rezaba el Símbolo en la Misa, para indicar que siempre fue candidísima de las herejias; pero Benedicto VIII, á instancia de Enrique emperador, lo introdujo. (Bar. ann. 1204).

Representando, como dije, el celebrante la persona de Cristo, no se arrodilla al cantarse en el coro: *Et incarnatus est...* solo si inclina su cabeza; mas en el dia de la Anunciacion y del Nacimiento se arrodilla, como tambien lo hace el mismo Pontífice descendiendo del solio, para denotar haber bajado el Verbo á encarnarse en este dia. Todos los demás que no estén en el altar deben siempre arrodillarse en veneracion del misterio de la Encarnacion.

Luego de cantado el *Incarnatus*, desplegando el diácono el corporal, denota que

Cristo despues de la Encarnacion empezó á manifestar los ocultos misterios que en ella se contenian.

Hasta aquí se llamaba antiguamente Misa de los catecúmenos, á los que se les permitia asistir; siendo en este acto despedidos por el diácono, como insinué en otra parte, por empezarse ahora la oblacion ó sacrificio, al que no podian asistir hasta despues de recibido el sagrado Bautismo.

CAPÍTULO IX.

DEL OFERTORIO.

Preparado ya é instruido así el pueblo, se empieza la celebracion del misterio, el que se ofrece á Dios como sacrificio y consagracion, y se toma como Sacramento, por cuya razon se canta primero el Ofertorio mientras se hace su oblacion. Luego despues viene la consagracion de la materia ofrecida, y la percepcion del Sacramento.

La Oblacion contiene dos cosas: primera, la alabanza del pueblo en el cántico del Ofertorio, que significa la alegría de los que ofrecen. Segunda, la oracion secreta del sacerdote por la que pide que la oblacion del pueblo sea á Dios grata, conforme á aquellas palabras del Paralip. xxix: *Ego in simplicitate cordis mei letus obtuli univer-*

sa hæc: et populum tuum qui hic repertus est vidi cum ingenti gaudio tibi offerre donaria... etc. (Div. Thom. in 3 p. q. 83, art. 4).

Significacion del Ofertorio.

El Ofertorio propiamente significa la conversion de las gentes á la fe de Cristo, por la que ofrecieron sus bienes y á sí mismos al Dios verdadero. Tambien se manifiesta por el Ofertorio la devocion del pueblo que, por los muchos bienes de Dios recibidos, quiere servirle con fidelidad.

Todos estos misterios, así como fueron necesarios á los santos Padres antes de la venida de Cristo para prepararse con devocion á recibirle cuando vendria á revestirse de nuestra carne mortal, del mismo modo son necesarios á los fieles presentes en el oficio de la Misa para recibir devotamente al mismo que viene á nosotros, aunque de un modo invisible en el sacramento de la Eucaristía. Este oficio no tiene mas objeto que desear esta venida, pedirla, aceptarla; y extraviados en su gracia y doctrina debemos tambien llorar nuestros pecados así que empieza su predicacion, y regocijarnos en la esperanza de la soberana alegría. Debemos, á mas de esto, observar sus mandamientos con diligencia, confesar públicamente las palabras de su fe, y últimamente ofrecer en su presencia con fide-

Cristo despues de la Encarnacion empezó á manifestar los ocultos misterios que en ella se contenian.

Hasta aquí se llamaba antiguamente Misa de los catecúmenos, á los que se les permitia asistir; siendo en este acto despedidos por el diácono, como insinué en otra parte, por empezarse ahora la oblacion ó sacrificio, al que no podian asistir hasta despues de recibido el sagrado Bautismo.

CAPÍTULO IX.

DEL OFERTORIO.

Preparado ya é instruido así el pueblo, se empieza la celebracion del misterio, el que se ofrece á Dios como sacrificio y consagracion, y se toma como Sacramento, por cuya razon se canta primero el Ofertorio mientras se hace su oblacion. Luego despues viene la consagracion de la materia ofrecida, y la percepcion del Sacramento.

La Oblacion contiene dos cosas: primera, la alabanza del pueblo en el cántico del Ofertorio, que significa la alegría de los que ofrecen. Segunda, la oracion secreta del sacerdote por la que pide que la oblacion del pueblo sea á Dios grata, conforme á aquellas palabras del Paralip. xxix: *Ego in simplicitate cordis mei letus obtuli univer-*

sa hæc: et populum tuum qui hic repertus est vidi cum ingenti gaudio tibi offerre donaria... etc. (Div. Thom. in 3 p. q. 83, art. 4).

Significacion del Ofertorio.

El Ofertorio propiamente significa la conversion de las gentes á la fe de Cristo, por la que ofrecieron sus bienes y á sí mismos al Dios verdadero. Tambien se manifiesta por el Ofertorio la devocion del pueblo que, por los muchos bienes de Dios recibidos, quiere servirle con fidelidad.

Todos estos misterios, así como fueron necesarios á los santos Padres antes de la venida de Cristo para prepararse con devocion á recibirle cuando vendria á revestirse de nuestra carne mortal, del mismo modo son necesarios á los fieles presentes en el oficio de la Misa para recibir devotamente al mismo que viene á nosotros, aunque de un modo invisible en el sacramento de la Eucaristía. Este oficio no tiene mas objeto que desear esta venida, pedirla, aceptarla; y extraviados en su gracia y doctrina debemos tambien llorar nuestros pecados así que empieza su predicacion, y regocijarnos en la esperanza de la soberana alegría. Debemos, á mas de esto, observar sus mandamientos con diligencia, confesar públicamente las palabras de su fe, y últimamente ofrecer en su presencia con fide-

lidad nuestros dones y regalos. (Alexand. de Hales, in ult. part. suæ Sum. Theolog.).

Así, pues, mientras se canta el Ofertorio en el coro, el sacerdote ofrece á Dios en el altar la materia de pan y vino que se ha de consagrar para la Eucaristía, poniéndola sobre el ara, y diciendo ciertas palabras por las que manifiesta ofrece á Dios aquel sacrificio, no solo para sí, sino tambien en general por toda la Iglesia de los fieles, y en especial por algunas personas, con objeto de alcanzar la gracia de los bienes tanto espirituales como corporales. Hecha la oblation se vuelve de cara al pueblo á fin ó con objeto de recibir sus dones.

No obstante, para mayor declaracion de este Ofertorio es preciso advertir dos cosas: Primera, la significacion de lo que el sacerdote allí hace y dice. Segunda, la condicion ó cualidad de los regalos que el pueblo ha de ofrecer.

Respecto á lo primero, se debe advertir que no sin motivo volviéndose el sacerdote de cara al pueblo lo saluda, diciendo: *Domine vobiscum*; cuya salutacion habia ya hecho otras veces, una despues del Intróito, otra inmediatamente antes de la oracion, para consolar al pueblo sobre el deseo de la venida del Señor pedido en el Intróito, deseando esté con ellos en cumplimiento de tal deseo. Tambien saludó al pueblo antes

del Evangelio, pidiendo que el Señor sea con ellos para perfeccionar su instruccion.

Saluda, pues, el sacerdote al pueblo antes del Ofertorio, pidiendo que el Señor sea con ellos, para que sea grata y acepta la oblation de sus regalos, como si dijera: que el Señor sea con vosotros, para que ofrezcais á Dios un sacrificio muy acepto; que mireis con devocion y amor el Sacramento eucarístico; que os incorporeis con el sacrificio por mí ofrecido, pues á la verdad el Señor está con sus fieles cuando los recibe, despues de haberse ellos ofrecido cuando los reune cerca de su sacrificio, y cuando los une en sí mismo.

Á esta salutacion del sacerdote responde el coro por todo el pueblo: *Et cum spiritu tuo*; esto es, que este sacrificio sea ofrecido á Dios y aceptado, no solo con las manos, sino tambien con verdadero espíritu, segun aquellas palabras de Daniel, cap. III: *In animo contrito et spiritu humilitatis suscipiamur à te Domine...* y en el salmo I: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum et humiliatum Deus non despicies*; et Joan. c. IV: *Spiritus est Deus, et eos qui adorant, oportet eum in spiritu et veritate adorare.*

En seguida, antes del Ofertorio, dice el sacerdote *Oremus*, exhortando á la oracion secreta, sin embargo de no decirse en-

tonces mas que el Ofertorio, para insinuar que la oracion pura exige que los regalos y dones para que sean aceptables á Dios han de ser ofrecidos por afecto. Á fin, pues, de ofrecerse al Señor cualesquiera fiel, debe primeramente elevarse todo á él por afecto, para hacerse digno sacrificio á Dios aceptable. Apenas hace el sacerdote dicha exhortacion, se canta el Ofertorio, llamado así, porque viene *ab offerendo*, y mientras el clero lo canta hace el pueblo sus oblaciones, por cuanto no solo el sacerdote, si que tambien todo el pueblo, debe ofrecer á Dios sus votos, y se haga partícipe por su oblacion de la sagrada Eucaristía.

Veamos ahora lo que los fieles deben ofrecer: deben estos primeramente ofrecer á Dios sus personas, despues sus dones con alegría; pues se canta el Ofertorio para significar que tales cosas se ofrecen á Dios con regocijo y alegría. *Hilarem enim datorem diligit Deus* (II Cor. ix); por cuyo motivo decia Moisés al pueblo: *Omnis voluntarius et pronus animo offerat dona Deo* (Exod. xxxv); y en otro lugar: *In omni dato hilarem fac vultum, et in exultatione sanctifica decimas tuas.* (Eccli. xxxv).

Para saber lo que cada uno de los fieles ha de ofrecer en la Misa debemos atenernos á las proposiciones siguientes: Primera, segun decreto de Gregorio VII (de Con-

sec. distinct. 1): Todo cristiano debe procurar ofrecer á Dios alguna cosa en las Misas solemnes, y acordarse de lo que nos dice el Señor por boca de Moisés: «*Non apparebis in conspectu meo vacuus...*» (Exod. xxiii). Mas para mayor inteligencia de este decreto, interpretado por algunos de varias maneras, debemos atenernos á la proposicion siguiente.

Segunda: Todo cristiano que asista al officio de la Misa está por precepto obligado á ofrecer á Dios alguna oblacion espiritual, esto es, su interior voluntad, actual, habitual, ó á lo menos virtual; manifestando estar pronto y obediente á los divinos preceptos, reconociéndose sujeto á Dios como su Dueño y Señor. Sin embargo, esto debe entenderse solamente cuando hay precepto de oír Misa, como son los domingos y demás solemnes festividades; pues en las Misas cotidianas, sobre si hay ó no obligacion de precepto sobre dicha oblacion, no lo conceden los mas doctos teólogos.

Tercera: Sin dicha espiritual oblacion jamás serán á Dios aceptos los dones corporales ó temporales; pues se lee en el capítulo iv del Génesis: «*Quod respexit Deus ad Abel et ad munera ejus: ad Cain autem et ad munera ejus non respexit; quia hic non offerebat Deo interiorem voluntatem sicut ille.*» Dios, pues, mira pri-

mero á la persona antes que á la ofrenda, y nó le pueden ser gratas las oblaciones, sin que le guste la persona que la ofrece; motivo porque leemos en el salmo xxxix: «Sacrificium et oblationem noluisti: aures autem perfecisti mihi.» Esto es, oídos para oír obedientemente los preceptos de Dios. Y Cristo en el Evangelio: «Si offers munus tuum ad altare...» (Luc. xxi). Como también el Apóstol: «Corporalis exercitatio ad modicum utilis est: pietas autem ad omnia valet.» (I Timoth. v).

Cuarta: Ofrecer en la Misa algo de sustancia exterior del hombre, es una obra que, á mas de ser buena, es á Dios agradable, y útil y provechosa al mismo hombre. La razón es, que todo lo que se ordena á Dios, y se hace por su honor y por su reverencia, reconoce su supremo dominio; y protesta que estos bienes exteriores son dados al hombre por Dios cuando se ofrecen.

CAPÍTULO X.

DE LA SECRETA PREPARACION DEL SACERDOTE.

Después del Ofertorio se prepara el sacerdote para consagrar y ofrecer á Dios el sacrificio de la Eucaristía para sí y para todo su pueblo sirviéndose de dos preparacio-

nes, una secreta, y otra manifiesta, que se llama Prefacio. Llámase secreta preparación la primera en la que el sacerdote no dirige palabra alguna al pueblo, ni este tampoco le responde. En esta preparación deben notarse tres cosas.

Primera, incienso la materia del sacrificio colocada ya sobre el altar. Segunda, lava sus manos. Últimamente, dice las oraciones secretas. Por el incienso se prepara con el olor de la devoción; por el lavatorio, limpia la inmundicia, y por la oración manifiesta el ardor ó fuego de su corazón.

Cinco son las oraciones comunes que se llaman secretas, de las cuales empieza la primera: *Suscipe Sancte Pater...* La segunda: *Offerimus tibi Domine...* La tercera: *In spiritu humilitatis...* La cuarta: *Veni Sanctificator...* Y la quinta: *Suscipe Sancta Trinitas...*

Colocado por el subdiácono el cáliz en el altar con la ofrenda para consagrar, recibe el celebrante por el diácono la patena con la hostia, y sosteniéndola con las dos manos elevada hasta el pecho, levantando, y bajando al momento, sus ojos al cielo, dice la oración: *Suscipe Sancte Pater...* Confiesa el sacerdote por esta oración que el eterno Padre es Dios vivo y verdadero, como otro Daniel: *Non colo idola manu facta, sed viventem Deum qui creavit caelum...* (Cap. xiv).

Suplica que reciba la hostia inmaculada por sus innumerables pecados (porque, como dice Santiago, cap. III: *In multis offendimus omnes*) ya de comision como de omision, por sus *ofensas y negligencias*, no solo por sí, sino por todos los que están presentes, encomendando á Dios á todos los fieles vivos y difuntos, para que consigan la salud eterna; segun el precepto de san Pablo, quien dice: *Sacerdotem debere prius pro delictis suis hostias offerre, deinde pro populi.* (Hebr. VII).

Suplica al Padre reciba aquella hostia inmaculada, cuyas palabras no se refieren al pan que tiene sobre la patena, sino al cuerpo de Cristo, en el que cuanto antes aquella sustancia se ha de convertir en virtud de la próxima consagracion. (Card. Bona, *Rer. liturg. lib. 2, c. 29, n. 3*). Concluida la oracion, hace el sacerdote una cruz con la misma patena, antes de dejar la hostia, sobre el corporal, cuyo signo significa que la hostia se pone sobre la cruz, en la que el mismo Jesucristo se ofreció á su eterno Padre.

Luego despues, puesto por el diácono el vino en el cáliz, bendice el sacerdote el agua con la oracion: *Deus qui humana substantie...* Mas celebrando Misa de difuntos se pone dicha agua sin bendicion. No se bendice el vino, porque este significa á

Cristo, quien no necesita bendicion alguna: se bendice el agua, porque significa el pueblo, que no habiendo en esta vida nadie que esté libre de todo pecado, necesita ser bendecido. No se da la bendicion en las Misas de difuntos; porque no bendiciéndose el pueblo al fin de ellas, tampoco debe ser bendecida el agua que, como dije antes, significa el mismo pueblo; ó mas bien, el agua en este lugar significa el pueblo del purgatorio, que ya está en gracia.

Son dignas de notarse las palabras que dice el sacerdote cuando se echa agua en el cáliz, que son: *Da nobis per hujus aquæ et vini mysterium ejus divinitatis esse consortes, qui humanitatis nostræ fieri dignatus est particeps Jesus Christus Filius tuus Dominus noster.*

Viendo, pues, que por esta agua se entiende el pueblo, y que por dicho vino se manifiesta la sangre de Cristo, cuando se mezcla en el cáliz el agua con el vino se une el pueblo con Cristo, y la plebe de los creyentes se une y mezcla en él, en quien cree. De tal modo se mezclan agua y vino en el cáliz del Señor, que no pueden separarse; por lo que la Iglesia, ó el pueblo constituido en la Iglesia, perseverando con fidelidad en su creencia, ninguna cosa puede separarlo de Cristo. (Div. Cyprian. ep. ad Cæcil.).

Puede tambien darse otra mística explicacion, puesto que las unas no excluyen las otras. Algunos por aquella union de agua con el vino piensan se indica el misterio de la Encarnacion, en el que se unió hipostáticamente la naturaleza humana con la persona divina; cuya explicacion defienden con las referidas palabras de san Cipriano. Otros piensan que aquella union significa la sangre y agua que salió del costado de Cristo; por quanto el sacerdote de rito ambrosiano, celebrando, en lugar de la oracion arriba indicada, dice: *De latere Christi exiit sanguis et aqua. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Concluida dicha oracion, con su mano derecha recibe el sacerdote del diácono el cáliz así preparado, y teniéndolo levantado, estando en medio del altar, con los ojos al cielo elevados, dice la oracion *Offerimus tibi Domine...* la que concluida, hace el signo de la cruz con el cáliz sobre el corporal, colocándolo en medio, despues de la hostia, cubriéndolo con la pália.

Dos cosas pueden notarse en la oracion de la oblacion del cáliz. Primera, porque el sacerdote cuando ofrece la hostia dice *Offero*, como se ve por la ya indicada oracion *Suscipe Sancte Pater...* y en la oblacion del cáliz dice *Offerimus*: en seguida, ó en segundo lugar, que significan aquellas

palabras *calicem salutaris*, no habiendo en el cáliz otra cosa que agua y vino.

Se dice *Offerimus*, porque en la Misa solemne dice el sacerdote dicha oracion junto con el diácono que puso el vino en el cáliz, cuyo rito se observa en la Misa privada por la uniformidad; y tambien porque segun rito romano administraba el diácono el *Sanguis* al pueblo. (Pouget, tom. 2 Inst. Catholicar. p. 844).

Decimos *calicem salutaris*, esto es, cáliz de Cristo, quien lo instituyó para que fuese ofrecido y consagrado. Mas claro: en el mismo sentido que en la oracion *Suscipe Sancte Pater*, dice el sacerdote, *hanc immaculatam hostiam*, igualmente en la oracion *Offerimus* se dice *calicem salutaris*, como lo observa el mismo Pouget en el lugar citado.

El cubrir el cáliz con la pália no tiene ningun misterio, solo sirve para evitar caiga dentro alguna cosa. (Gavant. in Comment. ad rub. Miss.).

Luego el sacerdote con voz sumisa é inclinado, dice la oracion *In spiritu humilitatis...* por la que se pide la aceptacion divina respecto de este sacrificio en cuanto al efecto de su consagracion. Se dice esta oracion, estando inclinado el sacerdote, en señal de humildad. Añade en seguida la oracion: *Veni Sanctificator...* Por la que se

pide la conversión de aquella materia en cosas divinas, que es el término de la consagración, para cuya consecuencia eleva antes al cielo sus ojos, extiende sus manos, y las junta luego ante su pecho, donde arde el fuego de sus deseos.

Del incienso.

Se incienso el altar para representar el efecto de la gracia, con la que, así como Cristo fué lleno de buen olor (Genes. xxvii: *Ecce odor filii mei, sicut odor agri pleni*), se deriva de Cristo á los fieles por el oficio de sus ministros, segun el Apóstol, II Corinth. ii: *Odorem notitiæ suæ spargit per nos in omni loco*. También recuerda esta incensación odorífica el ejemplo de la Magdalena, de la que dice el Evangelista: «*María, pues, tomó una libra de unguento precioso, y lo derramó.*»

Incienso, pues, el sacerdote primero en forma de cruz, por cuyo signo se maldicen todos los conatos diabólicos, á fin de que de ningun modo prevalezcan contra el mismo sacerdote ni de su sacrificio; por cuanto este sagrado humo ahuyenta todo género de demonios. (Tob. vi). Y la señal de la cruz espanta al diablo, segun el Apóstol, ad Philipp. ii. Incienso luego tres veces al rededor, porque también la Magdalena ungió tres veces á Cristo. Incienso to-

do el altar, porque el hecho de la Magdalena se publicó por toda la tierra en la que se predica el Evangelio. Incensado el altar, se incienso á los otros, porque por el olor del unguento de la Magdalena se llenó toda la casa, y con la plenitud de Cristo reciben todos los concurrentes su gracia en olor de sus unguentos.

Lavatorio de manos.

Se lava despues las manos el sacerdote en el altar, es decir, las extremidades de los dedos, mas para significar alguna cosa, que para evitar se ensucie el cuerpo de Cristo; pues está de tal manera en la Eucaristía, que ninguna cosa corporal lo puede tocar ni manchar.

Significa, pues, este lavatorio, primero la reverencia; porque los divinos misterios deben tratarse con pureza corporal. Segundo, significa la pureza del entendimiento, la que principalmente debe tener el sacerdote; pues así como en su primer lavatorio, fuera del altar, significó haberse lavado en su entendimiento de los pecados mortales, del mismo modo en este segundo, que se hace en el altar, lavándose únicamente las extremidades de los dedos, significa la pureza del mismo entendimiento que debe tener, en cuanto le fuere posible, tanto de los veniales, como de las reliquias

de los mortales; por cuya razon en el acto que el sacerdote se lava dice aquel versículo del salmo xxv: *Lavabo inter innocentes manus meas...* no ya entre los pecadores, como lo verificó en el otro lavatorio antes de la Misa: *Et circumdabo altare tuum, Domine... Amplius lava me Domine ab injustitia mea.* (Psalm. I). Borrado, Señor, mi iniquidad, y si tuviere la dicha de estar ya purificado, no obstante lavadme todavía, purificadme mucho mas. Pues quien está ya limpio por el primer lavatorio no necesita sino lavarse los piés de su alma, que son las afecciones salidas de la sensualidad.

Tercero, significa este lavatorio que para ofrecer el sacerdote á Dios este sacrificio debe primeramente regar su conciencia con lágrimas de compuncion: *Et lacrymis meis stratum meum rigabo.* (Psalm. vi). Este lavatorio fue prefigurado en la antigua ley cuando el Señor dijo á Moisés: *Facies labrum æneum ad lavandum sacerdotibus...* (Exod. c. xxx).

No falta quien haya excitado alguna dificultad en el uso de este salmo, sobre aquellas palabras que recita el sacerdote pertenecientes al verso: *Ego autem in innocentia mea ingressus sum;* que á la verdad parecen impropias á la cristiana humildad. Cuya dificultad queda enteramente desvanecida al que observa con atencion que al

mismo tiempo que el sacerdote por dichas palabras declara su inocencia, confiesa en seguida necesita la mano y misericordia del Redentor; pues que añade al momento: *Redime me, et miserere mei;* ni carece del temor del pecado, si no tiene á Dios propicio: *Ne perdas cum impiis Deus animam meam, et cum viris sanguinum vitam meam:* en sentido de cuyas palabras se contiene la virtud de la humildad cristiana. (Le Brun, tom. 1, pág. 351).

Luego se prepara el sacerdote con el sufragio de la oracion, por dos razones: Primera, ora secretamente; segunda, pide al pueblo asistente el auxilio de su oracion. Lavados, pues, los dedos de una y otra mano, llevando estas juntas delante del pecho, llega en medio del altar, en el que, elevados á Dios sus ojos, y bajados al momento, é inclinándose un poco, dice la oracion *Suscipe Sancta Trinitas...* por cuya oracion se pide nos aproveche el sacrificio, que es accion de gracias, conmemoracion de los beneficios de Dios, alabanza de los Santos, y camino seguro para los fieles viadores.

Á fin de que nuestras oraciones sean oídas de Dios, es preciso, en el que suplica, humildad y contricion de corazon. *Cor contritum et humiliatum Deus non despicies...* (Psalm. I). Cuyas dos cosas son absolutamente necesarias cuando se trata

de la conmemoracion de la Pasion del Señor, la que sufrió con tanta humildad por nuestros pecados; motivo por el que nosotros en su memoria debemos humillarnos y anonadarnos. Pues en esta humildad ora el sacerdote, ó mejor, suplica á la Iglesia reciba la oblation de este sacrificio, confiando que así ofrecido, no será desechado.

Por lo que es preciso advertir que siempre que el sacerdote lleva las manos juntas y se inclina, tanto en esta oracion *Suscipe Sancta Trinitas*, como en los demás actos que lo verifica durante el sacrificio, indican la humildad del celebrante, y significan la obediencia de Cristo. *Quod autem manus interdum jungit, et se inclinat, est suppliciter et humiliter orantis, et designat humilitatem et obedientiam Christi, ex qua passus est.* (D. Thom. 3 p. q. 83, art. 5, ad 5).

En la misma oracion se hace memoria ó mencion de la Pasion, Resurreccion y Ascension de Nuestro Señor Jesucristo: *Suscipe Sancta Trinitas hanc oblationem, quam tibi offerimus ob memoriam Passionis, Resurrectionis et Ascensionis Jesu Christi Domini Nostri*, por cuyas palabras se expresa todo el sacrificio de Cristo.

Suplica, por dicha oracion, el sacerdote á la Trinidad santísima reciba la oblation en honor de la bienaventurada Virgen Ma-

ría, de san Juan Bautista, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, de los Santos cuyas reliquias están escondidas en el altar, y de todos los demás Santos, *ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem*; pues cuanto los Santos han alcanzado de honor y gloria, lo han conseguido en fuerza y virtud del sacrificio de Cristo, y el honor y gloria de Cristo se difunde en los Santos, quienes son miembros vivos unidos con él como á su cabeza. (Le Brun, tom. 1, pág. 158 et seq.).

Luego pidiendo el sacerdote al pueblo el sufragio de sus oraciones, se vuelve de cara á él, y dice: *Orate fratres...* pues para que su oblation sea perfecta y grata á Dios pide tambien los sufragios de la Iglesia; de la que dice Malach. III: *Placebit Deo sacrificium Juda et Hierusalem sicut dies sæculi et anni antiqui...*

Por apelar á sus hermanos denota el sacerdote la unidad de la Iglesia en la caridad y paz de Cristo. Necesita, pues, el sacerdote ser ayudado por las oraciones de otros; porque él, como dice el Apóstol: *Circumdatus est infirmitate...* (Hebr. v). Á mas, por la misma razon, refiriéndose á los sacerdotes, leemos: *Orate pro invicem ut salvemini: multum enim valet oratio justis assidua.* (Jacob. v).

Cuando dice el sacerdote: *ut meum et ves-*

trum sacrificium... denota que ofrece á Dios aquel sacrificio no solo para sí y en su nombre, sino tambien para otros fieles, y de parte de los mismos; por lo que recomienda entonces á Dios sus personas, y la materia que se ha de consagrar. Pues como dice el Apóstol: *Debet quemadmodum pro se, ita et pro populo, offerre hostias ad expiationem peccatorum: ipse homo ex hominibus assumptus et pro hominibus constitutus in his que sunt ad Deum.* (Hebr. v).

Á esta peticion del sacerdote responde el ministro en nombre de todo el pueblo allí presente: *Suscipiat Dominus sacrificium de manibus...* «Reciba el Señor el sacrificio de tus manos en alabanza y gloria de su nombre, y en utilidad de toda su santa Iglesia.» Á cuyas palabras responde el sacerdote: *Amen.* Como si dijera, así se verifica como tú lo dices.

De la Oracion secreta ó sagrada.

Por haber ya el sacerdote antes del Ofertorio excitado al pueblo para orar, cuando dijo *Oremus*, sin repetir esta palabra (algunos quieren se repita), dice la Oracion secreta, que tambien se llama Oracion sagrada: por ella pide á Dios el sacerdote que el pueblo fiel, con sus oblaciones, se incorpore con Dios en unidad del cuerpo de Cristo; y á mas de esto que el mismo Cris-

to se digne ofrecerle este sacrificio á fin de que sea grato y aceptable.

Es preciso advertir que en esta Oracion secreta el sacerdote empieza ya á representar la Pasion de Cristo, cuyo principio fue el secreto concilio y maquinacion de los judios, por el que empezaron secretamente á tratar de la muerte de nuestro adorado Jesús, como dice san Juan en el capitulo xi; y este es uno de los motivos que por disposicion de la Iglesia se diga esta oracion en secreto por el sacerdote.

Otra razon aun hay para que se diga en secreto esta Oracion, y es, que por ella empieza el sacerdote á ofrecer á Dios su sacrificio, pidiéndole de muchos modos el beneficio para nosotros: por esto es menester que estas cosas sagradas que se piden se oculten en cierto modo á lo comun del pueblo, á fin de que sean mas veneradas. Pues todas las cosas públicas, por su continuacion, acostumbran comunmente á desmerecer y á ser despreciadas; motivo por que manda el Señor por san Mateo: *Nolite Sanctum, scilicet panem, dare canibus: et margaritas nolite projicere ante porcos: ne forte conculcent eas pedibus suis: et canes conversi disrumpant vos.* (Matth. vii).

Tambien debe advertirse que esta oracion secreta corresponde á la *Collecta* ú

oracion que se dijo en alta voz en el principio de la Misa, de modo que deben decirse tantas oraciones secretas, cuantas se dijeron públicas, guardando siempre el mismo orden. No obstante, en la primera Secreta, como dije, no debe decirse antes la palabra *Oremus*, porque se dijo ya al Ofertorio. Mas en la segunda Secreta, y demás, que han de decirse todas *sub unica conclusione*, debe preceder antes el *Oremus*; por ser diversa la peticion segunda de la primera, requiere nueva exhortacion, aunque secreta.

Llegado ya el sacerdote al fin de la Oracion secreta, dice en alta voz: *Per omnia sacula sæculorum*. Y se dice en alta voz por dos razones: Primera, para significar que aunque Cristo estando próximo á su pasion se escondió primero de los judíos que maquinaban su muerte, retirándose en el desierto, segun san Juan, cap. x; se manifestó luego despues públicamente seis dias antes de Pascua, andando y enseñando en Jerusalem, dando público testimonio estaba dispuesto á la pasion para inmolarse como verdadero cordero pascual por la salud de todos.

Segunda razon: porque debiéndose decir en secreto dicha Oracion para ocultarla al pueblo por las razones indicadas; con todo,

siendo su fruto comun á todos, es conveniente que el fin de su conclusion se comuniqué á todos en alta voz.

Mas oida dicha conclusion por el pueblo, el coro de sacerdotes responde en nombre de todos: *Amen*. Esto es, así se haga en nosotros como tú en secreto lo has pedido en la presencia de Dios para nosotros. Puede tambien entenderse *Amen*, como si dijera: Verdad es lo que has proferido; y nosotros de corazon y de boca confesamos la misma verdad que tú en secreto has confesado en la presencia de Dios, segun aquellas palabras: *Justi sunt omnes sermones tui, et non est in eis pravum quid atque perversum*. (Proverb. viii).

CAPÍTULO XI.

DEL PREFACIO, Ó PREPARACION PÚBLICA DEL SACERDOTE.

Siguiese luego el Prefacio, sobre el que deben notarse muchas cosas. Une el celebrante con alta voz el fin de la primera oracion con el principio de la siguiente: *Quia Christus est lapis angularis, qui fecit utraque unum, conjungens judæos et gentiles, ut sit eorum unum ovile, et unus Pastor*.

Oyendo, pues, el sacerdote la devocion del pueblo y su fiel confesion, juzgándole

oracion que se dijo en alta voz en el principio de la Misa, de modo que deben decirse tantas oraciones secretas, cuantas se dijeron públicas, guardando siempre el mismo orden. No obstante, en la primera Secreta, como dije, no debe decirse antes la palabra *Oremus*, porque se dijo ya al Ofertorio. Mas en la segunda Secreta, y demás, que han de decirse todas *sub unica conclusione*, debe preceder antes el *Oremus*; por ser diversa la peticion segunda de la primera, requiere nueva exhortacion, aunque secreta.

Llegado ya el sacerdote al fin de la Oracion secreta, dice en alta voz: *Per omnia sacula sæculorum*. Y se dice en alta voz por dos razones: Primera, para significar que aunque Cristo estando próximo á su pasion se escondió primero de los judíos que maquinaban su muerte, retirándose en el desierto, segun san Juan, cap. x; se manifestó luego despues públicamente seis dias antes de Pascua, andando y enseñando en Jerusalem, dando público testimonio estaba dispuesto á la pasion para inmolarse como verdadero cordero pascual por la salud de todos.

Segunda razon: porque debiéndose decir en secreto dicha Oracion para ocultarla al pueblo por las razones indicadas; con todo,

siendo su fruto comun á todos, es conveniente que el fin de su conclusion se comuniqué á todos en alta voz.

Mas oida dicha conclusion por el pueblo, el coro de sacerdotes responde en nombre de todos: *Amen*. Esto es, así se haga en nosotros como tú en secreto lo has pedido en la presencia de Dios para nosotros. Puede tambien entenderse *Amen*, como si dijera: Verdad es lo que has proferido; y nosotros de corazon y de boca confesamos la misma verdad que tú en secreto has confesado en la presencia de Dios, segun aquellas palabras: *Justi sunt omnes sermones tui, et non est in eis pravum quid atque perversum*. (Proverb. viii).

CAPÍTULO XI.

DEL PREFACIO, Ó PREPARACION PÚBLICA DEL SACERDOTE.

Siguiese luego el Prefacio, sobre el que deben notarse muchas cosas. Une el celebrante con alta voz el fin de la primera oracion con el principio de la siguiente: *Quia Christus est lapis angularis, qui fecit utraque unum, conjungens judæos et gentiles, ut sit eorum unum ovile, et unus Pastor*.

Oyendo, pues, el sacerdote la devocion del pueblo y su fiel confesion, juzgándole

ya dispuesto y preparado para cosas mayores, empieza el Prefacio; llamado así porque predispone á todos públicamente diciendo ciertas cosas de la grandeza de este Sacramento, atrayendo sus atenciones á la mayor reverencia para hacerse dignos de tan divinos misterios.

Para mayor inteligencia de esta oracion, es menester notar primeramente que puede referirse á aquel misterio del que habla san Mateo en el cap. xxvi, que el dia primero de los ázimos envió Jesús á dos de sus discípulos á la ciudad de Jerusalem, diciéndoles: «Euntes parate nobis Pascha ut manducemus...» y en la misma noche, despues de la comida del cordero pascual, instituyó este sacrosanto misterio de la Eucaristía, á cuya mision de los Apóstoles precedió cierto prefacio ó preparacion, cual es este nuestro Prefacio para la consagracion y suncion de la Eucaristía en el oficio de la Misa, que es la cena pascual de la preciosísima Víctima que se nos envia del cielo bajo las especies de pan y vino.

Se divide este Prefacio en tres partes principales. La primera es la exhortacion á los fieles para alabar á Dios. La segunda es la razon por que se exige en tal acto dicha alabanza: *Vere dignum et justum est*. La tercera es la aceptacion de la alabanza ya prestada.

La excitacion á los fieles para la divina alabanza se contiene en tres palabras: primera, *Dominus vobiscum*, por cuyas expresiones el sacerdote en primer lugar saluda al pueblo fiel, deseándole la asistencia del *Excelso* para tratar los altísimos misterios de este Sacramento, que siendo tremendos para los Ángeles, no deben ser discutidos con curiosidad por los hombres; sino que deben ser recibidos y venerados con humildad, para que se verifique el sentido de *Dominus vobiscum*, esto es, el Señor sea con vosotros inspirando en el corazon, moviéndoos la boca, y ayudándoos en el bien obrar.

Á cuya salutacion responde el pueblo: *Et cum spiritu tuo*; como que deseara que aquellas cosas que no se pueden hacer sino con la operacion del Espíritu Santo sean hechas por el sacerdote levantando su espíritu á las cosas divinas por el mismo Santo Espíritu, uniéndose á sí, no solo sacramental, si que tambien espiritualmente. Pues segun san Juan: *Deus est Spiritus* (cap. iv), y es preciso adorarle en espíritu y en verdad.

Despues de haber oido del pueblo tan devota respuesta, añade el sacerdote segunda palabra, y queriendo que el pueblo llegue á lo mas alto en la comunion de la caridad, le exhorta diciendo: *Sursum corda*,

esto es: levantad vuestros corazones; cuyas palabras admirablemente explica Cipriano papa, de consecr. dist. 1: *Quando stamus ad orationem...* Puede tambien de otro modo decirse *Sursum corda*; esto es, levantad el entendimiento de verdad, el afecto de caridad, la rectitud de intencion, y la virtud de la conversacion.

De lo primero se lee en el salmo LXV: «*Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus.*» Como si dijera: cuando el hombre en este Sacramento piensa no cosa carnal, sino otras cosas muy altas, es porque entiende que sin embargo de venir Cristo en el altar, queda en la derecha del Padre, para que incorporados nosotros con él, nos exalte á la derecha del mismo Padre.

De lo segundo, dice el Apóstol: «*Quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram, quæ sursum sunt quærite ubi Christus est in dextera Dei.*» (Coloss. III). Gustamos, pues, y buscamos las cosas celestiales por la exaltacion de la caridad, cuya virtud tambien se perfecciona por este Sacramento, en el que experimentamos el grande aprecio que el Señor hace de nosotros; por la que se nos da en forma de comida, á fin de que nos incorporemos con él, y seamos promovidos á la alta casa del Padre, en la que todos abundan con los panes de la vida eterna. (Luc. xv).

De la tercera elevacion del corazon nos dice Job: «*Ad Deum stillat oculus meus, id est, intentio mea quæ devotione et memoria dominicæ passionis stillat lachrymas et non nisi in altum ad Deum dirigitur...*» (Cap. xvi). Tierra, no cubras mi sangre, dice Cristo á los fieles por el citado capitulo, ni encuentre en tí lugar para esconder mi clamor; porque en un corazon terreno y bajo no se debe ocultar la sangre de Cristo, y su clamor que nos llama á la comunion no debe esconderse bajo una afeccion terrena, sino que debemos venerar todas estas cosas con el corazon elevado al cielo.

De la cuarta puede entenderse lo que nos dice el Apóstol: «*Nostra conversatio in cœlis est*» (Philip. iv); que de allí esperamos al Salvador Señor nuestro Jesucristo, que incorporándonos con él en este Sacramento, reformó el cuerpo de nuestra humildad, haciéndolo semejante al cuerpo de su claridad; y esta es la razon por que el sacerdote exhorta al pueblo levanten sus corazones cuando dice *Sursum corda*. ®

Habemus ad Dominum.

En seguida responde el pueblo asistente, ó sea el coro en su nombre: *Habemus ad Dominum*; por no poder elevarse mas alto nuestro corazon, ni colocarse en otro lugar

mas seguro para bien perceber dones tan sublimes y espirituales. Como si dijera: levantemos nuestros corazones y manos á los cielos, á fin de librarnos de la amenaza que leemos en el capítulo xxix de Isaias diciendo: «Este pueblo me honra con su boca y «con sus labios, y su corazon está muy lé-
«jos de mí.»

Gratias agamus...

Á tal y tan devota respuesta del pueblo añade el sacerdote la tercera palabra, excitando su intencion á la accion de gracias, diciendo: *Gratias agamus Domino Deo nostro*. Por cuyas palabras se ve claramente que aquí se une ya el sacerdote con el pueblo por la expresion *agamus*; pues que todos deben participar del mismo don, del cuerpo y de la sangre de Cristo. «Somos un «solo cuerpo todos los que participamos de «un solo pan y de un solo cáliz.» I Corinth. x). Dar gracias á Dios es percibir dignamente sus dones, juzgándonos indignos de tales beneficios que tan gratuitamente de Dios recibimos.

Exhorta el sacerdote á dar gracias á Dios Señor nuestro, para significar tres de sus excelencias, por las que nos concede tres especies de beneficios que nos obligan á que se las demos las mas cumplidas. Es, pues, Señor por potencia, por la que nos crió y

poseyó desde el útero: *Possedit, fecit et creavit te Deus*. (Exod. xxxii). Por providencia, porque nos redimió: *Redemisti nos Domine Deus veritatis*. (Psalm. xxx). Y por beneficencia, por la que nos ha de salvar: *Deus noster, Deus salvos faciendi*. (Psalm. lvii). El mismo es, pues, quien nos crió de la nada, que nos redimió con su sangre, y nos salvará con su gracia. El mismo dió en la creacion la naturaleza, en la redencion la gracia, y en la salvacion dará la gloria.

Tambien en estas tres expresiones podemos notar las tres Personas divinas: En *Domino*, la persona del Padre, por la potencia; en *Deo*, la persona del Hijo, por la sabiduria; en *Nostro*, la persona del Espíritu Santo, por su amor ó benevolencia. Tambien se notan tres sustancias en la persona de Cristo, que es *Señor* de todos por naturaleza divina: es *Dios*, esto es, divino por su alma santificada; y *Nuestro*, por haber tomado nuestra carne. Motivos sobradísimos para obligarnos á rendirle ó tributarle las mas cumplidas gracias.

Dignum et justum est.

Á esta exhortacion, uniendo su voluntad con la del sacerdote, responde el pueblo: *Dignum et justum est*. Digno verdaderamente por su parte, porque es el mismo Señor Dios nuestro; *Justo*, en cuanto á nos-

otros que somos su pueblo y las ovejas de su rebaño: ó *Digno*, por su magnífica liberalidad para con nosotros; *Justo*, por nuestra humildad para con él; pues á todos da con abundancia, sin la mas mínima reprobación. Por lo que es dignísimo se le den todas las gracias; mas no teniendo nosotros otra cosa para recompensarle sino el honor: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* Con qué corresponderé á este Dios benéfico por tantos bienes como he recibido de su mano? Por justicia estamos obligados á darle, como dije, las mas cumplidas gracias. Por cuya razon nos dice el Apóstol: *In omnibus gratias agite.* (I ad Thes.).

Vere dignum, et justum est, æquum, et salutare.

Excitado ya el pueblo fiel para confesar al Señor con dignas acciones de gracias, el sacerdote en la segunda parte de su Prefacio añade la razon de dicha exhortación; la que puede considerarse de dos maneras: una es la grandeza divina, cuando dice: *Nos tibi semper...* y otra la alabanza angelical, cuando añade: *Per quem majestatem tuam...* Mas antes de explicar estas razones de divina alabanza es preciso advertir que el sacerdote aprueba la ya indicada respuesta del pueblo, cuando este dijo: *Dig-*

num et justum est. Y añade cinco palabras aprobativas, que son: *Vere, dignum, et justum est, æquum, et salutare*; las que pueden exponerse de dos modos. Primero, de los beneficios comunes. Segundo, de este singular beneficio del sacramento de la Eucaristía.

Pues es *Vere dignum*, por razon de su excelencia; *Justum*, por razon de su beneficencia; *Æquum*, por razon de su beneplácito; *Salutare*, por razon de su promesa. Ó, *Dignum*, porque nos crió con libre voluntad; *Justum*, porque nos redimió por su misericordia; *Æquum*, porque nos justifica gratuitamente; *Salutare*, porque perpetuamente nos glorifica.

Mas, hablando en especial de este sacramento de la Eucaristía, puede decirse que aquellas cinco palabras corresponden á cinco de sus excelencias. Primera: *Vere*, es un Sacramento de entera unidad. Segunda: *Dignum*, de la excelencia de su nobleza. Tercera: *Justum*, de su grande liberalidad. Cuarta: *Æquum*, de su ponderada equidad. Quinta: *Salutare*, cabeza de toda virtud.

Por la primera se manifiesta la diferencia de los Sacramentos de la ley antigua, que contenian una sombra, y no la verdad de las cosas divinas; y este contiene *verdaderamente* al Autor de todas las gracias.

(Hebr. x). Por cuya razon leemos que: *Lex per Moysen data est in umbris et figuris: sed gratia et veritas per Jesum Christum facta est.* (Joan. i).

Respecto á la segunda, pruébese por la misma diferencia, porque solo este sacrificio es *digno* de Dios, y no los que se ofrecian en la ley antigua, como lo leemos en el capítulo vi del profeta Miqueas: *Quid dignum offeram Domino? Numquid holocausta et vitulos anniculos? Numquid...* Ninguno de aquellos era digno, y solo lo es este, en el que se ofrece á Dios Padre, su carísimo y estimado Hijo. Por esto leemos: *Dignus est Domine Deus noster...* (Apocal. c. v).

En cuanto á la tercera, la obligacion de accion de gracias *justamente* se deja ver por la grandeza de la liberalidad del Señor: por lo que, es Justo, por el grande don de este sagrado convite: motivo que nos obliga á dar á Dios grandes gracias, diciendo con David: «Dignaos, Señor, de dirigir mis pasos por el camino de vuestros mandamientos...» (Psalm. cxviii). Añadiendo san Gregorio: *Cum augetur dona, et rationes crescunt donorum.*

Por lo que toca á la cuarta, se deduce de aquellas palabras: *Omnia in numero, pondere et mensura disposuit Deus.* (Sapient. c. ii). Luego la divina equidad exige que

cada uno vuelva á medir todo lo ya antes medido. Por lo que leemos: *Quare necesse est quod Deo benefactori per æqualitatem respondeamus in ratione dati et accepti.* (Luc. c. vi). No teniendo nosotros cosa igual para corresponder á sus dones, se nos dió el Hijo de Dios en sí mismo en este divinísimo Sacramento; y así como primeramente nos lo habia dado el Padre en precio de nuestra redencion, para que otra vez lo ofrecáramos en sacrificio por los pecados, victima de aplacacion, holocausto de intima y perfecta union, á fin de corresponder con igual medida á su don; pues le volvemos igual don por la devota oblacion de este sacrificio: *Ideo non tantum justum, sed etiam æquum est, dignas Deo rependere gratiarum actiones.*

Finalmente la quinta concluye: *et salutare*; es, pues, este Sacramento de eterna salud y causa virtuosísima de todos los efectos saludables; por lo que saludable es á Dios recompensarle y darle las mas devotísimas gracias por tanto beneficio. Este *Salutare* deseaban los Padres del Antiguo Testamento: *Salutare tuum expectabo Domine.* Jacob (Genes. xlix). Y Simeon se gloria haberlo conseguido: *Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* (Luc. ii).

Nos tibi semper et ubique gratias agere.

Aprobada, como ya dijimos, la respuesta del pueblo, prosigue el sacerdote la primera razon de confesion de la divina alabanza, diciendo: *Nos tibi semper et ubique gratias agere dignum et justum est.* Y dejando ya al pueblo dirige á Dios su oracion, añadiendo estos dos adverbios: *Semper et ubique.* *Semper*, dice, esto es, no solo en este tiempo de gracia, sí que tambien en la eternidad de nuestra gloria futura; percibimos ahora á Cristo verdaderamente escondido en la especie sacramental, pero despues lo veremos de manifiesto y en la cara de la verdad; motivo por que dice David: «Bendeciré al Señor en todo tiempo, «y consagro eternamente mi boca para celebrar sus alabanzas.» (Psalm. XXXIII). Dice *ubique*, porque las tres máquinas de este mundo dan, por sí y cada una, á Dios las gracias. El cielo, por la restauracion de la ruina angelical; la tierra, por la redencion de la Iglesia militante; el infierno, por la libertad de los santos Padres, ó por aquellos que en el purgatorio están expiando sus culpas; motivo por que se dice: *In nomine Jesu omne genuflectatur caelestium, terrestrium, et infernorum.* (Apost. ad Philip. II). Lo que confirma el real Profeta, cuando dice: «Obras del Señor, alabadle

«todas en el ámbito inmenso de su imperio; y sobre todo tú, alma mia, que has «recibido de él tantos beneficios, no ceses «de bendecirle.» (Psalm. CII).

Se ofrece, pues, este sacrificio en alabanza de Dios, por los celestiales, para su glorificacion; por los terrestres, para la perfeccion de la gracia; por los infernos, para la libertad purgatoria. Luego *digno y justo es* en todo tiempo y en todo lugar dar á Dios las mas cumplidas gracias.

Domine Sancte Pater Omnipotens Aeternae Deus.

Manifiesta el sacerdote con las dignas combinaciones de sus palabras aquel á quien deben darse las gracias, cuando dice: *Domine Sancte Pater Omnipotens Aeternae Deus*: constriñéndose por ellas á la primera razon de la divina alabanza; porque: *ipse Dominus Sanctus*, santifica á sus siervos purificándolos de sus pecados; *Pater Omnipotens*, exalta á sus hijos en méritos, y los llena de gracias; *Aeternae Deus*, remunera á sus servidores, beneficiándolos con premios eternos.

Con referencia á la sagrada Eucaristia, puede tambien entenderse *Domine Sancte*: Que preparas magnificamente en este Sacramento, de los tesoros de tu dominio, dones que santifican; *Pater Omnipotens*: Que

con afecto de caridad paterna declaras ser el pan de tus hijos; *Æterne Deus*: Que es fuerzas á los mortales con el alimento de tu divinidad para llegar á la eterna inmortalidad. De lo primero, dice David: *Gloria et divitiæ in domo ejus.* (Psalm. III). De lo segundo, añade el mismo en el Psalm. LXXVII: «Verá el pobre convertida su necesidad en «abundancia de todos los bienes que ves- «tra bondad, Dios mio, le prepara.» De lo tercero, concluye en el salmo cx: «Este «Dios misericordioso y benigno para los que «le temen dió un maravilloso alimento á «nuestros padres, para que recibéndole ca- «da dia se acordasen de tantas maravillas «como hizo á favor de ellos.»

Per Christum Dominum nostrum.

Luego, pues, es muy justo dar gracias al Señor, al Padre y á Dios. *Per Christum Dominum nostrum*, como mediador y abogado nuestro. *Mediator Dei et hominum homo Christus Jesus.* (Apost. ad Timoth. II). *Per quem majestatem tuam laudant Angeli...*

Manifestada la primera razon de la divina alabanza, que es la excelencia de la naturaleza divina, síguese la segunda razon, que es la alabanza angélica, cuando dice: *Per quem majestatem tuam laudant Angeli.* La que puede tambien exponerse de dos maneras, como la parte superior. Primero,

de los beneficios generales; segundo, del sacramento de la Eucaristia. *Per Christum*, pues, alaban los Ángeles á la majestad de Dios, porque de él tienen su existencia por creacion y ciencia por iluminacion. *Ipse est enim Dei virtus et Dei sapientia.* (I Corinth.). No solo lo alaban, sí que tambien lo adoran y tiemblan: lo alaban, porque fueron hechos por el Hijo. (Genes. I). Habló Dios, y fue hecha la luz; esto es, la naturaleza angélica, de la que dice David: *Verbo Dei cæli firmati sunt.* (Psalm. XXXII). Lo adoran, porque él es el Jefe del ejército celestial, segun Esdras, IX: *Exercitus cæli te adorant;* y en el salmo XCVI: *Adorate eum omnes Angeli ejus.* Tiemblan por ser él su Señor: *Columnæ cæli contremiscunt, et pavent ad nutum ejus.* (Job, c. XXXIX). Tambien puede decirse: lo alaban, dando un testimonio á la virtud de su majestad; lo adoran, reverenciando la excelencia de su majestad; tiemblan, administrando la potencia de su majestad sirviéndole; tiemblan, digo, no por causa de miedo, sino por concepto de admiracion: por cuyas palabras se ve claramente cuánto debemos alabar á la divina Majestad, alabándole los Ángeles, como lo hemos demostrado.

Adorant Dominationes, tremunt Potestates.

Es en extremo reverenciada la majestad

de Dios, porque la adoran las *Dominaciones*, que tienen dominio sobre todos los demás Ángeles buenos inferiores. Es admirablemente admirado, pues á su presencia tiemblan las Potestades, que tienen sujetas á sí las virtudes contrarias á los demonios.

Cæli cælorumque Virtutes.

Manifestada ya la segunda razon por que debemos siempre dar gracias á Dios, alabarle y bendecirle; sigue aun la confirmacion de la misma razon. *Cæli cælorumque Virtutes*; por cuyas palabras puedetambien entenderse de los cielos corporales, porque ellos alaban á Dios, pues que su materia presta á los hombres el camino para alabarle, como todas las demás criaturas corporales, segun dice David en el salmo CXLVIII: *Laudate eum cæli cælorum...* Dicese *cæli* en plural, para denotar que hay muchos cielos y muchas virtudes é influencias por las que crecen y se conservan todas las cosas inferiores que aquí tenemos. Tambien puede esto entenderse de los cielos espirituales, que son los Ángeles, especialmente aquellos que son llamados *Tronos*, esto es, sede de Dios. *Virtutes cælorum*, son otros Ángeles, así llamados, á los que pone Gregorio supremos de baja jerarquía, en donde Dionisio *collocat Principatus*.

Beata Seraphim.

Son Ángeles supremos entre todos, para que así se manifieste que todos los órdenes de los Ángeles, tambien aquellos no nombrados, tienen el oficio de alabar á Dios como así está escrito: *Laudate eum omnes Angeli ejus: laudate eum omnes virtutes ejus.* Todos, pues, celebran con igual alegría las divinas alabanzas.

Socia exultatione.

Nunca, jamás acaban las divinas alabanzas sin la mas extraordinaria alegría, por lo que dice David: *Beati qui habitant in domo tua Domine: in sæcula sæculorum laudabunt te.*

Segunda exposicion.

Mas aplicándolo en especial á la sagrada Eucaristía, puede en segundo modo exponerse manifestando aquel á quien deben darse las gracias por este Sacramento sobre la eminente y extraordinaria alabanza de la voz angélica; por lo que es preciso advertir tres cosas: Predicacion de altísima alabanza: *Per quem majestatem tuam.* Obsequio de grandísima reverencia: *Laudant Angeli, adorant, tremunt.* Y la alegría celebrada en las mas altas regiones: *Cæli cælorumque Virtutes...* Dice *Per quem*, para

manifestar el mediador en el oficio de alabanza. *Majestatem*, para declarar la extraordinaria elevacion del que se alaba. Por Cristo mediador, que existe en este Sacramento, se da á los Ángeles bienaventurados diferentes motivos de alabanza, pues que alaban á Dios por el mismo Dios. Por su mediacion se perfecciona el efecto de su custodia, son preservados de sus caidas, y por la misma se acrecienta su perfeccion.

De lo primero se lee en el salmo xc: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant...* Pues Cristo por la obra de su redencion, en especial por este divinísimo Sacramento, dió por vencido á nuestro enemigo por efecto del Ángel Custodio. Por lo que dice: *Audivi vocem magnam de cælo: nunc facta est salus, et virtus, et regnum Dei nostri et potestas Christi ejus...* (Apocalyp. xii). Alégrense por esto los cielos y todos sus habitantes, *id est Angeli*. Esta grande voz no es otra que la voz de los Ángeles, que por la contemplacion de tanta gracia alaban y admiran al Hijo de Dios, que proveyó la custodia angélica para efecto de nuestra salud.

De lo segundo dice el Apóstol (ad Ephes.): *Primo gratificavit nos Deus dilecto Filio suo...* Esto es, propuso por él en la dispensacion de la plenitud de los tiempos renovar todas las cosas que están en la tierra y en el

cielo. Y á mas: *Dominus duplici parabola de ove et drachma perdita restorationem ruinæ Angelorum explicat.* (Luc. xv). Á lo que puede aplicarse aquello de Amós: *In die illo suscitabo tabernaculum David quod cecidit, et reedificabo aperturas murorum ejus, et ea quæ corruerant instaurabo, et reedificabo illud sicut in diebus antiquis.* (Cap. ix). Así, pues, por la gracia de Cristo mediador, que en especial se nos comunica por este Sacramento, reparó Dios el celestial tabernáculo, que disminuido del número de Ángeles, lo reintegró por los hombres.

De lo tercero leemos en el ya citado salmo xc: *In manibus portabunt te...* Porque en virtud de la sangre de Cristo la mano angélica ayuda al hombre para que con mas facilidad llegue á la perfeccion de la virtud; mas para que con ayuda de los Ángeles lleguemos al verdadero camino, es preciso que, vencido primeramente el tentador que nos inclina al mal, apartemos por la sangre de Cristo el peso de las circunstancias de los pecados. Por lo que dice san Mateo en el cap. iv: *Quod postquam Christus diabolum tentatorem dejecit, accesserunt Angeli, et ministrabant ei.*

Majestatem tuam.

Manifestada ya la eminente y extraordinaria alabanza angelical, hablaremos aho-

ra de la voz *Majestatem tuam*, nombre derivado de mayoría ó de grandeza: como que majestad es grandeza siempre permanente, sin que pueda perder ni disminuir. Esta es la grandeza que Dios manifiesta de un modo especial en este Sacramento, en el que con admirable majestad hace que de incomprendible se comprenda en tan pequeña materia; que recibido por el hombre quede siempre con el mismo, y que reinando en el cielo sea sacrificado en el altar.

De lo primero dijo Salomon: *Si cælum et cæli cælorum te capere non possunt, quanto magis domus hæc parva quam ædificavi tibi?* (III Reg. VIII). Tal es la pequeña forma de la hostia; mas por contenerse en ella todo Cristo, perfecciona la majestad divina que hizo al Verbo abreviado sobre la tierra. (Isai. X). Abreviado á la verdad, primeramente en la Encarnacion, pero mucho mas abreviado en las especies de pan y vino.

De lo segundo leemos: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: sic qui manducat me vivet propter me.* (Joan. c. III). Cuya comida no se transforma en sustancia del que la toma, como se verifica con la comida de carne, sino que se transforma en Cristo el que la recibe. Es, pues, tomado por nosotros para que vivamos con

él, y se quede en el cielo para que reine-
mos con él mismo: *Ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo.* (Luc. XXII).

De lo tercero dice el Apóstol: *Quotiescumque manducabitis... mortem Domini annuntiabitis...* (I Corinth. II); por lo que le ofrecemos en el altar haciendo memoria de su pasion y muerte, y figurative lo sacrificamos: por cuya razon nos servimos del altar, en lugar de cruz; del cáliz, por sepulcro; de la patena, por la piedra que estaba encima, y de la pália ó corporal, por la sábana en la que fue su cuerpo amortajado. Con todas estas cosas creemos lo que dice el Apóstol: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur.* (Rom. VI).

Laudant Angeli.

La Majestad divina en este Sacramento es alabada por los Ángeles: *Per Christum Dominum nostrum*, en cuyo sacerdocio y sacrificio la misma Majestad, como se ha dicho, obra todos los milagros.

Despues de la eminente alabanza manifiestan los Ángeles el obsequio de la mas extraordinaria reverencia, cuando se añade: *Laudant Angeli, adorant Dominationes, tremunt Potestates.* En este Sacramento se

contiene la virtud de Dios y todo su honor: la virtud exige alabanza, y el honor reverencia; porque la alabanza preconiza la virtud, y el honor indica la reverencia; la que es de dos maneras: la una tiende á la grandeza de aquel á quien se tributa la reverencia, y se llama adoracion; y la otra mira la bajeza de aquel de quien se exige la reverencia, y se llama temor ó temblor. Segun este principio se distinguen aquellas palabras: que los *Ángeles alaban la virtud de Dios*, por la que el género humano triunfó de su enemigo por medio de este sacrificio. Por cuya razon leemos: *Ultio dicitur in oratione Manasse regis Juda: quam te laudat omnis virtus cælorum...* (Paralip. II). Este oficio celeste es de todos los espíritus celestiales; y por esto en nombre de *Ángeles* se toman aquí todos sus órdenes y jerarquías, cuya alabanza, como dice el beato Gregorio, es la admiracion de la sabiduría y majestad de Dios, que perfecciona tal virtud por este Sacramento.

Adorant Dominaciones.

Adoran las Dominaciones su honor contenido en este Sacramento; pues está lleno de toda gracia, no solo creada, que es accidente, sino de Dios, que es gracia subsistente é increada, y fuente de toda gracia y virtud: razon por la que le deben los An-

geles todo honor, que es la adoracion. De la que nos dice el Apóstol: *Cum introducit primogenitum in orbem terræ... Et adorant eum omnes Angeli ejus.* (Hebr. I). Introdujo, pues, el Padre á su Hijo en este mundo: primero, por la Encarnacion en las entrañas de la Virgen María; y segundo, lo introduce todos los dias cuando se hace este Sacramento, y es recibido por los fieles en nuestra santa madre Iglesia. Se nombran aquí las Dominaciones, que es el orden superior de la segunda jerarquía, para excitar á los fieles á la adoracion de Dios; pues si aquellos espíritus celestiales, que por la propiedad de su nombre parecen menos inclinados para prestar reverencia á alguno; quiero decir, si las *Dominaciones* adoran á Dios, ¿cuánto mas debemos nosotros adorarle, siendo hombres débiles y miserables?

Tremunt Potestates.

Siguiese: *Tiemblan las Potestades*; esto es, por la extraordinaria majestad y grandeza del que es adorado. El temblor, pues, proviene de la consideracion de la propia fragilidad, respecto á la majestad de Dios, á la que si se compara toda criatura, por mas perfecta que en sí sea, no solo parece pequeña, sino que desaparece. De donde se sigue que es preciso é indispensable que

toda criatura tiemble ó se espante á la majestad de este Sacramento; pues en la pasión de nuestro adorado Jesús, de la que es memoria este sacrificio, se partieron las piedras, se abrieron los sepulcros, tembló la tierra, y el sol se oscureció: así como le adoran las Dominaciones, deben del mismo modo verificarlo las Potestades: *Ad quas pertinet omnes corrípere et neminem timere...* (Dionys. cap. 8 de cœlest. hierar.): conociendo entonces que su potestad es casi ninguna, respecto la divina que está en este Sacramento, tiemblan con razon: ¿cuánto mas, pues, debe espantarse la humana fragilidad delante este Sacramento, oyendo que tiemblan las Potestades celestiales?

Síguese en el Prefacio lo tercero que propusimos: el gozo extraordinario que se celebra en las altísimas regiones cuando el sacerdote añade:

*Cæli cælorumque Virtutes ac beata Seraphim
sociæ exultatione concelebrant...*

En cuyas palabras es tambien preciso se noten tres cosas, á saber: *Cæli cælorumque Virtutes et beata Seraphim*, para manifestar con cuánta alegría todos los Ángeles asisten á este tremendo misterio: llámense aquí *cielos* los Espiritus angélicos que veneran sobre sí á aquel que está en este Sacramento; pues Cristo sube en dignidad,

colocándose con su humana naturaleza en las cumbres angelicales sobre todos los cielos. Por cuyo motivo dice el real Profeta: «Ayudadme á bendecir al Señor todos los que componéis su celestial milicia, y sois fieles ministros de su voluntad.» (Psalm. cii). Y estos alaban á aquel que sobre todos cumplió la voluntad de Dios Padre: *Opus consummavi.* (Joan. xvii).

Beata Seraphim es el supremo orden de los Ángeles, que ardiendo todos en amor, asisten continuamente al rededor de la Trinidad adorable, llamándose *beatos* por antonomasia. Tambien porque contemplan sobre sí la elevacion de la divina sabiduría y suavidad de este Sacramento; por cuya razon celebran juntos solemnemente y alegres con los demás Ángeles la veneracion de este misterio. Celebrando, pues, de este modo aquellos extraordinarios ejércitos celestiales, y festivando á la majestad de Dios en este Sacramento, seria del todo irracional si los hombres se apartasen de esta celebridad, no queriendo alabar á Dios con los Ángeles: estos tales se expondrian á aquella reprension que leemos: *Ubi eras cum me laudarent astra matutina...* (Job, c. xxxviii). Se introducen, pues, en el Prefacio las legiones angélicas, alabando y adorando á Dios, para excitar y mover nuestra tardanza en la veneracion de un tan

grande Sacramento, á fin de que por su ejemplo seamos movidos para asistir á la celebracion de la Misa con toda dignidad y devocion.

Llega finalmente la última parte del Prefacio, por la que se pide sea aceptada la divina alabanza, cuando el sacerdote añade:

Cum quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur.

De lo que se ve claramente suplica el sacerdote que las voces de los hombres se mezclen con las que celebran los Ángeles en alabanza de Dios, y esto no sin razon; pues que hay dos géneros de criaturas racionales, Ángeles y hombres; á los que Dios crió para afirmarse en las divinas alabanzas, y le diesen al mismo tiempo acciones de gracias. Por esto leemos: *Et audiivi vocem quasi citharadorum citharizantium in citharis suis...* (Apoc. xiv). Dice, pues, el sacerdote: *Cum quibus*, esto es, con los Ángeles, Dominaciones y Potestades; *nostras voces*, humildes á la verdad, pero racionales; *ut admitti*, en alabanza del Sacramento; *jubeas deprecamur*, porque sin tu mandato y sin el auxilio de tu gracia no podemos cumplir sean oidas nuestras voces entre las de los Ángeles, y por esto pedimos *supplici confessione*, no con soberbia presuncion, sino que postra-

dos en la presencia de tu Majestad con humilde devocion, sigamos ó continuemos tu alabanza.

Epílogo.

Resumiendo, pues, todo el Prefacio, diremos en breves palabras cuál fue la intencion de la Iglesia en su institucion; y fue para que el sacerdote, antes de la consagracion y suncion del Sacramento, hablase al pueblo, excitándolo para celebrar con devocion este tan grande misterio. Para cuyo efecto pone primero aquellas palabras, diciéndoles: *Dominus vobiscum*, el Señor sea con vosotros, por su gracia que es necesaria para este negocio. *Sursum corda*, levantad de lo terreno á lo celeste vuestros pensamientos y afecciones. *Gratias agamus Domino Deo nostro*, demos al Señor Dios nuestro gracias, alabanzas y bendiciones. *Vere dignum et justum est, æquum et salutare*, porque esto es digno y justo en verdad, proporcionado y saludable. En cuanto á la segunda parte hay dos razones de prueba: ya por la magnificencia ó grandeza de su majestad, cuando decimos: *Domine Sancte, Pater Omnipotens, Æterne Deus, per Christum Dominum nostrum*; ya por imitacion de la alabanza que le dan los Ángeles, cuando se añade: *Per quem majestatem tuam laudant Angeli, adorant Domi-*

*nationes, tremunt Potestates: cæli cælorum-
que Virtutes ac beata Seraphim socia exul-
tatione concelebrant.* Tercero y último, ora
y suplica el sacerdote sea aceptada y reci-
bida nuestra alabanza, diciendo: *Cum qui-
bus et nostras voces, ut admitti jubeas de-
precamur, supplici confessione dicentes.*

A mas de este comun Prefacio hay otros
especiales para ciertas festividades de ma-
yor solemnidad, que dan materia para ex-
citar á mayor devocion, proporcionada siem-
pre á la grandeza del misterio que se cele-
bra; y estos son en número de diez: 1.º El
de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesu-
cristo. 2.º El de su Ascension. 3.º El de Pen-
tecostes. 4.º Natividad del Señor. 5.º Epifa-
nia. 6.º De los Apóstoles. 7.º De la Santísi-
ma Trinidad. 8.º De la Santa Cruz. 9.º De
Cuaresma ó ayuno. 10. De la bienaventu-
rada Virgen María. Como consta en los de-
cretos, cap. 70, *Distinct. Sanctorum Cano-
num, ex Concil. Placentino ab Urbano papa.*
Dejamos al arbitrio de nuestros lectores la
exposicion de lo que se añade en cada uno
de dichos Prefacios al comun Prefacio ya
expositado.

CAPÍTULO XII.

DE LA COMUN EXPOSICION DEL HIMNO, Ó SEA
DE LA ALABANZA DE LOS ÁNGELES Y DE LOS
HOMBRES, QUE PRINCIPIA SANCTUS, SAN-
TUS, SANCTUS.

Excitado el pueblo fiel por el Prefacio que
precede á confesar al Señor los milagros
que obra por este Sacramento, y supuesta
la súplica dirigida á Dios, á fin de que acep-
tara ó admitiera nuestras alabanzas mez-
cladas con las voces de los Ángeles, dispu-
so la Iglesia se cantara por el coro el him-
no que es comun de los Ángeles y de los
hombres, por la excelsa alabanza de la Tri-
nidad adorable. Concluido, pues, el Prefa-
cio empieza el coro á cantar:

Sanctus, Sanctus, Sanctus.

Sixto papa I instituyó, no sin motivo, se
cantara en dicho lugar este himno; pues
siendo justa la suplicacion que precede,
confia la Iglesia fue ya oida por Dios, á cu-
yo honor fue dirigida; por esto adapta el
himno de divina alabanza mezclada de las
palabras de los Ángeles y de los hombres.

Dividese, pues, este canto en dos partes
principales: la primera es la voz de los Án-
geles, y la segunda la de los hombres, que

*nationes, tremunt Potestates: cæli cælorum-
que Virtutes ac beata Seraphim socia exul-
tatione concelebrant.* Tercero y último, ora
y suplica el sacerdote sea aceptada y reci-
bida nuestra alabanza, diciendo: *Cum qui-
bus et nostras voces, ut admitti jubeas de-
precamur, supplici confessione dicentes.*

A mas de este comun Prefacio hay otros
especiales para ciertas festividades de ma-
yor solemnidad, que dan materia para ex-
citar á mayor devocion, proporcionada siem-
pre á la grandeza del misterio que se cele-
bra; y estos son en número de diez: 1.º El
de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesu-
cristo. 2.º El de su Ascension. 3.º El de Pen-
tecostes. 4.º Natividad del Señor. 5.º Epifa-
nia. 6.º De los Apóstoles. 7.º De la Santísi-
ma Trinidad. 8.º De la Santa Cruz. 9.º De
Cuaresma ó ayuno. 10. De la bienaventu-
rada Virgen María. Como consta en los de-
cretos, cap. 70, *Distinct. Sanctorum Cano-
num, ex Concil. Placentino ab Urbano papa.*
Dejamos al arbitrio de nuestros lectores la
exposicion de lo que se añade en cada uno
de dichos Prefacios al comun Prefacio ya
expositado.

CAPÍTULO XII.

DE LA COMUN EXPOSICION DEL HIMNO, Ó SEA
DE LA ALABANZA DE LOS ÁNGELES Y DE LOS
HOMBRES, QUE PRINCIPIA SANCTUS, SANCTUS,
SANCTUS.

Excitado el pueblo fiel por el Prefacio que
precede á confesar al Señor los milagros
que obra por este Sacramento, y supuesta
la súplica dirigida á Dios, á fin de que acep-
tara ó admitiera nuestras alabanzas mez-
cladas con las voces de los Ángeles, dispu-
so la Iglesia se cantara por el coro el him-
no que es comun de los Ángeles y de los
hombres, por la excelsa alabanza de la Tri-
nidad adorable. Concluido, pues, el Prefa-
cio empieza el coro á cantar:

Sanctus, Sanctus, Sanctus.

Sixto papa I instituyó, no sin motivo, se
cantara en dicho lugar este himno; pues
siendo justa la suplicacion que precede,
confia la Iglesia fue ya oida por Dios, á cu-
yo honor fue dirigida; por esto adapta el
himno de divina alabanza mezclada de las
palabras de los Ángeles y de los hombres.

Dividese, pues, este canto en dos partes
principales: la primera es la voz de los Án-
geles, y la segunda la de los hombres, que

comienza en *Hosanna in excelsis, pleni sunt...* La primera, que es alabanza angélica, se toma del capítulo vi de Isaias, en el que leemos: *Seraphim clamabant sub excelsis Dei solio: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum: plena est omnis terra gloria ejus.* La segunda, que es alabanza humana, se toma del evangelio de san Mateo, cap. xxi, y del xii de san Juan, en los que leemos: *Illi qui præibant, combatantur et sequebantur Dominum venientem in Jerusalem... dicentes: Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini, Hosanna in excelsis.* Se diferencian las dos partes de este himno, en que por la voz angélica se alaba la unidad de la divina Esencia y la trinidad de personas; y por la voz humana se alaba la union de la divinidad y humanidad de Cristo. Esta parte se subdivide en oracion, cuando decimos, *Hosanna in excelsis*; y en accion de gracias, cuando añadimos: *Benedictus qui venit...* por esto todo este canto se compone de tres partes, y tiene dos declaraciones.

Primera general: de Dios absolutamente considerado en sí mismo. Segunda especial: del sacramento de la Eucaristía. Dicese, pues, en la primera parte de la alabanza angélica *Sanctus* tres veces, para significar en Dios la trinidad de personas, una vez *Dominus Deus Sabaoth*, para con-

esar la *esencia ó unidad* de la naturaleza divina. Como si dijera: Santo Padre, Santo Hijo, Santo Espíritu Santo, que los tres son un solo Dios... Ó tambien se repite aquel nombre tres veces, por las tres perfecciones que significa ser en Dios segun las tres interpretaciones de este mismo nombre: dos latinas y una griega. Pues, segun los gentiles, llámase *santo* lo que está establecido y firmado por ley, derivado del verbo *sanctio, quod est firmiter statuo et ordino ab omnibus inviolabiliter observandum*, por lo que entre ellos las leyes se llaman *santas*; esto es, que firme y válidamente obligan al pueblo. Mas, segun los hebreos, *sanctum* se dice à *sanguine* como cosa teñida ó mezclada con sangre; por cuya razon dice el Apóstol: *Omnia in sanguine mundantur et sanctificantur secundum legem.* (Hebr. ix). Pues entre ellos ninguna cosa se llamaba *santa* que no estuviese mezclada con la sangre de la víctima, y à mas consagrada à Dios, sin que se aplicara à otros usos: motivo por que llamaban santos à los sacerdotes y vasos del templo, como si dijeran: *Teñidos con sangre.*

Tambien podemos considerar este nombre *sanctus* como derivado ó trasladado del griego *Agios*, que equivale à cosa *sin tierra ó separada de la tierra*; pues llámase santo à aquel que está separado de las in-

mundicias y actos terrenos ó negocios mundanos; por lo que leemos en el Levítico: *Sancti estote...* esto es, separados de la corrupcion. Es, pues, *sanctus* lo mismo que *firme*, libre de toda imperfeccion, y elevado en gran manera de la tierra: cuyas tres cosas convienen en especial á la naturaleza divina; pues ella es *firme*, siendo inmutable y eterna: *Ego Dominus et non mutor...* (Malach. ult.) *Libre de toda imperfeccion*, porque es perfecto por esencia: *Sanctus Dominus Deus noster.* (Levit. xix). *Es elevado sobre todas las cosas de la tierra*, sin proporcion, por ser infinito: *Excelsus super omnes gentes Dominus...* (Psalm. cxii) por cuya razon se dice *Santo* tres veces, *etiam essentialiter.*

Mas, tomada personalmente, el Padre es Santo: *Pater Sancte serva eos...* (Joan. xvii). El Hijo es Santo: *Quod nascetur ex te Sanctum vocabitur...* (Luc. i). El Espíritu Santo lo es igualmente: *Accipite Spiritum Sanctum...* (Joan. xx). *Licet Dominus Pater, Dominus Filius, Dominus Spiritus Sanctus: tamen sicut dicit Athanasius, non tres Domini, sed unus Dominus: similiter non tres dii, sed unus Deus:* de quo Deut. cap. *Audi Israel: Dominus Deus tuus unus est.*

Dominus Deus Sabaoth.

Añádese el nombre hebreo *Sabaoth*, que se interpreta ejército de *virtudes*; pues que Dios es Señor de los *celestiales* ejércitos, de los Ángeles que se llaman *Virtudes*, y de los *terrestres*, que son los hombres viadores. *Tot exercitus Deus habet in terra, quot sunt hominum ordines in Ecclesia: totque in caelis, quot sunt Angelorum ordines* (Cant. vi); por esto es aclamado y bendecido por Señor Dios de los ejércitos.

Pleni sunt caeli et terra.

Llenos están los cielos y la tierra, Ángeles y hombres con tu gloria, que es la bienaventuranza eterna: aquellos en realidad y por posesion, estos en esperanza y promesa. Llenos están á la verdad por estar pacíficos y saciados, segun David: *Satiabor cum apparuerit gloria tua;* ó tambien puede decirse que están llenos los cielos por la vision beatífica, y la tierra por la revelacion de la fe, gloria de Cristo, y gloriosa noticia de su pasion, resurreccion y ascension: *In omnem terram exivit sonus Apostolorum praedicantium gloriam Christi.* (Rom. viii). Puédesse tambien entender de la presencia corporal de Cristo, que en el cielo es manifiesta, y en la tierra cubierta bajo las especies sacramentales; ó puede

entenderse de la presencia de su divinidad: *Caelum et terram ego impleo.* (Jerem. xxiii). Puede, finalmente, acomodarse esto tambien á su gloriosa gobernacion: *Quia attigit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (Sap. viii).

Hosanna in excelsis.

En la segunda parte de este cántico, que es voz humana, se pone primero la oracion ó súplica con el verbo hebreo *Hosanna*, esto es; salvadnos; *in excelsis*, esto es, en los cielos en cuanto á las almas principalmente; pues para procurar esta salud á los hombres vino Cristo, y no para hacernos felices en la tierra en cuanto á los cuerpos. Sin embargo, despues del dia del juicio salvará tambien los cuerpos de los Santos: por esto se pone dos veces *Hosanna*, por las dos partes de la salud humana, que son la del alma y la del cuerpo; siendo su sentido: rogamos que nos salve *in excelsis*: primero, segun nuestras almas; luego, segun nuestros cuerpos; y se ha de notar que este versículo de humana alabanza tambien se encuentra en el salmo cxvii bajo otras palabras: *O Domine, salvum me fac...*

Benedictus qui venit in nomine Domini.

Manifestamos nuestro agradecimiento en accion de gracias por el beneficio de la En-

carnacion de Cristo. Bendito, pues, sea el Hijo de Dios que viene á nosotros segun la humanidad tomada: *In nomine Domini*, de Dios su Padre. *Ego veni nomine Patris mei...* (Joan. viii). Esto es, viene como su legado buscando su honor y gloria en todas sus palabras y obras. Y luego añade: «Yo no busco mi gloria, sino que honorifico á mi Padre...»

Segunda declaracion.

La especial y segunda exposicion de este cántico será en orden al sacramento de la Eucaristía, que se verifica inmediatamente por las palabras del *Cánon*, como despues diremos.

Sanctus...

Se dice *Sanctus* tres veces por la distincion de las divinas Personas, que todas singularmente han operado en este Sacramento, como en la Encarnacion de Cristo; pues la virtud del Altísimo, que es la potencia del Padre, imprimió en aquella Señora su misma y perfecta imágen, y esto mismo hace con el Sacramento de nuestra redencion. La sombra, pues, es la forma de la cara del que se mira en un espejo. El Espíritu Santo, sobreviniendo tanto en el útero de la Virgen, en el que este pan se ha compuesto, como en el sacramento de la Eucaristía, en el que

la sustancia del pan material se transustancia en el cuerpo de Cristo, lo perfecciona todo con su operacion. El Hijo es el que, teniendo todas las cosas impresas por el Padre y la perfeccion del Espíritu Santo, se unió tanto en el útero de la Virgen como en este Sacramento; por cuyo motivo nos dice: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* (Joan. vi).

Tambien podemos decir se pronuncia *Sanctus* tres veces, por las tres sustancias de Cristo de las que se compone este Sacramento, y son: *Antigua, nueva y eterna*, esto es, cuerpo, alma y divinidad, siendo santa cada una de ellas. Llámase sustancia *antigua* el cuerpo de Cristo, por ser tomada de la masa del antiguo cuerpo de Adán; y es santo, porque purificado y libre de todo pecado fue concebido por virtud del Espíritu Santo.

Llamamos sustancia *nueva* el alma de Cristo, porque fue de nuevo creada en la hora de su encarnacion: tambien se dice *santa*, porque en el mismo momento de su creacion fue llenada de toda su santidad; esto es, de toda gracia y sabiduría: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae Dei.* (Colos. ii).

La divinidad de Cristo, sin duda alguna, *eterna*, es verdaderamente santísima: de cuya santidad el Hijo de Dios la recibió con

profusion, tanto en el cuerpo como en el alma, redundando por su santidad la copiosa santificacion á toda su Iglesia. *De plenitudine ejus omnes accepimus...* (Joan. i). *Ego pro eis sanctifico me ipsum...* (Joan. xvii).

Por esta razon se dice en este himno tres veces *Sanctus*, porque Cristo contenido en este Sacramento es *santo*, por la pureza de su carne; *santo*, por la gracia de su alma, y *santo*, por la excelencia de su divinidad, por no haber en Cristo mas que una persona.

Dominus Deus Sabaoth.

Añádese en singular: *Señor Dios de Sabaoth*; en cuyas palabras se significan tres cosas de las que depende el complemento de este Sacramento; esto es, *facultad, modo y virtud*. Pues en la palabra *Dominus* se manifiesta su *facultad* ó abundancia de riquezas: *Dominus dives est in omnes qui invocant eum modus in verbo.* (Joel, iii).

Deus, porque tiene sabiduría ó providencia del régimen de todas las criaturas, en especial de los hombres. *Tu autem Pater gubernas omnia providentia.* (Sap. xiv). *Ipsi cura est de nobis.* (I Petr. v).

La *virtud* se manifiesta en la palabra *Sabaoth*; esto es, virtud para hacer milagros. Todos los ejércitos de la Iglesia triunfante y militante asisten en este Sacramento, ó

le administran: lo administra la Iglesia, y asiste la corte celestial, á fin de que con su virtud sean expelidos los demonios, y no impidan nuestro ministerio, que el cuerpo místico de Cristo se una con su Cabeza, cuya virtud proviene de él mismo, como dice el real Profeta: *Dominus virtutum ipse est Rex gloria...* (Psalm. xxiii).

Pleni sunt caeli et terra gloria tua.

Porque los Ángeles y los hombres bienaventurados, en cuya alabanza se ofrece este Sacramento, están llenos y saciados de su gloria por la vision de su divinidad y humanidad: tambien los hombres viadores están llenos de gloria; esto es, de su gracia; en cuyo auxilio y comida se hace este Sacramento. En el nombre de tierra se comprenden tambien los que existen en el purgatorio, á quienes igualmente sufraga este Sacramento, á fin de que llenos de su misericordia sean librados de sus penas.

Hosanna in excelsis.

Luego se añade la oracion *Hosanna*, por la que pedimos nos salve por la virtud de este Sacramento: *in excelsis*, en los cielos; porque no podemos conseguir nuestra salud sin la sangre de Cristo; como lo prueba Zacarias: *Tu autem in sanguine... ut omnes in hoc Sacramento sanguinis tui sal-*

ves in quo totius relucet operatio Trinitatis.

Benedictus qui venit in nomine Domini.

Decimos en accion de gracias: *Bendito el que viene en nombre del Señor*. Pues así como los Padres del Viejo Testamento, Patriarcas y Profetas, del mismo modo que los Padres del Nuevo, Apóstoles, Mártires y Confesores, aunque en diversos tiempos, con una misma fe bendecian á Cristo en su primera venida para ofrecerse en sacrificio de su pasion para todos; así tambien nosotros en la misma fe y accion de gracias es digno le recibamos que viene á nuestro altar para ofrecerse por nosotros con saludable sacrificio: por cuya razon cantamos con las turbas que le acompañaban diciendo: *Benedictus qui venit in nomine Domini. Bendito*, digo, no que por nuestra bendicion se haga él bienaventurado, ó se le añada algun bien, sino para confesarle y alabarle, ya que viene á nosotros lleno de toda bendicion: *Pater benedictionem omnium gentium dedit illi.* (Eccli. XLIV). Y porque siendo él bendito, nos bendiga con toda espiritual bendicion. Así, pues, diciéndole *Bendito*, le damos gracias predicando sus alabanzas por los bienes que derrama sobre nosotros; y así bendito el que viene como en otro tiempo se ofreció una vez, que del

mismo modo nos lo representa todos los dias dicha oblacion en el altar, como dice David: *Benedictus Dominus die quotidie, prosperum iter ad salutem nostram faciat per suam oblationem nobis Deus salutarium nostrorum.*

Viene finalmente *in nomine Domini*; esto es, para manifestarnos el poder de su Señor: mientras por este Sacramento desde lo mas bajo nos eleva á lo mas alto, de nuestra pobreza nos realza á sus riquezas, y con su virtud nos preserva de la caída del pecado.

Hosanna in excelsis.

Se repite otra vez á su fin *Hosanna in excelsis*; por cuyas palabras pedimos nos salve en la segunda salud, ó sea en el fin del mundo, de la miseria de la pena, ya que por la gloria de su resurreccion nos salvó de la culpa con la gracia de su bendicion. *Suscitet in die judicii de pulvere egenum, et de stercore erigat pauperem: populum suum fidelem vel sedeat cum principibus illis caelestibus, et solium gloriae teneat in excelsis.* (I Reg. II).

Campanilla.

Toca el ministro la campanilla cuando el sacerdote principia este himno, ó sea al decir *Sanctus*... para excitar los ánimos de los

fieles asistentes á la devocion y recogimiento durante el sacrificio que en el acto va á ofrecerse.

CAPÍTULO XIII.

SOLUCION Á LAS OBJECIONES DE NUESTROS
PRETENDIDOS REFORMADORES CONCERNIENTES Á LA OBLACION Y ORACIONES SECRETAS.

Oracion de la liturgia latina.

Para entender lo que hace la Iglesia ofreciendo á Dios el pan y el vino, es preciso considerar no solo las oraciones que están dentro el Cánón de la Misa, sino tambien las llamadas *Secretas*, ó bien *Super oblata*, á causa que se dicen sobre las oblaciones, es decir, sobre el pan y sobre el vino, despues que han sido puestos sobre el altar.

Aquí, pues, se nos enseña que la Iglesia ofrece, á la verdad, el pan y el vino; pero no absolutamente y en sí mismos; porque en la nueva alianza ya no se ofrece á Dios cosas inanimadas, ni otra cosa sino al mismo Jesucristo: se ofrece, pues, el pan y el vino, para hacer de ellos su cuerpo y su sangre.

Esta oblacion se prepara desde el momento en que, elevando el pan y el cáliz que deben consagrarse, se suplica á Dios

reciba la ofrenda con agrado, la bendiga, la santifique, y, en fin, la consagre para hacer de ella el cuerpo y la sangre de su Hijo. Esta oracion se hace á menudo y en términos expresos en la oracion llamada Secreta; mas ella se hace todos los dias en la misma accion de la Consagracion, como veremos, donde se suplica á Dios «de bendecir, ratificar y hacer agradable en todo «y por todo esta oblacion; es decir, este «pan y este vino, á fin de *hacer* de ellos, «para nosotros, el cuerpo y la sangre de «Jesucristo su Hijo querido.»

Decimos que este cuerpo y sangre son hechos para nosotros en el mismo sentido de lo que dice Isaías, ix, 6: «Un niño nos ha «nacido, un hijo se nos ha dado,» no para hacer entender, como pretenden los Protestantes, que los simbolos sagrados nosean hechos el cuerpo y sangre... sino para que comprendamos que se han *hecho* para nosotros en este misterio, del mismo que lo fueron, cuando concebidos y formados en el útero de la siempre Virgen María.

Es, pues, necesario entender aquí una especie de produccion del cuerpo y de sangre en la Eucaristia, tan verdadera y real como la que se hizo en María al momento de la concepcion y encarnacion del Hijo de Dios; produccion que le da en cierto modo un nuevo ser, por el cual él está sobre la

sagrada mesa tan real y veritablemente como estuvo en las entrañas de la Virgen; y como está actualmente en el cielo.

Se ve, pues, que la oblacion de pan y vino, que se hizo en la Secreta y demás oraciones que preceden á la Consagracion, no es mas que el principio del sacrificio: lo que se expresa tambien por esta oracion que se dice luego que los dones son puestos sobre el altar: «Venid, ó Dios santificador, todopoderoso y eterno, y bendecid «este sacrificio preparado á vuestro santo «nombre.» Lo mismo se indica por otras palabras en las Secretas, diciéndole, como muy á menudo se hace: «Os ofrecemos, ó «Señor, estas hostias que os deben ser dedicadas, que os deben ser inmoladas, que «os deben ser consagradas; *dicandas, immo-
«landas, sacrandas*» (Secret. Fer. 3 post dom. Pass. et Fer. 5), no porque ellas no estén ya en cierto sentido dedicadas, inmoladas y consagradas desde que se ofrecen sobre el altar, sino porque aguardan una consagracion mas perfecta cuando serán cambiadas en el cuerpo y en la sangre de Cristo.

Liturgia griega.

Esto mismo expresan los griegos en su liturgia cuando suplican á Dios, como nosotros, haga de este pan y de este vino el

cuerpo y la sangre de Jesucristo; lo que piden en estos términos: «Que este pan sea «hecho el propio cuerpo, y este vino la propia sangre de Jesucristo. Añadiendo: Que «esto se verifique por el Espíritu Santo.» (Lit. Basil. tom. 2 Append. p. 689). Por cuyas palabras nos marcan primeramente una acción verdadera, pues que ellos piden que el Espíritu Santo, quien es la virtud de Dios, opere en ella; y en segundo lugar un cambio muy real que haga del pan y del vino el *propio cuerpo* y la *propia sangre de Jesucristo*; pues estos son los términos mismos ó expresiones de que se sirven. Lo que también hizo decir á san Isidoro, discípulo de san Crisóstomo, y una de las lumbreras del cuarto siglo, que «El «Espíritu Santo es verdadero Dios, pues que «en el santo Bautismo es igualmente invocado con el Padre y con el Hijo; y que en «la mesa mística él es quien transforma el «pan y vino comunes en el cuerpo y en la «sangre del Hijo de Dios encarnado.» (Isid. Pelus. ep. 109, p. 34).

Debe notarse que como este cuerpo y esta sangre fueron formados la primera vez por el Espíritu Santo obrando en el útero de la santísima Virgen, según lo confesamos en el Símbolo; se invoca aquí al Espíritu Santo para que los haga nuevamente, á fin de que entendamos no una acción im-

propiamente dicha, sino una acción física y tan real como la que se verificó en el misterio de la Encarnación. En cuanto á lo demás, no puede dudarse que esta oración, por la que se pide baje el Espíritu Santo, para hacer del pan el cuerpo, y del vino la sangre de Jesucristo, es antiquísima en la liturgia de los griegos; pues que se encuentra en San Cirilo de Jerusalén, autor del cuarto siglo, quien, después de afirmar fue recibida por el común uso de las iglesias, confirma su verdad diciendo: «Que lo que «el Espíritu Santo toca es cambiado y santificado» (Cat. 5 Mystag. p. 327), por donde nos manifiesta un cambio tan real, que el contacto y la acción es poderosa y eficaz.

Para mejor marcar el consentimiento del Oriente y del Occidente en esta doctrina, lo que los griegos han expresado por la oración que acabamos de ver, lo expresan igualmente los latinos por estas palabras: «Oremos, hermanos míos, á Jesucristo con «afecto, que el que ha cambiado el agua «en vino cambie hoy en sangre el vino de «nuestras oblações.» (Miss. Goth. 11, in diem Epiph.). Lo que atribuye en otro lugar al Espíritu Santo por estas palabras: «Ó Señor, que el Espíritu Santo, vuestro «cooperador coeterno, descienda sobre este «sacrificio, á fin de que el fruto de la tierra que os presentamos sea cambiado en

«vuestro cuerpo, y lo que hay dentro del «cáliz en vuestra sangre.» (Ibid. Miss. 12). Decirnos ahora que todo esto es figurado; además de las razones generales que destruyen esta pretension, es introducir en la oracion, es decir, en el mas simple de todos los discursos, figuras las más violentas é inusitadas. La Iglesia ha siempre tenido un mismo lenguaje; lo que ella dice celebrando los misterios, lo dice igualmente consagrando el sacerdote que debe ofrecerlos; pues desde dicha antigüedad se suplicaba á Dios, como se hace aun, que él santificase á este ministro nuevamente consagrado, á fin de que este «transformara el cuerpo y la sangre de Jesucristo por «una pura é irreprehensible bendicion.» (Miss. Goth. in ord. Presbyt.).

Este cambio, operado por el Espíritu Santo, del pan en cuerpo y del vino en sangre, fue la causa que este sacrificio fuese tenido como una especie de holocausto; es decir, como una víctima consumida por el fuego, porque en efecto el pan y el vino están consumidos por el Espíritu Santo como por un fuego divino y espiritual; lo que se expresa por esta oracion, que se encuentra en todos los antiguos Sacramentarios durante la octava de Pentecostes, como se recita hoy dia: «Os suplicamos, ó Señor, que los sacrificios ofrecidos delante de vues-

«tra cara sean consumidos por este fuego «divino, del cual fueron abrasados los co- «razones de los Apóstoles.» (Fer. 2 in oct. Pentec.).

En este sentido es que el sacrificio del Nuevo Testamento es llamado alguna vez un holocausto; con esta diferencia, que el fuego que consumia las víctimas antiguas era un fuego que no podia dejar de consumir y destruir, y que en efecto consumia y devoraba de tal modo la hostia inmolada con los panes y licores que se ponian encima, que no quedaba ningun resto ni aun apariencia alguna; en lugar que el fuego que nosotros empleamos, es decir el Espíritu Santo, no consume sino lo que él quiere: de suerte que, sin cambiar nada exteriormente, porque no quiere dar cosa alguna á los sentidos, en un sacrificio que debe ser espiritual, él no consume mas que la sustancia, y aun no la consume simplemente para destruirla, como lo hace el fuego material, sino por ser un espíritu creador; no consume los dones propuestos sino para hacer alguna cosa mejor: este es el motivo por que se le suplica de bajar, como se ha visto, no simplemente para cambiar el pan y el vino, sino para hacer de ellos el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Esto mismo está expresado en la Secreta

que se dice aun en el día de la Epifanía, y que se encuentra en todos los antiguos Sacramentarios: «Ó Señor, recibid con ojos «favorables estos dones de vuestra Iglesia, «por los que se os ofrece, no oro, mirra ni «incienso, sino que se os ofrece é inmola lo «mismo que significaban tales regalos, es «decir, á Jesucristo Señor nuestro.» (Sacr. Greg. in Miss. Epiph.).

Es, pues, cierto que se ofrece, no la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, sino la verdad misma de este cuerpo y de esta sangre: de lo contrario no habría mas que figuras y sombras, que sería contra el genio de la nueva alianza.

Lo que acabamos de ver en los mas antiguos Sacramentarios, ya romano como gótico, siendo este el que se usaba principalmente en los países ocupados por los godos: veremos ahora otro rito muy conforme á aquel, tan antiguo como venerable, que se llama mozarábico. Este es el que había puesto en orden san Isidoro de Sevilla, del cual se servía antiguamente una gran parte de España, y que aun guardan algunas iglesias de Toledo. En él se leen estas palabras, que conservan reliquias del espíritu de los siglos: «Nosotros, primeros vuestros indignos servidores y vuestros humildes sacerdotes, ofrecemos á vuestra tremenda Majestad esta hostia sin mancha,

«que el útero de una madre produjo por su «virginidad inviolable, que la honestidad ha «dado á luz, que la santificación ha concebido, que la integridad hizo nacer. Os «ofrecemos esta hostia que vive estando inmolidada, y que se inmola viviendo; hostia que sola puede agradar, por ser ella «el mismo Señor.» (Miss. Mozarab. in Miss. Nat. Dom.).

Las iglesias se comunican las unas con las otras todo lo que tienen de mejor. Para mí, yo creo escuchar en esta oración ó un san Ambrosio, ó algun otro de una igual antigüedad, de una igual unción, de una igual piedad. Esta oración se decía despues de haber recitado los nombres de los que se habían recibido las oblationes, y por los cuales se iban á ofrecer; y se declara en términos formales que lo que se iba á ofrecer por ellos era nada menos que el mismo Jesucristo.

De este modo quedan enteramente desvanecidas las dificultades opuestas por nuestros pretendidos reformadores sobre la Oblación y Secretas de este sacrosanto sacrificio. Pedimos, es verdad, por la Secreta del día de Navidad: «Que esta sustancia terreste nos dé lo que es divino;» pues que en efecto era esto en sustancia de pan y de vino lo que se presenta sobre el altar, para hacer de ellos lo que es divino, es decir, el

cuerpo y la sangre de Nuestro Señor. En lo que, como dije, el misterio de la Eucaristía tiene algo de semejanza con el de la Encarnacion; pues que tanto en el uno como en el otro lo que es divino se nos comunica por el medio de una sustancia terrestre, es decir, la divinidad del mismo Jesucristo por el medio de una carne humana; y esta carne, donde la divinidad habita, por el medio del pan que se emplea para formarla, como en dicha oracion está explicado. Por cuya razon no hay dificultad alguna en decir que este sacrificio es un sacrificio de pan y de vino, porque se hace de uno y de otro; un sacrificio, por consiguiente, segun el orden de Melquisedec, en el que se ofrece aun pan y vino, como todos los Padres han creído que Melquisedec lo hizo, aunque Jesucristo haya en él añadido su cuerpo y su sangre; lo que Melquisedec no pudo hacer, por ser el suyo solo figura del nuestro: motivo por que añado, digo, su cuerpo y su sangre, que son la misma verdad, pero que aun esconde bajo las apariencias de pan y de vino, á fin de que la verdad conserve aun alguna cosa de la figura que tenía.

SEGUNDA PARTE DE LA MISA.

CAPÍTULO XIV.

DE LA PRIMERA ORACION DEL CÁNON.

Antes de entrar en la explicacion de esta segunda parte, cuyos signos y palabras denotan, como dije en otro lugar, la pasion y muerte de nuestro adorado Redentor, no será inoportuno manifestar el motivo por que se llama *Cánon* toda esta parte de la Misa.

Cánon equivale á regla: usa la Iglesia de esta palabra para significar que el *Cánon* de la Misa es una regla fija, segun la cual se ha de celebrar el sacrificio del Nuevo Testamento. Walfrido y otros llaman al *Cánon accion*, por cuanto en él se hacen los Sacramentos del Señor: *Actio dicitur ipse Canon, quia in eo Sacramenta dominica conficiuntur. Canon vero eadem actio nominatur, quia in ea est legitima et regularis Sacramentorum confectio.* (Walfrid. De rebus ecclesiast. cap. 22). Motivo por que á la oracion *Communicantes* se le da el título de *Infraccionem*.

Empieza el *Cánon* de la Misa en la oracion *Te igitur clementissime Pater*; cuya oracion llega hasta *hanc igitur oblationem*;

cuerpo y la sangre de Nuestro Señor. En lo que, como dije, el misterio de la Eucaristía tiene algo de semejanza con el de la Encarnacion; pues que tanto en el uno como en el otro lo que es divino se nos comunica por el medio de una sustancia terrestre, es decir, la divinidad del mismo Jesucristo por el medio de una carne humana; y esta carne, donde la divinidad habita, por el medio del pan que se emplea para formarla, como en dicha oracion está explicado. Por cuya razon no hay dificultad alguna en decir que este sacrificio es un sacrificio de pan y de vino, porque se hace de uno y de otro; un sacrificio, por consiguiente, segun el orden de Melquisedec, en el que se ofrece aun pan y vino, como todos los Padres han creído que Melquisedec lo hizo, aunque Jesucristo haya en él añadido su cuerpo y su sangre; lo que Melquisedec no pudo hacer, por ser el suyo solo figura del nuestro: motivo por que añade, digo, su cuerpo y su sangre, que son la misma verdad, pero que aun esconde bajo las apariencias de pan y de vino, á fin de que la verdad conserve aun alguna cosa de la figura que tenía.

SEGUNDA PARTE DE LA MISA.

CAPÍTULO XIV.

DE LA PRIMERA ORACION DEL CÁNON.

Antes de entrar en la explicacion de esta segunda parte, cuyos signos y palabras denotan, como dije en otro lugar, la pasion y muerte de nuestro adorado Redentor, no será inoportuno manifestar el motivo por que se llama *Cánon* toda esta parte de la Misa.

Cánon equivale á regla: usa la Iglesia de esta palabra para significar que el *Cánon* de la Misa es una regla fija, segun la cual se ha de celebrar el sacrificio del Nuevo Testamento. Walfrido y otros llaman al *Cánon accion*, por cuanto en él se hacen los Sacramentos del Señor: *Actio dicitur ipse Canon, quia in eo Sacramenta dominica conficiuntur. Canon vero eadem actio nominatur, quia in ea est legitima et regularis Sacramentorum confectio.* (Walfrid. De rebus ecclesiast. cap. 22). Motivo por que á la oracion *Communicantes* se le da el título de *Infraccionem*.

Empieza el *Cánon* de la Misa en la oracion *Te igitur clementissime Pater*; cuya oracion llega hasta *hanc igitur oblationem*;

pues *Memento Domine, Communicantes et memoriam venerantes*, no son diversas oraciones, sino parte de la primera, como se deduce de la cláusula *Per eundem Dominum nostrum*, que se pone al fin de todas las oraciones; á mas de esto, considerada aislada la oracion *Communicantes*, carece de todo sentido, á no estar unida con las próximas palabras que preceden.

En esta primera oracion se dirigen las preces á Dios Padre: *Te igitur clementissime Pater*. Aunque, pues, se ofrezca el sacrificio á la Trinidad divina, exceptuadas algunas que se refieren á las tres Personas, como son: *Suscipe Sancta Trinitas*, y *Placeat tibi Sancta Trinitas*, todas las demás, segun perpétua consuetud de la Iglesia, se dirigen al Padre por el Hijo en union del Espíritu Santo. En esta primera oracion ruega á Dios el sacerdote por la santa católica Iglesia, por el Sumo Pontífice, por el Obispo, por el Rey, por todos los ortodoxos, y por todos los que siguen la fe católica y apostólica. Contiene dicha oracion las palabras *Sancta sacrificia illibata*, esto es, santos sacrificios *inmaculados*, los que deben ofrecerse sin mancha de corazon ni de cuerpo; purificándose el primero de la iniquidad, y el segundo de la inmundicia. (Innoc. III, de Off. Miss. lib. 3, cap. 3).

Despues de haber orado el sacerdote por

la Iglesia católica, verifica lo mismo por el Sumo Pontífice; porque « la unidad sacerdotal, segun san Cipriano, proviene de la « cátedra de san Pedro. » El orar por el Papa en el *Cánon* es costumbre antiquísima, cuyo principio no se puede indicar; pues existen leyes del sexto siglo, que mandan se renueve nombrar en el *Cánon* al romano Pontífice: « *Nobis justum visum est, ut non « men Domini Papæ, quibuscumque apostolice Sedi præfuerint, in nostris ecclesiis « recitetur.* » (Concil. Vasense, ann. 529, can. 4).

En la primera oracion se hace tambien mencion del Obispo, segun el precepto del Apóstol que dice: *Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri* (Hebr. xiii); luego debemos orar por ellos. No puede el sacerdote que celebrare Misa en otra diócesis nombrar á su Obispo, sino que debe ser el propio de la diócesis donde se encuentra.

En ciertos reinos se ora tambien por el Rey, segun tradicion apostólica; pues leemos en la primera carta del segundo capítulo que san Pablo escribe á Timoteo: *Orationes esse faciendas pro Regibus... etiamsi infideles sint, cujusmodi erant ii, qui illis temporibus imperabant.*

Finalmente ora el sacerdote en la misma oracion por todos los fieles: *Et omnibus or-*

todoxis, atque catholica et apostolica fidei cultoribus. Pues despues de haber orado el sacerdote generalmente por la Iglesia universal, y en particular por el Papa, por el Obispo y por el Rey, es muy justo y razonable ore por todos los demás fieles, ya sean príncipes, ya hombres privados. Continúa luego orando por los que intenta aplicar el sacrificio; cuyos nombres no pronuncia, sino que los tiene presentes en su ánimo cuando dice: *Memento Domine famulorum famularumque tuarum...* y tambien ora por los que asisten al sacrificio, cuando añade: *et omnium circumstantium, pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis.* En explicacion del verbo *offerro* debe notarse que cuando se dice que los legos pueden ofrecer, debe entenderse *regalos y oraciones*, porque la celebracion es solo propio del sacerdote.

Communicantes...

Como dijimos arriba, estas palabras *Communicantes et memoriam venerantes...* son parte de la primera oracion del *Cánon*, las que se unen con aquellas *Supplices rogamus et offerimus.* La voz *Communicantes* significa la union de los Santos que están en el cielo con los fieles que moran en la tierra; por los que ora la Iglesia; y para que sean sus súplicas atendidas, hace el

celebrante mencion, en nombre de la misma, de la virtud, méritos y gloria de los primeros; pues muchas veces hace Dios por sus Santos lo que no podíamos esperar haria por nosotros. Motivo por el que imploramos primero, como á mas santa de todas las criaturas, la intercesion de la bienaventurada Virgen María, de los santos Apóstoles, de algunos Mártires, y de todos los demás Santos; la intercesion de estos no quita cosa alguna á los méritos de Cristo, pues que siempre concluyen las oraciones con las palabras: *Per Christum Dominum nostrum.*

Vamos ahora á desvanecer la objecion de los Protestantes, manifestando no hay dificultad alguna para asociar los Santos á esta oblacion á fin de emplear su intercesion.

Cuando pedimos que este sacrificio, agradable á Dios por su propia institucion y por su Autor, le sea aun mas agradable por las oraciones de sus Santos, no pedimos otra cosa sino que el agradecimiento que viene de la misma cosa se una con el agradecimiento que viene de parte de los que se unen con nosotros para ofrecérsele: por esto siempre se concluye, como dije: *Por Jesucristo Señor nuestro*; á fin de que entendamos que á la verdad hay en el cielo intercesores que ruegan y ofrecen con nosotros, aunque no sean escuchados por sí

mismos sino por el grande intercesor y mediador Jesucristo, por quien solo todos tienen entrada, tanto los Ángeles como los hombres, tanto los Santos que reinan como los que combaten.

Y á fin de comprender de una vez cuál es el espíritu de la Iglesia en esta intercesion de los Santos, no hay mas que leer este prefacio de una Misa que se encuentra en un volúmen que tiene mas de mil años: «Ó Señor, este bienaventurado Confesor «descansa entre tanto en vuestra paz: inspiradle, pues, ó Dios misericordioso, interceda por nosotros cerca de Vos; á fin «de que, teniendo seguro conocimiento de «su propia felicidad, lo hagais cuidadoso «de la nuestra: por Jesucristo nuestro Señor.» (Mabill. Musæi Ital. t. 1, part. 2, p. 348).

Débase notar que solo por Jesucristo se pide á Dios, no solo el efecto de las oraciones que hacen los Santos, sino también la inspiracion y deseo de hacerlas. Dicen los Protestantes que para nada necesitamos á los Santos, sino que debemos dirigir á Dios inmediatamente nuestras oraciones; pues ¿no sabe Dios, añaden, nuestras necesidades? ¿Ignora acaso lo que queremos cuando oramos? ¿y no es él mismo quien nos inspira nuestras oraciones? ¿Por qué, pues, se le ha de pedir por medio de otros? y ¿por

qué suplicar á nuestros hermanos rueguen por nosotros? ¿Lo harán estos del modo debido, si Dios no les inspira la voluntad? ¿Á qué viene este círculo para con Dios? ¿no es mas propio y corto no hacer semejante cosa...? Á los tales debe responderse que Dios, no obstante todo esto, quiere se le pida y se le suplique por medio de otros; pues aunque no tenga el Señor necesidad de nuestras oraciones para remediar nuestras necesidades, ni para saberlas, siempre resulta un gran bien para nosotros orando de este modo, pues que haciéndolo así llegamos regularmente á ser mejores: tampoco es esto un círculo inútil, sino un puro y sincero ejercicio de caridad que Dios honra y aprecia constantemente, cuando él mismo inspira ó escucha tales oraciones. Y porque quiere establecer una perfecta fraternidad entre todos los que él quiere hacer felices, ó en el cielo ó en la tierra, él mismo inspira no solo á los fieles, sino también á los Ángeles y demás Santos, el deseo de rogar por nosotros, por ser esto una perfeccion para los Santos, que son nuestros semejantes, el interesarse por nuestra salvacion; y otra perfeccion para los Ángeles el amar y reverenciar en nosotros la naturaleza con la que el Hijo de Dios ha unido su divina persona. Nosotros podemos, pues, pedir á Dios que él mismo les inspire estas oracio-

nes que lo honran, porque podemos pedirle todos los medios de los que gusta servirse para manifestar su gloria; pero es menester pedirselo por Jesucristo, por quien solo nos viene todo bien.

Queda ya, pues, probado que empleando á los Santos por intercesores no se disminuye en nada la intercesion de Jesucristo, sino que se unen con nosotros para hacer nuestra oblacion, en cuanto á nuestra parte, mas santa y mas agradable.

Por qué se ofrece el sacrificio en honor de los Santos.

Tambien encuentran extraño los Protestantes el que ofrezcamos á Jesucristo, ó sea el santo sacrificio, para honrar á los Santos; ignorando que solo lo hacemos para celebrar su memoria, y dar gracias á Dios de la gloria que él les ha dado; lo que proviene de no hacer reflexion sobre la naturaleza de este sacrificio. Pues ¿por qué se ofreció Jesucristo sino para merecernos la gloria? ¿Qué otra cosa mejor podemos nosotros ofrecer á Dios en accion de gracias para los Santos sino la misma víctima por la que han sido ellos santificados?

En efecto, celebrando en este sacrificio la memoria de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo han aprendido los Mártires á despreciar su vida y á hacerse con él víctimas

del eterno Padre. No hay, pues, cosa mas conveniente que honrar en este sacrificio las virtudes que son su efecto y su fruto: el honor que se da en él á los Santos de ser nombrados en su santo altar, delante de Dios, es en accion de gracias y en eterna memoria de las maravillas que él mismo ha operado en ellos.

Es á la verdad ser demasiado grosero, y tener el entendimiento muy cerrado á las cosas celestiales, para no ver que el honor que se da á los Santos no es tanto para honrar á ellos como para honrar á Dios, quien es admirable en los mismos. (Psalm. LXVII, v. 36). «Cuya muerte es preciosa en su presencia, que no cesan de bendecirle «y de cantarle que él es su gloria, su salud, su esperanza, la gloria de su virtud; aquel de donde les viene toda «su fuerza, y el único que les eleva.» (Psalm. LXXXVIII, 17, 18). De lo que se ve claramente que si ofrecemos para los Santos, es para celebrar la grandeza y el poder de Dios por las gracias que de él recibieron. Esta es la verdad que la Iglesia nos inculca, y para especificar ó describir todos los modos como ella explica se necesitaria escribir un Misal entero.

Explicacion de las acciones.

Falta ahora explicar las principales ac-

ciones que se practican en esta primera oracion, como son: ósculo de altar, manos unidas, y los tres signos de cruz sobre la hostia y cáliz, cuando el sacerdote dice: *Hæc dona, hæc munera, hæc sancta sacrificia illibata.*

El ósculo de altar, como dije en el capítulo VII, representando el sacerdote al pueblo fiel, es como si dijera en persona de la Iglesia: «Únase Cristo á mí en este Sacramento.» Une sus manos y se inclina, para imitar la humildad de Cristo: respecto á los tres signos que en forma de cruz hace el sacerdote sobre la hostia y cáliz al decir: *Hæc dona, hæc munera, hæc sancta sacrificia illibata*, decimos son verdaderas bendiciones, por las que se invoca la omnipotencia de Dios, á fin de que el pan y vino ofrecidos se conviertan en el cuerpo y en la sangre de Cristo. Toda bendicion va acompañada del signo de la cruz, para que tengamos siempre presente en nuestros ánimos la pasion de nuestro Redentor. Los tres signos de cruz significan que este misterio se hace por la santísima Trinidad. San Buenaventura, tratando sobre el particular, dice: «Que el primer signo sobre las palabras *«Hæc dona* significa la primera entrega que «Dios Padre hizo de su Hijo, segun dice el «Apóstol: *Proprio Filio suo non pepercit «Deus, sed pro nobis omnibus tradidit illum;*

«que el otro signo á las palabras *Hæc munera* indica la entrega que el mismo Cristo hizo por nosotros, que segun Isaias: *«Tradidit in mortem animam suam, et cum «sceleratis reputatus est;* finalmente, que «el tercero á las palabras *Hæc sancta sacrificia illibata* significa la entrega que «hizo Judas de su Maestro en manos de sus «enemigos: *Qui autem tradidit eum, et dedit illis signum dicens, quemcumque osculatus fuero...*» (Matth. xxvi). (Div. Bonnav. in exposit. Miss. cap. 4, tom. 7, edit. Lugdun. ann. 1668).

CAPÍTULO XV.

DE LA SEGUNDA ORACION DEL CÁNON.

Empieza la segunda oracion del Cánón en las palabras *Hanc igitur oblationem*, la que contiene cuatro súplicas: Primera, que Dios reciba con agrado nuestra oblacion; segunda, que disponga nuestros días en su paz; tercera, que nos libre de la eterna condenacion; cuarta, finalmente, que seamos nombrados entre el rebaño de sus elegidos.

Espreciso notar, para rechazar las calumnias de los herejes, que cuando en estas oraciones que anteceden á la Consagracion se hace mencion de la oblacion, no enten-

demos la oblacion que ya se hizo, sino la que próximamente va á verificarse; de modo que aquel signo demostrativo *Hanc oblationem* no designa al sentido la presente materia que se tiene delante los ojos, sino que al entendimiento designa la oblacion que va á hacerse al momento, y que se tiene presente en la intencion. (Suarez, 3p. t. 3, q. 83, art. 4). San Gregorio, para alcanzar de Dios su auxilio, añadió á esta oracion las palabras: *Diesque nostros in tua pace disponas, atque ab æterna damnatione nos eripi, et in electorum tuorum jubeas grege numerari.*

Crean los Protestantes indignas de una oblacion, siendo el mismo Jesucristo á quien se ofrece, las oraciones de la liturgia. Pero no hay en ellas dificultad alguna, si se examina solamente que la Iglesia, que ofrece el pan y el vino para hacer de ellos el Cuerpo y la Sangre, que si despues ofrece aun este Cuerpo y esta Sangre luego de consagrados, no lo hace sino para verificar una tercera oblacion, por la que se ofrece ella misma.

El sacerdote comienza el primero, y á ejemplo de Jesucristo, quien fue juntamente el sacrificante y la víctima, se ofrece á sí mismo con su oblacion: esto es lo que significa la ceremonia de extender sus manos sobre los dones sagrados, como lo hace

durante toda esta oracion. En otros tiempos, en la antigua ley, se ponía la mano sobre la víctima (Levit. iv) en señal que se unían á ella, y que se dedicaban á Dios con ella: esto es lo que atestigua el sacerdote poniendo sus manos sobre los dones que él va á consagrar, á fin de que con la virtud de su sacrificio alcance de Dios la remision de sus pecados, paz en la presente vida, y luego la eterna gloria.

Todo el pueblo, en nombre del cual obra, entra en su sentimiento, y el sacerdote dice entonces en nombre de todos: «Os supplicamos, ó Señor, recibais esta oblacion de nuestra servidumbre y de toda vuestra familia,» de donde aprendemos no solo á ofrecer con el sacerdote los dones propuestos, sino tambien á ofrecernos nosotros mismos con ellos.

La Iglesia explica aun esta oblacion por estas palabras: «Os rogamos, ó Señor, que recibiendo esta oblacion espiritual hagais seamos nosotros mismos un presente eterno que os sea ofrecido:» *Nosmetipsos tibi perfice munus æternum* (Dom. 2 post Pentec.): lo que la Iglesia repite á menudo con otras palabras; y esta es tambien la doctrina de san Agustin en muchos lugares, cuando enseña que la Iglesia aprende todos los dias á ofrecerse ella misma á Dios en el sa-

crificio que le ofrece. (De Civ. lib. 10, c. 19, tom. 7).

La antigua ceremonia, en la que cada uno llevaba la oblacion por sí mismo, es decir, su pan y su vino, para ser ofrecida en el altar, confirma esta verdad. Pues á mas de ofrecer á Dios el pan y el vino, que es el sustento de nuestra vida, se debe aquí ofrecérsele como á cosa que se tiene de él y que se le quiere devolver: los santos Padres han notado en el pan y en el vino un compuesto de muchos granos de trigo reunidos en uno, y un licor de muchas uvas deshechas juntas; y ellos han mirado este compuesto como una figura de todos los fieles reducidos en un solo cuerpo para ofrecerse á Dios en unidad de espíritu, lo que ha hecho decir á todo un san Agustin: Que toda la ciudad redimida era el sacrificio eterno de la Trinidad santísima.

Cuando se llevaba así su pan y su vino, cada uno llevaba tambien, con sus dones, sus votos y necesidades particulares para ser ofrecidos á Dios con ellos; y la Iglesia acompañaba dicha oblacion con esta súplica: « Sed propicio, ó Señor, á nuestras oraciones, y recibid con ojo favorable estas obla- ciones de vuestros servidores y servidoras; á fin de que lo que cada uno os ha ofrecido en honor de vuestro nombre apro-

« veche á todos para su salvacion; por Jesucristo nuestro Señor. » (Dom. 5 post Pentec.).

Aunque esta ceremonia de ofrecer en particular su pan y su vino no subsiste actualmente, el fondo de ella es inmutable; y debemos entender que este sacrificio debe en efecto ser ofrecido en el altar por todos los fieles, pues que para todos ellos asiste en él el sacerdote todos los dias.

Mas cuando los dones están consagrados, y que se ofrece en aquel acto á Dios el cuerpo presente del Salvador, es esta una nueva razon para ofrecerle de nuevo la Iglesia, que es su cuerpo, bien que en otro sentido, y los fieles, que son los miembros de la misma. Sale del cuerpo natural de nuestro Salvador una impresion de unidad para reunir y reducir en un todo al cuerpo místico; y se realiza el misterio del cuerpo de Jesucristo despues de haber unido á todos sus miembros para ofrecerse en él y con él.

Así la Iglesia hace ella misma una parte de su sacrificio; de suerte que este sacrificio no tendrá jamás su perfeccion toda entera que no sea ofrecido por santos.

CAPÍTULO XVI.

DE LA TERCERA ORACION DEL CÁNON.

La tercera oracion del Cónon comienza en aquellas palabras: *Quam oblationem tu Deus in omnibus...* cuya oracion se continúa hasta el fin de la Consagracion. Mirando la Iglesia en esta oracion no solo la oblation del pan y vino en su próxima transustanciacion en el cuerpo y sangre de Cristo, si que tambien la oblation del sacerdote celebrante, y la de los que están presentes, ora á Dios para que se digne hacerla *benedictam, adscriptam, ratam, rationabilem, acceptabilemque, ut nobis fiat Corpus et Sanguis Unigeniti ejus Filii.*

Cuando decimos *benedictam*, suplicamos que por esta oblation seamos nosotros bendecidos: *adscriptam*, que por ella seamos todos alistados en el cielo: *ratam*, que por la misma nos unamos con las entrañas de Cristo: *rationabilem*, que nos despojamos del sentido de bestialidad: *acceptabilemque facere dignetur*, por cuanto ya que le hemos desagradado en nosotros mismos, seamos bien recibidos por medio de su Hijo único: *ut fiat Corpus et Sanguis...*, esto es, no que ore el sacerdote se verifique la consagracion, sino que sea con fruto para nos-

otros; porque no siempre aprovecha para aquellos que se hace, como en otro lugar verémos.

Las cinco cruces que hace el sacerdote, tres sobre la hostia y cáliz, á las palabras *benedictam, adscriptam, ratam*; y las dos restantes, una sobre la hostia, al decir: *ut nobis Corpus*, y otra sobre el cáliz, diciendo: *et Sanguis fiat*; juzgan algunos significan á Cristo crucificado, segun la carne, en los cinco sentidos: en la vista, cuando le vendaron los ojos; en el oido, cuando fue insultado y burlado; en el gusto, al propinarle hiel y vinagre; en el olfato, por el fétido olor de los cuerpos corrompidos del monte Calvario al clavarlo en la cruz; y últimamente en el tacto, al traspasarle los piés y manos. (D. Bonav. in exposit. Mis.).

Otros opinan que los tres primeros signos que se hacen sobre la hostia y el cáliz significan la traicion de Judas, cuando vendió su Maestro á los sacerdotes, escribas y fariseos; y los otros dos, uno sobre la hostia y otro sobre el cáliz, son para significar, ó las dos naturalezas, divina y humana, hipostáticamente unidas en Cristo, ó para que entendamos que Cristo fue crucificado con alma y cuerpo. (Durand. lib. 4 de part. 5 Canon).

En la misma oracion dice el sacerdote ciertas palabras históricas y materiales, y

otras significativas, de lo que Cristo dijo é hizo en el día antes de su muerte, á saber: «Que habiendo tomado el pan en sus santas y venerables manos, despues de elevados los ojos al cielo, á Dios su Padre omnipotente, y de haberle dado gracias, lo bendijo, que despues de partido, dándolo á sus discípulos, les dijo: *Tomad y comed de esto todos: Hoc est enim Corpus meum.*»

Se llaman históricas y materiales todas las palabras que preceden á *Tomad y comed*, siendo estas y las que siguen *Hoc est enim Corpus meum*, significativas y formales por obrar el sacerdote en persona de Cristo. (Div. Thom. 3 part. quæst. 78, art. 5). Mas, á fin de explicar esta oracion, falta examinar si hay alguna diferencia entre la accion de gracias y la bendicion, pues que ambas se diferencian de la Consagracion, como tambien si el pan fue partido despues de la Consagracion.

Tratando santo Tomás esta cuestion, no rechaza la opinion de aquellos que juzgan que en Cristo fue lo mismo bendecir y consagrar; pues primero consagró el pan, despues lo partió para distribuirlo entre los Apóstoles; y aun añade que para defender esta opinion no es necesario inmutar el orden de las acciones que enseñaron los Apóstoles, y el mismo Cánón de la Misa pres-

cribe: *Sed idem sensus haberi potest etiam verbis Evangelii non mutatis.* (D. Thom. 3 part. quæst. 78, art. 1). Otros juzgan que Cristo, despues de tomado el pan, lo partió, que despues lo entregó á los discípulos, diciendo: *Accipite et manducate*; añadiendo en seguida: *Hoc est Corpus meum*; de modo que la consagracion no se hizo sino despues de las palabras *Accipite et comedite.* (Soto, in 4 sentent. dist. 2, q. 1, art. 2). Hay quien opina que la bendicion del pan y accion de gracias, aunque hechas casi en una misma accion, son sin embargo diferentes segun su significacion, pues que la accion de gracias se refiere á Dios, y la bendicion se refiere al pan; y no hay inconveniente en una misma oracion dar gracias á Dios, y pedirle alguna cosa buena para alguna criatura, y concluyen con aquellas palabras *accepit, benedixit, fregit, dedit*, significando que las acciones fueron hechas con aquel orden que los Evangelistas indican, aunque no pudieran verificarse todas antes que Cristo profiriese todas las palabras de la Consagracion. (Suarez, in 3 part. tom. 3, quæst. 78, art. 1, disp. 58, sect. 2).

Silvio demuestra que Cristo, despues de haber tomado el pan y haber dado gracias á Dios su Padre, lo bendijo; que despues lo consagró, y dijo: *Accipite et manducate; Hoc est Corpus meum*; y que despues lo par-

tió y distribuyó entre los discípulos. (Sylv. 3 part. q. 78). Cuya opinion parece la mas probable, porque en la Misa primero se consagra el pan, y despues se parte; y es muy verosímil que así lo practicara Cristo.

Siguiendo la doctrina de santo Tomás, vamos ahora á explicar lo que significan estas palabras: *Hic est enim calix Sanguinis mei novi et æterni Testamenti*; como tambien aquellas: *qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*. Cuando se dice: *Hic est calix Sanguinis mei*, es una locucion figurada llamada metonimia, por la que se toma el continente por el contenido, siendo este su sentido: *Hic est Sanguis meus contentus in calice*, del que se hace mencion; porque en él se consagra la sangre de Cristo en este Sacramento (Div. Thom. 3 p. q. 78, art. 3 ad 1); y en el mismo artículo en la respuesta al tercer argumento añade: *Dicitur, Hic Sanguis novi Testamenti*, esto es, que se nos presenta no en figura, sino en realidad; por cuya razon se dice: *qui pro vobis effundetur*. Últimamente manifiesta que se dice *æterni Testamenti*, porque la misma persona de Cristo, por cuya sangre el Testamento se dispone, es eterna. *Pro multis*, cuya palabra, segun el comun modo de hablar en la sagrada Escritura, significa *omnes* (Ad Rom. v), motivo por que decimos que la

sangre de Cristo fue derramada para todos: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi*. Esto es, para todos *quoad sufficientiam*, y para los elegidos *quoad efficaciam*. (Div. Thom. in 4 sent. dist. 8, q. 2, art. 2).

De las acciones que se hacen en esta tercera oracion del Cánón poco hay que explicar. Toma el sacerdote con sus manos la hostia cuando dice: *Accipit panem*; levanta sus ojos al cielo al proferir: *elevatis oculis*; hace sobre la hostia el signo de la cruz cuando dice: *benedixit*; toma con sus manos el cáliz al decir: *accipiens et hunc præclarum calicem*; dirige sobre él la señal de la cruz, diciendo: *benedixit*; cuyas acciones y palabras son históricas, representándonos todo lo que hizo Cristo en el acto de la institucion de este Sacramento. Consagrada la hostia, pone una sola rodilla el sacerdote hasta llegar á tierra, apoyándose con sus manos en el altar para poder con mas facilidad levantarse, haciendo lo mismo despues de consagrado el cáliz, por ser dogma de fe católica que Cristo en el sacramento de la Eucaristía debe ser adorado con culto externo de latría. (Concil. Trid. sess. 13, c. 6).

San Buenaventura, en el tratado de la exposicion de la Misa, cap. 4, hablando del

rito de elevar el Sacramento, dice: «El mo-
«tivo por que en la Misa eleva el sacerdote
«el cuerpo del Señor, manifestándolo á los
«fieles, es para declarar la sabiduría de
«Dios, escondiéndose bajo la especie de pan
«por muchos motivos; pues si apareciere
«en el altar como es en sí, ó como en la
«cruz, muchos, en lugar de recibirle, se
«espantarian y huirían.»

La costumbre de la elevacion de la Eucaristía en la Iglesia latina es del siglo XII, que despues de haber Berengario impugnado la presencia real, dispuso la Iglesia este rito, á fin de que confesasen los fieles públicamente la presencia del cuerpo de Cristo en la Eucaristía; cuya accion es tan admirable como conveniente para la elevacion del Sacramento. (Le Brun, t. 1, p. 1).

Introducida la disciplina de la elevacion de la hostia y cáliz despues de la consagracion, se introdujo tambien la costumbre de tocar la campanilla para excitar los espíritus de los fieles á la oracion. (Guill. Paris. Ep. ap. Card. Bon. lib. 2, c. 13).

Fácilmente ahora se entiende que la materia de esta oblacion era no meramente pan y vino, como los Protestantes pretenden, sino verdaderamente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor; pues que no se ofreció el pan y el vino sino para ser estos cambiados por una virtud toda poderosa.

es decir, por virtud del Espíritu Santo; y esta es la razon por que este misterio se llama: «la transformacion del Espíritu Santo» (Mis. Goth. 66); y la transformacion del «cuerpo y de la sangre de Jesucristo, por la «virtud de aquel que los crió, que los bendijo «y santificó» (ib. Miss. 7), es decir, que los formó sobre el altar, para estar nosotros con él, dándonos por uno y otro una fuente de bendicion y de gracia. Pues habiendo Jesucristo pronunciado «que se santificaba á «sí mismo para nosotros, es decir, que él «se ofrecia y se consagraba á fin de hacer- «nos santos» (Joan. xvii, 19), no tememos en afirmar que esta santificacion y oblacion de Jesucristo continúa aun sobre nuestros altares; y que esencialmente consiste en la consagracion de la Eucaristía, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII.

DE LO QUE HIZO Y DIJO JESUCRISTO EN LA INSTITUCION DE LA SAGRADA EUCARISTÍA.

Todas las oraciones de las liturgias al cabo no son otra cosa que una explicacion de lo que los Evangelistas y el Apóstol han dicho en seis líneas: *Jesús tomó el pan en sus sagradas manos, dió gracias sobre de él, lo bendijo...* Los griegos dicen en sus litur-

rito de elevar el Sacramento, dice: «El mo-
«tivo por que en la Misa eleva el sacerdote
«el cuerpo del Señor, manifestándolo á los
«fieles, es para declarar la sabiduría de
«Dios, escondiéndose bajo la especie de pan
«por muchos motivos; pues si apareciere
«en el altar como es en sí, ó como en la
«cruz, muchos, en lugar de recibirle, se
«espantarian y huirían.»

La costumbre de la elevacion de la Eucaristía en la Iglesia latina es del siglo XII, que despues de haber Berengario impugnado la presencia real, dispuso la Iglesia este rito, á fin de que confesasen los fieles públicamente la presencia del cuerpo de Cristo en la Eucaristía; cuya accion es tan admirable como conveniente para la elevacion del Sacramento. (Le Brun, t. 1, p. 1).

Introducida la disciplina de la elevacion de la hostia y cáliz despues de la consagracion, se introdujo tambien la costumbre de tocar la campanilla para excitar los espíritus de los fieles á la oracion. (Guill. Paris. Ep. ap. Card. Bon. lib. 2, c. 13).

Fácilmente ahora se entiende que la materia de esta oblacion era no meramente pan y vino, como los Protestantes pretenden, sino verdaderamente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor; pues que no se ofreció el pan y el vino sino para ser estos cambiados por una virtud toda poderosa.

es decir, por virtud del Espíritu Santo; y esta es la razon por que este misterio se llama: «la transformacion del Espíritu Santo» (Mis. Goth. 66); y la transformacion del «cuerpo y de la sangre de Jesucristo, por la «virtud de aquel que los crió, que los bendijo «y santificó» (ib. Miss. 7), es decir, que los formó sobre el altar, para estar nosotros con él, dándonos por uno y otro una fuente de bendicion y de gracia. Pues habiendo Jesucristo pronunciado «que se santificaba á «sí mismo para nosotros, es decir, que él «se ofrecia y se consagraba á fin de hacer- «nos santos» (Joan. xvii, 19), no tememos en afirmar que esta santificacion y oblacion de Jesucristo continúa aun sobre nuestros altares; y que esencialmente consiste en la consagracion de la Eucaristía, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII.

DE LO QUE HIZO Y DIJO JESUCRISTO EN LA INSTITUCION DE LA SAGRADA EUCARISTÍA. ®

Todas las oraciones de las liturgias al cabo no son otra cosa que una explicacion de lo que los Evangelistas y el Apóstol han dicho en seis líneas: *Jesús tomó el pan en sus sagradas manos, dió gracias sobre de él, lo bendijo...* Los griegos dicen en sus litur-

gias: *él lo manifestó á su Padre*; pues ¿no es manifestárselo y ponerlo delante sus ojos, el dar gracias sobre él y bendecirlo como hizo? Todas las liturgias explican de qué manera manifestó á su Padre este pan que tenia en sus manos: esto fue, dicen todas de comun acuerdo, *levantando los ojos al cielo*. Todas las veces que Jesucristo daba gracias, ú oraba delante el pueblo, vemos la misma accion, y sus ojos levantados hácia su Padre. Las Iglesias han entendido sobre este fundamento, y su tradicion lo ha confirmado, que él hizo la misma cosa al bendecir el pan: otro tanto hizo con el cáliz, y mostró estos dones á su Padre, sabiendo lo que él queria hacer de ellos, y dándole gracias del poder que le daba para ejecutarlo. El Padre, quien se lo habia inspirado, y que no queria ahorrarse cosa alguna para que atestiguase su amor para con los hombres, miró con complacencia estos dones que habian de servir para una tan grande cosa. En efecto, Jesús continúa, y sea rompiendo el pan, ó despues de haberlo verificado, dijo á sus Apóstoles: *Tomad, comed, Este es mi Cuerpo*. En seguida presentándoles el cáliz, añadió: *Bebed todos de él, Esta es mi Sangre*. Aquí tienen los Protestantes lo que queria hacer de este pan y de este vino. Él no quiso, sin embargo, parecer en él, porque este era un objeto que preparaba para

la fe. Él sabe manifestarse y esconderse cómo y cuándo le place; la historia de los dos discípulos de Emaús, la aparicion á María, y tantos otros ejemplos de su Evangelio, nos hacen bien ver que sabe parecer, cuando quiere, bajo una figura extranjera, ó se manifiesta en la suya propia, ó desaparecer enteramente de nuestros ojos, y pasar tambien por medio de toda reunion sin que nadie le vea. Él no tenia necesidad de manifestarse en esta ocasion, pues sabia que sus verdaderos discípulos le creerian sobre su palabra; y su Padre, á quien habia presentado este grande objeto, sabia bien por qué estaba en él, y por qué estaba escondido, y que por estar escondido á los hombres no era ni menos visible ni menos agradable á sus ojos.

La Iglesia ha presupuesto que la palabra de Jesucristo fue al momento seguida de su efecto. En un instante se hizo este cambio extraordinario; pues que Jesucristo dijo: *Tomad, comed, bebed*. Mas esto no podia parecer lo que realmente era, porque él dijo: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*. Es un error insensato creer se hizo el cambio de la sustancia al tomarla, puesto que dijo antes Jesucristo: *Esto es...* de modo que fue menester tomarla, no para hacerla tal, sino al contrario, porque lo era ya. En esta suposicion ¿quién no ve que este Cuerpo y

esta Sangre eran ya desde entonces un objeto, y su consagracion una accion agradable á Dios por sí misma? Accion en la que poniendo Jesucristo su cuerpo de un lado y su sangre de otro, por la virtud de su palabra, se expuso él mismo á los ojos de Dios bajo una imágen de muerto y de sepultura, honrándole como á Dios de la vida y de la muerte, reconociendo altamente su majestad soberana; pues que en esto le representaba la mas perfecta obediencia que se le ha jamás tributado, es decir, la de su Hijo único, decidido y obediente hasta á la muerte de cruz.

Se ve ya claramente marcado que esta accion es una oblacion y un sacrificio, jamás la Iglesia ha dudado de ello; pues esta idea de oblacion no queda destruida por el mandato de comer y de beber, ni porque los Apóstoles comiesen y bebiesen en efecto luego despues de la consagracion. ¿Son acaso incompatibles la oblacion y la manducacion? La ley tenia oblaciones y sacrificios de los que se participaba comiendo de ellos, y no hay en efecto cosa mas conveniente que consagrar, para ofrecer á Dios, lo que nos debe santificar comiendo de la cosa ofrecida y consagrada. ¿Qué perjuicio puede seguirse á este intento que la consagracion haya sido seguida tan pronto de la manducacion? Para distinguir claramen-

te las dos acciones basta el decir Jesucristo: *Esto es...*

De otro modo obró respecto el agua del Bautismo. Aunque hizo de ella un Sacramento, nada dijo ni hizo que nos hiciese pensar formara de ella una otra sustancia: en una palabra, no dijo que ella fuese su Sangre, á pesar que la representa; pero antes que se coma la Eucaristía, ha dicho ya antes que aquello es su Cuerpo y su Sangre: la imágen de su muerte está ya en ella impresa por su palabra, motivo por que dijo: *Este es mi Cuerpo partido, esta es mi Sangre derramada para vosotros.* Cuyas palabras hacen relacion no solo al sacrificio de la cruz, sino tambien al sacramento de la Eucaristía. Pues que en la Eucaristía parte y da su Cuerpo, como igualmente derramó su Sangre en la cruz. Queriendo, pues, nuestro Salvador darnos la propia sustancia de su cuerpo en dos estados, el uno en la cruz de una manera sensible, y el otro en la Eucaristía de una manera invisible y escondida, para expresar la cualidad, despues de haber nombrado la sustancia, ha expresamente escogido términos que convienen á los dos estados. Si hubiese dicho, por ejemplo: *Este es mi Cuerpo comible*, esto no convendría al Cuerpo de la cruz; y si hubiese dicho: *Este es mi Cuerpo clavado en una cruz*, tampoco convendría al Cuerpo

que está en la Eucaristía. Escogió *dado*, que conviene igualmente á este divino Cuerpo, no solo en el de la Eucaristía, sino tambien en el de la cruz, para manifestar que es el mismo en una y otra parte; el mismo, digo, que está del mismo modo en la Eucaristía como en la cruz, é igualmente *dado*, en una y otra parte, con su propia y verdadera sustancia. Lo mismo debe decirse de *la Sangre derramada*; y la que mana aun en nuestro cáliz es en sustancia el mismo licor que manó del sagrado costado. Esta es la razon por que escogió Jesucristo las palabras; y para ser mejor comprendido, no dijo en futuro: *Este es mi Cuerpo* ó *mi Sangre* que será *dado* ó *derramada*; sino que, segun el texto original, habló de presente: *Este es mi Cuerpo que es dado, que es partido, ó que se da y se parte, fregitque dedit; y esta es mi Sangre que se derrama*, para manifestarnos que actualmente estaba *dado, partido y derramado* en la Eucaristía.

Es verdad que esta expresion de tiempo presente tiene tambien relacion á la muerte que va á sufrir, pues era á la vispera de su suplicio, y decia en la misma cena: *El Hijo del Hombre se va, como de él está escrito* (Matth. xxvi, 24); y dos dias antes: *Dentro dos dias que será la Pascua, y el Hijo del Hombre es entregado para ser cru-*

cificado. (Matth. xxvi, 2). Cuyos textos indican se consideraba ya como á muerto. ¿Con cuánta mas razon, en la institucion de la Eucaristía, debia decir de su Cuerpo y de su Sangre, tambien con referencia á la cruz, que era un cuerpo ya inmolado y una sangre derramada, pues que lo iba á ser, y que se empeñaba, de nuevo y mas que nunca, por esta accion á inmolarla y derramarla? Mas como habia escogido las palabras que pudiesen convenir á su santo Cuerpo, tanto en la cruz como en la Eucaristía, lo mismo hizo de los tiempos; y hablando en tiempo presente, manifiesta no solamente su muerte próxima, sino que manifiesta en su Cuerpo y en su Sangre un carácter de víctima con el que están actualmente revestidos.

Este carácter es visible en estas palabras, *para nosotros*; pues estas son aquellas de las que se sirve toda la Escritura para manifestar que la cruz es un sacrificio donde Jesucristo da su vida y derrama su sangre para nosotros. Del mismo modo la accion del sacrificio se marca en la Eucaristía, cuando dice el mismo Jesucristo que da no solo en ella su Cuerpo, sino tambien que *se da para nosotros*, y que su Sangre derramada *para* nosotros en la cruz se derrama aun *para* nosotros en esta accion, debiendo cuando se bebe parecer en ella bajo

la forma de un licor dispuesto siempre á correr para nuestra salvacion.

De nada sirven las objeciones si Jesucristo instituyó un Sacramento para comer y no para ofrecer; ó que instituyó, no un sacrificio, sino la conmemoracion de un sacrificio, por quanto todo nos da una idea de sacrificio lo que pasó en la cena de Nuestro Señor. La razon de Sacramento no repugna á la de sacrificio, y mucho menos la manducacion y conmemoracion: testigo, sin ir mas léjos, la fiesta de Pascua, que para los hebreos fue á la vez un Sacramento y un sacrificio; una cosa que se ofrecia y que se comía como otras tantas víctimas; un sacrificio muy verdadero que se repetia todos los años con la conmemoracion de un sacrificio, por el cual el pueblo de Dios habia sido libertado de la grande plaga de Egipto.

Noche funesta para los egipcios cuando el Ángel debia pasar en todas las casas para exterminar á los primogénitos. Los hebreos no merecian menos el castigo que los otros, *pues todos han pecado, y necesitan de la bondad de Dios* (Rom. III, 23); mas Dios les quiso conservar y librarlos de la esclavitud del Egipto. Para cuyo efecto ordenó sacrificar un cordero en cada casa, de comerlo, y untar las puertas de la misma con su sangre. «Yo pasaré, dijo el Señor,

«y acabaré con todos los primogénitos de «los egipcios; pero cuando veré la sangre «á la puerta de vuestras casas pasaré á la «otra, y no haré daño como en las demás «(Exod. XII, 12 et seq.); al contrario, des- «de este dia saldréis de la esclavitud, y el «Egipto será muy dichoso en daros la li- «bertad.» Por esto se ve claramente el sacrificio de la entrega. ¿Será necesario aun probar como Dios ordenó que se renovase todos los años? En memoria, pues, de esta noche de la entrega del pueblo debian aun inmolar un cordero y tambien derramar su sangre. ¡Qué! ¿acaso el Señor va á pasar otra vez con su mano vengadora? No por cierto, esto es una conmemoracion; y es como la otra un sacrificio, un cordero como el de antes, derramando su sangre en memoria de la entrega realizada.

De lo que se ve claramente que el primer sacrificio, que es la fuente y el principio, representa la muerte de Jesucristo; y que los sacrificios que se repiten todos los años representan el de la Eucaristía, en los que por consiguiente el Cordero y su sangre deben encontrarse tan verdaderamente como en el primero. No puede decirse que esto es figura y no realidad; por quanto no es permitido en el Nuevo Testamento ofrecer otro cordero que á Jesucristo. Este será, pues, aquí un Cordero, pero

siempre el mismo. Este Cordero no puede morir mas que una vez; y así la segunda oblation no será mas que una muerte y una inmolacion mística. El Cordero estará en ella sin embargo; de lo contrario la figura, que debiera estar debajo de la verdad, se encontraría encima de la misma. La sangre estará en ella toda entera, y será deramada, pero de un modo escondido y misterioso, para aplicar á cada uno lo que se ha ofrecido para todos una sola vez. Si con el Cordero y su sangre se encuentra aquí pan y vino que es preciso consagrar, y cuyas especies aun parecen, es porque Jesucristo tiene mas de una figura que acabar. Era, pues, necesario que él acabase, dicen todos los Padres, el sacrificio de Melquisedec; era preciso que acabase la figura y los panes de proposición que se ofrecian á Dios, y el vino con el que se le hacian las efusiones; era tambien menester que acabara los ázimos que debian comerse con el cordero pascual y demás víctimas; y esta es una de las razones por que sacrifica aun en ázimos la Iglesia latina. Aquí es donde se celebra la Pascua de la nueva alianza, no todos los años como la antigua, sino todos los dias; y por la misma razon que el Bautismo, que es nuestra circuncision, no es como aquella, sino un Sacramento; del mismo modo la Eucaristía, que es nuestra pas-

cua, debe ser un Sacramento y un sacrificio.

Por esto, segun entendemos, esta era la Pascua que tanto deseaba Jesucristo para comer con sus discípulos, como lo atestigua por estas palabras: «He deseado con gran deseo comer esta Pascua con vosotros antes que muera.» (Luc. xxii, 15). Esta Pascua tan deseada por el Hijo de Dios no era la Pascua legal que iba á finir; por cuanto muchos afirman no pudo comer este año, por haber sido él mismo inmolado al tiempo en que se celebraba la Pascua; la que no podia ser el último objeto de sus votos, ya por haber otras veces comido en ella con sus discípulos, ya por haber llegado el momento de ser aquella abolida, como todos los otros Sacramentos de la ley, por la cruz de Jesucristo.

El verdadero objeto del Salvador era la nueva Pascua que iba á dar á sus discípulos en su Cuerpo y en su Sangre, que debia acabar en el reino de su Padre, cuando fuese, por la clara vista, la vida y alimento de todos sus hijos. Esta es pues aquí una Pascua y un sacrificio. La Iglesia la ha reconocido; y esto es porque ella nos ha dicho en una de las oraciones de su liturgia, como hemos notado, que Jesucristo instituyó en el dia de la cena un sacrificio perpétuo, en el que se ofreció él mismo el

primero, y en el que nos enseñó él mismo á ofrecerle.

En efecto, despues que él se ofreció del modo que se ha visto, diciendo: *Este es mi Cuerpo y mi Sangre, dado y derramada para vosotros*, continúa y dice: *Haced esto en memoria de mí*. La Iglesia ha, pues, entendido debe ella hacer lo que él hizo; ella toma el pan como él; como él ella lo bendice, y da gracias sobre él: esto es lo que hemos visto en las oraciones que hace la Iglesia sobre la Eucaristía; como él ella muestra el pan al eterno Padre, y le ofrece para hacer de él luego despues su propio Cuerpo. Ella sabe bien que la bendicion que hace encima debe pasar á nosotros, y es á nosotros finalmente que ella mira; sabe tambien que el mismo pan está bendecido, como expresamente lo manifiesta san Mateo, xxvi, 26, como igualmente lo está el cáliz, segun san Pablo, I Corinth. x, 16, y que la bendicion afecta, por hablar así, el pan y el vino; que estos son por ella santificados y cambiados, por ser hechos el Cuerpo y la Sangre: sin embargo, en el exterior subsiste la misma cosa, como lo presenta á nuestros ojos; de modo que no está enteramente abolida, sino interiormente cambiada; siendo todo esto la fuente de las expresiones repetidas en todas las liturgias. Tal es el sentido de esta palabra: *Ha-*

ced esto... mas ella merece aun alguna reflexion.

En las primeras palabras Jesucristo dijo que esto no era mas que su oblacion; el pan y el vino hechos su Cuerpo y su Sangre; luego sigue: *Haced esto...* declarándonos que podemos y debemos hacer esto que él hizo. En fin, en estas últimas palabras, *en memoria de mí*, explica en qué intencion él lo hizo, y en qué disposicion debemos nosotros hacerlo. Así por las primeras palabras: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*, dice lo que la cosa es en ella misma y por la palabra, independientemente de nuestras buenas ó malas disposiciones. Estad bien ó mal dispuestos, no dejará jamás de ser esto el Cuerpo y la Sangre; por esto no dice san Pablo que los indignos sean privados de ello, sino que *ellos son culpables*. (I Corinth. xi, 27, 29). Tampoco dice que no lo reciben, sino que *ellos no lo conocen*, comiéndolo como manjar comun. Tampoco dijo Jesucristo que sin la fe no se recibe su santa carne, sino que *sin fe ella no sirve de nada, y lo que vivifica verdaderamente es el espíritu* (II Joan. vi, 61), del que esta carne está toda llena; de cuyo espíritu no se participa sino teniendo tambien en su espíritu disposiciones parecidas á las suyas. ¿Quereis, pues, recibir bien la sagrada Eucaristía? Unid las dos cosas como Je-

sucristo las unió; creed que este es el Cuerpo y la Sangre, el Cuerpo dado en la cruz como tambien en la Eucaristía, y lo mismo de su Sangre preciosa; y creyéndolo así, acordaos de Jesucristo, quien entregó su cuerpo y derramó su sangre para vos; es decir, quien murió para vos, y celebrad el misterio de su muerte: celebradlo ofreciéndolo, y celebradlo recibéndolo; pues debéis seguir en todo su intencion, y hacer por consiguiente en memoria de su muerte la consagracion como tambien la recepcion; pues que la Eucaristía, desde el momento de la consagracion, lleva en sí misma una imágen y un sello de esta muerte.

Aquí teneis la carne de una víctima que se ha puesto sobre del altar. Ó judíos, acordaos que ha sido inmolada para vosotros, comedla como á tal y como enteramente vuestra... esto es, y mucho mas, lo que podia decirse al antiguo pueblo; y esto mismo es en términos formales lo que Jesucristo ha dicho y dice aun todos los dias á su nuevo pueblo. Pero dirá acaso alguno que no la ve como en otro tiempo se veía esta carne puesta sobre del altar. Jesucristo dice que es él mismo: ¿y no es esto lo suficiente para un cristiano? Si se viera no tendria necesidad de deciros que es él; pero porque no le ven, él mismo nos lo asegura, debemos creer á su palabra.

— Quanto se os dice para creer se os dice todo lo contrario para ver: así pues creer presente el cuerpo del Salvador mientras que no se ve es esto acordarse que él está allí. Acordémonos, pues, de Jesucristo, creémosle presente desde que él habló, aunque no lo veamos, ofreciéndole á Dios en la Eucaristía, como él mismo en ella se ofrece, ya que él mismo ha dicho y nos ha encargado: *Haced esto en memoria mia.*

CAPÍTULO XVIII.

DE LA ADORACION DE LA EUCARISTÍA Y SU ANTIGUEDAD.

Mala fe de los Protestantes.

Dicen nuestros reformadores que antiguamente no se adoraba á Jesucristo en la Eucaristía; luego puede sospecharse, añaden, que no está en ella. Antes de responder en las formas examinemos la mala fe de tales ministros. Cuando se trata de los luteranos que creen á Jesucristo presente sin adorarle, se excusan respondiendo que la adoracion de Jesucristo no sigue siempre á su presencia. Luego, pues, es acompañada la adoracion algunas veces. Luego es evidente su contradiccion cuando tan pronto dicen que en su presencia Jesucristo es adorado como que no lo es.

sucristo las unió; creed que este es el Cuerpo y la Sangre, el Cuerpo dado en la cruz como tambien en la Eucaristía, y lo mismo de su Sangre preciosa; y creyéndolo así, acordaos de Jesucristo, quien entregó su cuerpo y derramó su sangre para vos; es decir, quien murió para vos, y celebrad el misterio de su muerte: celebradlo ofreciéndolo, y celebradlo recibéndolo; pues debéis seguir en todo su intencion, y hacer por consiguiente en memoria de su muerte la consagracion como tambien la recepcion; pues que la Eucaristía, desde el momento de la consagracion, lleva en sí misma una imágen y un sello de esta muerte.

Aquí teneis la carne de una víctima que se ha puesto sobre del altar. Ó judíos, acordaos que ha sido inmolada para vosotros, comedla como á tal y como enteramente vuestra... esto es, y mucho mas, lo que podia decirse al antiguo pueblo; y esto mismo es en términos formales lo que Jesucristo ha dicho y dice aun todos los dias á su nuevo pueblo. Pero dirá acaso alguno que no la ve como en otro tiempo se veía esta carne puesta sobre del altar. Jesucristo dice que es él mismo: ¿y no es esto lo suficiente para un cristiano? Si se viera no tendria necesidad de deciros que es él; pero porque no le ven, él mismo nos lo asegura, debemos creer á su palabra.

— Quanto se os dice para creer se os dice todo lo contrario para ver: así pues creer presente el cuerpo del Salvador mientras que no se ve es esto acordarse que él está allí. Acordémonos, pues, de Jesucristo, creémosle presente desde que él habló, aunque no lo veamos, ofreciéndole á Dios en la Eucaristía, como él mismo en ella se ofrece, ya que él mismo ha dicho y nos ha encargado: *Haced esto en memoria mia.*

CAPÍTULO XVIII.

DE LA ADORACION DE LA EUCARISTÍA Y SU ANTIGUEDAD.

Mala fe de los Protestantes.

Dicen nuestros reformadores que antiguamente no se adoraba á Jesucristo en la Eucaristía; luego puede sospecharse, añaden, que no está en ella. Antes de responder en las formas examinemos la mala fe de tales ministros. Cuando se trata de los luteranos que creen á Jesucristo presente sin adorarle, se excusan respondiendo que la adoracion de Jesucristo no sigue siempre á su presencia. Luego, pues, es acompañada la adoracion algunas veces. Luego es evidente su contradiccion cuando tan pronto dicen que en su presencia Jesucristo es adorado como que no lo es.

Mas dejémoslos á un lado por ahora, produciendo hechos claros de la liturgia griega para manifestar la antigüedad de la adoracion eucarística. Una de las exclamaciones que hace el diácono despues de la Consagracion es la siguiente: «Para los dones «ofrecidos, santificados, preciosos, sobre-«celestiales, inefables, immaculados, glorio-«sos, tremendos, que inspiran pavor, divi-«nos.» (Liturg. Jac. pag. 17). Al nombrar, pues, el diácono todos estos atributos de dones consagrados en el acto que dice: que son *tremendos*, y que llenan el espíritu de *pavor*, expresa el mas alto grado de adoracion, que es la que se da al mismo Dios: motivo por que otros los llaman mas simplemente adorables; pero en esto dicen menos, en cuanto á la expresion, que lo que dice la liturgia.

No obstante, para decidir en pocas palabras toda dificultad sobre la adoracion, no tenemos mas que acudir al sacrificio de los presantificados, llamado así, porque en los dias que la tradicion de la Iglesia griega no permitia que se hiciese la consagracion, es decir, durante todos los dias de ayuno en Cuaresma se celebraba este sacrificio con oblaciones ya consagradas en el domingo precedente. Mientras, pues, se transportaba al altar el sagrado Cuerpo del lugar donde le habian reservado, se oraba

en la forma siguiente: «Os suplicamos, ó «Señor, que sois rico en misericordia, nos «hagais dignos para recibir á vuestro Hijo «único, el Rey de la gloria; pues mirad «que su Cuerpo sin mancha y su Sangre «vivificante entran ahora mismo para ser «puestos sobre esta tabla mística, rodeados «invisiblemente de la multitud del ejército «celestial... Luego al momento que adelan-«ta, las Virtudes de los cielos le adoran in-«visiblemente con nosotros; pues mirad al «Rey de la gloria que entra.» (Liturg. Præsanct.). Esto último se repetia por tres veces. Pregunto: ¿cómo puede hacerse para mejor marcar la adoracion?

No hay necesidad de probar por los mas antiguos monumentos de la Iglesia griega el sacrificio de los presantificados; basta actualmente la descripcion que se encuentra en la Crónica de Alejandria, bajo Sergio, patriarca de Constantinopla, siendo emperador Heraclio en el año 615 de la era cristiana, añadiendo en seguida esta reflexion que es á propósito para trasladarla por entero. «Débese aquí observar un pasaje muy considerable del sacrificio de los presantificados en la Iglesia griega, que «es una oracion compuesta por el patriarca «ca Sergio, donde la adoracion del cuerpo «de Jesucristo está bien manifiesta. Pues «dice así: Su Cuerpo sin mancha y su San-

«gre vivificante entran en este momento para ser puestos sobre esta tabla mística, rodeados invisiblemente de la multitud del ejército celeste.» Este Patriarca añade: «Entre tanto las Virtudes de los cielos adoran invisiblemente con nosotros, pues mirad al Rey de la gloria que entra.» No puede manifestarse mas claramente ni la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, ni la adoracion que juntos le dan los Ángeles y los hombres.

A pesar de todo, uno de los escritores protestantes cree bien discurrir, diciendo: «Que es á Jesucristo á quien se habla, y no al Sacramento, pues que este no entra en nuestra alma.» (La Roq. Hist. Eucarist. pag. 339). ¿Quién le ha dicho que es al Sacramento á quien se habla, ó al Sacramento á quien se suplica? Se le ha dicho, y lo repetimos, que es á Jesucristo, pero á Jesucristo como presente en el Sacramento; pues para recibirlo dice el fiel al sacerdote: «Dadme el precioso y santo cuerpo de Jesucristo.» Responde el sacerdote: «Yo os doy el cuerpo precioso, santo é immaculado de Jesucristo.» Sobre cuyas palabras dirigiéndose el fiel, no ya al sacerdote, sino á Jesucristo que se le da: «Yo creo, dice, que Vos sois Jesucristo.» Después no habla mas que de los lugares y personas que Jesucristo ha honrado con su pre-

sencia y por su contacto corporal. Todo lo que él teme es de tocarlo y besarlo como un Judas, que no lo tocó menos, aunque el beso que le dió fue un beso de traidor. Para evitar esta desgracia suplica se digne entrar tanto en su alma como en su cuerpo, porque siendo Dios y hombre, entra en su alma como á Dios, y en su cuerpo como hombre; á fin de que estando con él unido cuerpo á cuerpo y espíritu con espíritu, consuma esta union celestial, que tantas veces nos ha sido anunciada por las Escrituras, y que no sea mas que un mismo cuerpo y un mismo espíritu con él. En vista de todo esto, ¿puede creerse se hable de este modo á un ausente, que tiene su cuerpo reducido en el cielo, y que no lo comunica sino solo por el pensamiento, ó á lo mas por su virtud?

Tampoco es menos fuerte lo que sigue: «Ó Dios, salvadme, á fin de que reciba sin condenacion el cuerpo precioso y sin mancha de Jesucristo vuestro Hijo para remedio de mi alma y de mi cuerpo.» De donde se ve que lo único que teme el pecador es de profanarlo y de recibirlo para su perdicion; pues sabe perfectamente que siempre está allí, aun para los mas indignos, porque nuestra infidelidad no disminuye ni su palabra ni sus dones.

En todas las liturgias orientales, siria-

cas, arábigas, egipcíacas ó coptas (nombre de los cristianos originales de Egipto) se encuentran iguales ó parecidas oraciones dirigidas á Jesucristo; lo que no puede negarse sin una extrema imprudencia, despues de tantos manuscritos tan antiguos y auténticos.

Pero aunque no tuviésemos todas estas oraciones, desde que se ha dicho que la Eucaristía es en efecto el Cuerpo y la Sangre, ¿no hay en ella un acto de fe afecto á Jesucristo presente? ¿un acto de esperanza, poniendo en esta presencia el fundamento y la seguridad de la futura felicidad? ¿un acto de caridad, deseando unirse cuerpo á cuerpo, y espíritu á espíritu con el mismo Salvador? Muy grosero es quien no entiende que en esto consiste la verdadera adoracion en espíritu y en verdad, y que esta adoracion es inseparable de la fe de la presencia real.

Los ministros piden con curiosidad en qué tiempo se comenzó la elevacion solemne que se hace ahora para adorar á Jesucristo acto continuo despues de la Consagracion. Pero ¿qué importa en el fondo que hayan ó no elevado, si con todo se decia, marcando el cuerpo de Jesucristo por un signo de cruz: «Aquí teneis el Cordero de Dios, «el Hijo del Padre (Lit. Jac. 20),» y al echar una partícula de este sagrado Cuerpo en

el cáliz: «aquí está la santa partícula de «Jesucristo llena de la gracia y de la verdad «del Padre y del Espíritu Santo:» y dividiendo lo restante del pan consagrado para distribuirlo al pueblo: «Gustad, y mirad «cuán dulce es el Señor, quien, separado «como por miembros, no está dividido, y «quien dado á todos no está consumido?» ¿Podrá acaso manifestarse de una manera mas eficaz y mas brillante?

Inquietarse ahora por qué se ha hecho la elevacion, si fue para marcar la exaltacion del cuerpo de Nuestro Señor en la cruz, como dicen unos; ó en signo de oblacion, segun quieren otros; ó para excitar al pueblo á la adoracion, como se hace actualmente en la elevacion luego que se ha consagrado; y si esta elevacion y genuflexiones que se hacen ahora han sido siempre practicadas, ó despues cuando se ha recibido la Eucaristía de rodillas, esto es atormentarse en vano. Basta que tanto el Oriente como el Occidente y toda la Iglesia universal hayan constantemente adorado á Jesucristo como presente en la Eucaristía, y en cualesquiera parte de la Misa. Para mí, yo creeré fácilmente que, durante la accion del sacrificio, la adoracion exterior que se rendia á Jesucristo se confundia con aquella que se rendia á Dios por el mismo Je-

sucristo; de modo que no se ponian de rodillas delante de Jesucristo, por haberlo hecho delante del Padre eterno durante la accion del sacrificio. Sin embargo, cuando era menester hacer alguna accion particular referente al cuerpo de Jesucristo, como cuando era llevado desde donde estaba reservado al altar en el sacrificio de los santificados, ó cuando se acercaban para recibirlo, entonces la adoracion era tan marcada, que no habia en ella nada que dudar del sentimiento de la Iglesia para esta adorable Víctima. Todo lo restante que podria haberse añadido, segun la perpétua costumbre de la Iglesia para celebrar mas la verdad de la presencia, cuando ella ha sido contestada, no es mas que el efecto ordinario de la vigilancia de los pastores, quienes, cuando algun dogma ha sido impugnado ú oscurecido, jamás han faltado de inculcar por alguna cosa de sí marcada y fuerte, que fuese capaz para confundir á los mas rebeldes y despertar á los mas adormecidos.

En todo esto no se inventa nada. Tampoco se adora de nuevo, porque siempre se ha adorado, como acaba de verse; sino que se rinde la adoracion, ó mas sensible ó mas frecuente; y si despues de todo esto se pregunta de dónde se ha aprendido esta ado-

racion, que lo pregunten á la antigua Iglesia, donde la ven tan constante y sin interrupcion.

Contradiccion de los Protestantes.

Antes de concluir este capítulo fijemos aquí la atencion para observar una contradiccion manifiesta entre estos nuevos doctores: por un lado no pueden negar que estas oraciones de nuestras liturgias no sean muy antiguas; y por temor de dejarnos la ventaja de encontrar en ellas nuestra doctrina, tratan de persuadir á todo el mundo que dichas oraciones están contra nosotros; por otra parte sienten ellos tan bien en su conciencia que en efecto están contra ellos mismos, que no se han atrevido á conservarlas, temiendo que por las mismas no vuelvan todos sus secuaces á la unidad católica.

Falsamente propalan que la presencia real es una invencion que comenzó desde *Radbert*, autor del noveno siglo. Á los que puede decirseles que es preciso tener una cabeza de metal para negar que estas oraciones no sean mas antiguas. Por cuanto los autores de mas nombradía por haber trabajado en los Sacramentarios que hemos producido, son un san Leon, un san Gelasio, un san Gregorio, un san Hilario, un san Isidoro de Sevilla, etc., etc. Autores

todos, que el mas moderno es de muchos siglos antes que *Radbert*; y el trabajo que ellos han hecho jamás tuvo por objeto innovar la mas minima cosa en la doctrina, ni nunca han sido tenidos por sospechosos. Ellos ordenaron el oficio, arreglaron y fijaron las lecciones y antifonarios; los mismos han compuesto algunas *Collectas*, algunas Secretas, algunos *Post communio*, algunas bendiciones, algunos Prefacios... y esto sin decir nada en el fondo que fuese nuevo; pues no habrian sido mas escuchados que los demás novadores. Todo lo que ellos compusieron fue hecho sobre el modelo de lo que habian hecho sus predecesores; tanto, que el estilo mismo resiente á antigüedad, y las cosas aun la resienten mas: de este modo todo fue recibido con un igual aplauso, y las nuevas oraciones hicieron cuerpo, por decirlo así, con las antiguas, como estando todas de un mismo espíritu y de un mismo gusto. Por lo que respecta al *Cánon*, se ha juzgado todas las palabras de un tan grande peso, que la tradicion ha conservado los autores de las menores adiciones que en él se han hecho; se sabe, por ejemplo, que fue san Gregorio quien añadió estas palabras: *Diesque nostros in tua pace disponas*. Se sabe aun, para no omitir las otras partes de la Misa, quién fue el primero que mandó decir el *Kyrie*, quién el *Pater nos-*

ter, quién el *Agnus Dei*, etc. Los Protestantes han sido cuidadosos en marcar todas estas fechas, pensando concluir de aquí que la Misa era una amalgama de novedades y de instituciones humanas; pero su odio les ha cegado, porque despues que se ha observado con tanto cuidado los cambios los mas indiferentes, ¿cuánto mas no habrian notado los otros? Esto es lo que no vemos: nadie nombra quién ha añadido lo que se dice para la Oblacion, ni para la Consagracion, ni para cambiar en ella el pan en cuerpo, y el vino en la sangre de Jesucristo: luego, segun ellos, no se conoce el autor de estas cosas; luego estas son mas antiguas que todos los cambios que ellos saben, aunque sean de los primeros siglos, como se ha visto; luego no son adiciones, sino al contrario, ellas son el cuerpo sobre el que se añadió lo demás, y para decirlo de una vez, son ellas tan antiguas como la Iglesia. Esto mismo aun se demuestra por el consentimiento de todos los ritos, pues que estas cosas se encuentran en el rito griego igualmente que en el romano, como en el ambrosiano, galicano, gótico ó español; en una palabra, en todos los ritos, no solo de las Iglesias católicas, sino aun en las de los cismáticos; y no solo en las de los griegos, separados de nosotros despues de algunos siglos, sino tambien en

las de los eutiquianos y nestorianos, separados de nosotros y de los griegos hace ya mil doscientos años: lo que manifiesta que todo esto no puede venir sino de su principio.

Podríase aun alegar el testimonio de los Padres aunque no hubiese mas que san Cirilo y san Juan Crisóstomo, sin hablar de los demás, en los que se encuentran todas las partes de la Misa, y palabra por palabra de todo cuanto se ha producido; pero es necesario convencer á los hombres por alguna cosa aun mas palpable, ahorrándoles la pena de discurrir y examinar. Por tanto á todos cuantos alegaren á *Radbert* y la fecha de la presencia real en el siglo IX se les puede decir para confundirles, no por los Padres, ni por historias, ni menos por discusion alguna; sino que se les manifestará siempre que quisieren en muchas bibliotecas, volúmenes que todo hombre docto reconocerá su antigüedad de novecientos, mil y mas años, en los que se lee el *Cánon*, y á mas las Secretas que acabamos de producir. Añadiendo que dichos volúmenes son copiados para el uso de la Iglesia sobre otros volúmenes mas antiguos; y que aquellos contra quienes nos servimos de este *Cánon* y oraciones, sean herejes ú otros del tiempo de *Radbert* ó *Berengario*, ellos mismos han reconocido su

antigüedad, y jamás han pensado ni imaginado que dichas oraciones fuesen nuevas, concluyendo, sin dudar, que estas piezas son de mejor tiempo. Este es el motivo que, obligados los Protestantes á explicarlas, lo hacen tan mal, que no se atreven á servirse de ellas: reconocen su autoridad, por ser ellas tan antiguas; sin embargo las rechazan, por serles tan contrarias.

CAPÍTULO XIX.

DE LA CUARTA ORACION DEL CÁNON.

En el fin de la tercera oracion dice el sacerdote estas palabras: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*, indicando debemos siempre tener presente el misterio de nuestra Redencion, como en su lugar expusimos. Sigue, pues, muy á propósito esta cuarta oracion que empieza: *Unde et memores...* en la que el sacerdote, tambien en nombre del pueblo, como en la oracion *Suscipe Sancta Trinitas...*, nombra la Pasion, Resurreccion y Ascension, ofrece á Dios, eterno Padre, el cuerpo y sangre de su Hijo, esto es, una hostia pura, santa é inmaculada, de sus dones ya recibidos, por la transustanciacion del pan y vino en el Cuerpo y Sangre en los términos siguientes:

las de los eutiquianos y nestorianos, separados de nosotros y de los griegos hace ya mil doscientos años: lo que manifiesta que todo esto no puede venir sino de su principio.

Podríase aun alegar el testimonio de los Padres aunque no hubiese mas que san Cirilo y san Juan Crisóstomo, sin hablar de los demás, en los que se encuentran todas las partes de la Misa, y palabra por palabra de todo cuanto se ha producido; pero es necesario convencer á los hombres por alguna cosa aun mas palpable, ahorrándoles la pena de discurrir y examinar. Por tanto á todos cuantos alegaren á *Radbert* y la fecha de la presencia real en el siglo IX se les puede decir para confundirles, no por los Padres, ni por historias, ni menos por discusion alguna; sino que se les manifestará siempre que quisieren en muchas bibliotecas, volúmenes que todo hombre docto reconocerá su antigüedad de novecientos, mil y mas años, en los que se lee el *Cánon*, y á mas las Secretas que acabamos de producir. Añadiendo que dichos volúmenes son copiados para el uso de la Iglesia sobre otros volúmenes mas antiguos; y que aquellos contra quienes nos servimos de este *Cánon* y oraciones, sean herejes ú otros del tiempo de *Radbert* ó *Berengario*, ellos mismos han reconocido su

antigüedad, y jamás han pensado ni imaginado que dichas oraciones fuesen nuevas, concluyendo, sin dudar, que estas piezas son de mejor tiempo. Este es el motivo que, obligados los Protestantes á explicarlas, lo hacen tan mal, que no se atreven á servirse de ellas: reconocen su autoridad, por ser ellas tan antiguas; sin embargo las rechazan, por serles tan contrarias.

CAPÍTULO XIX.

DE LA CUARTA ORACION DEL CÁNON.

En el fin de la tercera oracion dice el sacerdote estas palabras: *Hec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*, indicando debemos siempre tener presente el misterio de nuestra Redencion, como en su lugar expusimos. Sigue, pues, muy á propósito esta cuarta oracion que empieza: *Unde et memores...* en la que el sacerdote, tambien en nombre del pueblo, como en la oracion *Suscipe Sancta Trinitas...*, nombra la Pasion, Resurreccion y Ascension, ofrece á Dios, eterno Padre, el cuerpo y sangre de su Hijo, esto es, una hostia pura, santa é inmaculada, de sus dones ya recibidos, por la transustanciacion del pan y vino en el Cuerpo y Sangre en los términos siguientes:

«Es por esto, ó Señor, que nosotros, que
«somos vuestros ministros y todo vuestro
«santo pueblo, acordándonos de la pasion
«muy dichosa, de la gloriosa resurreccion
«y de la ascension triunfante del mismo
«Jesucristo, vuestro Hijo Señor nuestro,
«ofrecemos á vuestra santa y gloriosa ma-
«jestad este presente formado de cosas que
«tenemos de Vos mismo, una hostia santa,
«una hostia pura, una hostia sin mancha,
«el pan santo de la vida eterna, y el cáliz
«de salud perpétua.» Los que han aprendi-
«do de Jesucristo que él es el pan vivo que
«da la vida eterna (Joan. vi, 51, 52), cono-
«cerán con facilidad cuál es este pan de vida
«eterna que se ofrece ó Dios; y que este es
«visiblemente el mismo Jesucristo y su san-
«ta carne, con la que él nos ha prometido la
«vida (Joan. vi, 51), que manifiesta como
«presente al decir *el pan santo de vida eter-
«na*, como tambien su Sangre que nos ha sal-
«vado cuando añade: *y el cáliz de salud per-
«pétua*; es decir, sin dificultad, el cáliz don-
«de se contiene esta salud con la sangre del
«Salvador.

«Esto es lo mismo que dicen los griegos
«en su liturgia, cuando despues de haber
«pronunciado las santas palabras del mismo
«Salvador continúan en estos términos: «Os
«ofrecemos cosas que son hechas por Vos,
«cosas que eran vuestras;» es decir, el

cuerpo y la sangre de vuestro Hijo, forma-
«dos del pan y del vino que eran criaturas
«vuestras.

«Estas palabras son dichas en este lugar
«para expresar la naturaleza de esta obla-
«cion en la que se ofrece á Dios una sustan-
«cia; esto es, el cuerpo y la sangre de Jesu-
«cristo de una otra sustancia que era la de
«pan y vino; y todo junto para hacer ver,
«contra los antiguos herejes, que desde el
«origen del Cristianismo habian distinguido
«al Criador del universo por el Padre de Je-
«sucristo; para hacerles ver, digo, que este
«era el mismo, y que el que habia criado el
«pan y el vino para alimentar al hombre era
«el mismo que para santificarlo hacia de los
«mismos el cuerpo y la sangre de su único
«Hijo.

«Esto es lo que expresan los latinos por es-
«tas palabras de la misma oracion: «Nos-
«otros os ofrecemos esta santa hostia hecha
«de las cosas que tenemos de Vos mismo.»
«*De tuis donis ac datis*. Esto mismo expre-
«san los griegos de otra manera, diciendo:
«*Tua ex tuis*; donde se ve mas y mas que las
«dos Iglesias hablan siempre en un mismo
«espíritu, y conformes celebran el cambio
«maravilloso que se ha hecho de las criatu-
«ras de Dios en criaturas de Dios mucho
«mas excelentes; pero siempre con una re-
«lacion y analogia perfecta, pues que este es

el alimento de los cuerpos, quien es cambiado en comida para sustentar á nuestras almas y santificar á nuestros cuerpos.

Todo esto está confirmado maravillosamente en estas palabras de la misma oracion, donde, despues de haber nombrado á Jesucristo como se ha hecho en todas partes, como este es el camino por quien nos acercamos al Padre, añadimos: «Por el cual, «ó Señor, Vos no cesais de criar todos estos bienes, los santificais, los vivificais, «los bendecís y nos los dáis.» Por donde se manifiesta en Dios, por Jesucristo, una creacion continua, para hacer que los dones sagrados de pan y vino que Dios habia criado con su poder, por el mismo poder sean hechos una nueva criatura, y de cosas inanimadas y profanas se conviertan en una cosa santa y animada, que es el cuerpo y la sangre del Hombre-Dios Jesucristo; cosa, por este medio, llena para nosotros de bendicion y de gracia, para sernos dada en seguida con todos los dones que en sí está llena: lo que continúa á manifestar que aquel que nos ha criado, y que ha criado las cosas que nos sostienen segun el cuerpo, cria aun de estas mismas cosas aquellas que nos sostienen segun el espíritu; y que esto es lo que le ofrecemos antes que lo recibamos de su mano.

De todo lo dicho se ve claramente que la

hostia consagrada, que es Cristo, se ofrece como hostia *pura* para diferenciarse de los sacrificios de las gentes, que eran impuros y corruptos: *santa*, para distinguirse de las oblacones de la ley antigua, que no eran tan santas que pudiesen santificar el alma como esta nuestra, que quita los pecados del mundo; por cuya razon se añade *inmaculada*, porque Cristo fue un cordero inocente, sin mancha alguna, que quita los pecados del mundo santificando á los hombres. Es, pues, una hostia pura, que purifica; santa, que santifica, é inmaculada, que limpia toda mancha.

De las acciones que se hacen en esta primera parte de la oracion unas son particulares, otras generales. Los Cartujos, Dominicos y Carmelitas, al empezar: *Unde et memores* elevan los brazos para manifestar la figura de la cruz en memoria de la pasion de Cristo. Sin embargo, la Iglesia romana jamás siguió tal uso, juzgando ser suficiente tenga el sacerdote sus manos extendidas delante el pecho para significar la pasion de Cristo. Las acciones generales son los signos de cruz, de los que se hacen tres sobre la hostia y cáliz, cuando el sacerdote dice: *Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam*; el cuarto sobre la hostia cuando dice: *Panem sanctum*; y el

quinto, finalmente, sobre el cáliz, al decir:
Et calicem salutis perpetuae.

Para la debida explicacion de estas acciones generales deben examinarse dos cosas. Primera, qué son estos signos; segunda, por qué son cinco. Para cuyo efecto compararemos antes la bendicion de la Eucaristia con las otras bendiciones que usa la Iglesia dándonos al mismo tiempo una nueva prueba del cambio de la sustancia.

A pesar de estar suficientemente explicada la presencia real y el cambio de la sustancia por las oraciones de la Misa, para mayor abundamiento vamos á comparar las otras oraciones de la Iglesia con estas. Ella bendice el agua del Bautismo, como igualmente el santo crisma y los santos óleos con los que unge á los hijos de Dios, para imprimirles en diferentes maneras el carácter de cristianos y ungidos del Señor. Las oraciones de las que se sirve en estas bendiciones son seguramente de la primera antigüedad. Dentro estas bendiciones se encuentra bien que la Iglesia *consagra y sacrifica estas sustancias* (Ordo Rom. t. 10; Bib. PP. p. 70), es decir, esta agua y estos óleos que ella bendice, que ella los hace eficaces, y les inspira una nueva virtud por la gracia del Espíritu Santo que invoca sobre ellas. Se encuentra tambien en el am-

brosiano que ella *los eleva y ennoblece*; pero no se encuentra jamás que las ofrezca á Dios en sacrificio, ni que las cambie en alguna otra sustancia, ni para su efecto emplee la poderosísima virtud del Espíritu Santo: estas expresiones están reservadas para la Eucaristia. Todo lo que manifiesta claramente que el cambio que se hace en la Eucaristia es bien de otra naturaleza que el que se hace en el agua ó en el óleo, que no es mas que un cambio místico y moral; y que la palabra sacrificio se emplea en ella, no como se da algunas veces á lo que sirve para el culto divino, sino en rigurosa significacion, la que sirve para expresar un verdadero sacrificio.

Á mas de esto, de ningun modo conviene que la Iglesia católica no tenga, como la de los judíos, mas que sombras y figuras de Jesucristo para ofrecer á Dios, de donde se sigue que debe aquella tener y ofrecer al mismo Jesucristo, añadiendo que la Iglesia se explica tan claro sobre el cambio real del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, que los que han negado este cambio no han encontrado otro medio que suprimir de un solo golpe estas oraciones. Vista ya la diferencia de unas á otras bendiciones, explicaremos la significacion de las que actualmente nos ocupan.

No omite la Iglesia cosa alguna para ma-

nifestar á todos los fieles que el sacrificio del altar es el mismo sacrificio de la cruz, á cuyo efecto quiere que á toda palabra que indique el cuerpo y la sangre del Señor se haga el signo de la cruz, por el que se declara que la hostia y lo que se contiene en el cáliz ser el mismo cuerpo que fue clavado en la cruz, y la propia sangre en la misma cruz derramada. Los signos, pues, de cruz, que despues de la Consagracion se hacen sobre la hostia y cáliz, no son bendiciones, sino conmemoraciones de la virtud y eficacia del sacramento de la Eucaristia, cuya virtud dimana del sacrificio de la cruz que se representa y continúa en el sacrificio de la Misa como presente. (Suarez, 3 part. t. 3, q. 83). Los signos de cruz que se hacen en la Misa son: ó uno, tres, ó cinco: Uno, indica unidad de esencia; tres, manifiestan la trinidad de personas, y cinco, representan las cinco llagas de Cristo Señor nuestro en memoria de su pasion. (Micologi, cap. 14).

Tiene el sacerdote despues de la Consagracion unidos los dos dedos pólce e índice, los que no separa sino cuando ha de tocar la hostia consagrada, hasta despues de la Comunión que hace la ablucion; porque si se pegare alguna partícula, no se pierda; lo que pertenece á la reverencia del Sacramento. (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5).

Supra que propitio...

Sigue la misma oracion en la que ora á Dios el sacerdote, á fin de que se digne mirar con cara propicia y alegre los dones que le ofrece del cuerpo y sangre de Cristo, no porque piense ser él el mediador entre el Padre y Cristo, sino porque aunque la oblacion es siempre acepta á Dios Padre, ya por parte de lo que se le ofrece, como por parte de Cristo que es el principal que ofrece, sin embargo, pudiendo suceder que por parte del sacerdote ó del pueblo no sea acepta, es la razon por que el sacerdote supplica á Dios mire la oblata con cara propicia y alegre. (Bellarmin. tom. 3, lib. 6, cap. 24). Á mas de esto ora á Dios el sacerdote se digne recibir los sagrados dones, del mismo modo que recibió los regalos de Abel, el sacrificio de Abraham, y el que antiguamente le ofreció Melquisedec.

Mas para complacer á nuestros reformadores voy á dar una clara resolucion á sus objeciones, y desvanecer las dificultades que nos puedan oponer sobre este particular. Hay en este sacrificio Jesucristo, quien es ofrecido, y hay el hombre que lo ofrece: el sacrificio es siempre agradable de parte de Jesucristo que es ofrecido; y podrá no serlo siempre de parte del hombre que lo

ofrece, pues que no puede ofrecerlo dignamente sin que sea él mismo bastante puro para ser ofrecido con él. ¿Qué extrañeza habrá, pues, que la Iglesia pida á Dios haga nuestro sacrificio agradable en todo, tanto y á proporcion de parte de los fieles que lo presentan, como de parte de Jesucristo que es el presentado?

Este es visiblemente el sentido de esta oracion: «Nosotros os ofrecemos, ó Señor, «el pan de vida, el cáliz de salud que os «suplicamos mireis con ojo propicio, y los «recibais como recibisteis los presentes de «vuestro servidor el justo Abel, y el sacrificio de nuestro padre Abraham, y el santo sacrificio, la hostia sin mancha que os «ofreció Melquisedec,» vuestro soberano sacrificador. De donde se ve claramente que se quiere comparar, no el don con el don, pues que la Eucaristía constantemente, tómese como se quiera, es bien sobre los antiguos sacrificios, sino que se compara las personas con las personas; y este es el motivo por que no se nombran mas que los mas santos de todos hombres: Abel, el primero de los justos; Abraham, el padre comun de todos los creyentes, y se reserva en el último lugar á Melquisedec que era sobre de él, pues que el mismo le ofreció el diezmo de sus despojos, y recibió de ellos al mismo tiempo, con el pan y el vino, las

primicias del sacrificio de la Eucaristía.

Y para mejor entender esto es menester saber que el espíritu de este sacrificio es, que teniendo á Jesucristo presente, le cargamos de nuestros votos; segun nos lo dice san Cirilo por estas palabras: «Hacemos á «Dios todas nuestras súplicas sobre esta «hostia propiciatoria,» y esto mismo expresa la Iglesia por esta Secreta de Pascua y dias siguientes: «Ó Señor, recibid las «oraciones de vuestro pueblo con la oblation de estas hostias;» y esto mismo se repite continuamente. Y hay motivo para pedir, pues así como los dones son agradables, las oraciones que se ofrecen con ellos, y para decirle mejor sobre ellos, lo sean tambien, como lo fueron los de Abel y demás santos que levantaron las manos inocentes á Dios, ofreciéndole sus dones con una conciencia pura.

Pues la perfeccion de este sacrificio no consiste solamente en que ofrezcamos y recibamos cosas santas, sino tambien en que nosotros que las ofrecemos, y que de ellas participamos, seamos santos. Las cosas santas son para los santos, y para recibir las es menester, segun san Pablo, una caridad que provenga de un corazon puro, de una buena conciencia, y de una fe que no sea débil. (I Tim. 1, 5).

Tambien se nombra en este lugar á es-

tos tres santos del Antiguo Testamento, porque propiamente nos representan la figura de la pasion de Cristo. Por cuanto Abel ofreció regalos de los primogénitos de sus rebaños, y Cristo primogénito se ofreció como cordero inmaculado á Dios Padre, de cuyo Cordero dice san Juan Bautista: *Ecce Agnus Dei...* Mas Abel inocente fue muerto por su hermano Cain; y Cristo es atormentado y muerto por sus malos hermanos los judíos. Abraham obedeció á Dios para inmolar á su hijo; Cristo fue obediente al Padre hasta á la muerte, entregando su espíritu en las manos de su Padre. Melquisedec ofreció pan y vino, pues era sacerdote del Dios altísimo; y Cristo en el altar, bajo las especies de pan y vino, ofrece á Dios Padre por nosotros su Cuerpo y su Sangre, para que nos mire propicio. (Div. Bonav. in exposit. Miss.).

Dudan algunos si las últimas palabras *sanctum sacrificium, immaculatam hostiam...* se han de unir con las que preceden, *quod tibi obtulit summus sacerdos tuus Melchisedech*; ó con las que siguen, *Supplices te rogamus*, de las que despues hablaremos.

Le Brun dice que las palabras *sanctum sacrificium...* deben referirse á la oblacion de Melquisedec, pues que el sacerdote al proferirlas no hace señal alguna de cruz

sobre la hostia ni sobre del cáliz, lo que prueba suficientemente que dichas palabras no se refieren al sacrificio de Cristo. (Le Brun, tom. 1, p. 510). Pouget defiende que las indicadas palabras no deben referirse á la oblacion de Melquisedec, sino al sacrificio de Cristo. (Poug. tom. 2 Institut. Catholicar. pag. 865). Santo Tomás se manifiesta propenso á una y otra sentencia, y siguiendo su doctrina, decimos: *Utrumvis intelligas, bonum iis verbis sensum contineri.*

Esta oracion concluye con aquella súplica, por la que el sacerdote pide á Dios «ut «jubeat per manus Angeli in sublime altare suum in conspectu divinae Majestatis «suae oblata perferri, ut quotquot ex ea altaris participatione sacrosanctum Filii sui «Corpus et Sanguinem sumpserint omni benedictione caelesti et gratia repleantur.» Cuyas palabras son de tanta profundidad, que apenas basta el entendimiento humano para penetrarlas. Inocencio III las explica del modo siguiente: «Manda, Señor, que «los votos y súplicas de los fieles lleguen á «presencia de tu Majestad por el ministerio de los Ángeles, y que por intercesion «de los mismos te sean agradables. *Tube hæc,* «es decir, los votos de los fieles, sus súplicas y oraciones, *perferri per manus sancti Angeli tui,* esto es, por ministerio de

« los Ángeles, *in sublime altare tuum*, en « presencia de la Majestad divina. » Tiene la Iglesia un altar visible en la tierra y otro invisible en el cielo... tomamos aquí visiblemente el cuerpo y la sangre de Cristo; y tomamos invisiblemente del cielo los mismos con la bendición y gracia de Dios. (Innoc. III, lib. 5 Myst. Miss. cap. 6).

Con este espíritu se une el sacerdote con los santos Ángeles, tanto mas, cuanto se sabe perfectamente que ellos presentan nuestras súplicas á Dios sobre el altar que representa á Jesucristo, como se ve en el Apocalipsis, VIII, 3.

Los Protestantes, que todo lo eluden, quieren que el Ángel que presenta á Dios las oraciones sea el mismo Jesucristo, quien á menudo, dicen ellos, es llamado Ángel. Pero visiblemente esto es embrollarlo todo; y para no hablar aquí de otros lugares de la Escritura, jamás en el Apocalipsis Jesucristo es llamado por este nombre. En todas partes en las que parece, lleva un carácter de majestad soberana, con el nombre de Rey de los reyes y Señor de los señores. Mas el Ángel que aquí hablamos, para presentar las oraciones, es de la misma naturaleza que los otros que san Juan hace obrar por todas partes en este divino libro, de la misma naturaleza que los siete Ángeles de los que habla en este mismo

lugar, en el mismo capítulo VIII, donde habla del Ángel de la oracion, quien tambien por esta misma razon es simplemente llamado *un otro Ángel*, un Ángel como los demás, con igual elevacion que aquellos.

Vemos ya claramente cuál es el Ángel que ofrece á Dios nuestras oraciones sobre el altar celestial; de aquí viene la tradicion constante de toda la Iglesia que siempre ha reconocido un Ángel que preside á la oracion y en la oblacion sagrada, como se ve por los mas antiguos de los Padres. (Tert. de Orat. sub fin.). Cuando se dice que un Ángel preside en ella, y presenta nuestras oraciones, es menester entender que todos los santos Ángeles se unen á él con unidad de espíritu; y porque el espíritu de este sacrificio es de unir á Dios todas las criaturas, y sobre todo las mas santas, para rendirle en comun el reconocimiento de su servidumbre, no debe extrañarse se suplique á los santos Ángeles intervengan en él para su efecto.

Se habia unido ya con ellos el celebrante desde el principio del sacrificio, al cantarse el himno seráfico, es decir, el tres veces Santo, como dijimos en el Prefacio: « Es « muy justo, ó Padre eterno, que Vos nos « bendigais por Jesucristo nuestro Señor, « por quien los Ángeles alaban vuestra santa « majestad, las Dominaciones la adoran, las

«Potestades la temen con temblor; entre
«los cuales os pedimos encarecidamente
«nos mandeis mezclar nuestra voz, dicien-
«do de todo nuestro corazon: Santo, Santo,
«Santo.»

En lo que sigue de esta oracion se pide que despues de estar nosotros unidos con los santos Angeles, deseemos unirlos con nosotros en nuestras oblacones, no dudando que serán tanto mas agradables, siendo ofrecidas por sus manos; cuya oracion tiene el sentido siguiente: «Os suplicamos, ó «Dios todopoderoso, mandeis que estas co- «sas sean llevadas por vuestro santo Ángel «á vuestro altar sublime, á fin de que nos- «otros todos, que hemos de participar en «este altar del sagrado cuerpo y sangre de «vuestro Hijo, nos llenemos de toda gracia «y de toda bendicion espiritual por el mis- «mo Jesucristo nuestro Señor.»

Para transportar hasta Dios nuestras oblacones, elevarlas hasta al cielo, donde él las recibe, ó hacerlas llegar hasta á su trono, es preciso, segun la Escritura, presentarlas de tal suerte, y con una conciencia tan pura como los Angeles, á fin de que le sean agradables. Este modo de hablar está sacado del rito de los antiguos sacrificios. Hemos visto que cuando se elevaba la víctima era en cierto modo para enviarla á Dios, y suplicarle por esta accion de reci-

birla; lo que parecia mas sensible en los holocaustos, en los que elevándose el humo en alto, iba á mezclarse con las nubes, y parecia querer elevarse hasta al trono de Dios. Las oraciones que se añaden parecen van tambien con ella; y esto es lo que hacia decir á David: «Suba mi oracion á vuestro trono, como el incienso que se quemaba por la mañana en vuestro altar.» (Psalm. cxi, 2). Es decir, como el humo de la víctima quemada; pues esto es lo que aquí significa la palabra *incensum*, por mas hayamos apropiado nuestra palabra de incienso, derivada de *thus*, voz latina que significa una especie de olor ó fragancia. Por esta razon este Ángel del Apocalipsis se presenta con un incensario en la mano; y se ha dicho que el *humo de su incienso* (Apoc. viii, 4), es decir, *las santas oraciones*, que salian de un corazon abrasado del Espíritu Santo, *llegaban delante de Dios desde su mano*; es decir, que le eran agradables. Por esta razon tambien se llama esto en la Escritura el sacrificio de buen olor delante del Señor; cuando la oblacon se hace con un corazon puro, y que la oracion, saliendo de una conciencia inocente, se eleva á Dios con el humo del holocausto.

Nadie, pues, debe extrañar si la Iglesia, acostumbrada al lenguaje de la Escritura, elevando el cáliz antes de la Consa-

gracion, haga esta súplica: «Nosotros os lo «ofrecemos, ó Señor, á fin de que él suba «delante de Vos como un olor agradable.» es decir, como se ha visto que la oblacion sea á su gusto: y esto mismo se pide en esta oracion despues de la Consagracion, cuando se suplica que *estas cosas*, es decir, *los dones sagrados, sean llevadas al cielo por los Angeles.*

Mas para entender el fondo de esta oracion es menester acordarse que estas cosas de las que se habla son á la verdad el cuerpo y la sangre de Jesucristo; pero que ellas son este Cuerpo y esta Sangre con todos nosotros, y con todos nuestros votos y nuestras oraciones, y que todo esto reunido compone una misma oblacion, que queremos sea en todo punto agradable á Dios, ya por parte de Jesucristo que es el ofrecido, como de parte de los que lo ofrecen, y por los que se ofrecen con él mismo. En este supuesto, ¿qué cosa mejor puede hacerse que pedir de nuevo el auxilio del santo Ángel que preside en la oracion, y en él todos los santos compañeros de su bienaventuranza, á fin de que nuestro regalo suba prontamente y con mas agrado hasta el altar celestial, cuando será allí presentado por esta bienaventurada compañía? No será inútil de notar aquí, que así como en nuestro Cánón no se habla mas que de un

solo Ángel, en el Cánón ambrosiano se habla de todos los Angeles para explicar la santa union de todos estos bienaventurados espíritus, que en efecto hacen todos por consentimiento lo que hace uno de ellos por ejercicio y por destino particular.

Nosotros debemos, pues, unirnos con todos ellos, y con ellos elevarnos á este sublime altar de Dios con nuestro espíritu. Allí, pues, nos elevamos, allí acompañamos, para decirlo así, á Jesucristo con nuestros votos y con nosotros mismos, cuando elevados sobre del mundo, y unidos á los bienaventurados espíritus, no respiramos mas que las cosas celestiales; á mas es menester aun entender aquí que Jesucristo no viene á nosotros sino para llevarnos con él en su gloria. Nosotros le miramos sobre del altar; pero nuestra fe no se detiene enteramente en el altar, sino que le contemplamos en su gloria, de donde viene á nosotros sin dejar de estar en ella, y en la que nos eleva; á fin de que estando con él en el altar celestial, sintamos destilar de él sobre nosotros todas las bendiciones y gracias espirituales por el mismo Jesucristo nuestro Señor, como lo expresa la conclusion de esta oracion.

Está, pues, claramente demostrado que esta elevacion, que deseamos de nuestra santa Víctima hasta al sublime altar de

Dios, no se pide aquí con referencia á Jesucristo, quien está ya á lo mas alto de los cielos; sino mas bien con referencia á nosotros, y á las bendiciones que debemos recibir elevándonos con Jesucristo á este altar invisible.

Y cuando pedimos la intercesion del santo Ángel, no es como á mediador, pues que basta Jesucristo; sino que siendo este santo por sí mismo, sea con mas agrado recibido cuando es ofrecido y presentado por los mismos Santos. Este es el motivo por que la Iglesia implora al Ángel para ofrecerle á Dios con ella, pero siempre por Jesucristo, por quien ella reconoció ya desde el Prefacio de este sacrificio que los Ángeles adoraban á Dios y alababan á su santa majestad.

Acompañan á esta última parte de la cuarta oracion las acciones siguientes: Se inclina profundamente el sacerdote cuando dice: *Supplices te rogamus*; besa el altar al proferir, *ut quotquot ex hac altaris participatione*; al nombrar el Cuerpo de Cristo hace el signo de cruz sobre la hostia, practica igual accion sobre el cáliz cuando nombra la Sangre, y al nombrar la bendicion y gracia celestial se signa con la señal de la cruz.

La profunda inclinacion es propia y á propósito para denotar la humildad y anona-

damiento del que suplica. Los signos de las tres cruces indican otros tantos misterios. Se hace sobre la hostia, por el sudor del cuerpo que tuvo Cristo en su pasion: sobre el cáliz, por las gotas de sangre que derramó en la misma; y al signarse el sacerdote recuerda la caida de Cristo de cara cuando iba al Calvario. Puede aun darse otra explicacion á este misterio: los dos primeros signos de cruz pueden significar las ataduras y azotes de Jesucristo Señor nuestro; y cuando el sacerdote se signa á sí mismo indica los sayones que escupian en su divina cara. (Inn. III, lib. 5 Myst. Miss. c. 5). Otros hablando de dichos tres signos dicen: «Nos representan la extension del Cuerpo, la efusion de Sangre, y el «fruto de su pasion,» fundándose en aquellas palabras: *Corpus et Sanguinem sumpserimus, omni benedictione...* (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5, ad 3).

Para los Protestantes.

Á mas de lo dicho en la primera parte de esta oracion respecto á bendiciones, en refutacion de la objecion que nuestros reformadores sobre este particular nos oponen, añadimos que:

La palabra *benedicir* marca generalmente una buena palabra, *benedicere*. Así se bendice á Dios cuando se celebran sus alaban-

zas, y en este sentido no hay ninguna duda que no se pueda bendecir á Jesucristo; mas no tratamos aquí de esta bendicion, sino de la bendicion con la que se bendice á los fieles cuando se ora sobre ellos, y de la que se bendice á los Sacramentos cuando se consagra. Esta bendicion es siempre una buena palabra, repito, y en ella consiste la bendicion de la Iglesia. Mas se acompaña ordinariamente con el signo de la cruz, en testimonio que solo por la cruz de Jesucristo desciende sobre nosotros toda bendicion espiritual. De este modo se bendice á los Sacramentos. Sin embargo, es preciso observar aquí que la bendicion cuando se consagra á los Sacramentos se extiende mas léjos; porque no se bendicen sino para bendecir, consagrar y santificar al hombre que participa de ellos: de suerte que esta bendicion tiene dos efectos, el uno para el Sacramento, y el otro para con el hombre. Esto supuesto, ya no hay dificultad alguna; pues cuando se bendice los dones, es decir, el pan y el vino, antes de la Consagracion, esta bendicion tiene dos efectos, uno para el Sacramento que se quiere consagrar, y otro para el hombre que se quiere santificar por el Sacramento. Pero, despues de la Consagracion, la bendicion consumada con referencia al Sacramento no subsiste sino con referencia al hombre

que es preciso santificar por la participacion del misterio. Este es el motivo por que los signos de cruz que se hacen despues de la Consagracion, sobre el pan y vino consagrados, se hacen diciendo esta oracion. «Á fin, se dice, que nosotros todos, que recibimos de este altar el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo, nos llenemos en Jesucristo de toda gracia y bendicion espiritual:» de donde se ve manifestamente que esto no es aquí una bendicion que se haga sobre las cosas ya consagradas, sino una oracion donde se pide que siendo santas por ellas mismas, estas lleven la bendicion y la gracia sobre los que participarán de ellas.

De lo que se concluye, que las bendiciones que se hacen sobre el cuerpo de Jesucristo con los signos de cruz, ó que no se refieren á este divino Cuerpo, sino á los que deben recibirle; ó que si se refieren á él es para marcar las bendiciones y gracias de que está lleno, y que desea derramarlas sobre nosotros con profusion, si nuestra infidelidad no lo impide; ó en fin, si se quiere tomar de este modo, se bendice en Jesucristo á todos sus miembros que se ofrecen en este sacrificio como haciendo un mismo cuerpo con el Salvador, á fin de que la gracia del jefe se derrame con abundancia sobre ellos.

CAPÍTULO XX.

DE LA QUINTA ORACION DEL CÁNON.

Esta quinta oracion comienza con las palabras, *Memento etiam Domine*, que se ora por los difuntos. Se pone la particula *etiam*, porque habiéndose hecho antes de la consagracion el *Memento* para los vivos, indica debe hacerse otro tanto para los difuntos. No hay liturgia alguna que no tenga oracion para los difuntos, segun tradicion apostólica. (Pouget, Instit. Catholicar. t. 2, p. 866). En estos fundamentos se apoya esta quinta oracion, en la que debe el sacerdote tener presentes en su intencion á los que quisiere aplicar el sacrificio; luego continúa orando para las almas de todos los detenidos en el purgatorio, como lo indican aquellas palabras, *ipsis Domine*, esto es, para aquellos que en especial oró; *et omnibus in Christo quiescentibus*, es decir, para todos aquellos que están expiando con fuego en el purgatorio; para todos suplica *locum refrigerii*, haciendo relacion al fuego que les quema; *locum lucis*, refiriéndose á las tinieblas en que se encuentran; *locum pacis*, por las congojas que les atormentan: por estos tres géneros de penas aquellas almas miserables satisfacen

á la divina justicia. Se hace en este lugar oracion por todos los que están en el purgatorio, porque solo para aquellas almas se ofrece á Dios como satisfactorio el sacrificio de la Misa, segun el concilio Tridentino: *Animas in purgatorio detentas fidelium suffragiis, potissimum vero acceptabili altaris sacrificio juvari*. (Sess. 25, Decret. de Purg.). No puede ofrecerse para las almas de los condenados, porque sus penas son eternas por sentencia de Dios irrevocable. (Math. III et XXV).

Debe aqui notarse que jamás se ora *para* los Santos, sino que solamente se ofrece por ellos el sacrificio; tambien es preciso advertir que este *para*, en lenguaje eclesiástico, no significa que se ofrece para que consigan ellos gracia alguna: se ofrece para ellos en el mismo sentido que se ofrece en muchas Secretas para la santa ascension de Nuestro Señor, y así de lo demás: es decir, para dar gracias á Dios, y para honrar su memoria. Se ofrece á proporcion para los Santos del modo dicho, dando gracias para ellos, en memoria de sus virtudes y gracias que recibieron: *Pro commemoratione*, como decimos; para su honor, para su gloria, para su alabanza, como dice un antiguo Sacramentario de la Iglesia galicana: « Que estos regalos, ó Señor, os sean agradables para la conver-

«sion de nuestras almas y la salud de nuestros cuerpos; para alabanza de los Mártires y para descanso de los difuntos.» (Sac. Gallie. Mabill. Mus. Ital. p. 286). Se ve en pocas palabras claramente lo que se hace para estas dos especies de difuntos: se da gracias para los unos, y se ora para los otros: se ofrece para celebrar las alabanzas de los unos, y para procurar el alivio para los otros. Ó mejor, se emplea á los primeros para intercesores, y se ora para obtener á los segundos la total remision de sus pecados. El rogar para los Santos seria injuriarlos, ya que nosotros debemos ser recomendados á Dios por sus oraciones.

Los sufragios que se aplican para las almas que no son capaces de ellos ya por estar en el cielo, ó en el infierno, quedan en el tesoro de la Iglesia, los que Dios mismo distribuye y aplica á aquellas que pueden conseguir el fruto del sacrificio. (Div. August. in Enchirid. cap. 109).

Este sacrificio es verdaderamente propiciatorio.

Dudar que un tal sacrificio no sea verdaderamente propiciatorio, es lo mismo que dudar que el cuerpo y la sangre de Jesucristo no sea un objeto agradable á Dios.

que nos lo hace favorable; esto es dudar que el mismo Jesucristo, que intercede por nosotros en su gloria presentándose delante de Dios, por esta sola accion no lo aplaca y no nos lo vuelve propicio. Mas no permita Dios que la Iglesia crea que donde Jesucristo está presente no sea él para nosotros una oblacion propiciatoria. Esto es porque la Iglesia no cesa de suplicar en esta forma en este sacrificio: «Ó Señor, sed manso, sed propicio, sed favorable á vuestro pueblo, por estos dones que os ofrecemos.» Y aun: «Que esta hostia purifique nuestros pecados; que la misma nos sea una intercesion saludable para obtener de ellos el perdon.» Y aun: «Recibid este sacrificio por la inmolacion del cual habeis Vos querido ser aplacado.» (Sabb. post Cin.). Y aun en el Misal de Gelasio: «Que esta hostia saludable sea la expiacion de nuestros pecados y nuestra propiciacion delante de vuestra santa majestad.» (Lib. 3 Sac. R. E. Miss. 10). Todo está lleno de semejantes oraciones; y esto es lo que enseña San Cirilo de Jerusalem, cuando dice en su Catecismo V á los iniciados, explicándoles la liturgia: Que despues de haber hecho el cuerpo y la sangre de Jesucristo por la operacion del Espíritu Santo; despues de haber realizado el sacrificio espiritual y este culto incruento, se

hacia SOBRE ESTA HOSTIA DE PROPICIACION las oraciones de todo el pueblo, es decir, ponian sobre ella todos sus votos, como que fuese la sola víctima por la que Dios se aplaca y nos mira con ojo favorable. Por ella alcanzamos los beneficios de Dios sobre los vivos; y por ella, continúa el mismo Padre, *hacemos á Dios propicio para los muertos*, y por ella, en fin, consumamos la obra de nuestra salvacion. Por esta razon dice el sacerdote, que él *ofrece, y todos los fieles con él, este sacrificio de alabanza... para la redencion de sus almas*: no que esta sea la que Jesucristo operó, ó mereció, ó que satisfaga el precio de nuestro rescate; sino porque el mismo que la pagó está aun aquí presente para consumir su obra con la aplicacion que de ella nos hace.

De donde se ve que nuestro sacrificio no es un suplemento del sacrificio de la cruz, como pretenden los Protestantes; no es una repeticion, como si fuese imperfecto; sino al contrario, suponiéndolo perfectísimo, es una aplicacion perpétua parecida á aquella que Jesucristo hace todos los dias en el cielo á los ojos de su Padre, ó mejor, no es mas que una celebracion continua, y en cierto sentido un sacrificio de redencion, segun esta oracion que en él hacemos: «Concedednos, ó Señor, celebremos santamente estos misterios; porque todas las veces que se

«hace la conmemoracion de esta hostia se «ejerce la obra de la redencion.» (Dom. 9 post Pentec.). Es decir, que aplicándola se continúa y se consume.

No deben, pues, objetarnos que solo este es un sacrificio de conmemoracion, de alabanza, eucarístico, ó de accion de gracias, y no de propiciacion. Pues confesando sin dificultad, como lo hacemos en todas las oraciones de la liturgia, que este es un sacrificio de accion de gracias y de conmemoracion, por esta misma razon añadimos que es tambien un sacrificio de propiciacion; porque el solo medio que tenemos de aplacar á Dios y hacérselo propicio es ofrecerle continuamente la misma víctima por la que ha sido él una vez aplacado, celebrar su memoria, y ofrecerle justas alabanzas por la gracia que nos hizo de darnosla. Esto es porque en esta oracion el sacrificio de accion de gracias y el de propiciacion concurren juntos; de donde viene tambien que en muchas de las *Secretas* es llamado, una *Hostia de expiacion, de aplacacion y de alabanza: hostias placationis et laudis*. (Fer. 4 post Dom. 5 Quadrag.).

CAPÍTULO XXI.

DE LA SEXTA ORACION DEL CÁNON.

La sexta y última oración del Cónon comienza, *Nobis quoque peccatoribus*, cuyas palabras se dicen con la voz un poco elevada, y concluye en la cláusula *Per omnia sæcula sæculorum*, que próximamente precede á la Oracion dominical, cuya cláusula se dice en alta voz para que el pueblo responda: *Amen*.

El sacerdote, antes de la Consagracion, suplicó á Dios se dignase admitir la Iglesia militante en compañía de la triunfante. Lo mismo pide despues de la Consagracion por la Iglesia paciente; por cuanto en esta última oracion lo mismo pide para sí y los que están presentes, como para aquellos en cuyo nombre ofrece el sacrificio: sirviéndose al efecto de las expresiones siguientes: *Intra quorum*, de los Santos que están en el cielo, *nos consortium non estimator meriti, sed veniæ quæsumus largitor admitte*: pedimos nos admita en su compañía, no en atencion á nuestros méritos, sino por su misericordia. Conoce la Iglesia que Dios no da la bienaventuranza sin mérito para ella; pero tampoco ignora que para que seamos admitidos en compa-

ña de los Santos no solo es necesaria la gloria, sino tambien la gracia y el perdón de los pecados, que sin nuestros méritos se da únicamente por Cristo Señor nuestro; que nuestros mismos méritos son dones de la gracia y misericordia de Dios, y que sin ella nada podemos, segun aquellas palabras del real Profeta: *Non intres in iudicium cum seruo tuo Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens*. (Psalmo CXLII).

Invoca el sacerdote en esta oracion á los santos Apóstoles y Mártires, como lo hizo tambien antes de la Consagracion; entonces con objeto de obtener sus sufragios, para conseguir su comunión, y alcanzar las gracias y virtudes que podemos prometernos por el santo sacrificio: *Quorum meritis precibusque concedas....* Despues de la Consagracion, porque suplicamos á Dios se digné admitirnos en compañía de los Santos: *Intra quorum nos consortium non estimator meriti....* por lo que la primera puede decirse conmemoracion *ad suffragium*, y la segunda *ad consortium*.

Despues de haber implorado el sacerdote la intercesion de los Santos, á fin de que él y los que están presentes, por los méritos de Jesucristo, sean admitidos entre los que están en el cielo, dice: *Per quem hæc omnia, Domine, semper bona creas, sancti-*

ficas, vivificas, benedicis, et praestas nobis, per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria. Cuya interpretacion es la siguiente:

Per quem haec omnia, Domine, semper bona creas: Por quanto Dios Padre crió todas las cosas por Jesucristo: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil* (Joan. 1), y así el pan y el vino convertidos en el cuerpo y sangre de Cristo; y que no solo los crió desde el principio, sino que los renueva continuamente, y hace produzca la tierra todos los años nuevo trigo y nuevas uvas: *Sanctificas*, por quanto los dones ofrecidos en el altar, en nombre de Jesucristo, se hacen dones sagrados separados del uso comun: *Vivificas*, Dios, por Jesucristo, vivifica el pan y el vino convirtiéndolos en su verdadero Cuerpo y Sangre, que son verdaderos alimentos de vida: *Benedicis, et praestas nobis*, pues Dios, por Jesucristo, derrama sus celestiales bendiciones sobre el pan y el vino, y nos los entrega así bendecidos, para que sean nuestra verdadera vida: *Per ipsum*, por ser Cristo Dios y hombre verdadero, es mediador entre Dios y los hombres: *Et cum ipso*, que Dios es igual á Dios: *Et in ipso*, que es consustancial al Padre: *Est tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti*

omnis honor et gloria, es lo mismo que decir, á Dios Padre todo honor y gloria por el Hijo, con el Hijo y en el Hijo, y en unidad del Espíritu Santo, que procediendo igualmente del uno como del otro, es adorado junto con el Padre y con el Hijo por los siglos de los siglos.

Las acciones que se hacen mientras se recita esta sexta oracion son las siguientes: El sacerdote, cuando dice *sanctificas*, hace el signo de la cruz sobre la hostia y cáliz; lo mismo verifica al decir *vivificas*, y practica otro tanto al pronunciar *benedicis*. Luego descubre el cáliz, hace genuflexion, se levanta, toma la sagrada hostia con los dedos pólize é índice de la mano derecha, servando el cáliz con la izquierda, y con la misma hostia, desde un lado á otro dentro la boca del cáliz, hace tres signos de cruz: primero, cuando dice *per ipsum*; otro, al decir *cum ipso*, y tercero, al pronunciar *in ipso*. Despues, teniendo aun la hostia, hace con la misma otros dos signos de cruz entre él y el cáliz: el primero, cuando dice *est tibi Deo Patri*, y otro, cuando dice *in unitate Spiritus Sancti*, y finalmente, en aquellas palabras *omnis honor et gloria*, teniendo la hostia sobre el cáliz, los levanta un poco ambos á un mismo tiempo.

Los tres signos de cruz que se hacen en

las palabras *Sanctificas, vivificas, benedictis...* significan místicamente aquellas tres oraciones de Jesucristo estando en la cruz: primera, cuando oró por sus perseguidores, diciendo: *Pater ignosce illis...* segunda, cuando profirió las palabras *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* y la tercera, al exclamar: *Pater in manus tuas commendo spiritum meum.* Los otros tres signos que se hacen de una á otra parte de la boca del cáliz, al pronunciar las palabras *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso,* significan las tres horas que nuestro adorado Jesús estuvo pendiente en la cruz, que fueron desde la hora sexta hasta á la nona. Finalmente, los signos hechos fuera del cáliz indican la separacion del alma de su cuerpo. (Div. Thom. 2 p. q. 83, art. 5).

Otra mística significacion puede tambien darse á los signos de cruz cuando se dice: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso,* hechos sobre el cáliz, y es: Que Jesucristo padeció en el cuerpo, en el alma y en el honor. En el cuerpo, por las heridas y azotes; en el alma, por la tristeza, tédio y temor, y en el honor, por las burlas y afrentas que le hicieron. Respecto á los otros dos signos de cruz que hace el sacerdote entre sí y el cáliz, aunque puede afirmarse en sentido católico que Dios fue crucificado por la union hipostática de la naturaleza

humana con la persona divina, de ningun modo puede decirse lo mismo del Padre ni del Espíritu Santo; motivo por que á las palabras *est tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sancti,* se hacen los dos signos de cruz fuera del cáliz. (Div. Thom. 3 p. q. 46, art. 5).

Falta ahora decir algo de la pequeña elevacion del cáliz con la hostia á las palabras *omnis honor et gloria.* Antes del siglo XII solo á estas palabras *omnis honor et gloria,* y no antes, se manifestaba el cuerpo de Cristo junto con el cáliz al pueblo asistente para su adoracion. Levantaba, pues, en alto el sacerdote el cáliz junto con la hostia para que el pueblo le viese y adorase. Mas desde que la Iglesia, á causa de la herejía de Berengario, como dijimos en el cap. XVI, aprobó el uso introducido de elevar el Cuerpo de Cristo, y luego el cáliz al momento despues de la Consagracion; se hizo menos solemne, en las mas de las iglesias, esta otra elevacion; de modo que ni eleva ya el sacerdote el cáliz, á fin de que el pueblo asistente le vea (Pouget, tom. 2 Instit. Catholic. p. 869), quien añade: concluye el *Cánon* con las palabras *Per omnia sæcula sæculorum,* que dice el sacerdote en alta voz invitando al pueblo asistente, en cuyo nombre recitó el celebrante las oraciones precedentes, para que

confirmen con su consentimiento lo que pidió á Dios en nombre de todos, cual consentimiento manifiesta el pueblo con la palabra *Amen*.

TERCERA PARTE DE LA MISA.

CAPÍTULO XXII.

DE AQUELLAS PALABRAS: OREMUS, PRÆCEPTIS... HASTA AL PARTIR LA HOSTIA.

Algunos opinan que la Oracion dominical constituye parte del Cánon; pero es sentencia mas probable la de los que afirman que el Cánon se termina en la sexta oracion. (Bellarm. Controv. tom. 3, lib. 6, de Sacrif. Miss. c. 27). Concluido, pues, el Cánon, en esta parte de la Misa el propio sacerdote se prepara para la Comunión. Antes de la Oracion dominical profiere devotamente aquellas palabras: *Oremus. Præceptis salutaribus moniti, et divina institutione formati audemus dicere*; cuyas palabras son antiquísimas: refiriéndose á ellas san Jerónimo, dice: «Así lo enseñó Cristo á sus Apóstoles, á fin de que creyendo en el sacrificio de su Cuerpo puedan decir todos los dias: *Pater noster...*» (Lib. 3 advers. Pelag.).

Síguese la Oracion dominical por la mas

antigua consuetud apostólica: «Entre los próximos momentos, mientras imponeis las manos, y perdonando los delitos, vuelotos al altar al momento no podeis dejar de decir la Oracion dominical.» (Optatus Milevitanus, lib. 2).

Recita en alta voz el sacerdote la Oracion dominical, solo para prevenir á los fieles que si alguno está enemistado con otro se reconcilien todos antes de comulgar. (Bellarm. lib. de Div. offic. c. 120). Sin embargo puede darse otra razon mas convincente, atendida la antigua disciplina, segun la que la Oracion dominical jamás se recitaba en las reuniones públicas, pudiendo haber en ellas algun infiel ó catecúmeno. Este es el motivo por que en el Oficio ú Horas canónicas se dice dicha oracion en voz baja, y en voz elevada en la Misa. Porque los infieles y catecúmenos podian asistir á las Horas canónicas, pero no á esta parte de la Misa, porque, como en su lugar dijimos, eran expelidos de la iglesia luego despues de la explicacion del Evangelio. Tambien confirma esto mismo la costumbre de los monjes que siguen la regla de san Benito, que en Láudes y Visperas rezan en alta voz el *Pater noster*; porque cantan los divinos Oficios tan solo delante aquellos que son de la familia del monasterio.

En la oracion *Libera nos...* suplica á Dios

el sacerdote nos libre *ab omnibus malis præteritis*, que son los pecados; *presentibus*, que son varias tentaciones que nos impelen al pecado; *futuris*, que son las penas debidas por los mismos, ya temporales, ya eternas. Ora tambien para que se nos conceda la paz: *Da propitius pacem in diebus nostris*; porque con pecado no puede haber paz verdadera: *Non est pax impiis, dicit Dominus.* (Isai. XVIII). Por esta misma oracion nos acogemos á la proteccion ó refugio de la bienaventurada siempre Virgen María, de los apóstoles Pedro, Pablo, Andrés y demás Santos.

Muchas son las acciones que aquí hace el sacerdote antes de comenzar la oracion *Libera nos...* La patena, que estaba debajo del corporal, despues de pasar por ella el purificador, la toma con la mano derecha entre los dedos índice y medio, teniéndola verticalmente sobre el altar; mas en las Misas que se cantan, tiene el subdiácono la patena cubierta con el velo desde el Ofertorio hasta concluida la Oracion dominical, la que purificada por el diácono, la tiene este verticalmente puesta sobre el altar, para que la tome el sacerdote con los dos dedos indicados: hay costumbre en algunas iglesias que antes de poner el diácono la patena descubierta sobre del altar, la enseña ó manifiesta al pueblo. Al llegar el

sacerdote á las palabras *in diebus nostris*, besa la patena; y cuando dice: *ab omni perturbatione securi*, pone la hostia sobre de la patena, descubre el cáliz, y hace genuflexion.

Este rito se refiere al piadoso oficio de las santas mujeres, las que compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús. Despues de haber salido de mañana el primer dia de la semana, llegaron al lugar del sepulcro ya salido el sol, diciéndose mutuamente: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro? La patena, pues, es el símbolo de esta piedra: hace sobre sí el sacerdote el signo de cruz, para anunciar que por la cruz y por este sacrificio quedan todas las cosas satisfechas en el cielo y en la tierra: al besar la patena indica haber Cristo satisfecho el deseo de las santas mujeres, á las que, saliéndolas al encuentro, las saludó diciendo: *Amen*; y ellas puestas de rodillas abrazaron los piés de Cristo, y acaso, como es verosímil, le besaron. (Natal. Alexand. lib. 2 Theolog. Dogmat. et Moral. art. 6, n. 10).

En atencion á las muchas acciones ya hechas, y parte de las que se hacen, puede aun darse otra mística explicacion. Se necesita la patena en el Ofertorio, sobre la que se pone el pan que se ha de consagrar. Despues de la oblacion del pan ó de la hos-

tia se pone la patena al momento debajo del corporal, por no necesitarse hasta en esta oracion; de aquí es que en las Misas privadas el sacerdote la pone debajo del corporal, y en las cantadas se entrega al subdiácono, como dijimos, quien la tiene cubierta con el velo, hasta que llega el sacerdote á las palabras *Libera nos, quesumus Domine...* á quien se le entrega con tiempo para la Comunión. En las iglesias donde hay la costumbre de enseñar la patena al pueblo antes de entregarla al sacerdote, se hace para invitar al pueblo á la Comunión. Hace el sacerdote sobre sí el signo de la cruz con la patena, y la besa, por ser la patena el instrumento de paz y el vaso sobre el que se pone la Eucaristía, que es la paz de los cristianos, de la que se sirve para hacer el signo de cruz; por la cruz, pues, aparta Cristo todas aquellas cosas que pueden perturbar nuestra paz: *Ipse est pax nostra... solvens inimicitias in carne sua.* Pónese la patena debajo de la hostia, para que con mas facilidad pueda tomarse luego que deba dividirse. (Pouget, Inst. Cath. t. 2, p. 870).

CAPÍTULO XXIII.

DE LA FRACCION DE LA HOSTIA HASTA LA COMUNION.

Siguiendo el sacerdote su Misa, hace genuflexion, se levanta, toma la hostia, y teniéndola sobre del cáliz la divide con ambas manos en dos partes, diciendo al mismo tiempo: *Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum.* La mitad de la hostia, que tiene en la derecha, la pone sobre la patena, y de la otra mitad, que tiene en la izquierda, saca un fragmento diciendo: *Qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus.* Cuyas palabras proferidas, une aquella mitad de hostia con la otra que puso en la patena, y teniendo con la mano derecha el fragmento sobre del cáliz, dice en alta voz: *Per omnia secula seculorum;* respondido por el ministro, *Amen,* hace entonces el sacerdote con el fragmento tres signos de cruz sobre del cáliz, diciendo: *Pax Domini sit semper vobiscum;* y respondiendo el ministro, *Et cum spiritu tuo,* deja finalmente el sacerdote caer el fragmento dentro del cáliz diciendo: *Hæc commixtio et consecratio Corporis, et Sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam æternam. Amen.*

Se parte la hostia, porque Cristo Señor

nuestro en la institucion de la sagrada Eucaristía tomó el pan en sus manos, lo bendijo, y despues de partido lo dió á sus discípulos diciendo: *Este es mi Cuerpo*; esto mismo mandó á los Apóstoles hicieran en su memoria. Á mas de esto leemos: «Que los fieles estaban acostumbrados á «perseverar *in communicatione fractionis panis.*» (Act. 11).

Muchas son las razones místicas que dan los escritores de los sagrados ritos por la division de la hostia en tres partes. Mas dejando á un lado todas las demás, bastará reproducir lo que dice santo Tomás hablando sobre el particular, y es: «Que la «parte de la hostia que se pone en el cáliz «significa estar con cuerpo y alma en el «cielo, Cristo y la bienaventurada siempre Virgen María; la parte que toma el sacerdote indica todos los viadores, que para su espiritual alimento se sirven de los Sacramentos, y finalmente la tercera parte, que antes se reservaba en el altar para los enfermos, significa aquellos cuyos cuerpos estarán en la sepultura hasta el dia del juicio, estando ya sus almas en el purgatorio ó en el cielo. Y aunque este rito de reservar la tercera parte de la Eucaristía hasta el fin de la Misa no esté en uso, tiene sin embargo la misma significacion. (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5).

En otros tiempos reducian la víctima y las tortas que se ofrecian á Dios en partes muy pequeñas (Levit. 11, 9), siendo esto una marca de la oblation del sacrificio que de ello se hacia al Señor. En este sentido se hace la fraccion del sagrado pan, ya sea que se haga para la distribucion, ó por alguna otra mística razon, hace parte del sacrificio representando á Jesucristo bajo los golpes con su cuerpo roto y atravesado: lo que los griegos designan aun por una ceremonia mas particular, atravesando el pan consagrado con una especie de lanceta, y recitando al mismo tiempo estas palabras del Evangelio: «Uno de los soldados atravesó su costado con una lanza.» (Joan. XIX, 44).

Saluda el sacerdote al pueblo cuando dice: *Pax Domini sit semper vobiscum*, sin volverse de cara, por estar ocupado en la fraccion de la hostia, al que bendice, por el mérito de la hostia que dividió; hace tres cruces ó signos de cruz sobre el cáliz, para indicar que á los tres dias resucitó Cristo Señor nuestro. *Representatur resurrectio tertia die facta per tres cruces, que fiunt ad illa verba: Pax Domini sit semper vobiscum*; y tambien puede significar que la santísima Trinidad volvió el alma al cuerpo de Cristo crucificado. (Div. Thom. loco cit. ad 3). Pueden tambien significar dichas tres

cruces las santas mujeres que buscaban á Cristo en la puerta del monumento, representada por la boca del cáliz. (Inn. III, lib. 6 Myst. Miss. c. 2).

Esta accion de poner la partícula de la hostia en el cáliz está llena de misterio. En la Misa, hasta á esta parte, de la que hablamos, se nos representa la pasion y muerte de Jesucristo por la consagracion del Cuerpo y Sangre hecha separadamente, en fuerza de la cual bajo la especie de pan padece el cuerpo de Cristo, y bajo la especie de vino sufre su sangre: y aunque esta separacion es solo mística, porque realmente no puede estar el cuerpo sin sangre, ni tampoco la sangre sin el cuerpo; no obstante esta mística separacion del cuerpo á la sangre, y de la sangre al cuerpo, nos representa expresamente la pasion y muerte de Jesucristo nuestro Redentor. Faltaba, pues, expresar su gloriosa resurreccion; y esto no podia hacerse mas á propósito que echando la partícula de la hostia en el cáliz, á fin de que se una otra vez el cuerpo con la sangre. *Commixtio panis et vini designat unionem carnis et animæ, quæ in resurrectione Christi denuo sunt unitæ.* (Inn. III cit. c. 2).

Mientras pone el sacerdote la partícula en el cáliz, dice en voz baja la oracion siguiente: *Hæc commixtio et consecratio cor-*

poris et sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam æternam. Amen. La palabra *commixtio*, que equivale á *union*, se refiere « á las especies de pan y « vino, las que contienen el cuerpo y sangre. » Por la palabra *consecratio* no se pide, como algunos quieren, que en este acto se haga la consagracion, sino que la consagracion hecha ya antes nos sea saludable para conseguir la vida eterna. (Inn. III, cap. 2, lib. 6 Myst. Miss.).

Síguese el *Agnus Dei*, instituido por Sergio papa. (Div. Bonav. in exposit. Miss. c. 4). Inclinado el sacerdote, unidas las manos, dice tres veces *Agnus Dei*, dándose otros tantos golpes al pecho en señal de contricion, respondiendo á los dos primeros *Miserere nobis*, y al tercero, *Dona nobis pacem*; porque se ofrece el sacrificio por la paz presente: antes de sumir la Eucaristia reza otras tres oraciones, de las que concluida la primera, teniéndose que dar la paz, dice: *Pax tecum*; respondiendo el que la recibe: *Et cum spiritu tuo*. En las Misas de difuntos no se da golpe alguno, y en lugar de *Miserere nobis* dice *Dona eis requiem*, denotando debe acordarse el sacerdote mas de los difuntos que de sí mismo. (Hugo de S. Vict. lib. 3 de Miss. c. 37).

Por la paz se dispone el pueblo para recibir el Sacramento, reconciliándose unos

con otros, á fin de asociarse dignamente con el cuerpo y sangre del Señor, que no admite disension alguna. En las Misas de difuntos no se da la paz, porque en ellas no se ofrece el sacrificio por la paz presente, sino para descanso de los muertos, por cuya razon se omite la primera de dichas tres oraciones, como prescribe la rúbrica. «*Præparatur populus per pacem.... est enim hoc Sacramentum unitatis et pacis.*» «*In Missis tamen defunctorum, in quibus sacrificium non offertur pro pace præsentis, sed pro requie mortuorum pax intermittitur.*» (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 4).

Dábase antiguamente la paz con un beso; mas para evitar la malicia de algunos hombres, se verifica ahora con un abrazo. Antes de dar el sacerdote la paz, besa primero el altar, manifestando no puede darla sin que la reciba antes de Cristo, cuya figura es el altar, como dijimos en su lugar.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA COMUNION DEL SACERDOTE.

Es preciso advertir antes que la consuncion de la hostia es una cosa inseparable de este sacrificio. Dijimos en otra parte que la consagracion es una especie de nueva creacion del cuerpo de Jesucristo por el

Espíritu Santo: este sagrado cuerpo recibe en ella un nuevo ser, y por esto un santo obispo del siglo IV, célebre por su doctrina, llama á la Eucaristia: «la renovacion del cuerpo.» *Innovatio corporis.* (Pacian. epp. 1 ad Symp. tom. 3). Mas este cuerpo nuevamente producido solo lo es para ser consumido, y para tomar por este medio este nuevo ser que él ha recibido: lo que es un acto de víctima que se consume ella misma en un cierto sentido, aunque en verdad queda siempre eterna y siempre viva.

Sobre todo la consuncion de la sangre de Nuestro Señor representa al espíritu una idea de sacrificio; porque se ofrecian los licores derramándolos, cuya efusion era el sacrificio. Así la sangre de Jesucristo derramada en nosotros y sobre nosotros, bebiéndola, es una efusion sagrada, y como la consuncion del sacrificio de este inmortal licor.

Dicha, pues, la tercera oracion, que empieza *Perceptio*, hace el sacerdote genuflexion, se levanta, y en voz baja dice: *Panem celestem accipiam, et nomen Domini invocabo*; con los dos dedos pólce e índice de la mano izquierda toma las partes de la hostia, teniendo la patena entre el dedo índice y medio; y dándose tres golpes en el pecho dice otras tantas veces en

con otros, á fin de asociarse dignamente con el cuerpo y sangre del Señor, que no admite disension alguna. En las Misas de difuntos no se da la paz, porque en ellas no se ofrece el sacrificio por la paz presente, sino para descanso de los muertos, por cuya razon se omite la primera de dichas tres oraciones, como prescribe la rúbrica. «*Præparatur populus per pacem.... est enim hoc Sacramentum unitatis et pacis.*» «*In Missis tamen defunctorum, in quibus sacrificium non offertur pro pace præsentis, sed pro requie mortuorum pax intermittitur.*» (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 4).

Dábase antiguamente la paz con un beso; mas para evitar la malicia de algunos hombres, se verifica ahora con un abrazo. Antes de dar el sacerdote la paz, besa primero el altar, manifestando no puede darla sin que la reciba antes de Cristo, cuya figura es el altar, como dijimos en su lugar.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA COMUNION DEL SACERDOTE.

Es preciso advertir antes que la consuncion de la hostia es una cosa inseparable de este sacrificio. Dijimos en otra parte que la consagracion es una especie de nueva creacion del cuerpo de Jesucristo por el

Espíritu Santo: este sagrado cuerpo recibe en ella un nuevo ser, y por esto un santo obispo del siglo IV, célebre por su doctrina, llama á la Eucaristia: «la renovacion del cuerpo.» *Innovatio corporis.* (Pacian. epp. 1 ad Symp. tom. 3). Mas este cuerpo nuevamente producido solo lo es para ser consumido, y para tomar por este medio este nuevo ser que él ha recibido: lo que es un acto de víctima que se consume ella misma en un cierto sentido, aunque en verdad queda siempre eterna y siempre viva.

Sobre todo la consuncion de la sangre de Nuestro Señor representa al espíritu una idea de sacrificio; porque se ofrecian los licores derramándolos, cuya efusion era el sacrificio. Así la sangre de Jesucristo derramada en nosotros y sobre nosotros, bebiéndola, es una efusion sagrada, y como la consuncion del sacrificio de este inmortal licor.

Dicha, pues, la tercera oracion, que empieza *Perceptio*, hace el sacerdote genuflexion; se levanta, y en voz baja dice: *Panem celestem accipiam, et nomen Domini invocabo*; con los dos dedos pólce e índice de la mano izquierda toma las partes de la hostia, teniendo la patena entre el dedo índice y medio; y dándose tres golpes en el pecho dice otras tantas veces en

voz clara: *Domine non sum dignus*, añadiendo á cada una de ellas en voz baja, *ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea*. Las palabras aquellas: *Panem caelestem accipiam, et nomen Domini invocabo*, son del salmo cxv. Y las otras, *Domine non sum dignus...* son las palabras del Centurion, quien, segun san Mateo, viii, suplicó á Cristo Jesús fuese á su casa para restituir la salud á su hijo, en cuyas palabras hay solo una pequeña variacion. Dijo el Centurion: *Sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus*. Mas el sacerdote dice *anima mea*, en lugar de *puer meus*. Por esto el Crisóstomo en la homilia de santo Tomás apóstol, exhortando á los fieles para que reciban la Eucaristia con espíritu puro, «Digamos, dice al Redentor: Señor, no soy digno que entres «bajo el techo de nuestros ánimos; porque «tu tienes fuerza con nosotros, y nos acercamos á tí con el auxilio de tu indulgencia.»

Despues de haber dicho las tres veces *Domine non sum dignus...* con el pólce é índice de la derecha toma las dos partes de la hostia de la mano izquierda, y haciendo con la misma hostia el signo de cruz, dice: *Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam eternam. Amen;* é inclinándose con toda reverencia

sume ambas partes de la hostia, dejando en seguida sobre el corporal la patena que hasta ahora tenia con la mano izquierda, y levantándose con las manos unidas ante la cara, está quieto un momento. Desplegadas luego las manos, dice en secreto: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* cuyas palabras son del salmo cxv, descubre el cáliz, hecha la genuflexion, toma la patena, inspecciona el corporal, recoge los fragmentos con ella, si los hay, con el pólce é índice de la mano derecha la limpia sobre del cáliz, como tambien los mismos dedos, á fin de que no quede ningun fragmento, toma el cáliz con la derecha, teniendo la patena con la izquierda, y dice: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo; laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero;* cuyas últimas palabras son del salmo xvii, y haciendo el signo de cruz con el cáliz, dice: *Sanguis Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam eternam. Amen.* Y acompañando con la izquierda la patena á proporcion que eleva el cáliz, para poder beber, sume con toda reverencia la Sangre con la partícula en él puesta. Dice despues en secreto la oracion *Quod ore...* y alarga sobre el altar el cáliz al ministro al lado de la Epístola, en el que, poniendo vino, se purifica; despues con

vino y agua lava los pólices é índices sobre del cáliz, los que enjuga con el purificador, diciendo interinamente: *Corpus tuum Domine, quod sumpsi...* sumiéndolo en seguida de haber concluido dicha oracion.

Todo esto junto es lo que consume nuestro sacrificio, muy real por la presencia de la victima actualmente revestida en signos de muerte, pero mística y espiritual; donde la cuchilla es la palabra, donde la muerte no se manifiesta sino en misterio, donde el fuego que consume es este espíritu que cambia, que purifica, pero que eleva y que perfecciona todo lo que él toca, haciendo de ello alguna cosa mejor.

La pública suncion de la Eucaristía que toma el sacerdote nos representa la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que públicamente fue crucificado y muerto, en presencia de cuantos asistieron á tan cruel martirio.

Se purifica el cáliz con solo vino, despues de sumido el Sanguis, porque es mas ablutivo por razon de su humedad, y lavarse mejor la boca, á fin de que no quede partícula alguna; lo que pertenece á la reverencia del Sacramento. (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5). Por igual causa se lava despues los dedos con vino primero, y luègo con agua, sumiendo en seguida quanto hay en el cáliz.

CAPÍTULO XXV.

DE LA COMUNION HASTA Á CONCLUIR LA MISA.

Despues de haber sumido el sacerdote el Sacramento, y administrado á los circunstantes, si los hay, la sagrada Comunión, tomadas las abluciones, en caso de no tener que decir segunda Misa, y arreglado el cáliz, desde el medio del altar pasa al lado de la Epístola, donde el Misal fue trasladado por el ministro: lee la antifona que decimos *Communio*, vuelve al medio del altar, y despues de besado, vuelto de cara al pueblo, dice *Dominus vobiscum*; volviendo al libro lee la oracion llamada *Post communio*, con las demás si las hay; cierra finalmente el libro: colocado otra vez en medio del altar, al que besa, y estando de cara al pueblo, dice: *Dominus vobiscum*, como tambien *Ite missa est*, ó vuelto al altar, *Benedicamus Domino*, segun manda la rúbrica; á lo que responde el ministro: *Deo gratias*; mas en las Misas de difuntos dice: *Requiescant in pace*, y responde el ministro, *Amen*. Finalmente, inclinado en medio del altar, dice la oracion *Placeat...* y volviéndose al pueblo lo bendice, lo que omite en las Misas de difuntos; y trasladándose

al lado del Evangelio recita el Evangelio de san Juan, ú otro que prescriba la rúbrica.

Se llama *Communio* la antifona que lee el sacerdote, porque antiguamente se cantaba mientras se distribuía al pueblo la Eucaristía. Esta parte de la Misa antes se llamaba acción de gracias: *Cantus, quem Communionem dicimus, quem post cibum salutarem canimus, Gratiarum actio est.* (Rupert. de divin. Offic. lib. 2, c. 18). Lo mismo decimos de las inmediatas que siguen llamadas *Post communio*, que se recitan despues de la Comunión, para dar gracias á Dios por habernos hecho participantes de tantos misterios, y pedirle la gracia conservemos su fruto, con todo lo que pueda operar para nuestra santificación. Prescribe la rúbrica del Misal se digan en esta parte de la Misa cuantas oraciones se dijeron al principio de ella. En las Misas feriales en tiempo de Cuaresma, despues de decir el sacerdote *Humiliate capita vestra Deo*, añade otra oración llamada *Super populum*, para que el pueblo se fortalezca con el auxilio divino para vencer los lazos del diablo, que son mas temibles en tiempo de penitencia. (Amalarius, lib. 3 de divin. Off. c. 37).

Concluida la Misa despacha el diácono al pueblo diciendo: *Ite missa est*, que equivale á: ya os es licito marchar, pues se ha

concluido la Misa. Siempre que en la Misa se dice el *Gloria in excelsis*, se dice en ella *Ite missa est*, y cuando se omite dicho himno, se dice en su lugar *Benedicamus Domino*, invitando al pueblo á dar gracias á Dios despues de concluido el sacrificio. En las Misas de difuntos se dice *Requiescant in pace*, ya porque toda ella consiste en pedir á Dios para alcanzarles su eterno descanso, ya tambien porque antiguamente no se despedía al pueblo al fin de ella, por cuanto se quedaban los fieles sobre las sepulturas para orar por los difuntos.

En esta parte de la Misa se hacen dos salutations al pueblo en las palabras *Dominus vobiscum*. La primera significa la bendición que dió Cristo á sus Apóstoles al subirse á los cielos; la segunda significa la vida eterna, en la que entró Cristo despues de haber dejado á sus Apóstoles (Biel, p. 918), y luego en la de 925 añade: «Que cuando el sacerdote al decir *Dominus vobiscum* está de cara al pueblo, es porque habla con él; y al decir *Benedicamus Domino*, ó *Requiescant in pace*, está vuelto al altar, porque exhorta al pueblo, á fin de que junto con él bendiga al Señor «ú ore por las almas de los difuntos.»

La oración *Placeat...* se encuentra en muchos Sacramentarios escritos despues del siglo IX. La dice el sacerdote en se-

creto, por ser oracion peculiar para él; la recita inclinado, como es justo, al altar, por dirigirla á la Trinidad santísima.

Clemente VIII estableció que los presbíteros en las misas solemnes dieran la bendicion al pueblo con el signo de la cruz. (Meratum, tom. 1, p. 243). San Bernardo, que vivió hasta cerca la mitad del siglo XII, afirma constantemente no tenian los abades facultad de dar tal bendicion, á pesar del privilegio para usar de ornamentos pontificales. Inocencio III, hablando de esta bendicion al fin de la Misa, dice: Debe darla siempre el Obispo, sin hablar jamás de presbíteros. Mas ahora la dan ya todos los presbíteros con aprobacion de la Sede apostólica. Sin embargo, celebrando delante del Obispo vuelto de cara al pueblo, é inclinado un poco la cabeza, como quien pide permiso, no debe verificarlo sin que antes la reciba el sacerdote del Prelado.

Despues de la bendicion, y en las misas de difuntos luego de la oracion *Placeat...* se va el sacerdote al lado del Evangelio, dice *Dominus vobiscum*, hace el signo de cruz sobre el principio del Evangelio, como tambien en su frente, boca y pecho: lee el Evangelio de san Juan; pero si la fiesta de la que se celebra el oficio cae en domingo, dirá en su lugar el Evangelio de aquella Dominica. Leyendo el Evangelio de

san Juan, á las palabras, *Et Verbum caro factum est*, hace genuflexion, adora al Verbo divino, por presentarse para tomar carne humana. Responde el ministro *Deo gratias*, á fin de que concluya la Misa en accion de gracias.

El último Evangelio significa la predicacion de los Apóstoles por todo el universo. Por mandato de Pio V leen los sacerdotes al fin de la Misa el Evangelio de san Juan, porque es como un compendio de los principales misterios de nuestra fe, de la santísima Trinidad, de la creacion del mundo y encarnacion de Cristo, que confiesa el sacerdote tanto en su nombre, como en el de toda la Iglesia. (Guillelmus Burius, in *Notitia* Brev. Romanor. Pontif. de Vita S. Pii V). Son finalmente ciertas oraciones las que dice el sacerdote despues de concluida la Misa en accion de gracias, siendo una de las mas antiguas el himno *Benedicite*, segun el cardenal Bona, Rer. liturg. lib. 2, c. 20, n. 6.

CAPÍTULO XXVI.

MODO PRÁCTICO PARA OIR EL SACRIFICIO DE LA MISA.

Siendo el sacrosanto sacrificio de la Misa el principal acto de religion que se rinde á

creto, por ser oracion peculiar para él; la recita inclinado, como es justo, al altar, por dirigirla á la Trinidad santísima.

Clemente VIII estableció que los presbíteros en las misas solemnes dieran la bendicion al pueblo con el signo de la cruz. (Meratum, tom. 1, p. 243). San Bernardo, que vivió hasta cerca la mitad del siglo XII, afirma constantemente no tenian los abades facultad de dar tal bendicion, á pesar del privilegio para usar de ornamentos pontificales. Inocencio III, hablando de esta bendicion al fin de la Misa, dice: Debe darla siempre el Obispo, sin hablar jamás de presbíteros. Mas ahora la dan ya todos los presbíteros con aprobacion de la Sede apostólica. Sin embargo, celebrando delante del Obispo vuelto de cara al pueblo, é inclinado un poco la cabeza, como quien pide permiso, no debe verificarlo sin que antes la reciba el sacerdote del Prelado.

Despues de la bendicion, y en las misas de difuntos luego de la oracion *Placeat...* se va el sacerdote al lado del Evangelio, dice *Dominus vobiscum*, hace el signo de cruz sobre el principio del Evangelio, como tambien en su frente, boca y pecho: lee el Evangelio de san Juan; pero si la fiesta de la que se celebra el oficio cae en domingo, dirá en su lugar el Evangelio de aquella Dominica. Leyendo el Evangelio de

san Juan, á las palabras, *Et Verbum caro factum est*, hace genuflexion, adora al Verbo divino, por presentarse para tomar carne humana. Responde el ministro *Deo gratias*, á fin de que concluya la Misa en accion de gracias.

El último Evangelio significa la predicacion de los Apóstoles por todo el universo. Por mandato de Pio V leen los sacerdotes al fin de la Misa el Evangelio de san Juan, porque es como un compendio de los principales misterios de nuestra fe, de la santísima Trinidad, de la creacion del mundo y encarnacion de Cristo, que confiesa el sacerdote tanto en su nombre, como en el de toda la Iglesia. (Guillelmus Burius, in *Notitia* Brev. Romanor. Pontif. de Vita S. Pii V). Son finalmente ciertas oraciones las que dice el sacerdote despues de concluida la Misa en accion de gracias, siendo una de las mas antiguas el himno *Benedicite*, segun el cardenal Bona, Rer. liturg. lib. 2, c. 20, n. 6.

CAPÍTULO XXVI.

MODO PRÁCTICO PARA OIR EL SACRIFICIO DE LA MISA.

Siendo el sacrosanto sacrificio de la Misa el principal acto de religion que se rinde á

Dios; á fin de asistir á tan augusto misterio con la reverencia debida y espiritual provecho, he juzgado conveniente poner aquí para el pueblo las reflexiones siguientes, para cada uno de los actos que contiene.

PRINCIPIO DE LA MISA.

Cuando se ve llega el sacerdote al pié del altar, es menester entrar en el espíritu de una humildad profunda mirándose cada cual como á un pecador indigno en donde no se acerca sino temblando, y con este espíritu adoraréis al Padre eterno, ofreciéndole este sacrificio, diciéndole de corazón:

Mi Dios, os adoro con todas las fuerzas de mi alma, y os ofrezco este santo sacrificio para honrar y renovar la pasión de mi Jesús, y por el mérito de sus dolores. Ya os pido perdón de mis pecados y la gracia de una perfecta conversión; que yo sea por amor todo de Vos, confesando, ó Dios mio, que soy indigno para asistir á este tan grande sacrificio. Pero ya me acuso á vuestros piés de todos los pecados que he cometido, segun el perfecto conocimiento que Vos teneis de ellos; os pido perdón y misericordia, y un verdadero dolor de haberos ofendido. *Dirá el Confiteor...*

AL SUBIR AL ALTAR.

Cuando el sacerdote sube al altar, levantando sus ojos y manos al cielo, dice: Oremus; á cuya oración dirá el pueblo con el celebrante:

Ó Señor, purificadnos de nuestras iniquidades y pecados, á fin de acercarnos con manos puras á vuestro santuario, Santo de los Santos.

ÓSCULO DE ALTAR.

Saluda el sacerdote las santas reliquias que están allí encerradas, las que se ponen segun antigua tradicion.

Ó Dios mio, yo me atrevo acercarme á Vos con vuestro ministro en unidad de espíritu, con toda vuestra Iglesia tanto militante como triunfante. Aceptad, os suplico, mis deseos. Por Jesucristo Señor nuestro. Amen.

INTRÓITO.

Reverenciamos la primera venida del Hijo de Dios en el mundo para nuestra redención, á quien debemos corresponder amor por amor diciendo:

Ó dulce Jesús mio, yo os amo, y os quiero amar con todas las fuerzas de mi alma; haced no olvide jamás sino que reconozca todos los dias vuestras

eternas bondades para con todos los hombres, y sobre todas las que habeis dispensado para mi alma en particular.

Haced de manera que vuestro espíritu se aplique al reconocimiento de las misericordias de Jesucristo viniendo al mundo. Sirviéndoos al efecto de lo que dice el real Profeta:

No cese jamás de ser bendecido el nombre del Señor desde ahora hasta la eternidad. Por todas cuantas criaturas hay desde el Oriente al Occidente merece ser alabado el nombre del Señor. ¿Quién hay como Dios y Señor nuestro, que siendo infinitamente feliz, y habitando sobre el universo, se digne inclinar sus ojos á sus mas humildes criaturas en el cielo y en la tierra? (Psalm. cxii).

GLORIA PATRI...

Gloria sea al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. Que ella sea tal hoy y siempre, por todos los siglos de los siglos, tal como fue desde el principio. Amen.

KYRIE, ELEISON.

Debeis considerar á toda la naturaleza humana postrada delante la majestad de Dios, pidiendo misericordia á este buen Je-

sis, que no viene al mundo sino para concederla. Honrad siempre esta primera venida, diciéndole:

Ó Dios mio, mirad con compasion mi debilidad, concededme vuestra misericordia si es de vuestro beneplácito, y á todo vuestro pueblo que os la pide conmigo.

Motivo por que se dice nueve veces el Kyrie. Tres al Padre, tres al Hijo, y tres al Espíritu Santo; se dirán las tres oraciones siguientes:

Ó Padre, que habeis escuchado los gritos de vuestro pueblo cautivo en Egipto: Ó Dios, que tuvisteis piedad de los ninivitas convertidos: Ó Señor, que enternecido por la pérdida del género humano enviásteis á vuestro Hijo para salvarnos, tened piedad de nosotros.

Ó Cristo, Hijo de Dios, que venisteis para salvar los pecadores; Vos que tuvisteis piedad de las lágrimas de san Pedro, y de las de la pecadora que lloraba á vuestros piés; Vos que os dignásteis llorar Vos mismo por nosotros, compadeceos de nuestra debilidad y miseria.

Ó Santo Espíritu, Señor y Dios todopoderoso que nos iluminais y enterneceis con vuestra unción; que mudais

los corazones; que los llenais del espíritu de compuncion y de pena por sus pecados, tened piedad de nosotros.

GLORIA IN EXCELSIS...

Este himno es el que cantaron los Angeles recordándonos el nacimiento de Jesús, por el cual debemos alegrarnos con ellos y con los pastores á quienes fue anunciado.

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos,

Y paz á los hombres de buena voluntad sobre la tierra,

Nosotros os alabamos,

Os bendecimos,

Os adoramos,

Os glorificamos,

Os damos gracias á la vista de vuestra gloria infinita.

¡Oh Señor Dios, Rey del cielo! ¡Oh Dios, Padre todopoderoso!

Ó Señor, Hijo único de Dios, Jesucristo.

Ó Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre.

Ó Vos que borrais los pecados del mundo, tened piedad de nosotros.

Ó Vos que borrais los pecados del mundo, recibid nuestra súplica.

Ó Vos que estais asentado á la dere-

cha del Padre, tened piedad de nosotros.

Pues Vos, ó Cristo, sois el solo Santo,

El solo Señor,

El solo Altísimo,

Con el Santo Espíritu en la gloria de Dios Padre. Amen.

Apreciad la caridad infinita de Jesucristo viniendo al mundo; y observad que lo verificó para glorificar al eterno Padre, y salvar al género humano. Pedidle que en adelante reconozcáis esta bondad con grande fidelidad á su servicio.

Vuestros Ángeles, Señor, nos anunciaron por este cántico la reconciliacion de los hombres con vuestra Majestad. Vos prometeis, Dios mio, que la paz y tranquilidad serán aseguradas á los hombres de buena voluntad. Dád-mela buena, si es de vuestro beneplácito, pues que no quiero buscar verdadero reposo sino en Vos, que sois mi soberano bien.

DOMINUS VOBISCU.

Que el Señor sea con vosotros. *Es menester recibir la salutacion del sacerdote, y volvérsela diciendo: Et cum spiritu tuo.* Y que él sea con vuestro espíritu: *uniéndose todos los asistentes con el espíritu del sacerdote para orar.*

OREMUS Y COLECTA.

Á esta palabra Oremus, Oremos, es necesario, segun la intencion de la Iglesia, renovar su atencion, diciendo de corazon:

Oremos, hagamos una oracion verdadera que no sea solamente con los labios, sino tambien con todo nuestro afecto. Señor mio Jesucristo, ya que venisteis al mundo para salvar al género humano, y con una nueva estrella guiásteis á los tres Reyes del Oriente al lugar de vuestro nacimiento; desde este momento os adoro y confieso por mi Criador y Salvador Dios y hombre verdadero. Amen.

Se llama Collecta la oracion que precede, porque significa coleccion, y porque entonces el sacerdote, como ministro é intérprete de toda la Iglesia, reúne en pocas palabras los votos y oraciones de todo el pueblo para presentarlas á Dios por Jesucristo.

EPÍSTOLA.

Lo que llamamos Epístola es siempre sacado del Antiguo ó del Nuevo Testamento, pero jamás del Evangelio.

Ó Señor, seais para siempre alabado ya que os dignásteis comunicar vuestro espíritu á los santos Profetas y Apóstoles, descubriéndoles tantos y

tan admirables secretos para vuestra gloria y nuestra salvacion. Creo firmemente que su palabra es la vuestra; dadme la gracia para comprender, por las instrucciones de vuestra Iglesia, todo lo que me sea provechoso, á fin de practicarlo hasta al último de mis dias.

DEO GRATIAS.

Ó Señor, os doy gracias de tantas y excelentes verdades que Vos habeis revelado á vuestra Iglesia para instruccion y consuelo de vuestros servidores.

EVANGELIO.

El diácono, en las misas cantadas, se pone de rodillas para pedir á Dios purifique sus labios, á fin de que pueda dignamente pronunciar las palabras de Jesucristo que va á cantar en el Evangelio: el sacerdote en las misas rezadas hace la misma oracion estando profundamente inclinado al medio del altar.

Se lleva con reverencia el libro del Evangelio, la cruz y los cirios van delante. La cruz significa que el Evangelio, en compendio, no es otra cosa que Jesucristo crucificado: los cirios encendidos significan la ale-

gria con la que se oye la palabra de Jesucristo, y la fe que nos la hace mirar como luz que debemos seguir.

Se está de piés á la lectura del Evangelio, para manifestar la alegría y la prontitud con la que queremos practicarlo. Cuando nos inclinamos delante del Evangelio, ó á su conclusion, es una adoracion rendida á la verdad eterna contenida en este libro divino.

ORACION DURANTE EL EVANGELIO.

Ó Señor, seais para siempre alabado, pues no contento de habernos instruído por los Profetas y por los Apóstoles os habeis dignado hablarnos por Jesucristo vuestro propio Hijo: Vos quien, por una voz venida del cielo, nos habeis mandado escucharle, dadnos la gracia para aprovecharnos de su doctrina celestial. Divino Jesús, todo lo que de Vos está escrito en vuestro Evangelio es la verdad misma; todo es sabiduría en vuestras acciones; todo es poder y bondad en vuestros milagros, y todo luz en vuestras santas palabras. Vuestras palabras son de vida eterna: vuestras palabras son espíritu y vida. Yo las creo; hacedme la gracia de practicarlas.

LAUS TIBI CHRISTE.

Con estas palabras se responde concluido el Evangelio como si dijera:

Alabanza os sea dada, ó Jesucristo, por las palabras de verdad que se acababan de leer en vuestro Evangelio.

CREDO.

Este es el Símbolo de los Apóstoles, al que los Padres del concilio Niceno, y los del Constantinopolitano, añadieron lo que fue necesario para la condenacion de los herejes que negaban la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y otras verdades de la fe.

Yo creo en un solo Dios,
Padre todopoderoso
Que ha hecho el cielo y la tierra,
Y todas las cosas visibles é invisibles:

Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios;
Y nacido del Padre antes de todos los siglos;

Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios;

Quien no ha sido hecho, sino engendrado; siendo de la misma sustancia que el Padre, por quien todas las cosas han sido hechas.

Quien bajó de los cielos por nosotros,

hombres miserables, y para nuestra salud,

Y tomó carne de la Virgen María por la operacion del Espíritu Santo, y ha sido hecho hombre;

Crucificado tambien por nosotros bajo Poncio Pilato, padeció y fue sepultado.

Y resucitó al tercero dia, segun las Escrituras.

Y subió á los cielos: está sentado á la diestra de Dios Padre.

Y otra vez ha de venir con gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, cuyo reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, quien es tambien Señor y que da la vida, que procede del Padre y del Hijo.

Quien es adorado y glorificado juntamente con el Padre y con el Hijo;

Quien habló por los Profetas.

Creo en una, santa, católica y apostólica Iglesia.

Confieso un Bautismo para remision de los pecados.

Y espero la resurreccion de los muertos.

Y la vida del siglo futuro. Amen.

Esto es así, esta es la verdad.

Durante el Credo no debe hacerse otra cosa que decir interiormente á Dios:

Yo creo lo que la santa Iglesia me manda creer, sin duda alguna; os doy gracias, ó Dios mio, por haberme hecho nacer en la verdadera Iglesia; os suplico que muera en ella, y que por vuestra sangre y amor que Vos le tenéis como á vuestra esposa, aumentéis el número de sus hijos y la renoveis; convirtiendo á los judíos, con todos los infieles y herejes, á la verdadera y única fe, por la que deseo, con vuestra gracia, dar mi vida.

Si esto no es suficiente para ocuparse durante el Credo, puede uno detenerse interiormente á las palabras que en él se han dicho, que Jesús nació de una Virgen, que sufrió la muerte y bajó á los infiernos, que resucitó, y asentado á la diestra de Dios Padre está rogando por nosotros, que es nuestro único abogado; observando en todos estos misterios el amor de Dios para con todos los hombres.

EL OFERTORIO.

Segunda parte de la Misa, donde comienza la Oblación y la celebracion del sacrosanto sacrificio. ®

Este sacrificio consiste en ofrecer á Dios sobre el altar pan y vino para ser cambiados en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y ser en seguida consumidos en la Comunion.

El pan y vino son nuestro alimento ordi-

nario; ofrecemos, pues, á Dios nuestra propia vida, ofreciéndole aquello con lo que la sustentamos.

El pan debe hacernos recordar del cuerpo de Jesucristo, que es alimento de nuestras almas; y el vino de su sangre, que nos alegra confirmandonos la remision de nuestros pecados.

Habiendo sido necesario para hacer el pan que el trigo fuese molido y magullado, y para hacer el vino que las uvas estrujadas diesen todo su licor; del mismo modo, á fin de que Jesucristo fuera nuestro alimento y sustento, fue necesario sufriese en su passion las últimas violencias, y que derramase en ella toda su sangre.

El pan y el vino significan tambien la union de todos los fieles, como el pan está compuesto de muchos granos unidos, y el licor del vino de muchas uvas; en este sentido, en este sacrificio, con el pan y vino se ofrece á Dios todos sus fieles, y con Jesucristo toda su Iglesia.

Así, pues, debemos considerarnos como estando todos ofrecidos á Dios, debemos tambien nosotros ofrecernos á él mismo. Es menester pensar que el sacerdote ofrece en nombre de toda la Iglesia, y que en él y por él todos los asistentes deben tambien ofrecer á Dios su sacrificio; de manera que el mejor modo para participar de esta santa accion

es unirse á la intencion del sacerdote ofrente, ofreciéndose á Dios con Jesucristo como una hostia viva para cumplir su voluntad en todas las cosas.

En otros tiempos cada uno de los fieles llevaba y presentaba al altar el pan y el vino del que se tomaba lo que era necesario para el sacrificio y comunion del pueblo; el resto se empleaba para la subsistencia del Clero y de los pobres; siendo este el motivo que dió lugar llamar Ofertorio á esta parte de la Misa, que equivale á ofrecer.

OFERTORIO.

El Ofertorio de la Misa nos representa lo que Jesús hizo en el jardin de las Olivas, aceptando la muerte, ofreciéndose á su eterno Padre. Renovemos esta misma oferta diciendo interiormente:

Padre de toda bondad, yo os ofrezco á mi Jesús y la aceptacion que él hizo de sufrir por mi salud; os suplico me sea ella meritoria, que sea yo todo vuestro, y que acepte todos los sufrimientos que os dignáreis enviarme, como lo hago interinamente de todo mi corazon.

Ó Dios mio, á Vos me ofrezco sin reserva, para hacer y sufrir todo lo que sea de vuestro beneplácito: recibid mi oferta, y patrocina mi debilidad.

CUANDO SE OFRECE LA HOSTIA.

Haced, ó Dios mio, os sea agradable este santo sacrificio, y recibidlo de las manos de vuestro ministro para gloria de vuestro santo nombre y salud de vuestro pueblo.

AL MEZCLAR AGUA CON EL VINO.

Ó Dios, que habeis criado de una manera admirable á la naturaleza humana, y que la habeis restablecido de un modo aun mas maravilloso en su primera dignidad, haced que, por este misterio de vino y de agua, seamos dignos participantes de la divinidad de Jesucristo vuestro Hijo y Señor nuestro, que ha querido participar de la nuestra débil y mortal naturaleza; quien vive y reina eternamente con Vos en unidad del Espíritu Santo.

Como, segun doctrina de los Santos, esta mezcla significa tambien la union del pueblo con Jesucristo, cuya sangre que nos lava está designada por el vino, puede tambien decirse:

Unidme, ó Jesús mio, con Vos; que jamás parezca nada de lo que soy yo, como no parece cosa de esa agua mezclada con el vino: que Vos solo parezcais en todas mis obras: sumergidme

dentro de vuestra sangre; que mis pecados no parezcan jamás. Amen.

CUANDO SE OFRECE EL CÁLIZ.

Os ofrecemos, ó Señor, este cáliz de salud, implorando vuestra clemencia; á fin de que con suave olor suba á la presencia de vuestra divina Majestad para nuestra felicidad y la de todo vuestro pueblo. Amen.

MIENTRAS EL SACERDOTE HACE SU ORACION INCLINADO.

Es menester no olvidar que estos dones ofrecidos, es decir, el pan y el vino que deben convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo se preparan á esta conversion por la bendicion de la Iglesia, debiendo nosotros tambien convertirnos á nuestro modo en Jesucristo con estos dones, preparándonos al efecto con la oracion siguiente:

Ó Señor, que por un efecto de todo vuestro poder debeis convertir este pan y vino en el cuerpo y sangre de vuestro Hijo Jesucristo, nosotros mismos nos ofrecemos á Vos con un corazón contrito y humillado, á fin de que, cambiados nuestros corazones por vuestro Santo Espíritu, vivamos todos en Jesucristo, y viva él eternamente en nosotros. Amen.

INCENSO.

El incienso en la Escritura significa las oraciones de los Santos. El Ángel las presenta, la fragancia de este humo se eleva de su mano hasta al trono de Dios. Así, pues, al incensar el pan y el vino nos representa que con estos dones, ó mas bien con Jesucristo, debemos presentar nuestras súplicas á Dios, diciendo con el sacerdote:

Suba mi oracion á vuestro trono, como el incienso que se quema por la mañana en vuestro altar; y la confianza con que levanto á Vos mis manos os sea tan agradable como el sacrificio vespertino.

Mas para que yo no estorbe el efecto de mi oracion, poned, ó Señor, un candado á mi boca: cerrad mis labios de modo que nada salga de ellos contra vuestra ley.

Si por fragilidad os ofendiere, no permitais que en mi corazon entre la malicia, y pretenda justificar mi pecado con excusas. (Psalm. CXL).

LAVABO.

Esta accion de lavarse el sacerdote las manos significa, que es preciso limpiarse de los pecados detestándolos, para hacerse digno de asistir á un sacrificio tan puro. A cu-

yo efecto se dice con el sacerdote estos versos del salmo XXV:

Lavaré mis manos para purificarme en compañía de los justos, antes de entrar en vuestro tabernáculo, y rodearé, Señor, vuestro altar.

Allí oiré con alegría vuestras alabanzas, y publicaré yo mismo vuestras maravillas.

Enamorado estoy, Señor, de la hermosura del lugar en que os dignais establecer vuestra morada, y manifestar vuestra gloria.

Vos, Dios mio, que sois testigo de las disposiciones de mi corazon, no deis perecer al inocente, como destruir á los hombres sanguinarios;

Sin religion, vengativos, malvados y vendidos á la iniquidad.

Bien sabeis que siempre anduve por el camino de la inocencia: tened, pues, piedad de mí, Señor, y libradme de mis enemigos.

Siempre seguí el camino recto de vuestros mandamientos, y siempre alabaré vuestra misericordia en compañía de los justos.

Gloria sea al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo: Que ella sea tal hoy y siempre por todos los siglos de los si-

glos, tal como fue desde el principio.
Amen.

OTRA ORACION.

Ó Señor, los mismos inocentes tienen necesidad de lavarse; purificadnos de las mas ligeras faltas, y no permitais os ofrezcamos un sacrificio tan puro con las manos manchadas.

DESPUES DEL LAVABO.

Santisima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo: os ofrecemos esta santa oblacion en memoria de la pasion, resurreccion y ascension de Nuestro Señor Jesucristo, honrando á todos vuestros Santos, y que Vos habeis santificado por este sacrificio, y pidiéndoos sus oraciones, en especial las de la santísima Virgen vuestra Madre María.

ORATE FRATRES.

Este acto de la Misa es importantísimo. El sacerdote, dispuesto á entrar en la accion del sacrificio, se vuelve de cara al pueblo para advertir á los asistentes que va á ofrecer en su nombre, y pide la reunion de sus oraciones en el sacrificio que con él deben ofrecer. Motivo por que dice:

Orad, hermanos míos, que mi sacrificio, que es tambien el vuestro, sea agradable á nuestro Dios todopoderoso.
Es menester responder de corazon como de boca:

Reciba el Señor de vuestras manos el sacrificio, en honor y gloria de su nombre, para nuestra utilidad particular, y bien de toda su santa Iglesia.

ORACION SECRETA.

El sacerdote, en esta oracion, suplica á Dios acepte los dones que se le ofrecen, y explica ordinariamente el sujeto de la oblacion, sobre todo en las fiestas particulares, donde le da gracias, ó por los misterios realizados en Jesucristo, ó por las maravillas que él hizo en sus Santos.

Ó Dios, concededme vuestra gracia para asistir dignamente á estos santos y tremendos misterios. ¡Cuán terrible es, ó Señor, la obra que Vos comenzais! Acabadla, pues, ó Padre mio, y aceptad nuestros dones, por Jesucristo Señor nuestro vuestro Hijo, que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo. ®

PREFACIO.

Por todos los siglos de los siglos. Así sea.

Que el Señor sea con vosotros,
Y que él esté con vuestro espíritu.
Levantad vuestros corazones..
Los tenemos hácia al Señor.
Demos gracias al Señor nuestro Dios.
Es cosa justa y razonable.

En estas dos advertencias del sacerdote, y en las dos respuestas que todos le han hecho, está compendiada toda la instruccion de este misterio.

Tener el corazon elevado es elevarse sobre los sentidos por no ver mas en este misterio lo que ellos nos sugieren, sino lo que Jesucristo en ellos va á decir y obrar.

Dar gracias á Dios, esto es comenzar en efecto el sacrificio de la Eucaristia que quiere decir accion de gracias.

Para elevar los corazones en alto en el sentido que nos advierte la Iglesia, debe uno unirse con todos los espiritus celestiales. La oracion y accion de gracias que se acaba de hacer se llama Prefacio, por comenzarse aqui el sacrificio, y se dirá con el sacerdote:

Es bien justo, ó Dios mio, Padre todopoderoso; es bien razonable daros gracias, en todo lugar y en todo tiempo, de tantos bienes como hemos recibido, y que recibimos continuamente de vuestra bondad. Gracias os damos por Jesucristo Señor nuestro, por quien los mismos Ángeles y todos los espí-

ritus celestiales alaban y glorifican vuestra santa y admirable majestad; nosotros unimos con ellos nuestras voces y nuestros corazones, y cantamos con los Serafines:

SANTO, SANTO, SANTO.

Este es el cántico que el profeta Isaías oyó cantar á los Serafines con un respeto admirable á la majestad de Dios. La Iglesia añade el Benedictus, que es el grito de alegría que se cantó á Jesucristo, cuando hizo su entrada en Jerusalem.

Hosanna es una palabra santa, es un grito de alegría, como que dijera: Bendito sea Dios que nos liberta.

Santo, Santo, Santo, es el Señor, Dios de los ejércitos.

Vuestra gloria llena el cielo y la tierra, la salud nos sea dada de lo mas alto de los cielos.

Bendito sea aquel que viene en nombre del Señor.

La salud nos sea dada de lo mas alto de los cielos.

DESPUES DEL SANCTUS.

Aqui se comienza la accion del sacrificio llamándose tambien en estilo eclesiástico la Accion, como que es la accion mas grande y la mas divina que se puede hacer en la

Iglesia. Se llama esta oracion Cánon, es decir, regla, para expresar u ofrecerse á Dios, segun la regla del Evangelio, el sacrificio instituido por Jesucristo, con la oracion ordenada por los Apóstoles, y por la tradicion perpétua de la Iglesia.

En este acto es menester hablar mas con el corazon que con la boca, estando enteramente recogidos y atentos al incomprendible misterio que se va á operar. No obstante, para conformarse con la intencion de la Iglesia, podrá decirse:

TE IGITUR...

Os suplicamos, Padre clementísimo, por Jesucristo vuestro Hijo, Señor nuestro, os digneis recibir esta oblation por toda vuestra Iglesia católica... Sea de vuestro beneplácito, ó Dios mio, unirla; y dándole vuestra paz la santifiqueis, con nuestro santo padre el Papa N., nuestro Obispo N., nuestro Rey N., y todos los Obispos ortodoxos, todo el órden sagrado y todo el pueblo fiel.

PRIMER MEMENTO.

Nos recomendamos, ó Señor, á vuestra, bondad y tambien os recomendamos á nuestros padres, hermanos, parientes, amigos, á nuestros prójimos,

benefactores, y á todos vuestros fieles, sin olvidar á nuestros enemigos, que queremos siempre mirarlos como hermanos queridos.

COMMUNICANTES...

Ó Señor, todos juntos y de todo nuestro corazon nos unimos dentro la comunion de vuestros Santos, con la gloriosa siempre Virgen María Madre de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y con vuestros santos Mártires, y cuantos están en el cielo. Haced que por sus oraciones seamos siempre asistidos de vuestro socorro; en nombre de Jesucristo Señor nuestro. Amen.

AL EXTENDER LAS MANOS SOBRE EL CÁLIZ.

Recibid, ó Dios mio, con agrado esta oblation de toda vuestra familia, en testimonio de nuestra dependencia absoluta. No permitais pasemos nuestros dias sin vuestra paz; libradnos sobre todo de la condenacion eterna, y colocadnos en el número de vuestros elegidos, por Jesucristo Señor nuestro. Amen. ®

SIGNOS DE CRUZ SOBRE LA OBLATA.

En este acto no se debe hablar sino con el corazon. Es menester estar atento á lo que

hizo Jesucristo en la víspera de su muerte durante su santa cena, meditando su pasión y muerte, cuya memoria nos recuerdan tantos signos de cruz.

DURANTE LA CONSAGRACION.

Es preciso tener el espíritu atento al grande, extraordinario y maravilloso cambio que va en este momento á verificarse; el pan se convierte en el propio cuerpo, y el vino en la propia sangre de Jesucristo, el mismo cuerpo crucificado para nuestra salud, y la misma sangre derramada para nuestra salvacion.

Mientras se eleva el cuerpo adorable y el cáliz de su sangre preciosa, adorad á Jesucristo con fe y con respeto, suplicándole os eleve y atraiga á sí por su gracia, y por su presencia en el santísimo Sacramento. Ofreceros á su divina Majestad en este momento, para honrar la oferta que él ha hecho de sí mismo á su Padre por vuestros pecados y por los de todo el mundo; procurando uniros á él intimamente con amor y con fe, guardando silenciosamente una profunda humildad diciéndole con solo el corazón:

Yo creo, Señor, yo creo estais aquí real y verdaderamente: fortificad mi fe, cambiadme: vivid en mí, y yo en Vos.

DESPUES DE LA CONSAGRACION.

Quando despues de la Consagracion repite el Sacerdote las palabras de Jesucristo: Todas las veces que hiciéreis estas cosas, las haréis en memoria mia, obedeced á su palabra y decid:

Si, Señor, nosotros nos acordaremos eternamente de todo lo que Vos habeis hecho para nuestra salvacion; de vuestra pasión dolorosa, de vuestra obediencia hasta á la muerte de cruz, de vuestra gloriosa resurreccion, de vuestra ascension triunfante; y en accion de gracias de todos estos misterios os ofrecemos esta hostia santa, esta hostia pura, esta hostia sin mancha, este pan de vida eterna, y este cáliz que contiene nuestra salvacion perpétua.

Sabemos, ó Señor, que estos dones os son agradables por sí mismos; pero pudiendo ser desechados por el modo impuro con que os los ofrecemos, os suplicamos recibais nuestra oblacion como recibisteis la del justo Abel vuestro servidor, y el sacrificio de nuestro padre Abraham, y el de vuestro santo pontífice Melquisedec; y ya que mirásteis con ojos de misericordia á los que os ofrecieron solo figuras, recibidnos en este acto que os ofrecemos á

Jesucristo, quien es la misma verdad.

Santificad, ó Señor, á los que deben comulgar y recibir de este santo altar el sagrado cuerpo y la sangre de vuestro hijo Jesucristo; y dignaos concederles toda bendicion espiritual; por el mismo Jesucristo Señor nuestro. Amen.

MEMENTO DE DIFUNTOS.

Os suplicamos, Señor, deis á nuestros padres, hermanos, parientes, amigos, benefactores, y á todos los fieles difuntos, con la perfecta remision de sus pecados, el alivio que ellos esperan, y vuestra eterna paz; por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS.

Esta accion de darse el sacerdote un golpe en el pecho significa la compuncion de un corazon que se acusa y astige de sus pecados. Es menester hacer la misma accion con el celebrante, diciendo:

Os suplicamos, ó Señor, nos mireis con piedad ya que no somos mas que pecadores y servidores inútiles; motivo por que ponemos nuestra esperanza en vuestra gran misericordia. Colocadnos, ó Dios mio, dentro la compañía de vuestros santos Apóstoles y Mártires, no mi-

rando á lo que nosotros merecemos, sino perdonándonos con vuestra gracia, en nombre de Jesucristo Señor nuestro. Amen.

Mientras hace el sacerdote los signos de cruz con la hostia sobre y delante el cáliz, con el mayor afecto se dirá con el mismo sacerdote:

Ó Señor, que nos habeis hecho tantas gracias, y que creais hoy para nosotros una cosa tan excelente; que habeis dado la vida á las cosas inanimadas, que nosotros hemos puesto sobre vuestros santos altares, y de las que habeis hecho el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo, que Vos nos dais, no pertenece á nosotros glorificaros por tales beneficios; sino por el mismo Jesucristo, y con él y en él, honor y gloria os sea rendido con unidad del Espíritu Santo; por todos los siglos de los siglos.

Á estas últimas palabras, y al decir Omnis honor et gloria, eleva el sacerdote un poco el cáliz y la santa hostia. Esto era una ceremonia del sacrificio, de elevar la víctima para ofrecerla á Dios. Motivo por que se eleva en este mismo espíritu el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor, que son nuestra verdadera víctima.

Al llegar al Per omnia, donde se dice la Oracion dominical, es menester aprovechar-

se de la advertencia del sacerdote cuando dice: Oremus, Oremus; como si dijera: Digamos la mas excelente de todas las oraciones; pues que es aquella que el mismo Salvador nos ha enseñado. Añade el sacerdote: Audeamus dicere, Nosotros nos atrevemos á decir: Á cuyas palabras es preciso admirar la bondad de Dios, que permite á los pecadores, como nosotros, llamarle Padre nuestro.

Ó Señor, pecadores que somos, asegurados sobre vuestra palabra, nos atrevemos á llamaros nuestro Padre, y con toda devocion os decimos: Padre nuestro, etc.

Es preciso decir de corazon con el sacerdote esta divina oracion, y á su fin responder con toda afeccion: Sed libera nos à malo. Libradnos de todo mal.

PARA DESPUES DEL PADRE NUESTRO.

Ó Señor, nos encontramos todos cercados y penetrados de mal; libradnos de todos los males pasados, presentes y venideros; es decir, de los males que nos hemos hecho á nosotros mismos por el pecado; de los males que nos oprimen en medio las miserias de esta vida, y de los males aun mayores que merecemos en castigo de nuestros delitos; y por las súplicas de la santísima Virgen y de todos los Santos, haced reine

la paz en nuestros dias; libradnos de todo desórden: sacadnos del pecado, hacednos verdaderamente libres; por Jesucristo nuestro Señor, quien vive y reina con Vos y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

PAX DOMINI...

QUE LA PAZ DEL SEÑOR SEA CON VOSOTROS.

Padre y Señor mio Jesucristo, que dijisteis á vuestros santos Apóstoles: Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz: dadnos esta verdadera paz que Vos solo podeis dar; la paz de conciencia, la paz con Vos; libradnos del pecado que nos separa de ella, la paz y una perfecta union con todos nuestros hermanos. Dad la paz á vuestra santa Iglesia católica; libradla de todo cisma, de toda opresion y de todo mal. Amen.

Aquí se da la paz, en señal de la union del pueblo fiel, que es disposicion necesaria para comulgar dignamente, reconciliándose cada uno con sus hermanos segun nos manda el Evangelio. (Matth. v, 23, 24).

AGNUS DEL...

Pediréis al Padre eterno, por Jesucristo, el perdon de vuestros pecados, ofreciéndole

al efecto el verdadero Cordero sin mancha; pues que vino para borrar los pecados del mundo, y para haceros misericordia.

Ó benignísimo Jesús, que compadecido de las miserias de humana fragilidad, dísteis el poder á vuestros discípulos y ministros para absolver de los pecados; dadme á mí fuerza para vencer todos los vicios, y llevadme como buen pastor á vuestro rebaño en el cielo. Amen.

PARA LA COMUNION.

Mientras el sacerdote comulga es menester hacer con él la comunión espiritual, acordándose de la muerte que Jesucristo sufrió por nuestro amor, y deseando participar de su santa Mesa, preparándose con una confesion interior en la presencia de Dios, á quien pediréis perdon, haciendo algun acto de contricion. Excitad vuestro corazon á fin de recibirlo en vuestro interior de un modo todo espiritual, adorándolo luego con toda reverencia, haciendo actos de una fe viva de la presencia sacramental de vuestro Dios, con quien uniréis las potencias de vuestra alma, abandonándoos á él enteramente, para que tomando posesion de vuestro corazon, dirija él mismo todos vuestros movimientos.

Yo os adoro, ó dulcísimo Jesús, y al

mismo tiempo os suplico apartéis de mi alma todo lo que os sea á Vos contrario, á fin de que disfrute de las infinitas gracias contenidas en este sacrosanto Sacramento, y que sea mi único alimento durante mi peregrinacion.

El resto de la Misa debe emplearse guardando á Jesús, exponiéndole cada uno sus necesidades espirituales, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Hacedme participante, ó Dios mio, del fruto de vuestra muerte, cuya memoria se ha celebrado en este sacrificio y en esta comunión; ¡dichosos los que asisten á vuestra mesa para comer en ella el pan de vida! ¡Oh adorable Jesús, mi alma tiene sed de Vos, mi carne os desea, y mi corazon se alegra en Vos, ó Dios vivo! Yo os amo, ó Padre amoroso, de todo mi corazon: ¡ojalá pudiera yo todos los dias disfrutar de vuestro santo Cuerpo, que es la prenda de nuestra eterna felicidad, y de la eterna alegría, donde os poseeremos con vuestro Padre y con vuestro Santo Espíritu en la mansion de los bienaventurados! Os doy las mas rendidas gracias, ó Señor, de tantos be-

neficios, y de la misericordia que me habeis hecho recibíendome hoy á este tan deseado sacrificio, en el que sois Vos mismo la víctima y el sacerdote.

Esta oracion podrá llegar hasta el fin de la Misa, y el fiel que habrá comulgado espiritualmente con el sacerdote, podrá tambien hacer con el mismo sus acciones de gracias.

ÚLTIMAS ORACIONES.

Pedid á Dios, en el espíritu de la Iglesia, os haga la gracia de haber participado de este santo sacrificio, suplicándole por los méritos de este mismo que jamás os apartéis de vuestra debida fidelidad, tanto en este dia como durante toda vuestra vida.

Á la bendicion del sacerdote suplicad á la Trinidad santísima os dé la suya. Así sea.

ÚLTIMO EVANGELIO, QUE ORDINARIAMENTE ES EL DE SAN JUAN.

Cuando se lee el Evangelio de san Juan es menester considerar de dónde baja el Hijo de Dios para nosotros, que es del seno de su Padre, á fin de revestirse de nuestra débil carne: lo mal recibido que fue por los suyos, á quienes se dignó visitar, á pesar del cuidado que se tomó en prepararles por medio de san Juan Bautista, y la gracia que

consiguen los que lo reciben debidamente, que es la de ser hijos de Dios.

PRINCIPIO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él: y nada de lo que fue hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron. Fue un hombre enviado de Dios, que tenia por nombre Juan. Este vino en testimonio para dar testimonio de la luz, para que creyesen todos por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que alumbraba á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y no le conoció el mundo. Á lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas á cuantos le recibieron les dió poder de ser hechos hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre: los cuales son nacidos no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varon, mas de Dios. Y el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros: y vimos la gloria de él, gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

FIN.

INDICE.

PRÓLOGO.	Pág. 5
INTRODUCCION: Necesidad del estudio litúrgico; en especial al estado eclesiástico.	9
CAPÍTULO I.—De las cosas que generalmente son necesarias para el sacrificio de la Misa.	23
CAP. II.—Del cáliz y demás cosas á él pertenecientes.	34
CAP. III.—De los ornamentos y preparacion.	40
CAP. IV.—Objeciones de los Protestantes contra la doctrina de la Iglesia católica, sacadas de la liturgia, ó de las oraciones de la Misa.	53
CAP. V.—Explicacion de la palabra Missa.	59
CAP. VI.—Explicacion de las dificultades que conciernen á la cosa misma. Distribucion de la Misa en todas sus partes.	63
CAP. VII.—De las preparaciones que preceden al Intróito de la Misa.	66
CAP. VIII.—De la primera parte del sacrosanto sacrificio de la Misa.	73
CAP. IX.—Del Ofertorio.	102
CAP. X.—De la secreta preparacion del sacerdote.	108
CAP. XI.—Del Prefacio, ó preparacion pú-	

blica del sacerdote.	123
CAP. XII.—De la comun exposicion del himno, ó sea de la alabanza de los Ángeles y de los hombres, que principia Sanctus, Sanctus, Sanctus.	151
CAP. XIII.—Solucion á las objeciones de nuestros pretendidos reformadores concernientes á la Oblacion y Oraciones secretas.	163
CAP. XIV.—De la primera oracion del Cónon. Se manifiesta á los Protestantes no hay dificultad alguna para asociar los Santos á esta Oblacion á fin de emplear su intercesion.	173
CAP. XV.—De la segunda oracion del Cónon. Aunque se ofrezca á Jesucristo, no son indignas para la Oblacion las oraciones de la liturgia, como creen los Protestantes.	183
CAP. XVI.—De la tercera oracion del Cónon. La materia de la Oblacion no fue meramente pan y vino, como los Protestantes pretenden.	188
CAP. XVII.—De lo que hizo y dijo Jesucristo en la institucion de la sagrada Eucaristia. Su presencia real en este augusto Sacramento.	195
CAP. XVIII.—De la adoracion de la sagrada Eucaristia y su antigüedad. Mala fe de los Protestantes.	209
CAP. XIX.—De la cuarta oracion del Cónon. Confirmacion de la presencia real de Jesucristo. Solucion á varias objeciones presentadas en el capítulo IV.	221

CAP. XX. — De la quinta oracion del Cónon.
En qué sentido se ofrece el sacrificio
para los Santos, y cómo se ofrece para los
difuntos. 244

CAP. XXI. — De la sexta oracion del Cónon.
Por qué invoca el sacerdote á los santos
Apóstoles y Mártires. 250

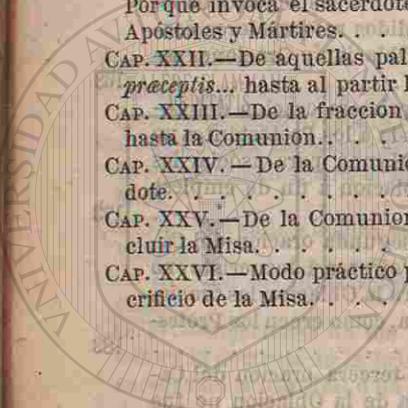
CAP. XXII. — De aquellas palabras *Oremus*
preceptis... hasta al partir la hostia. 256

CAP. XXIII. — De la fraccion de la hostia,
hasta la Comunión. 261

CAP. XXIV. — De la Comunión del sacer-
dote. 266

CAP. XXV. — De la Comunión, hasta con-
cluir la Misa. 271

CAP. XXVI. — Modo práctico para oír el sa-
crificio de la Misa. 275



JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL ÍNDICE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY
DE NUEVA
IBLIOTECA